



Andrew Lang, compilador

El libro oliva de las hadas

TRADUCCIÓN DE
Gerardo Piña

REVISIÓN DE LA TRADUCCIÓN
Wendolín Perla



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

El libro oliva de las hadas



El libro oliva de las hadas

Editado por Andrew Lang

Traducción de
Gerardo Piña

Revisión de la traducción
Wendolín Perla



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Rector General

Eduardo Abel Peñalosa Castro

Secretario General

José Antonio De los Reyes Heredia

Coordinador General de Difusión

Francisco Mata Rosas

Director de Publicaciones y Promoción Editorial

Bernardo Ruiz

Subdirectora de Publicaciones

Paola Castillo

Subdirector de Distribución y Promoción Editorial

Marco Moctezuma

Diseño y formación: Ma de Lourdes Pérez Granados

Diseño de portada: Guadalupe Urbina Martínez

Edición en inglés: *The Olive Fairy Book*, editado por Andrew Lang

Conforme a The Project Gutenberg Ebook (<http://www.gutenberg.org/ebooks/27826>)

Ilustraciones de H.J. Ford, tomadas de *The Olive Fairy Book*, editado por Andrew Lang, Dover Publications Inc., Nueva York, 1968 (edición facsimil de la primera edición publicada por Longmans, Green and Co., Londres, 1907).

Primera edición en español, 2017

D. R. © 2017, Gerardo Piña por la traducción

D. R. © 2017, Universidad Autónoma Metropolitana

Prolongación Canal de Miramontes 3855, Ex Hacienda

San Juan de Dios, Tlalpan, 14387, Ciudad de México

www.uam.mx/casadelibrosabiertos

Esta publicación no puede ser reproducida, ni toda ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de los editores.

ISBN de la colección: 978-970-620-770-8

ISBN de la obra: 978-607-28-1181-2

Impreso en México / *Printed in Mexico*

ÍNDICE

Prefacio	9
Madschun	14
El loro azul	23
Geirlaug, la hija del rey	39
La historia del pequeño rey Loc	53
Una historia de puros cuentos	74
¿Tigre o chacal?	80
El peine y el collar	96
La acción de gracias del visir	112
Samba el cobarde	117
Imani y Kupti	127
Las extrañas aventuras de la pequeña Maya	139
Un diamante corta otro	154
El Caballero Verde	163
Las cinco palabras sabias del Gurú	178
El pez de cabeza dorada	189
Dorani	199
El cirujano de satín	208
El macho cabrío y el rey	221

La historia de Zoulvisia	226
El que toma todo, todo pierde	244
El destino de la tortuga	253
El príncipe serpiente	258
El príncipe y la princesa del bosque	268
El listo tejedor	287
El chico que por fin encontró el miedo	291
Gana el que espera	300
El bastón de acero	312
El castigo del hada Gangana	316
La princesa silenciosa	330

PREFACIO

Hace muchos años, mi editor y amigo, *Mr.* Charles Longman, me presentó el libro *Le Cabinet des Fées* (*El armario de las hadas*). Esta obra necesitaba una suerte de librero colgante para ella sola, como la *Enciclopedia británica*, así que acomodé los volúmenes en un librero giratorio. Por una serie de circunstancias de carácter íntimamente doméstico, “relacionadas hasta cierto punto”, como bien podría haber dicho *Mr.* Micawber, y debido a que mi estudio es bastante estrecho (ni un gato podría saltar ahí) no era posible hacer girar el librero giratorio. Sin embargo, me di cuenta de que *El armario de las hadas* consta de al menos cuarenta volúmenes, y quizá sumen sesenta en total. Esta gran abundancia de cuentos de hadas provenientes de todas partes nos da a conocer leyendas sobre hadas, brujas, genios, monstruos, dragones, madrastras malévolas, princesas hermosas o feas, príncipes con o sin suerte, gigantes, enanos y encantamientos. Las primeras historias son las que los niños prefieren: las viejas “Barbazul”, “El gato con botas”, “Pulgarcito”, “Caperucita roja”, “La bella durmiente” y “Las hadas”. Estos cuentos fueron escritos, compilados y publicados por primera vez en París en 1697. Su autor es *monsieur* Charles Perrault, un famoso personaje que usaba una gran peluca y que en su tiempo escribió varios libros que

nadie lee ahora. Nunca se imaginó que la gente lo recordaría sobre todo por un raído librito con pequeñas viñetas, muy diferentes a los dibujos que hiciera *Mr.* Ford, a quien por algo llamaban “Vuela-bardas Ford” entre los escritores que jugaban críquet, por la fuerza con la que golpeaba la pelota.

Perrault recogió los relatos folclóricos que la nana de su hijo le solía contar y los reescribió con su estilo ingenioso y cortés. No hay registro de que se hubieran traducido a la lengua inglesa sino hasta treinta años más tarde, cuando se publicaron en una edición bilingüe (el texto en francés del lado izquierdo y el inglés del derecho) realizada por un *Mr.* Pote, un librero de Eton. Seguramente los jóvenes estudiantes de Eton aprendieron más francés a través de estos cuentos de hadas del que estarían dispuestos a reconocer; son cuentos mucho más entretenidos que el *Télémaque* de *monsieur* François de Salignac de la Mothe-Fénelon, tutor de las juventudes francesas, arzobispo duque de Cambrai y primado del Sacro Imperio Romano.

El éxito de Perrault se debió en buena medida a lo mucho que le gustaban los cuentos de hadas a la corte de Luis XIV; sabemos, gracias a una carta de *madame* de Sévigné, que a las damas de la corte les encantaba contar estas historias. Como era de esperarse, Perrault tuvo imitadores. Tal es el caso de *madame* d'Aulnoy, una dama viajera con más ingenio que reputación. A ella le debemos “La bella y la bestia” y “El duende amarillo”. Anthony Hamilton hizo lo propio con “El carnero”, una historia demasiado confusa y prolija, acaso recordada por aquella frase: “¡Carnero, amigo mío, comienza por el principio!”. La verdad es que el estilo narrativo de “El carnero” carece de lucidez. Luego llegaron *Las mil y una noches*, traducidas por *monsieur* Galland. Nadie ha traducido *Las mil y una noches* mejor que él. Su traducción es quizá lo opuesto a una versión

científica, pero se lee con el mismo gusto con que leeríamos la *Iliada* o la *Odisea* en versiones de Alexandre Dumas si este hubiera cumplido su promesa de traducir a Homero. Galland omitió versos y un gran número de escenas que nadie echaría en falta, aunque se supone que el antropólogo las encontraría valiosas e instructivas para posteriores traducciones científicas que no entretienen a nadie. Después aparecieron los *Cuentos persas*, *Cuentos del mar* y demás invenciones literarias compuestas por hombres y mujeres diligentes que siguieron el modelo feérico. Algunas son demasiado largas; son más bien novelas y, por lo tanto, no podrían gustarle a un niño o a alguna persona madura de buen gusto. Todos estos textos fueron recogidos en el enorme *Armario de las hadas*, publicado en 1786, poco antes de la revolución. Es probable que la intención de ser simples fuera lo que cautivó a una sociedad extremadamente artificial, que hablaba de “la vida sencilla” y “el estado de la naturaleza”, y que estaba en vísperas de una revolución en la que la naturaleza humana revelaría sus rasgos más primitivos a través de orgías de sangre.

Ese fue el fin de la corte y de los cuentos de hadas de las cortes, y justo cuando los habían hecho polvo, hombres eruditos como los hermanos Grimm y *sir* Walter Scott comenzaron a interesarse en los cuentos populares de campesinos y pueblos autóctonos de todo el mundo. Encontramos que los cuentos eran esencialmente los mismos. “La cenicienta” está en todos lados; la señorita Cox ha escrito todo un libro acerca de “La cenicienta”; por cierto, es un libro muy bueno aunque de ningún interés para los niños. Para ellos, los mejores cuentos de hadas extranjeros son los cuentos alemanes de los hermanos Grimm, los *Cuentos escandinavos* de *sir* G.W. Dasent (que algunos tontos “adultos” calificaron de “indecorosos”) y los *Cuentos indios* de la señorita Frere. Hay cientos de coleccio-

nes de cuentos de hadas de campesinos y pueblos autóctonos, y aunque muchos de ellos son realmente interesantes, sobre todo los *Cuentos zulúes* del arzobispo Callaway (con las versiones zulúes incluidas), estos no forman parte de la tradición de los padres y los tíos y, por lo tanto, tampoco de los niños. Yo creo que los niños deben escoger sus propios libros. Que sus amigos les den el dinero y que ellos se pierdan en las librerías. Ellos conocen sus propios gustos, y si nacen afectos a los libros, aunque sus padres sean lo opuesto (¡y esto a veces sucede!), entonces los niños harán la mejor elección; sus elecciones son naturales, algunos quieren su propio Shakespeare y otros prefieren un libro titulado *Buster Brown*. A algunos —¡aunque muy pocos!— les gusta la poesía; y a los menos les gusta la historia. “Sabemos que las hadas no existen, pero los relatos históricos son *verdaderos*”, dicen con inocencia. Yo no estoy tan seguro de que no existan las hadas y en cambio sé muy bien que aun los mejores relatos históricos no corresponden con la realidad.

Los niños aman las historias de fantasmas. “¡Cuéntanos una de fantasmas!”, exigen, y yo por fortuna puedo satisfacer la demanda porque tengo auténtica afinidad por el género. Solo un autocontrol estricto me impide contarles ahora la última historia de fantasmas (verdadera, por cierto) que escuché ayer. Sería más que apta para niños. *El libro gris de las historias de fantasmas* sería todo un éxito. Desde muy temprana edad he leído anuncios de libros y lloraba porque no podía comprar muchos de ellos, y una vez alguien me regaló ¡un libro de botánica! Se veía bien; estaba empastado en una tela verde, pero dentro contenía todas las formas del tedio.

En nuestro *Armario de las hadas*, que no puede extenderse a sesenta volúmenes, nos hemos propuesto complacer a los niños y no a los “adultos”, a quienes los viejos autores franceses dirigían sus romances; por ello hemos ido de cacería de cuen-

tos de hadas por todas partes y no únicamente por Europa. Gracias al doctor Ignaz Künos, este volumen abre con una historia de los turcos, “Madschun”. Por su parte, “El pequeño rey Loc” es una historia original de Anatole France, quien muy amablemente autorizó a *Mrs.* Lang a que la adaptara de *L'Abeille*.

El comandante Campbell, al igual que en otras ocasiones, nos comparte algunos cuentos recogidos entre personas originarias de India. Pero las fuentes de los relatos suelen indicarse al final de cada uno, y, cuando no aparezcan, a los niños les dará lo mismo. *Mrs.* Lang, salvo en casos también señalados, ha traducido y adaptado esta colección de cuentos para un público infantil; y *Mrs.* Skovgaard-Pedersen ha traducido “El caballero verde” del danés. Debo un agradecimiento especial a *monsieur* Macler por permitirnos utilizar algunos de sus *Cuentos armenios* (París: Ed. Ernest Leroux).

MADSCHUN

Había una vez, en una pequeña casita entre las colinas, una mujer que vivía con su hijo, el cual, para pesar de su madre, aunque ya superaba los veinte años de edad, tenía tan poco cabello como un bebé. Y, aunque se veía viejo, este joven era bastante flojo y rechazaba cualquier tarea que su madre le asignara, y así se iba de casa y volvía unos días después.

Una linda mañana de verano estaba recostado en el pequeño jardín frente a la casita, medio dormido como siempre, cuando la hija del sultán llegó montando su caballo, seguida por un grupo de mujeres vestidas alegremente. El muchacho, perezoso, apenas se apoyó en un codo para alzarse y mirarla, pero ese solo vistazo lo cambió para siempre.

“Me casaré con ella y con nadie más”, pensó. Y de un salto fue a buscar a su madre.

—Debes ir de inmediato a ver al sultán y decirle que me quiero casar con su hija —le dijo.

—¡Qué! —exclamó la anciana, retrocediendo hacia una esquina, pues nada salvo un ataque repentino de locura podía explicar un encargo tan extraño.

—¿No me entiendes? Debes ir en este momento con el sultán y decirle que quiero a su hija por esposa —repitió el joven impaciente.

—Pero... pero ¿te das cuenta de lo que dices? —preguntó la madre tartamudeando—. No has aprendido ningún oficio y solo tienes las cinco monedas de oro que te dejó tu padre. ¿Esperas que el sultán le dé su hija a un pelón sin un centavo como tú?

—Ese es problema mío. Haz lo que te pido. —Y el hijo no dejó de atormentar a su madre día y noche hasta que un día, ya desesperada, la mujer se vistió con sus mejores ropas, se puso el velo y se dirigió a la colina, hacia el palacio.

Aquel era el día que el sultán había escogido para escuchar las quejas y peticiones de su pueblo, de modo que la mujer no encontró mayor dificultad para que la recibieran.

—No piense que estoy loca, su excelencia —le dijo— aunque sé que debo parecerlo. Pero tengo un hijo que desde que posó la mirada en el velo que cubre el rostro de la princesa, no me ha dejado en paz día y noche hasta que aceptara venir al palacio y pedirle a su excelencia la mano de su hija. En vano le dije que podía perder la cabeza por tal atrevimiento, pero él simplemente no entiende razones. Y aquí estoy. Disponga de mí como desee.

Al sultán le gustaban las cosas fuera de lo normal, y vaya que esta situación lo era. Así que, en lugar de ordenar que azotaran o encerraran en prisión a la temblorosa criatura, como otros soberanos podrían haberlo hecho, se limitó a decirle:

—Pídele a tu hijo que venga.

La mujer se quedó estupefacta por esa respuesta, pero cuando el sultán se la repitió en un tono más amable sin parecer enojado en absoluto, ella tomó valor, hizo una reverencia, y se fue a su casa a toda prisa.

—Bien, ¿qué pasó? —le preguntó su hijo con impaciencia apenas hubo cruzado el umbral.

—Debes ir al palacio de inmediato y hablar con el sultán mismo —le dijo su madre, y cuando escuchó las buenas noticias, se le iluminó la cara de un modo tan especial que su madre pensó que era una lástima que no tuviera cabello, porque se habría visto muy guapo.

—¡Un rayo no viajará tan rápido como yo! —exclamó. Y en un instante ya no estaba ahí.

Cuando el sultán vio la cabeza calva del pretendiente de su hija, ya no se sintió con ánimo de bromear y decidió que de una manera u otra debía deshacerse de tan incómodo enamorado. Pero, como él mismo lo había mandado llamar a palacio, no podía correrlo así como así, por lo que se dio prisa en decirle:

—Entiendo que quieres casarte con mi hija. Muy bien. Pero el hombre que quiera casarse con ella primero debe atrapar a todos los pájaros del mundo y traerlos a los jardines de palacio, pues hasta ahora ningún ave ha hecho su nido en estos árboles.

El joven se angustió al escuchar las palabras del sultán. ¿Cómo iba a atrapar a todos los pájaros? Y, suponiendo que lo lograra, ¡le tomaría años traerlos a palacio! Sin embargo era demasiado orgulloso como para permitir que el sultán creyera que había dado por perdida a la princesa sin luchar por ella, de manera que tomó un camino que conducía a las afueras de palacio y caminó sin fijarse a dónde iba.

Así pasó una semana hasta que se encontró atravesando un desierto con enormes rocas desperdigadas por doquier. A la sombra de una de estas rocas estaba sentado un hombre santo o derviche, como se les llamaba, quien le hizo una señal al joven para que se sentara a su lado.

—Veo que algo te preocupa, hijo mío —le dijo el hombre santo—. Dime qué te pasa. Tal vez yo pueda ayudarte.

—¡Ay, padre mío! —exclamó el muchacho—. Me quiero casar con la princesa de mi país, pero el sultán se niega a dármela por esposa a menos de que atrape a todos los pájaros del mundo y los lleve hasta su jardín. ¿Y cómo podría yo o cualquier hombre hacer eso?

—No te desesperes —le dijo el derviche—. No es tan difícil como parece. A dos días de viaje de aquí, en el camino del sol poniente, hay un ciprés que crece sobre la tierra. Siéntate donde es más oscura su sombra, cerca del tronco, y quédate muy quieto. Al poco rato escucharás el fuerte batir de unas alas y todos los pájaros del mundo acudirán a hacer sus nidos en esas ramas. Es muy importante que no hagas ningún ruido hasta que todo vuelva a la quietud; entonces di: “¡Madschun!”. Al decirlo, los pájaros tendrán que permanecer donde están; ninguno podrá moverse de su percha. Entonces podrás ponértelos a todos sobre la cabeza, los brazos y el resto del cuerpo, y así se los llevarás al sultán.

El muchacho le dio las gracias al derviche con mucha alegría y siguió con tanto cuidado las instrucciones que le dio, que pocos días después una extraña figura cubierta de pájaros entró caminando a ver al sultán. El padre de la princesa se quedó muy sorprendido, pues nunca había visto algo así. ¡Qué bonitas eran esas pequeñas criaturas de suave plumaje, ojos brillantes y asustados! De pronto se escuchó algo como un gran barullo y una multitud de alas se desplegó: alas azules, amarillas, rojas y verdes. Y cuando el muchacho les dijo “¡Vamos!”, dieron vueltas alrededor de la cabeza del sultán y luego desaparecieron por la ventana que daba al jardín para escoger sus nuevos hogares.

—Oh, sultán, he cumplido con tus deseos. Ahora dame la mano de la princesa —dijo el muchacho, pero el sultán se apresuró a contestar:

—¡Claro, claro! Has cumplido con lo que te pedí. Solo queda una cosa por hacer para convertirte en el esposo que cualquier muchacha podría desear. Esa cabeza tuya, ya sabes, ¡no tiene nada de pelo! Cúbrela con una gruesa cabellera de hermosos bucles y entonces te daré a mi hija. Eres tan inteligente que no tendrás mayor problema con este asunto.

El joven escuchó en silencio las palabras del sultán y en silencio se fue a sentar en la cocina de la casa de su madre durante algunos días hasta que una mañana llegaron noticias de que el sultán había comprometido a su hija con el hijo de un visir y que las bodas se celebrarían muy pronto en el palacio. Al escuchar esto se levantó encolerizado y logró llegar hasta una puerta trasera de palacio, una que solo usaban los trabajadores que realizaban las reparaciones del edificio. Sin ser visto llegó hasta la mezquita y luego entró al palacio a través de una galería que daba directamente al gran salón. Ahí se encontraban el novio, la novia y tres o cuatro amigos, esperando a que apareciera el sultán para celebrar el contrato matrimonial.

—Madschun —susurró el muchacho desde lo alto, y entonces todos permanecieron clavados en el piso; unos mensajeros que el sultán había enviado para asegurarse de que todo estaba en orden corrieron la misma suerte.

Al cabo de un rato, el sultán, enojado e impaciente, acudió al salón para ver por sí mismo qué había ocurrido, pero como nadie pudo darle ninguna explicación, mandó traer a un mago, uno que vivía cerca de una de las puertas de la ciudad, para que los liberara del hechizo que algún genio malvado había lanzado sobre ellos.

—Esto es culpa tuya —le dijo el mago cuando escuchó el relato del sultán—. Si no hubieras roto la promesa que le hiciste al muchacho, a tu hija no le habría ocurrido este mal.



Los pájaros fueron presentados al sultán.

Ahora solo hay una solución: el novio que has elegido tendrá que ceder su lugar al joven calvo.

Con todo el dolor de su corazón, el sultán tuvo que aceptar que el mago era más sabio, así que envió de inmediato a sus sirvientes de mayor confianza a que buscaran al joven y que lo llevaran a palacio. El muchacho, que todo ese tiempo se había mantenido oculto detrás de una columna, sonrió al escuchar estas palabras y volvió a su casa a prisa. Al llegar le dijo a su madre:

—Si vienen a buscarme unos mensajeros del sultán, díles que hace mucho tiempo que me fui de aquí y que no sabes dónde estoy, pero que si te dan el dinero suficiente para que emprendas el viaje en mi búsqueda, pues eres muy pobre, harás lo posible por encontrarme. —Entonces se escondió en el ático desde donde podría escuchar todo lo que sucediera.

Poco después alguien llamó a la puerta con fuerza, y la anciana se apresuró a abrirla.

—¿Está tu hijo pelón, mujer? —le preguntó el mensajero—. Dile que venga conmigo porque el sultán quiere hablar con él.

—Lo siento mucho, señor —dijo la mujer cubriéndose los ojos con una parte del velo—, pero mi hijo se fue hace tiempo y desde entonces no he sabido nada de él.

—¡Vaya, buena mujer! ¿Y no sabes dónde puede estar? El sultán tiene la intención de darle la mano de su hija y seguramente le dará una gran recompensa a quien lo lleve a palacio.

—No me dijo a dónde iba —respondió la vieja bruja meneando la cabeza—, pero es un gran honor que el sultán le está haciendo a mi hijo; honor por el que bien vale la pena tomarse algunas molestias. Hay algunos lugares donde tal vez se le puede hallar, pero solo yo los conozco y soy una mujer pobre, sin dinero para emprender el viaje.

—Eso no será impedimento —dijo el hombre—. En esta bolsa hay mil monedas de oro que puedes gastar como consideres conveniente. Dime dónde lo puedo encontrar y te daré muchas más monedas.

—Muy bien —dijo ella—. Es un trato. Me despido por ahora porque tengo que arreglar algunas cosas para el viaje, pero dentro de unos cuantos días sabrán de mí.

Durante casi una semana, la anciana y su hijo tuvieron mucho cuidado de no salir de casa hasta que estuviera oscuro por miedo a que alguno de los vecinos los viera y, como no encendieron ningún fuego ni una lámpara, todos creían que la casita estaba desierta. Por fin una mañana, el joven se levantó temprano, se vistió, se puso su mejor turbante y después de desayunar se dirigió al palacio a toda prisa.

Era evidente que el enorme guardián que estaba delante de la puerta ya lo esperaba, pues sin decirle una palabra lo dejó pasar, y otro asistente del interior lo condujo de inmediato ante el sultán, quien le dio la bienvenida con mucho gusto.

—¡Por fin, hijo mío! ¿Dónde te habías metido todo este tiempo? —le preguntó.

—¡Oh, sultán! Me gané la mano de tu hija justamente, pero tú rompiste tu promesa y no me la diste. Entonces mi casa se volvió un lugar detestable para mí y decidí echarme a andar por el mundo. Pero ahora que te has arrepentido de tu mal designio, he venido a reclamar a la que es mi esposa por derecho propio. Por lo tanto, dile a tu visir que prepare el contrato.

Escribieron un nuevo contrato y, por deseo del nuevo novio, el sultán y el visir firmaron el contrato en la cámara donde se encontraban. Una vez que todos firmaron, el joven le pidió al sultán que lo llevara ante la princesa; entraron juntos en el gran salón, donde todos se encontraban exactamente en

la misma posición en que se habían quedado cuando el joven pronunció la palabra fatal.

—¿Puedes liberarlos del hechizo? —le preguntó el sultán con inquietud.

—Creo que sí —respondió el muchacho (quien a decir verdad también estaba bastante nervioso) y, dando un paso adelante, exclamó:

—¡Libera a las víctimas de Madschun!

En cuanto pronunció estas palabras, las estatuas volvieron a la vida y la novia le dio la mano muy contenta a su nuevo novio. En cuanto al anterior, desapareció y nadie ha vuelto a saber nada de él.*

* Adaptado de *Türkische Volksmärchen aus Stambul*, del Dr. Ignaz Kúnos, Librería e impresión E. J. Brill-Leiden.

EL LORO AZUL

En una región de Arabia, donde las arboledas de palmas y flores de olores dulces le dan descanso al viajero tras arduas travesías bajo el sol ardiente, gobernaba un joven rey llamado Lino. Había crecido bajo el sabio régimen de su padre, quien hacía poco había muerto; y, aunque apenas tenía diecinueve años, no creía, como muchos otros jóvenes, que debía cambiar todas las leyes para demostrar cuán inteligente era. Prefirió conformarse con las leyes antiguas que habían hecho feliz a la gente y próspero al país. Solo tenía un defecto a los ojos de sus súbditos: el rey no parecía querer casarse pronto a pesar de que frecuentemente le suplicaban que lo hiciera.

El reino vecino estaba gobernado por el Hada Cisne, quien tenía una sola hija, la Princesa Hermosa, la cual era tan encantadora como Lino. El Hada Cisne tenía un embajador en la corte del joven rey, y, tras escuchar las quejas de los ciudadanos acerca de que Lino no mostraba señales de querer casarse, el buen hombre resolvió que él intentaría hacerla de intermediario de bodas. “Porque, si hay alguien digno de casarse con la Princesa Hermosa, él se encuentra aquí”, pensaba. “En todo caso, yo voy a tratar de acercarlos”.

Ahora bien, no hubiera sido correcto ofrecer a la princesa en matrimonio, así que la dificultad residía en lograr

que el propio rey hiciera la propuesta. El embajador conocía muy bien las costumbres de la corte, por lo que después de varias conversaciones sobre el arte de la pintura, que a Lino le gustaba mucho, llevó la conversación hacia los retratos y de pronto mencionó, como de pasada, que a la princesa de su reino le habían hecho un magnífico retrato recientemente.

—Aunque debo decir que, en cuanto al parecido con la princesa, no es tan bueno como esta miniatura que le hicieron hace un año —le dijo al príncipe y le mostró el retrato.

El rey lo tomó entre las manos y lo miró con detenimiento.

—¡Ajá! Debe haber sido un pintor un poco adulator. Ninguna mujer puede ser tal milagro de belleza, es imposible.

—Si usted la conociera... —comentó el embajador.

El rey no dijo nada, pero el embajador no se sorprendió cuando a la mañana siguiente el rey solicitó su presencia.

—Desde que me mostraste el retrato de la princesa —le dijo Lino en cuanto el otro cerró la puerta— no he podido borrar su rostro de mis pensamientos. Te he pedido que vinieras para informarte que enviaré una comitiva especial a la corte del Hada Cisne para pedir la mano de la princesa en matrimonio.

—Comprenderá que no puedo hablar por la princesa en un asunto de tanta importancia —dijo el embajador mesándose la barba para tratar de ocultar la satisfacción que sentía—, pero sé que sin duda se sentirá muy honrada por su propuesta.

—Si es así —exclamó el rey con el rostro encendido de alegría—, en lugar de enviar una comitiva iré yo mismo, y tú vendrás conmigo. En tres días terminaré mis preparativos y partiremos.

*

Desafortunadamente para Lino, del otro lado del reino tenía como vecino a un mago poderoso llamado Ismenor, quien era rey de la isla de los Leones y tenía una hija horrosa, aunque él creía que era la creatura más hermosa que jamás hubiera existido. Riquette, pues así se llamaba, también se había enamorado de un retrato, pero era el del rey Lino, así que le rogó a su padre que le consiguiera al rey por esposo. Ismenor, quien consideraba que ningún hombre vivo era digno de casarse con su tesoro, estaba a punto de enviar a su ministro de más confianza con el rey Lino para esta misión cuando se enteró de que el rey había emprendido el viaje hacia la corte del Hada Cisne. A Riquette le dio un ataque de tristeza y le suplicó a su padre que impidiera ese matrimonio, e Ismenor le prometió que así lo haría.

Mandó llamar a un pequeño enano jorobado y feo llamado Rabot, el cual realizó un encantamiento que los transportó rápidamente hacia un valle rocoso por el cual el rey Lino y su séquito debían pasar. Cuando escucharon el galope de los caballos, el mago sacó un pañuelo encantado que volvía invisible a cualquiera que lo tocara. Dándole un extremo a Rabot y sujetando el otro él mismo, caminaron hacia los jinetes sin ser vistos, pero no encontraron a Lino. Y esto era de esperarse, pues el rey, cansado por la emoción y la fatiga de los últimos días, había enviado de avanzada los carruajes repletos de regalos para la princesa, mientras él se había quedado a descansar a la sombra de unas palmas en compañía de unos cuantos amigos. Ahí, Ismenor los encontró a todos dormidos y, tras lanzarles un hechizo que impedía que se despertaran hasta que él lo deseara, despojó al rey de todas sus ropas y lo vistió con aquéllas de Rabot, a quien tocó con su anillo y le dijo:

—Toma la figura de Lino hasta que te hayas casado con la hija del Hada Cisne.

Y tanto era el poder del mago que Rabot realmente creyó ser el rey.

Cuando el novio hubo montado el caballo de Lino y alejándose a todo galope, Ismenor despertó al rey, quien se quedó estupefacto al ver las sucias prendas que traía puestas, pero, antes de que pudiera echar un vistazo a su alrededor, el mago lo envolvió en una nube y se lo llevó a su hija.

Mientras tanto, Rabot ya les había dado alcance a los otros, quienes ni por un momento se imaginaron que él no era su verdadero señor.

—Tengo hambre —les dijo—. Denme algo de comer inmediatamente.

—Disculpe, su majestad —le dijo su mayordomo—, pero aún no hemos montado las tiendas y falta al menos una hora para que su cena esté lista. Creímos que...

—¡Quién te enseñó a creer! —lo interrumpió groseramente el falso rey—. ¡No eres más que un tonto! Tráeme en este instante un poco de carne de caballo. ¡Es la mejor carne del mundo!

El mayordomo apenas podía creer lo que escuchaba. El rey Lino, el hombre más cortés del mundo, ¡le hablaba de ese modo a su sirviente más fiel! ¡Y además quería carne de caballo, cuando él era de un apetito tan delicado que se alimentaba principalmente de fruta y pasteles! Vaya, vaya, nunca se sabe con la gente; y debía obedecerlo de inmediato si deseaba conservar la cabeza en su sitio. Quizá, después de todo, era el amor el que lo había vuelto loco y, de ser así, poco a poco volvería a ser el de siempre.

Sin importar las excusas que los viejos sirvientes pudieran inventar en nombre de su señor, para el momento en que la procesión llegó a la capital del reino del Hada Cisne, ya no quedaban caballos vivos, así que se vieron obligados a ca-

minar hacia el palacio. Ocultaron su sorpresa lo mejor que pudieron y le rogaron al rey que los siguiera, desmontando sus propios caballos mientras él, pensaban, prefería caminar. Poco después vieron al Hada Cisne y a su hija esperándolos en un balcón no muy alto, debajo del cual el rey se detuvo.

—Señora —dijo—, tal vez le sorprenda que haya venido a pedir la mano de su hija de una manera tan poco ceremoniosa, pero el viaje es largo y tenía mucha hambre, así que me comí mi caballo, pues la carne de caballo es la mejor del mundo, y obligué a mis cortesanos a comerse sus caballos también. Pero fuera de eso soy un gran rey y quiero ser su yerno. Y ahora que ya todo está arreglado, ¿dónde está Hermosa?

—Señor —dijo la reina tan decepcionada como sorprendida de los modales del rey, que eran muy diferentes de lo que le habían hecho creer—, usted posee el retrato de mi hija; no debió haberlo impresionado mucho si es usted incapaz de reconocerla de inmediato.

—No recuerdo ningún retrato —dijo Rabot—, pero a lo mejor está en mi bolsillo —añadió y lo buscó por todas partes, mientras las damas de compañía lo miraban con asombro y, como era de esperarse, él no encontraba nada. Cuando terminó de hurgarse los bolsillos se volvió hacia la princesa, quien se había sonrojado y estaba molesta, y le dijo—: Si eres tú con quien he venido a casarme, creo que eres muy hermosa y estoy seguro de que, si hubiera visto tu retrato, me habría acordado. Hagamos la boda lo más pronto posible. Mientras tanto me gustaría ir a dormir, pues su país es muy diferente al mío y puedo asegurarles que, después de caminar sobre piedras y arena durante días y días, uno necesita un descanso.

Y sin esperar una respuesta, le pidió a uno de los pajes que lo llevara a su habitación, donde al poco rato comenzó a

roncar tan fuerte que se le podía escuchar al otro lado de la ciudad.

Tan pronto se esfumó el invitado, la pobre princesa se arrojó a los brazos de su madre y rompió en llanto. Durante quince días había tenido frente a sí el retrato del rey Lino, y nunca había sacado de su bolsillo la carta de su propio embajador, en la que le hablaba de la gracia y los encantos del joven rey. Era cierto que el retrato había sido bastante fiel al original, pero ¿cómo podía un exterior tan bello contener un alma tan áspera y maleducada? Hasta esto lo habría podido perdonar la princesa si el rey hubiera exhibido alguna de las muestras de amor y admiración a las que estaba tan acostumbrada desde hacía tiempo. En cuanto a su madre, la pobre Hada Cisne estaba tan sorprendida de los modales de su nuevo yerno que se había quedado casi sin habla.

Así estaban las cosas cuando el chambelán del rey Lino le solicitó una audiencia en privado a su majestad, el Hada Cisne; tan pronto se encontraron a solas, él le dijo que temía que su señor se hubiera vuelto loco de golpe o se encontrara bajo el hechizo de algún mago.

—Yo ya estaba bastante desconcertado, pero cuando el rey no pudo reconocer a la princesa ni pudo encontrar su retrato, del cual no se separaba ni un solo instante, mi sorpresa se ha vuelto absoluta. Tal vez, señora, sus dones de hada puedan ayudarnos a descubrir la razón de este cambio en alguien cuya cortesía daba de qué hablar en todo el reino —dijo y, tras hacer una reverencia, se retiró.

La reina se quedó sumida en sus pensamientos. De pronto su rostro se iluminó, y entonces se dirigió hacia un viejo cofre que guardaba en un cuarto secreto, de donde sacó un pequeño espejo. En ese espejo ella podía ver reflejado a la perfección lo que deseara, y en ese momento

lo que deseaba sobre todas las cosas era mirar al rey Lino *como realmente era*.

¡El chambelán tenía razón! No era el que estaba recostado en la cama roncando con tal fuerza que todo el palacio se sacudía debajo de su habitación. No, este era su verdadero yerno: el hombre vestido con sucios ropajes, encerrado en una de las torres más protegidas de Ismenor, que besaba el retrato de Hermosa, el cual había pasado inadvertido para el hechicero debido a que el joven rey lo había atado a sus cabellos para guardarlo mejor. La reina llamó a su hija de inmediato, le pidió que mirara, y Hermosa tuvo el placer de ver a Lino, quien se comportaba exactamente como ella lo hubiera deseado. Aún tenía el espejo en las manos cuando se abrió la puerta de la prisión y entró la espantosa Riquette, quien, a juzgar por sus gestos y sobre todo por la mirada, parecía pedirle un favor a Lino que este se negaba a concederle. Desde luego, Hermosa y su madre no podían escuchar sus palabras, pero, a juzgar por la cara enojada de Riquette al salir de la habitación, no era difícil adivinar lo que había pasado. Sin embargo, el espejo tenía algo más que revelar, pues parecía que, furiosa por haber sido rechazada por el rey, Riquette les había ordenado a cuatro fornidos guardias que lo azotaran hasta que perdiera el sentido, cosa que hicieron ante la mirada de Hermosa, quien horrorizada dejó caer el espejo, el cual se hubiera estrellado contra el piso si su madre no lo hubiera atrapado a tiempo.

—Contrólate, hija mía —dijo el hada—. Necesitamos de todas nuestras facultades para rescatar al rey del poder de estas malvadas personas. Y primero tenemos que averiguar quién es el hombre que ha usurpado su nombre y rostro.

Entonces, tomando el espejo, deseó poder mirar al falso amante, y el cristal le arrojó la imagen de un mozo de cua-

dra, grasiento, recostado tal cual como estaba vestido, en una cama del reino.

—¡De manera que esta jugarreta quería hacernos Ismenor! Bien, nos vengaremos de esto, cueste lo que cueste. Pero debemos cuidarnos mucho de que él no sepa que no ha logrado engañarnos, pues sus artes de hechicería son más fuertes que las mías y debo ser muy prudente. Para empezar tendré que dejarte sola unos días, y si el falso rey pregunta por qué, dile que he tenido que resolver ciertos asuntos en la frontera de mi reino. Mientras tanto, asegúrate de tratarlo con la mayor cortesía y organiza algunas fiestas para que se entretenga. Si ves que sospecha algo, puedes darle a entender que tengo la intención de cederle mi corona el día de tu boda. Y por ahora, ¡hasta pronto! —Después de decir esto, el Hada Cisne se despidió agitando la mano, luego descendió una nube que la cubrió, y nadie podría haber imaginado que esa hermosa nube blanca que volaba tan veloz por el cielo era el carruaje que llevaba al Hada Cisne hasta la torre de Ismenor.

*

La torre estaba situada en medio de un bosque, de manera que la reina pensó que, si se ocultaba debajo de los árboles oscuros, sería fácil aterrizar sin ser vista. Pero la torre estaba encantada, y mientras más se empeñaba en aterrizar, más se lo impedía cierta fuerza. Por fin, utilizando todo su poder, logró descender hasta el pie de la torre y ahí, débil y a punto de desmayarse a causa de tantos esfuerzos, no perdió tiempo en utilizar sus hechizos. Descubrió que solo podría vencer a Ismenor con la ayuda de una piedra del anillo de Gyges. Pero ¿cómo obtendría este anillo? El libro de magia indicaba que Ismenor lo guardaba día y noche entre sus tesoros más pre-

ciados. Aun así, ella debía obtenerlo. Lo primero que hizo fue visitar al real prisionero. Así que extrajo una de sus tablillas y escribió lo siguiente:

“El ave que te trae esta carta es el Hada Cisne, madre de Hermosa, ¡quien te ama tanto como tú a ella!”. Y después le describió el terrible plan del que él había sido víctima. Entonces se transformó en una golondrina y comenzó a volar alrededor de la torre hasta descubrir la ventana de la prisión de Lino. Estaba tan alta que los barrotes resultaban innecesarios, sobre todo porque había cuatro soldados afuera, montando guardia en el pasillo. Así logró entrar el hada y posarse en el hombro del rey, pero él estaba tan absorto mirando el retrato de la princesa, que le tomó algún tiempo llamar su atención. Por fin le rascó la mejilla con una de las esquinas de la carta, y él se volvió a mirarla sobresaltado. Al ver que era una golondrina supo que la ayuda había llegado, abrió la carta y lloró de alegría al leer las palabras que contenía, y le hizo mil preguntas sobre Hermosa que el ave no pudo contestarle, aunque asintiendo repetidamente con la cabeza le dio a entender que continuara leyendo.

—¿Dices que debo fingir que deseo casarme con la horrible Riquette?, —preguntó cuando terminó la lectura—. ¿Me pides que obtenga la piedra del mago?

A la mañana siguiente, cuando Riquette acudió a visitarlo como cada día, él la recibió con mejor disposición de la acostumbrada. La hija del mago no pudo ocultar el gusto que este cambio le produjo, y él, aludiendo a estas muestras de alegría, le contó que había tenido un sueño a través del cual se había enterado de que Hermosa era inconstante; también, que un hada había aparecido y le había informado que si quería romper las promesas que lo ataban a la infiel princesa y rehacerlas con la hija de Ismenor, debía poseer

por un día y una noche una piedra del anillo de Gyges, el cual estaba actualmente en posesión del mago. A Riquette le maravilló tanto la noticia que echó los brazos alrededor del cuello del rey y lo abrazó con ternura, cosa que a él le disgustó bastante (de hecho, habría preferido las lanzas de los soldados). Sin embargo, no había cómo evitarlo e hizo lo posible por parecer contento, hasta que Riquette lo tranquilizó diciéndole que acudiría de inmediato a pedir y conseguir la piedra preciosa de su padre.

La petición de su hija sorprendió a Ismenor, quien de inmediato sospechó que había algo raro, pero después de pensarlo bien no encontró ninguna manera en la que el rey —tan bien custodiado— hubiera podido establecer contacto con el Hada Cisne. Aun así, no quería hacer nada deprisa así que, ocultando su consternación, le dijo a Riquette que lo único que deseaba era hacerla feliz y que, como ella deseaba tanto la piedra, iría a traerla inmediatamente. Entonces se dirigió al cuarto en donde producía todos sus hechizos y descubrió que el Hada Cisne, su enemiga, se encontraba en ese momento en su palacio.

—¡Con que esas tenemos! —dijo sonriendo con gravedad—. Bien, le daré una piedra, pero una piedra que convierte en mármol a todo aquel que la toca. —Después de meter un rubí en una caja, regresó con su hija—. Aquí está el talismán con el que conseguirás el amor del rey Lino —le dijo—, pero asegúrate de darle la caja sin abrir porque de lo contrario la piedra perderá todas sus virtudes.

Dando un grito de alegría, Riquette le arrebató la caja de las manos y se fue corriendo a la prisión, seguida de su padre, quien sujetando con firmeza el pañuelo encantado podía mirar el resultado de su hechizo sin ser visto. Tal como lo suponía, al pie de la torre estaba el Hada Cisne, quien había

tenido la imprudencia de aparecer en su forma original, esperando la piedra que el príncipe le iba a arrojar por la ventana. El hada atrapó con avidez la caja que el rey le arrojó desde lo alto, pero en cuanto sus dedos tocaron el rubí, una extraña rigidez se apoderó de ella, sus miembros se endurecieron y su boca apenas pudo pronunciar estas palabras:

—Nos han traicionado.

—Así es, has sido traicionada —gritó Ismenor con una voz terrible—. Y tú —añadió, arrastrando al rey hasta la ventana—, tú te vas a convertir en un loro y así permanecerás hasta que puedas convencer a Hermosa de que te aplaste la cabeza.

Ni bien había terminado de pronunciar estas palabras cuando un loro azul salió volando hacia el bosque. El mago, a bordo de su carroza alada, se dirigió de inmediato a la Isla de los Cisnes, donde convirtió a todos en estatuas, exactamente en la posición en la que estaban al momento de su llegada. Ni siquiera Rabot se salvó. Solo a Hermosa no la transformó en piedra, pero le ordenó que se subiera a la carroza con él. En pocos minutos, llegó al Bosque de las Maravillas; ahí se apeó el mago y sacó a la princesa a rastras detrás de él.

—He transformado a tu madre en una estatua y a tu amante en un loro —le dijo—, y a ti te voy a convertir en un árbol y así te quedarás hasta que hayas destrozado la cabeza de la persona que más amas en el mundo. Pero te dejaré la memoria y la conciencia intactas para que tu tortura se haga mil veces mayor.

Aunque era un mago muy poderoso, Ismenor no habría podido inventar un destino más terrible aunque lo hubiera intentado durante cuatrocientos años. Las horas se le hacían eternas a la pobre princesa, quien deseaba que un hacha de leñador le pusiera fin a su miseria. ¿Cómo podrían liberarse

de esa condena? Y aun suponiendo que el rey Lino volara en esa dirección, había miles de loros azules en el bosque. ¿Cómo podría reconocerlo, o él a ella? En cuanto a su madre, ¡ay!, era algo demasiado terrible como para pensar en eso, pero igual siguió buscando una manera de resolver el asunto.

Mientras tanto, el loro azul voló por el mundo haciendo amigos por todas partes, hasta que un día entró en el castillo de un viejo hechicero que acababa de casarse con una joven hermosa. Se llamaba Granadina y llevaba una vida bastante aburrida, así que le gustó mucho la idea de tener un compañero de juegos, por lo que le dio una caja de oro para dormir y deliciosos frutos para comer. Solo había una cosa que no le gustaba del loro: no hablaba como los demás.

—Si supieras lo feliz que me haría escucharte, seguramente lo intentarías —le gustaba decirle al loro, pero este no parecía oírla.

Sin embargo, una mañana salió Granadina de su habitación a recoger unas flores; y el loro, encontrándose a solas, brincó sobre la mesa, tomó un lápiz con el pico y escribió algunos versos sobre un trozo de papel. Mientras terminaba de escribir sus versos escuchó un ruido, dejó caer el lápiz y salió volando por la ventana.

Apenas había dejado caer el lápiz cuando el hechicero levantó una punta de la cortina que colgaba del marco de la puerta y entró en la habitación. Vio el papel sobre la mesa, lo tomó, y cuál no sería su sorpresa al leer:

Para merecer tu gracia, princesa,
hablaré aunque no pueda usar la voz.
Preferiría el silencio en esta mesa
que el parloteo de cacatúa atroz.

“Ya sospechaba yo que ese loro estaba encantado”, pensó el hechicero. Y fue en busca de sus libros, en los cuales encontró que, en lugar de un loro, era en realidad un rey que había sido encantado por un mago, y que ese mago era a quien más odiaba el hechicero en el mundo. Siguió leyendo con avidez, buscando algún modo de romper el encanto, hasta que por fin, al cabo de un tiempo, encontró felizmente el remedio. Se dirigió hacia su esposa, quien estaba recostada sobre unos cojines bajo el árbol donde solía posarse el loro, y le contó que su ave favorita era en realidad el rey de un gran país y que, si atraía al ave con un silbido, juntos podrían ir al Bosque de las Maravillas.

—... donde podré devolverle su forma original. Sin embargo, no deberás gritar ni tener miedo de lo que voy a hacer allí —le dijo—, o todo saldrá mal.

Al instante, la esposa del hechicero se incorporó de un salto de tan contenta que estaba y comenzó a silbar la canción que tanto le gustaba al loro, pero como él no quería que supieran que había escuchado la conversación, esperó hasta que ella se diera vuelta para descender del árbol y posarse en su hombro. Entonces todos abordaron un bote dorado que los llevó hasta un claro del bosque, donde había tres árboles enormes apartados.

—Quiero estos tres árboles para mi fuego mágico —le dijo a su esposa—. Coloca al loro en esa rama, donde estará completamente a salvo, pero apártate un poco. Si te acercas mucho podrían aplastarte la cabeza al caer.

Al escuchar estas palabras, el loro recordó la profecía de Ismenor y se preparó con el corazón latiéndole a todo lo que daba al pensar que en uno de esos tres árboles estaba mirando a Hermosa. Entonces el mago tomó una espada y aflojó las raíces de los tres árboles de manera que pudieran caer los tres

juntos. En cuanto el loro vio que se tambaleaban desplegó sus alas y voló directamente debajo del que estaba en medio, que era el más bello de los tres. Se escuchó un golpe tremendo, y entonces Hermosa y Lino se encontraron de pronto frente a frente, tomados de la mano.

Al cabo de un momento, la princesa pensó en su madre y, dejándose caer a los pies del mago, quien sonreía por el éxito de su plan, le suplicó que la ayudara una vez más y le devolviera su forma original al Hada Cisne.

—Eso no es tan fácil —le dijo—, pero veré qué puedo hacer. Entonces se transportó a su palacio por una botellita de agua envenenada y esperó. Al caer la tarde se dirigió de nuevo hacia la torre de Ismenor. Desde luego, si Ismenor hubiera consultado sus libros, se habría percatado de lo que estaba haciendo su enemigo y se habría podido proteger, pero había comido y bebido demasiado, y se había ido a dormir con un sueño muy pesado. Transformado en un murciélago, el mago entró en la habitación y, oculto entre las cortinas, derramó todo el líquido sobre el rostro de Ismenor, el cual murió sin soltar un gemido. En ese mismo instante el Hada Cisne volvió a convertirse en mujer, pues ningún mago, sin importar cuán poderoso, puede hacer hechizos que se prolonguen más allá de su propia vida.

Cuando el Hada Cisne volvió a su reino encontró a todos sus cortesanos esperándola en la entrada y en medio de ellos estaban Hermosa y el rey Lino, quienes no cabían de felicidad. Detrás de ellos, aunque un poco lejos, estaba Rabot, a quien le habían cambiado sus sucios ropajes por unos limpios, cuando le fue concedido su mayor deseo y la princesa lo nombró encargado de los establos.



La esposa del hechicero le silbó al loro.

Y aquí debemos despedirnos de ellos, con la certeza de que vendrán muchos años felices después de las terribles dificultades por las que tuvieron que pasar.*

* Versión adaptada del libro *Le Cabinet des Fées*.

GEIRLAUG, LA HIJA DEL REY

Un día, un poderoso rey y su bellísima esposa estaban sentados en uno de los jardines de la capital de su reino, y hablaban largo y tendido sobre el futuro de su pequeño hijo, el cual dormía a su lado en una hermosa cuna dorada. Llevaban varios años de casados, pero no habían tenido hijos, por lo que al llegar este bebé se sintieron la pareja más feliz del mundo. Era un niño robusto al que le gustaba dar de patadas y soltar puñetazos, pero aun si hubiera sido débil y pequeño, para ellos habría sido la creatura más hermosa sobre la tierra. Estaban tan absortos haciendo planes para él que no se percataron de una enorme sombra que se arrastraba lentamente hasta que una horrible cabeza de dientes brillantes se alzó sobre ellos y en un instante les arrebató al bebé.

Por un tiempo, el rey y la reina permanecieron en su lugar y se quedaron sin habla del horror. Entonces el rey se incorporó despacio, le tendió la mano a su esposa y la condujo llorando hacia el palacio. Durante varios días ninguno de sus súbditos supo nada de ellos.

Mientras tanto, el dragón remontó el vuelo hacia lo alto, sosteniendo la cuna entre los dientes con el bebé aún dormido. Voló tan rápido que muy pronto cruzó la frontera con otro reino y de nuevo encontró al rey y la reina de este nuevo

país sentados en su jardín con una niña muy pequeña recostada en una cuna de encaje y satín blanco. Descendió en picada por detrás, como lo había hecho antes, y estaba a punto de tomar la cuna cuando el rey se incorporó de un salto y le dio tal golpe con su báculo de oro que el dragón no solo retrocedió por el dolor, sino que dejó caer al niño mientras batía las alas y volvía a elevarse por el aire para alejarse del peligro.

—Eso estuvo cerca —dijo el rey volviéndose hacia su esposa, quien estaba pálida del susto y sujetaba a la bebé entre los brazos con gran fuerza.

—Aterrador —murmuró la reina—. Pero ¿qué es ese objeto brillante que está ahí afuera? —preguntó. El rey caminó hacia el lugar que ella le señalaba y cuál fue su sorpresa cuando encontró otra cuna y otro bebé.

—¡Vaya! El monstruo debió robarse a este bebé de la misma manera en que quería robarse a Geirlaug —dijo y se agachó para leer lo que estaba bordado en el precioso lino con que estaba envuelto el bebé—. ¡Es Grethari, hijo del rey Grethari!

Por desgracia, los dos monarcas vecinos habían tenido serios problemas y llevaban varios años sin hablarse. Por ello, en lugar de enviar de inmediato a un mensajero para decirle a Grethari que su hijo estaba a salvo, el rey prefirió adoptar al bebé, el cual fue criado junto con la princesa Geirlaug.

Durante un tiempo, las cosas marcharon bien con los niños, quienes eran tan felices como largos los días, hasta que llegó un día en que la reina ya no pudo echar más carreritas ni jugar a las escondidas con ellos en el jardín como tanto le gustaba, y se limitó a verlos jugar desde una pila enorme de suaves cojines. Poco a poco dejó de hacer hasta eso. La gente de palacio comenzó a hablar en voz baja, y hasta Geirlaug y Grethari caminaban con sigilo y pisaban sin hacer ruido



El dragón voló desconcertado.

cuando pasaban cerca de su habitación. Una mañana, el rey los mandó llamar y, con los ojos rojos del llanto, les dijo que la reina había muerto.

Los niños se pusieron muy tristes, pues amaban profundamente a la reina, y sin ella la vida parecía no tener chiste. Sin embargo, la dama de compañía que se ocupaba de ellos en la torre que les habían construido cuando aún eran bebés era buena y amable. Cuando el rey se ocupaba de ciertos asuntos o se encontraba fuera del reino, ella los cuidaba y hacía felices, y se cercioró de que los niños aprendieran todo lo que un príncipe y una princesa debían saber. Así pasaron dos o tres años, hasta que un día, mientras los chicos esperaban ansiosos el regreso de su padre de una lejana ciudad, llegó un mensajero que el rey había enviado de avanzada para decirles que el soberano traía a una nueva esposa con él.

Ahora bien, en sí mismo no tenía nada de extraño ni terrible que el rey se volviera a casar, pero, tal como lo sospechó la dama de compañía, la reina, a pesar de su belleza, era una bruja. Se le notaba con facilidad porque sentía celos de todo aquel que pudiera obtener cierto poder sobre su esposo, lo que no auguraba nada bueno para Geirlaug y Grethari. La buena mujer no podía dormir por pensar en su deber, y se le fue el alma a los pies cuando, a pocos meses de la boda, estalló la guerra contra un país lejano, al otro lado del mar, y el rey se marchó a la cabeza de sus tropas. Entonces ocurrió lo que ella había temido durante mucho tiempo. Una noche, contrario a lo que siempre le ocurría, se quedó dormida por completo (después pensó que le debían haber puesto alguna droga en la comida), y la bruja fue a la torre. Nadie supo qué hizo exactamente, pero al salir el sol las camas de Grethari y de Geirlaug estaban vacías. Al amanecer, la reina mandó llamar a algunos de sus guardias, les dijo que le habían ad-

vertido en sueños que sobre ella caería un mal terrible en forma de bestia salvaje y les ordenó que mataran a todos los animales que se encontraran a tres kilómetros a la redonda. Pero las únicas bestias que encontraron fueron dos potrillos negros de una belleza digna de la caballería del propio rey. Sería una pena matarlos, pues, ¿qué daño podrían hacerle a alguien dos potrillos? Así que los dejaron escapar para que jugaran por los llanos, y volvieron al palacio.

—¿No vieron *nada*?, ¿*nada* de nada? —preguntó la reina cuando regresaron y se presentaron frente a ella.

—Nada, su majestad —le contestaron.

Pero la reina no les creyó, y en cuanto se fueron le dio órdenes al mayordomo de que durante la cena no les faltara vino a los guardias para que se les aflojara la lengua, y de que escuchara todo lo que dijeran y le informara a la reina cualquier cosa que a ellos se les escapara.

—Las órdenes de la reina han sido ejecutadas —dijo el mayordomo una vez que logró que lo dejaran entrar a los aposentos reales esa noche—. Después de todo, los hombres le dijeron la verdad. Escuché su conversación de principio a fin, y no vieron nada salvo dos potrillos negros.

El mayordomo habría añadido algo más, pero la mirada ardiente de la reina lo atemorizó y, tras hacer una reverencia, salió a toda prisa.

El rey volvió a casa una semana después, y sus cortesanos estaban felices de verlo.

—Tal vez por fin le gritará a alguien más —murmuraban entre ellos. Se referían a la reina, quien había descargado su furia sobre ellos en esos días, aunque nadie sabía qué la había hecho enojarse tanto. Pero, sin importar lo que fuera, las cosas mejorarían con el rey gobernando en palacio en lugar de su esposa. Por desgracia, su alegría duró muy poco, pues a la

noche siguiente de la llegada del rey, la reina le contó el sueño maligno que había tenido durante su ausencia y le suplicó que a la mañana siguiente saliera a cazar a cualquier animal vivo que encontrara a tres kilómetros a la redonda. El rey, quien siempre le creía todo a la reina, le prometió que así lo haría. Pero antes de salir a todo galope por los bellos jardines que rodeaban el palacio, el canto de dos pájaros azules posados en un acebo de bayas rojas llamó su atención y lo hizo pensar en todas las cosas hermosas que alguna vez había escuchado o imaginado. Pasaban las horas, los pájaros seguían cantando, y el rey los escuchaba, aunque por supuesto no sabía que se trataba de Geirlaug y Grethari, cuyo canto lo tenía hechizado. Cayó por fin la noche, las aves callaron, y el rey despertó de su trance para darse cuenta de que ese día no había podido cumplir la promesa que le había hecho a la reina.

—Y bien, ¿viste algo? —le preguntó impaciente cuando el rey entró en su habitación.

—Querida mía, me avergüenza contarte la verdad, pero resulta que apenas había llegado al portón del ala oeste cuando escuché el canto de dos pájaros azules, y ese canto me hizo olvidarme de todo lo demás que hay en el mundo. Y no lo vas a creer, pero hasta que cayó la tarde recordé dónde estaba y qué debía estar haciendo. Sin embargo, mañana nada me impedirá cumplir tus deseos.

—No habrá ningún mañana —murmuró la reina mientras se retiraba con un extraño brillo en los ojos, pero el rey no alcanzó a escucharla.

Esa noche el rey ofreció una opulenta cena para celebrar la victoria que había obtenido sobre el ejército enemigo. Los tres hombres que la reina había enviado a matar a las criaturas salvajes ocupaban puestos de confianza en la casa real, pues su deber era custodiar a la reina. Sin embargo, siempre

que había un festín, su lugar estaba a un lado del rey, de manera que fue muy fácil para la reina verter en sus copas un veneno fatal, aunque de efecto retardado, sin que nadie se diera cuenta.

Antes del amanecer, el palacio despertó con la noticia de que el rey había muerto y de que tres de los guardias estaban agonizando. Desde luego, los gritos y lamentos de la reina opacaban los de los demás, pero, una vez que terminaron los funerales reales, declaró que se retiraría a un castillo lejano a pasar el año de luto que le correspondía y, tras dejar a un administrador encargado del reino, emprendió el viaje acompañada de una doncella que sabía todos sus secretos. En cuanto salió del palacio comenzó a preparar su hechizos para descubrir bajo qué forma se hallaban escondidos Geirlaug y Grethari. Por suerte, la princesa había estudiado magia con una antigua institutriz y de ese modo pudo conocer el malvado plan de su madrastra. De inmediato se transformó en una ballena y a su medio hermano, en su aleta. Entonces la reina cobró la forma de un tiburón y emprendió la persecución.

Durante varias horas se libró una batalla entre la ballena y el tiburón, y en el mar se formó un círculo rojo de sangre a su alrededor; primero tomaba ventaja uno de los combatientes, luego el otro, pero al final no les quedó duda a los peces que se habían reunido para presenciar la lucha de que la ballena saldría victoriosa. Y así fue. Sin embargo, aunque después de una terrible lucha el cadáver del tiburón flotaba inocuo sobre la superficie del agua, la ballena estaba exhausta a tal punto que apenas tuvo fuerzas para dirigir su cuerpo herido hasta una pequeña bahía donde permaneció tan quieta como si hubiera muerto. Al cabo de tres días sus heridas sanaron, y entonces comenzó a pensar qué sería lo mejor.

—Regresemos al reino de tu padre —le dijo a Grethari una vez que ambos recobraron sus verdaderos cuerpos y estuvieron sentados en un alto acantilado sobre el mar.

—¡Qué lista eres! ¡Nunca se me hubiera ocurrido! —contestó Grethari, quien a decir verdad no era listo en absoluto. Pero Geirlaug extrajo una cajita con polvos blancos de su vestido y los esparció sobre él y luego sobre ella misma, y más rápido que un rayo se encontraron afuera del palacio donde el dragón había secuestrado a Grethari hacía muchos años.

—Ahora toma la cinta con letras doradas y amárrala a tu frente —dijo Geirlaug—, y ve decididamente hasta el castillo. Pero recuerda, sin importar cuánta sea tu sed, no debes beber nada hasta que hayas hablado con tu padre. Si lo haces, nos caerá una maldición a ambos.

—¿Por qué me daría sed? —preguntó Grethari mirándola con asombro—. No tardaré más de cinco minutos en llegar a la entrada del castillo.

Geirlaug se quedó tranquila, aunque en sus ojos había cierta tristeza.

—Adiós —le dijo ella y se volvió para darle un beso.

Grethari había creído sinceramente que podía llegar a la puerta del castillo en cinco minutos. Nadie se habría imaginado ni en sueños que le tomaría más tiempo. Sin embargo, para su sorpresa, la puerta que estaba ahí abierta de par en par y por la que podía distinguir el color de los tapices del interior no parecía estar más cerca. Mientras tanto, el sol quemaba más y más a cada momento, y la lengua se le reseca por la sed.

—¡No lo entiendo! ¿Qué es lo que pasa conmigo? ¿Por qué no he llegado al castillo desde hace rato? —murmuró mientras las rodillas se le doblaban por el cansancio y su mente naufragaba. Se tambaleó unos pasos más a ciegas, has-

ta que de pronto escuchó el sonido de un arroyo; y en un pequeño bosque que bordeaba el camino observó una caída de agua sobre una roca. En ese momento olvidó la promesa que le hizo a Geirlaug. Se abrió camino entre las zarzas que le rasgaban la ropa y se arrojó a un lado de la fuente, tomó una taza de oro que colgaba de un árbol y dio un trago enorme.

Cuando se levantó, los recuerdos de Geirlaug y de su vida pasada desaparecieron; en su lugar, algo remoto se removió muy dentro de él al ver a aquel hombre y a aquella mujer de cabellos blancos que estaban frente a la puerta abierta con los brazos extendidos.

—¡Grethari! ¡Grethari! Por fin has vuelto a casa — exclamaron sus padres.

*

Geirlaug esperó tres horas en el lugar donde Grethari la había dejado, y poco a poco entendió lo que había ocurrido. Se le oprimía el corazón, pero después de cavilar tomó una decisión sobre qué hacer. Salió del bosque casi a empujones, bordeó el alto muro que circundaba el parque y los jardines reales hasta llegar a una cabañita donde el guardabosque vivía con sus dos hijas.

—Hola. Estoy buscando trabajo; puedo barrer el piso y ordeñar a las vacas. ¿Les interesa? —preguntó cuando una de las hijas abrió la puerta.

—Sí nos interesa y mucho. Y, como te ves fuerte y limpia, te aceptaremos como sirvienta si quieres —le dijo la joven—. Pero primero dime cómo te llamas.

—Lauperta —contestó Geirlaug de inmediato, pues no deseaba que nadie supiera quién era en realidad. Siguió a su nueva señora al interior de la casa y le pidió que le indicara su

trabajo sin mayor demora. Y como era tan lista, poco a poco se fue corriendo el rumor de que no había en todo el reino quien igualara en destreza y hermosura a la extraña muchacha que había llegado a vivir a casa del guarda. Así pasaron los años hasta que Geirlaug se convirtió en una mujer. De vez en vez veía a Grethari a caballo yendo a cazar en el bosque, pero cuando lo veía aproximarse se escondía detrás de los árboles más grandes porque el corazón aún le pesaba a causa de su descuido. Sin embargo, un día en que ella estaba recolectando algunas plantas, él se le acercó de pronto, sin darle tiempo de escapar. Sin embargo, como tenía el rostro y las manos manchados de tierra, y llevaba su hermoso cabello cubierto con un sombrero rojo, Grethari no podría haberse imaginado que se trataba de su hermana adoptiva.

—¿Cómo te llamas, bella muchacha?

—Lauperta —respondió la joven con una breve reverencia.

—De modo que eres tú de quien tanto he oído hablar —dijo—. Eres demasiado bella como para pasarte la vida sirviendo a las hijas del guardabosque. Ven conmigo al palacio, y la reina, mi madre, te nombrará una de sus damas de compañía.

—Eso sería grandioso —dijo la doncella—, y si habla en serio, iré con usted, pero ¿cómo sabré que no está bromeando?

—Pídeme que haga algo por ti, lo que sea, y lo haré —le dijo el joven con avidez. Ella bajó la mirada y le contestó:

—Vaya al establo y ate al becerro que ahí está, de manera que por la noche no se libere y salga a deambular, pues el guardabosque y sus hijas me han tratado bien y no me gustaría irme sin dejarles nada a cambio por el trabajo que aún no he realizado.

Entonces Grethari se dirigió al establo donde estaba el becerro y le ató la cuerda alrededor de los cuernos, pero cuan-

do lo hubo atado al muro por el otro extremo, descubrió que un borde de la cuerda se le había enredado en la muñeca y, aunque tiraba con todas sus fuerzas, no podía liberarse. Pasó toda la noche tratando de liberarse del nudo hasta que cayó medio muerto a causa del cansancio. No obstante, cuando salió el sol, la cuerda se soltó de pronto por sí sola, y Grethari regresó al palacio muy enojado con la doncella.

—Es una bruja —se dijo entre dientes—, y no quiero tener nada qué ver con ella. —Se metió a su cama de un salto y durmió todo el día.

Poco después de esta aventura, el rey y la reina enviaron a su hijo amado a realizar una embajada a un país vecino: buscar a una novia entre siete princesas. Desde luego, la más bella fue la elegida, y la joven pareja se embarcó sin tardanza hacia el reino de los padres del príncipe. El viento era favorable y el barco tan rápido que llegaron al puerto más cercano al castillo en menos de lo esperado. Había un espléndido carruaje puesto a su disposición muy cerca de la playa, pero no había caballos por ningún lado, pues todos habían sido llevados al reino porque el rey quería pasarles revista ese día en honor del matrimonio de su hijo.

—No pienso quedarme aquí todo el día —dijo la princesa, enojada, cuando Grethari le habló del aprieto en el que se encontraban—. Estoy más que exhausta, así que tendrás que encontrar algo que tire del carruaje, aunque sea un burro, porque de lo contrario regresaré directamente al reino de mi padre.

El pobre de Grethari se preocupó al escuchar las palabras de la princesa. Tampoco era que estuviera muy enamorado de ella, pues durante el viaje se dio cuenta muchas veces de lo vanidosa que era y de su mal carácter, pero, como príncipe y novio, no podía pensar en que ella le hicie-

ra ningún desaire. Así que le ordenó a su séquito que fuera a buscar algún animal y que lo trajera de inmediato al lugar donde estaban esperando.

Durante la larga espera, la princesa se sentó en el hermoso carruaje; se había cubierto con su manto de terciopelo azul espolvoreado con abejas de plata de tal modo que no se le asomaba ni la punta de la nariz. Por fin apareció una chica que llevaba a un buey delante, y detrás de ella venía uno de los mensajeros del príncipe que hablaba con entusiasmo.

—¿Puedes prestarme tu buey, bella dama? —le preguntó Grethari, quien se incorporó de un salto y corrió para alcanzarlos—. Dinos cuánto quieres y lo pagaremos sin reparos, pues nunca se vio el hijo de un rey en semejantes apuros.

—Como pago quiero lugares para mí y mis dos amigas detrás de ti y de la novia en el festín de la boda —dijo ella, lo que Grethari aceptó gustoso.

Seis caballos no habrían tirado del carruaje a la velocidad con que lo llevaba este buey. Los árboles y los campos pasaban tan rápido que la princesa se mareó, y además los novios esperaban sentirse indispuestos en cualquier momento. Sin embargo, a pesar de sus temores, nada ocurrió y llegaron sanos y salvos a las puertas de palacio ante la gran sorpresa del rey y la reina. Los preparativos para la boda se realizaron a la brevedad y todo quedó listo al cabo de una semana. Quizá fue muy bueno que durante esos días la princesa estuviera muy ocupada con sus vestidos y sus joyas, y que casi no le pusiera atención a Grethari, porque así, cuando llegó el día de la boda, él ya casi había olvidado lo grosera y difícil que ella se puso durante el viaje.

Las personas de más edad del pueblo coincidieron en que nunca se había visto una procesión matrimonial tan espléndi-

da como ésta que llegó hasta el gran salón, donde se llevaría a cabo el gran festín previo a la ceremonia en palacio. La princesa estaba de muy buen humor; sentía que todas las miradas caían sobre ella, hacía pequeñas reverencias y sonreía a diestra y siniestra. Tomando al príncipe de la mano, navegó orgullosa hasta la habitación donde estaban reunidos los invitados y se dirigió a su lugar en la cabecera de la mesa, al lado del novio. Mientras ocupaba su lugar, tres extrañas damas con vestidos brillantes en color azul, verde y rojo se deslizaron hacia allá y se sentaron en una banca desocupada que estaba justo detrás de la joven pareja. La dama de rojo era Geirlaug, quien había traído con ella a las hijas del guardabosque, y en una mano llevaba una varita de abedul y en la otra, una canasta cerrada.

Se sentaron en silencio mientras el festín continuaba; prácticamente nadie notó su presencia o, si algunos lo hacían, pensaban que se trataba del séquito de la futura reina. De pronto, cuando el júbilo estaba en su apogeo, Geirlaug abrió la canasta y de ella salieron volando un gallo y una gallina. Para sorpresa de todos, las aves comenzaron a caminar en círculos alrededor de la pareja real; el gallo arrancaba las plumas de la cola de la gallina, la cual intentaba escapar en vano.

—¿Me vas a tratar tan mal como Grethari trató a Geirlaug? —preguntó al fin la gallina. Grethari escuchó y se puso de pie de un salto. En un instante recobró la memoria; se olvidó de la princesa que tenía a su lado y solo vio el rostro de la niña con quien había jugado muchos años atrás.

—¿Dónde está Geirlaug? —preguntó, mirando alrededor. Entonces su mirada se detuvo en la extraña dama de rojo. Ella le enseñó un anillo que él le había regalado cuando cumplió doce años, cuando aún eran niños y no pensaban en

el futuro—. Solo tú serás mi esposa —dijo tomándola de la mano y dirigiéndola al centro de la compañía.

No es fácil describir lo que pasó después. Desde luego, nadie entendía lo que había ocurrido, y tanto el rey como la reina creyeron que su hijo se había vuelto loco. En cuanto a la princesa, su enojo y coraje eran de no creerse. Los invitados abandonaron el salón lo más rápido que pudieron para que la familia real pudiera resolver sus propios asuntos. Al final se decidió entregar la mitad del reino a la princesa despechada como compensación en lugar de un esposo. Ella emprendió de inmediato el viaje de regreso a su país, donde muy pronto quedó comprometida con un joven noble al que, a decir verdad, ella prefería mucho más que a Grethari. Esa misma noche Grethari y Geirlaug se casaron, vivieron felices e hicieron feliz a su pueblo hasta el día de su muerte.*

* Versión tomada del *Neuisländischen Volksmärchen*.

LA HISTORIA DEL PEQUEÑO REY LOC

A tres o cuatro kilómetros de la costa de Francia, cualquiera que vaya navegando en un día tranquilo puede ver en las profundidades del mar troncos de árboles enormes que están de pie dentro del agua. Hace varios cientos de años, estos árboles formaban parte de un gran bosque, lleno de toda suerte de animales salvajes, y más allá del bosque había una bella ciudad protegida por un castillo en el cual vivían los duques de Clarides. Pero poco a poco el mar fue avanzando tierra adentro; los cimientos de las casas se socavaron y cedieron hasta que por fin un mar brillante se impuso sobre la tierra. Sin embargo, esto ocurrió mucho tiempo después de la historia que voy a contarles.

Los duques de Clarides siempre habían vivido entre los suyos y los habían protegido en tiempos de guerra y de paz. En la época en que nuestra historia comienza, el duque Roberto ya había muerto y había dejado a una joven y hermosa duquesa gobernando en su lugar. Desde luego, todo mundo esperaba que volviera a casarse, pero ella rechazaba a todos los pretendientes que pedían su mano. Decía que así como solo tenía un alma, solo podía tener un esposo, y que su hermosa bebé era suficiente para ella.

Un día estaba sentada en la torre, frente a la ventana que daba a un monte rocoso, el cual se cubría de flores moradas y amarillas en verano, cuando de pronto vio una tropa de jinetes cabalgando hacia el castillo. En el centro, montada sobre un caballo blanco con arreos negros y plateados, estaba una dama que la duquesa reconoció de inmediato como su amiga la condesa de Blanchelande, una joven viuda como ella, madre de un pequeño dos años mayor que Abeille des Clarides. La duquesa la saludó con alegría desde lo alto, pero esta alegría muy pronto se convirtió en lágrimas cuando la condesa se sentó a su lado sobre unos cojines y le contó el motivo de su visita.

—Como sabes, cuando una condesa de Blanchelande está pronta a morir encuentra una rosa blanca sobre su almohada —le dijo tomando la mano de su amiga entre las suyas—. Anoche me fui a recostar muy feliz, como hacía mucho tiempo no me sentía, pero esta mañana, al despertar, encontré la rosa en mi mejilla. No tengo a nadie más a quien pedirle ayuda y he venido a preguntarte si podrías cuidar de Youri, mi hijo, y dejar que sea un hermano para Abeille.

Las lágrimas ahogaron la voz de la duquesa, pero abrazó con fuerza a su amiga para consolarla. Las damas se despidieron en silencio, y en silencio la dama condenada montó su caballo y emprendió el camino a casa. Entonces, después de dejar a su pequeño hijo que aún dormía al cuidado de Francoeur, su mayordomo, se recostó en su cama sin hacer ruido, donde fue hallada muerta y en paz a la mañana siguiente.

Youri y Abeille crecieron juntos, y la duquesa mantuvo fielmente su promesa de ser una madre para ambos. Conforme iban creciendo, los llevaba a menudo en sus excursiones

por el ducado y les enseñaba a conocer a su gente, a sentir compasión por ellos y a ayudarlos.

Fue en una de estas excursiones que, después de pasar por praderas cubiertas de flores, Youri descubrió una gran extensión brillante al pie de unas montañas lejanas.

—¿Qué es eso, madrina? —preguntó—. Parece el escudo de un gigante.

—No; es un disco de plata tan grande como la luna —dijo Abeille girando sobre su poni.

—No es ni un disco de plata ni el escudo de un gigante —contestó la duquesa—, sino un hermoso lago. Pero, a pesar de su belleza, es peligroso acercarse a él, pues en sus profundidades habitan unas ondinas o espíritus del agua que atraen a su muerte a todos los que pasan por ahí.

No se dijo ni una palabra más sobre el lago, pero los niños no lo olvidaron y una mañana, al volver al castillo, Abeille se acercó a Youri y le dijo en voz baja:

—La puerta de la torre está abierta. Vamos a subir. A lo mejor encontramos algunas hadas.

Pero no encontraron ningún hada, y lo único que vieron fue que, desde el techo, el lago se veía más azul y más encantador que nunca. Abeille se le quedó mirando por un rato y luego dijo:

—¿Lo ves? Yo digo que vayamos.

—Pero no debemos —dijo Youri—. Ya sabes lo que dijo tu madre. Además, está muy lejos. ¿Cómo podríamos llegar hasta ahí?

—Tú lo deberías saber —le dijo Abeille en tono burlón—. De qué te sirve ser un hombre y aprender todo tipo de cosas si tienes que preguntármelo. Pero no importa; hay muchos hombres en el mundo y yo encontraré uno que me diga cómo llegar.

Youri se puso rojo del coraje; Abeille nunca le había hablado así. Aunque era dos años menor que él, de pronto parecía muchos años mayor. Se le quedó mirando con ojos de burla hasta que él se enojó de que una niña lo superara y, tomándola de la mano, le dijo con determinación:

—Muy bien. Los dos iremos al lago.

*

Al día siguiente, mientras la duquesa trabajaba en sus tapices rodeada de sus damas de compañía, los niños salieron a jugar al jardín como de costumbre. En cuanto se encontraron solos, Youri se volvió hacia Abeille, le tomó la mano y le dijo:

—Vamos.

—¿A dónde? —preguntó Abeille, abriendo los ojos como platos.

—Al lago, ¿a dónde más? —contestó él.

Abeille guardó silencio. Una cosa era fingir querer ser desobediente algún día muy distante, y otra muy diferente era dirigirse a un lugar tan lejano sin avisarle a nadie en el jardín.

—¡Y con zapatos de satín! Qué tontos son los niños.

—¡Tonto o no, voy al lago, y tú vienes conmigo! —exclamó Youri, quien no había olvidado ni perdonado la mirada que ella le había echado el día anterior—. A menos de que tengas miedo, y en ese caso iré solo.

Eso era demasiado para Abeille. Con lágrimas en los ojos se abalanzó sobre Youri y le rodeó el cuello con los brazos. Le dijo que, a donde él fuera, ella iría también. Así, tras haber hecho las paces, partieron.

Era un día muy caluroso, y la gente del pueblo pasaba la mayor parte del tiempo dentro de sus casas esperando a que

el sol bajara para dirigirse al trabajo o a jugar, de modo que los niños pasaron inadvertidos por las calles y cruzaron el río por el puente hacia las praderas de flores, por el camino que habían recorrido antes con la duquesa. Al cabo de un rato, Abeille comenzó a tener sed, pero el sol había secado toda el agua y no quedaba ni una gota. Caminaron un poco más y tuvieron suerte, pues encontraron un cerezo lleno de frutos. Después de un descanso y un almuerzo reconfortante, estuvieron seguros de que tenían la fuerza suficiente para llegar al lago en pocos minutos. Sin embargo, poco después Abeille comenzó a cojear; decía que le dolía el pie, así que Youri tuvo que desatarle las agujetas del zapato para ver qué tenía. Se le había metido una piedra, así que no fue difícil solucionarlo, y durante un rato siguieron por el camino dando saltos, cantando y conversando hasta que Abeille se detuvo de nuevo. Esta vez se le había salido un zapato, y al volverse a recogerlo alcanzó a mirar las torres del castillo, las cuales estaban tan lejos que se le oprimió el corazón y estalló en llanto.

—Está oscureciendo y los lobos nos comerán —sollozó. Pero Youri la abrazó para consolarla.

—¡Pero ya estamos muy cerca del lago! No hay nada qué temer. Pronto estaremos de vuelta en casa para la cena —le dijo él, y Abeille se secó las lágrimas y caminó a paso firme detrás de él.

Y sí, el lago estaba ahí; azul y plateado con tintes púrpuras y dorados creciendo entre sus bancos, y nenúfares flotando en su interior. No había señales de un solo hombre ni de alguna de las grandes bestias tan temidas por Abeille, sino solo marcas en la arena de pequeños pies en forma de tridentos. La niña se quitó de inmediato los zapatos y las medias, y se sumergió en el agua. Youri, por su parte, comenzó a buscar nueces y fresas a su alrededor, pero no encontró ninguna.

—De camino vi algunos arbustos de moras —dijo él—. Espérame aquí, voy a traer un poco de fruta y entonces emprendemos el camino de regreso a casa.

Y Abeille, reclinando la cabeza soñolienta en un suave cojín hecho de musgo, murmuró algo a modo de respuesta y pronto se quedó dormida. En su sueño, un cuervo que llevaba al hombre más pequeño jamás visto apareció flotando en el aire por un momento frente a ella y luego se esfumó. Al mismo tiempo, Youri volvió y colocó junto a ella un tallo lleno de fresas.

“Sería una pena tener que despertarla ahora”, pensó y deambuló entre unos sauces plateados hasta llegar a un lugar desde donde podía ver todo el lago. Bajo la luz de la luna, la ligera neblina esparcida sobre la superficie lo asemejaba al país de las hadas. Después el velo de plata pareció romperse poco a poco, y las siluetas de unas mujeres hermosas con los brazos extendidos y unos rizos largos de color verde flotaron hacia él. El miedo se apoderó del niño, quien quiso huir, pero ya era demasiado tarde.

Sin saber la terrible desgracia que había caído sobre su hermano adoptivo, Abeille seguía durmiendo y no se despertó ni siquiera cuando un grupo de hombrecitos de barbas blancas hasta las rodillas formaron un círculo a su alrededor.

—¿Qué haremos con ella? —preguntó Pic, quien parecía el más viejo de todos, aunque de hecho todos eran bastante viejos.

—Podemos construir una caja y meterla ahí —respondió Rug.

—¡No, no! ¿Qué haría una princesa tan hermosa dentro de una caja? —exclamó Dig. Y Tad, que era el más amable de todos, propuso llevarla a casa de sus padres. Pero los otros gnomos estaban muy felices con su nuevo juguete como para escuchar su sugerencia.



Abelle se vio rodeada por un grupo de hombrecitos.

—Miren, está despertando —dijo Pau, y mientras tanto Abeille abría los ojos lentamente. Al principio creyó que seguía soñando, pero al ver que los hombrecillos no se movían, de pronto cayó en cuenta de que eran reales y, poniéndose de pie de un salto, comenzó a gritar.

—¡Youri! ¡Youri! ¿Dónde estás?

Al escuchar su voz, los gnomos se acercaron aún más, y ella, temblando de miedo, se cubrió el rostro con las manos. Al principio, los gnomos no estaban muy seguros de qué hacer, pero entonces Tad escaló por la rama de un sauce que colgaba muy cerca y desde ahí se agachó y le acarició los dedos con suavidad. La niña comprendió que él no quería hacerle daño y, al quitarse las manos de la cara, observó a sus captores. Al cabo de un rato, les dijo:

—Hombrecillos, es una pena que sean tan feos, pero yo los querré de igual manera si me dan algo de comer. Me estoy muriendo de hambre.

Esas palabras provocaron varios murmullos entre el grupo. A algunos les había molestado mucho que les llamaran feos y decían que lo único que ella merecía es que la dejaran abandonada a su suerte. Otros se rieron y dijeron que lo que una pobre mortal opinara de ellos no tenía importancia. Pero Tad le ordenó a Bog, el mensajero, que fuera en busca de un poco de leche y miel para la princesa, y que también le trajera algo del pan blanco más fino que pudiera encontrar en los hornos bajo la tierra. Bog regresó, montado en su cuervo, más rápido que lo que se habría tardado Abeille en atarse los zapatos. Y para cuando ella se hubo terminado el pan, la miel y la leche, ya no tenía miedo y se mostró más dispuesta a hablar.

—Hombrecillos —les dijo abarcándolos a todos con una sonrisa—, la cena ha sido deliciosa y les doy las gracias por ella. Mi nombre es Abeille y mi hermano se llama Youri.

Ayúdenme a encontrarlo y díganme cuál es el camino que conduce al castillo, pues nuestra madre debe estar pensando que nos ha ocurrido algo terrible.

—Pero tus pies están tan hinchados que no podrás caminar —respondió Dig—, y nosotros no podemos cruzar los límites de tu país. Lo más que podemos hacer por ti es hacer una litera de ramitas y cubrirla de musgo para llevarte a las montañas y presentarte a nuestro rey.

Ahora bien, muchas niñas se habrían sentido horrorizadas de que un grupo de hombrecillos la llevaran sola en una litera hecha de ramitas a quién sabe dónde, pero Abeille, una vez que se recobró del susto, se alegró al escuchar los planes de esta extraña aventura.

Cuántas cosas tendría que contarles a Youri y a su madre a su regreso. Probablemente ellos nunca entrarían a una montaña aunque vivieran cien años, pensó mientras se acurrucaba en su nido de musgo a esperar a ver qué ocurría.

Subieron y subieron por la montaña; y con el tiempo Abeille se quedó dormida de nuevo, y no volvió a despertar hasta que el sol ya brillaba en el cielo. Subían y subían, pues los hombrecillos caminaban muy despacio aunque podían brincar sobre las rocas más rápido que cualquier mortal. De pronto, el flujo de luz que se filtraba entre las ramas de la litera comenzó a cambiar. No era precisamente menos brillante, pero sí distinta; entonces bajaron la litera y los gnomos rodearon a Abeille para ayudarla a salir.

Ante ella estaba un hombrecito que no le llegaba ni a la cintura, pero estaba vestido espléndidamente y mostraba gran dignidad. Tenía ceñida en la cabeza una corona con unos diamantes tan grandes que uno se preguntaba cómo podía su pequeño cuerpo soportar ese peso. En los hombros llevaba un manto real y en la mano empuñaba una lanza.

—Rey Loc —dijo uno de los gnomos del bosque—, encontramos a esta hermosa niña durmiendo junto al lago y la hemos traído ante ti. Dice que se llama Abeille y que su madre es la duquesa de Clarides.

—Han hecho lo correcto. Ella será una de nosotros —dijo el rey, se paró de puntitas para poder besar la mano de la princesa y le dijo que todos cuidarían de ella, la harían feliz y cumplirían todos sus deseos.

—Descaría un par de zapatos —dijo Abeille.

—¡Tráiganle unos zapatos! —ordenó el rey, golpeando el suelo con su lanza, y de inmediato apareció un hermoso par de zapatos plateados con adornos de perlas que uno de los gnomos se apresuró a calzarle.

—Son unos zapatos muy hermosos —dijo Abeille un poco insegura—. Pero ¿creen que me durarán lo suficiente para que pueda volver con mi madre?

—No, no están hechos para andar por senderos difíciles —dijo el rey—, sino para recorrer los suaves caminos de la montaña, pues tenemos muchas maravillas que mostrarte.

—Pequeño rey Loc —contestó Abeille—, llévate estas hermosas zapatillas y dame un par de zapatos de madera que me permitan volver con mi madre. —Pero el rey Loc negó con la cabeza—. Pequeño rey Loc —dijo Abeille con la voz entrecortada—, déjame volver con mi madre y con Youri, y te querré con todo el corazón, casi tanto como los quiero a ellos.

—¿Quién es Youri? —preguntó el rey Loc.

—Pues Youri, el que ha vivido con nosotras desde que era un bebé —respondió Abeille, sorprendida de que los demás no supieran lo que ella, sin sospechar que al mencionar el nombre del niño estaba sellando su propio destino. Y es que el rey Loc había pensado que en unos años más ella sería una buena esposa para él y no quería que Youri se interpusiera

entre ambos. De manera que guardó silencio, y Abeille, al ver que al rey no le agradaron sus palabras, rompió en llanto—. Pequeño rey Loc —exclamó sujetando una esquina de su manto—, piensa en lo infeliz que será mi madre. Creerá que me han devorado unas bestias salvajes o que me he ahogado en el lago.

—No te preocupes —le dijo el rey Loc—. Le enviaré un sueño para que sepa que estás a salvo.

Al escuchar esto, el rostro de Abeille se iluminó.

—Pequeño rey Loc, ¡qué listo eres! —dijo sonriendo—, pero deberás enviarle un sueño cada noche y otro a mí para que ella pueda verme en sueños y yo a ella.

Y el rey Loc prometió que así lo haría.

Cuando Abeille se acostumbró a estar sin su madre y sin Youri se sintió bastante feliz en su nuevo hogar. Todos eran amables con ella y la mimaban, mientras ella conocía las muchas cosas nuevas que tenía por ver. Los gnomos siempre estaban ocupados y sabían diseñar juguetes maravillosos tan bien o mejor que los habitantes de la tierra. De vez en vez, al dar un paseo con Tad o Dig en los pasajes subterráneos, Abeille alcanzaba a ver un poco del cielo azul a través de una grieta entre las rocas, y eso era lo que más le encantaba en el mundo. Así pasaron seis años.

—Su alteza el rey Loc solicita tu presencia en su cámara —le dijo Tad a Abeille una mañana, mientras ella cantaba acompañada de un laúd dorado. A Abeille le extrañó que el rey se hubiera vuelto tan formal de pronto, pero se puso de pie de inmediato. En cuanto ella apareció, el rey Loc abrió la puerta en el muro que conducía al cuarto donde guardaba el tesoro. Abeille nunca había entrado ahí y la maravillaron las cosas espléndidas apiladas frente a ella. Oro, joyas, brocados y alfombras tapizaban las paredes. Abeille

caminó observando cada objeto brillante, mientras el rey Loc se sentaba en un trono de oro y marfil en un extremo del salón y la miraba.

—Escoge lo que quieras —le dijo al fin. Un collar de las perlas más hermosas pendía en una pared, y después de dudar entre este o un aro de diamantes y zafiros, Abeille se estiró para tomar el primero. Pero antes de tocarlo, sus ojos se toparon con un fragmento de cielo azul que se asomaba por la grieta de una roca y dejó caer la mano a un costado.

—Pequeño rey Loc, déjame subir a la superficie de la tierra una vez más —contestó ella.

Entonces el rey Loc le hizo una seña al guardián del tesoro, quien abrió un cofre lleno de puras piedras preciosas, más grandes y deslumbrantes que las que llevaba cualquier monarca en la tierra.

—Escoge lo que quieras, Abeille —repitió en voz baja el rey Loc.

Pero Abeille se limitó a sacudir la cabeza.

—Una gota de rocío del jardín de Clarides me parece más hermosa que el mejor de estos diamantes. La más azul de estas piedras no se compara al azul de los ojos de Youri.

Al decir esto, el rey Loc sintió una punzada en el corazón. Por un momento no dijo nada, pero después alzó la cabeza y la miró.

—Solo quienes desprecian las riquezas deben poseerlas. Toma esta corona. De aquí en adelante serás la Princesa de los Gnomos.

Durante treinta días no se trabajó en esas regiones subterráneas, pues se preparó un festín en honor de la nueva princesa. Al final de ese lapso, el rey se presentó frente a Abeille vestido con ropas espléndidas y le pidió solemnemente que fuera su esposa.

—Pequeño rey Loc, te quiero tal como eres, por tu bondad y amabilidad hacia mí, pero nunca, nunca podría quererte de otra manera.

El rey suspiró. Era justo lo que temía y, aunque su decepción era muy grande, intentó ocultarla valientemente, e incluso esbozó una sonrisa al decir:

—Muy bien, Abeille. ¿Puedo pedirte algo? ¿Me prometes que si un día encuentras alguien a quien puedas amar, me lo dirás?

Y Abeille lo prometió.

Después de este episodio, a pesar de que todos seguían igual de amables con ella, Abeille ya no era la niña alegre que pasaba el día entero jugando con los gnomos. La gente que vive bajo la tierra crece mucho más rápido que quienes viven en la superficie, así que, a sus trece años, la niña ya era una mujer. Además, las palabras del rey Loc la habían dejado pensando: pasaba muchas horas a solas, y su rostro ya no era redondo y rosado, sino delgado y pálido. Los gnomos intentaban en vano interesarla en sus juegos de niña, pero ya habían perdido su encanto, y hasta su laúd yacía en el piso sin que nadie lo notara.

Sin embargo, una mañana algo cambió en ella. Salió de su habitación, de cuyas paredes colgaban unas hermosas mantas de seda y donde solía sentarse a solas, y acudió a ver al rey. Lo tomó de la mano y lo condujo por varios pasillos hasta llegar a un lugar desde el cual se podía observar un pedazo de cielo azul.

—Pequeño rey Loc —le dijo mirándolo a los ojos—, permíteme volver a ver a mi madre o moriré. —Le temblaba la voz; de hecho le temblaba todo el cuerpo. Hasta un enemigo suyo habría sentido compasión por ella, pero el rey, que la amaba, no le dijo nada. Abeille se quedó todo el día ahí, mi-

rando cómo la luz se desvanecía y el cielo se apagaba. Poco a poco salieron las estrellas, pero la chica no se movió de su lugar. De pronto sintió que una mano la tocaba, se volvió asustada para ver quién era y encontró al rey Loc, cubierto de pies a cabeza con un manto oscuro; llevaba otro manto igual sobre el brazo.

—Ponte esto y sígueme —le dijo. De algún modo, Abeille supo que iría a ver a su madre.

Anduvieron largo rato por pasajes completamente nuevos para Abeille y al cabo de unas horas salieron de nuevo a la superficie. ¡Qué hermoso se veía todo! ¡Qué fresco era el aire y qué dulce era el olor de las flores! Sentía que se iba a morir de alegría, pero en ese momento el rey Loc la tomó en sus brazos y, aunque era muy pequeño, la cargó con facilidad hasta el otro lado del jardín y atravesó una puerta abierta que daba al interior del castillo.

—Escúchame, Abeille —le susurró—, bien sabes a dónde nos dirigimos, y también sabes que cada noche le he enviado a tu madre una imagen tuya a la cual ella le sonrío y le habla en sueños. Esta noche no verá tu imagen en sueños sino a ti misma. Solo recuerda que, si la tocas o le hablas, mi poder se perderá y nunca más podrá volver a verte en sueños ni en persona.

Para entonces ya habían llegado a esa habitación que Abeille conocía tan bien, y su corazón latía con mucha fuerza mientras el gnomo cruzaba el umbral con ella en brazos. Gracias a la luz proveniente de una lámpara que colgaba encima de la cama, Abeille pudo ver a su madre, todavía hermosa, pero con un rostro que se había vuelto pálido y triste. Mientras la miraba, notó que la tristeza desaparecía y, en su lugar, se formaba una brillante sonrisa. Los brazos de su madre se extendieron hacia ella, y la chica, con los ojos anegados

de lágrimas de alegría, se agachó para tomarlos, pero en ese momento el rey Loc la agarró y se la llevó de regreso rápidamente al reino de los gnomos.

El rey se imaginó que al cumplir con la petición de Abeille la haría feliz, pero pronto se dio cuenta de su error, pues la chica se quedó llorando todo el día sin hacer caso a sus amigos que intentaban confortarla.

—Dime por qué estás tan triste —le preguntó por fin el rey Loc.

—Pequeño rey Loc y amigos, ustedes son tan buenos y amables conmigo que sé muy bien lo afligidos que se ponen cuando estoy en problemas. Si pudiera, estaría feliz, pero esto es más fuerte que yo. Lloro porque nunca más volveré a ver a Youri de Blanchelande, a quien amo con todo el corazón. Es un sentimiento peor que el haberme separado de mi madre, pues al menos sé dónde está ella y qué hace, mientras que no sé si Youri vive o ha muerto.

Los gnomos guardaron silencio. Aunque eran amables, no eran mortales y nunca habían experimentado grandes penas ni grandes alegrías. Solo el rey Loc tenía una vaga idea de lo que eran ambas, así que acudió a visitar a un viejo gnomo que vivía en la parte más profunda de la montaña y tenía anteojos de todo tipo con los que podía ver todo lo que ocurría, no solo en la tierra, sino también bajo el agua.

Nur, pues así se llamaba, se probó varios de estos anteojos antes de descubrir algo sobre Youri de Blanchelande.

—¡Ahí está! —exclamó por fin—. Está sentado en el palacio de las ondinas, bajo el gran lago, pero no le gusta nada estar prisionero y anhela volver al mundo y lograr grandes cosas.

Era verdad. En los siete años que habían pasado desde que salió del castillo de Clarides para ir con Abeille al lago azul, Youri se había convertido en un hombre.

Mientras más crecía, más se fastidiaba de los mimos y atenciones que recibía de manos de las doncellas de cabello verde. Un día se arrojó a los pies de la reina de las ondinas y le pidió permiso para volver a su hogar.

La reina se agachó y le mesó los cabellos.

—No podemos dejarte ir —le dijo—. Quédate aquí; un día te casarás conmigo y serás rey.

—Pero yo me quiero casar con Abeille —contestó el joven en tono desafiante, aunque habría dado lo mismo que se lo hubiera dicho al viento. Esto continuó hasta que un día la reina se enojó y ordenó que lo encerraran en una cárcel de cristal construida para él sobre una roca puntiaguda.

Fue ahí donde el rey Loc, con la ayuda de los anteojos de Nur, lo encontró después de varias semanas de viaje. Como sabemos, los gnomos caminan despacio y el recorrido era largo y tortuoso. Por fortuna había tomado su anillo mágico antes de partir, y en el momento en que este tocó el muro de cristal, la caja se derrumbó.

—Sigue ese camino y volverás al mundo exterior —le dijo a Youri y, sin detenerse a escuchar que el muchacho le diera las gracias, emprendió el viaje de regreso—. ¡Bog! —le dijo al hombrecillo que montaba en un cuervo y que había ido a encontrarse con él ahí—, adelántate al palacio a toda prisa y dile a la princesa Abeille que Youri de Blanchelande, quien estuvo cautivo siete años en el reino de las ondinas, ha vuelto al castillo de Clarides.

*

La primera persona a quien Youri vio al salir de la montaña fue el sastre que le confeccionaba su ropa cuando aún vivía en el castillo. Fue a este viejo amigo a quien le preguntó por



El rey Loc se llevó a Abeille lejos de su madre.

su madrastra y por Abeille, y el sastre estaba fuera de sí de alegría al ver a su pequeño señor de vuelta, después de tantos años de haberlo dado por perdido.

—¡Ay, señor mío! ¿Dónde habrá estado que no sabe que a la princesa Abeille se la llevaron los gnomos el mismo día que usted desapareció? O al menos eso pensamos. ¡Ese día marcó a la duquesa! Sin embargo, no ha perdido la esperanza de que su hija se encuentre con vida, pues cada noche la pobre madre tiene un sueño en el que la princesa la visita y le cuenta todo lo que hace.

El buen hombre continuó contándole todos los cambios que habían ocurrido en la ciudad en esos siete años, pero Youri no escuchó nada de lo que le dijo, pues en su mente solo estaba Abeille.

Al cabo de un rato reaccionó y, apenado por su demora, se dirigió a toda prisa a la recámara de la duquesa, quien lo abrazó como si nunca quisiera dejarlo ir. Sin embargo, cuando la vio más tranquila le preguntó por Abeille y por la mejor manera de liberarla del poder de los gnomos. La duquesa le contó que, en cuanto supo que se habían extraviado los niños, envió a varios hombres en su búsqueda, y que uno de ellos había visto a lo lejos un grupo de hombrecillos en la montaña que cargaban una litera. Se apresuró para alcanzarlos, pero a sus pies encontró una zapatilla de satín y se agachó para recogerla, y en ese momento varios gnomos se le abalanzaron como moscas y le golpearon la cabeza repetidamente hasta que soltó la zapatilla. Los gnomos se la llevaron y dejaron al pobre hombre mareado y adolorido. Cuando volvió en sí, los gnomos habían desaparecido en la montaña.

*

Esa noche, mientras todos dormían, Youri y su viejo asistente Francoeur bajaron en silencio a la armería y se ataviaron con trajes ligeros de malla, yelmos y espadas cortas; todo lo necesario. Salieron y montaron sendos caballos que Francoeur había atado en el bosque y emprendieron el camino hacia el reino de los gnomos. Después de una hora de mucho cabalgar, llegaron a una caverna de la que Francoeur había oído hablar cuando era niño, la cual conducía al centro de la tierra. Ahí desmontaron y entraron con cautela, esperando encontrar una oscuridad tan densa como la que habían dejado afuera. Pero apenas habían dado algunos pasos cuando por poco los enceguece un rayo de luz que parecía provenir de una suerte de puerta corrediza que les impedía seguir adelante.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó una voz. Y el conde respondió:

—Youri de Blanchelande, quien ha venido a rescatar a Abeille des Clarides —Al decir esto, la puerta se abrió lentamente hacia arriba y se cerró detrás de los dos extraños.

Youri sintió espasmos de terror en el corazón al escuchar el sonido de la puerta que se cerraba, pero la desesperada situación en que se hallaba le dio fuerzas. No había posibilidad de emprender la retirada, y frente a él había todo un regimiento de gnomos, cuyas flechas le caían encima como granizo. Levantó su escudo para protegerse y, al hacerlo, alcanzó a percibir a un hombrecillo sobre una roca que sobresalía entre los demás y llevaba ceñida una corona y un manto real en los hombros. En un instante, Youri se despojó del escudo y avanzó hacia él sin importarle que las flechas le cayeran encima.

—¿Eres tú? ¿De verdad eres tú el mismo que me salvó? ¿Son tus súbditos los que tienen cautiva a mi amada Abeille?

—Soy el rey Loc —fue la respuesta. Y el hombrecillo de largas barbas miró con amabilidad al ansioso joven—. Abeille ha vivido con nosotros todos estos años, muchos de los cuales ha sido feliz. Y los gnomos, a quienes tienes en poco, son gente justa y no la retendrán en contra de su voluntad. Pídele a la princesa que sea tan amable de venir —añadió, dirigiéndose a Rug.

Abeille se abrió paso en medio del silencio, entró al espacio enorme y miró a su alrededor. Al principio no vio nada, salvo una gran hueste de gnomos apostados en las paredes o aglomerados en el piso del gran salón. Pero entonces sus ojos se encontraron con los de Youri y, con un grito que salió directamente de su corazón, se abalanzó hacia su pecho.

—Abeille —le dijo el rey tras mirarla con dolor—. ¿Es este el hombre con el que te quieres casar?

—Sí, pequeño rey Loc, ¡con él y con nadie más! Mira lo feliz que soy ahora, ¡lo mucho que sonrío! —añadió y se puso a llorar.

—Sh, sh, Abeille, no más lágrimas por hoy —dijo Youri, mesándole suavemente el cabello—. Vamos, seca tus lágrimas y dale las gracias al rey Loc, quien me rescató de una jaula en el reino de las ondinas.

Mientras Youri decía estas palabras, Abeille levantó la cabeza y una luz le iluminó el rostro. Entonces comprendió.

—¿Hiciste eso por mí, querido rey Loc? —preguntó con un suspiro.

*

Abeille regresó a casa cargada de regalos y tristes despedidas. La boda se celebró a los pocos días, pero sin importar cuán

feliz fuera o qué tan ocupada estuviera, nunca pasaba más de un mes sin que Abeille visitara a sus amigos en el reino de los gnomos.*

* Versión adaptada y abreviada del cuento “Abeille” de Anatole France.

UNA HISTORIA DE PUROS CUENTOS

Un día un *bunniah*,* o banquero, caminaba por un sendero en el campo cuando rebasó a un granjero que iba en la misma dirección. El banquero era un hombre bastante ávido de riqueza, como la mayoría de su clase, e iba lamentando que ese día no había podido hacer dinero. Pero al ver a aquel hombre se le iluminaron los ojos.

—Este es un golpe de suerte —se dijo. “Veré si este granjero me sirve de algo”, pensó y apuró el paso.

Después de que ambos se saludaron cordialmente, el *bunniah* le dijo al granjero:

—Estaba pensando en lo aburrido que estaba hasta que te vi, y ya que vamos en la misma dirección, el camino se me hará más corto en tan buena compañía.

—Lo agradezco de todo corazón —dijo el granjero—. Pero ¿de qué hablaremos? A un hombre de ciudad como tú no le interesará oír hablar de ganado y cosechas.

—¡Ah! Te diré lo que vamos a hacer —le dijo el *bunniah*—. Cada uno le contará al otro la historia más extraña

* Palabra india que significa vendedor de granos y banquero; tiene por lo general la connotación de un hombre avaro.

que conozca, y si alguno duda sobre la autenticidad de la historia, deberá pagarle al otro cien rupias.

El granjero estuvo de acuerdo y le pidió al bunniah que comenzara, pues era el de mayor jerarquía. Y se resolvió a no dar muestras de incredulidad sin importar qué tan improbable fuera lo que el otro contara. Entonces, bajo la cordial presión de su acompañante, el banquero comenzó:

—Un día caminaba por un sendero cuando me topé con un mercader que viajaba con una enorme fila de camellos cargados con mercancías.

—Es muy probable. Yo también he visto cosas así.

—Llevaba no menos de ciento un camellos —continuó el bunniah—. Todos estaban atados entre sí de las cuerdas que llevaban en el hocico; del hocico a la cola. La línea que formaban se extendía casi ochocientos metros.

—¿Y bien? —preguntó el granjero.

—Pues una cometa descendió sobre el camello que iba hasta adelante y se lo llevó, con cierta dificultad, por el aire. Y como todos estaban atados, los otros cien camellos lo siguieron.

—Es sorprendente la fuerza de esa cometa —dijo el granjero—. Pero bien, sí, sin duda, ciento un camellos. ¿Y qué hizo con todos esos animales?

—¿Dudas de lo que digo? —preguntó el bunniah.

—¡Para nada! —contestó el granjero amablemente.

—Bien —continuó el bunniah—. Sucedió que la princesa de un reino vecino estaba sentada en su jardín privado, con la cabeza echada hacia atrás y la mirada al cielo, mientras una de sus sirvientas le cepillaba el cabello con fuerza, cuando pasó la infeliz cometa con sus presas, planeando por encima de ambas mujeres. Y, para su mala suerte, justo en ese momento los camellos dieron una patada de más, la cometa

se soltó, ¡y los ciento un camellos se desplomaron sobre el ojo izquierdo de la princesa!

—Pobre muchacha —dijo el granjero—. Duele mucho cuando se te mete algo en el ojo.

—Y entonces —continuó el bunniah, listo para asestar el golpe final—, la princesa meneó la cabeza y se levantó con una mano sobre el ojo. “¡Ay!”, exclamó, “me entró algo en el ojo. ¡Y cómo arde!”.

—Así pasa siempre —dijo el granjero—. Es totalmente cierto. ¿Y qué hizo la pobre creatura?

—La sirvienta vino a ayudarla en cuanto escuchó los gritos. “Déjeme ver”, le dijo y le dio un apretón en el ojo, de donde salió un camello, y la sirvienta se lo echó al bolsillo.

—¡Ah!, exclamó el granjero.

—Y entonces dobló la esquina del pañuelo que usaba en la cabeza y extrajo cien camellos más del ojo de la princesa, y se los echó todos al bolsillo con el otro.

Aquí el bunniah respiró como a quien le falta el aire, pero el granjero lo miró tranquilo y dijo:

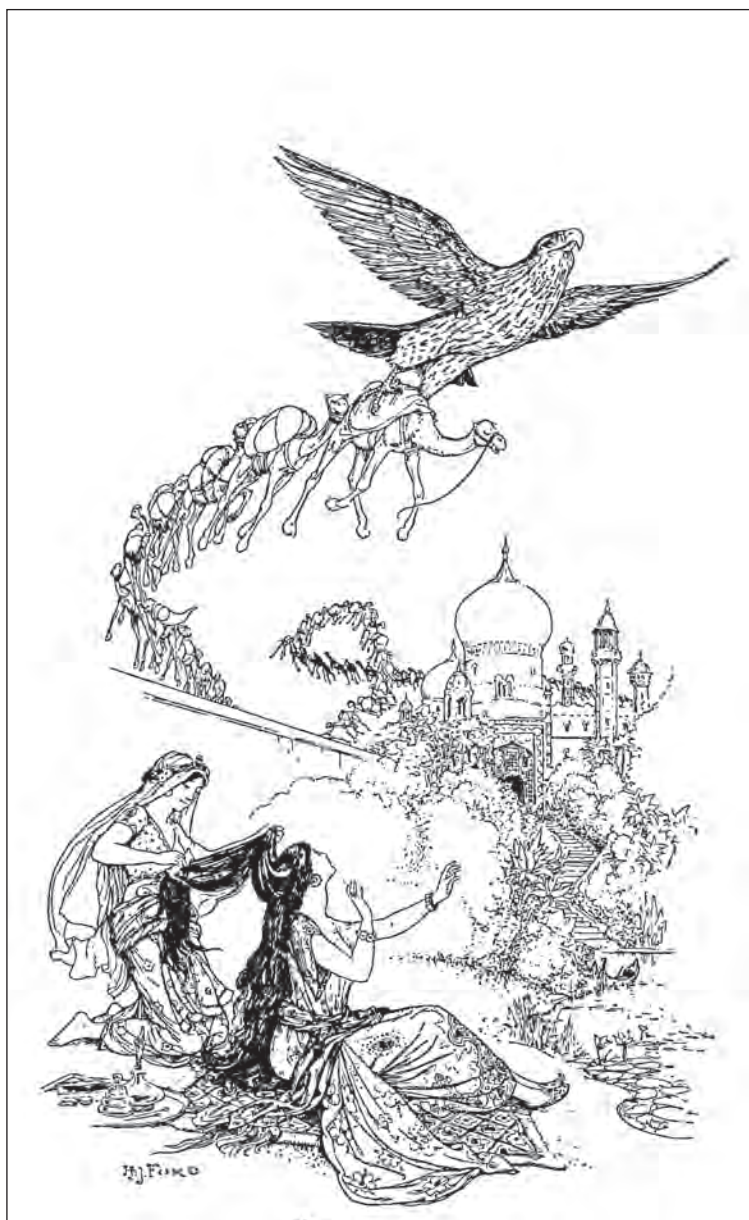
—¿Y bien?

—Ya no se me ocurre nada. Además, así termina. ¿Qué opinas?

—Maravilloso —dijo el granjero—. Y perfectamente realista.

—Pues es tu turno —dijo el bunniah—. Tengo muchas ganas de escuchar tu historia. Estoy seguro de que será muy interesante.

—Sí, así será. Ya verás. Mi padre fue un hombre bastante próspero. Tuvo cinco vacas, tres yuntas de bueyes, seis búfalos y muchas cabras, pero de todas sus posesiones, la que más quería era su yegua. ¡Era una yegua hermosa! Muy buena yegua. De muy buena estampa.



La historia del bunniah.

—Sí, sí —interrumpió el bunniah—. Pero continúa.

—Ahí voy —dijo el granjero—. ¡No me apresures! Bueno, resulta que un día, para su mala suerte, se llevó al mercado esa yegua, pero traía la montura volteada y la irritó tanto que, cuando volvieron a casa, ella tenía una llaga del tamaño de la palma de tu mano.

—Sí, muy bien —dijo el bunniah—. ¿Y luego qué pasó?

—Era el mes de junio —continuó el granjero—, y tú sabes que en junio el aire se llena de tormentas de arena y a veces también llueve. Pues bien, a la pobre bestia le cayó arena en la herida y, por si fuera poco, con el polvo también cayeron algunos granos de trigo y, con la tierra, el calor y la humedad, ¡esos granos germinaron y comenzaron a crecer!

—Así es el trigo cuando encuentra una oportunidad —dijo el bunniah.

—Sí, y de pronto nos dimos cuenta de que había un cultivo de trigo en la espalda del caballo. El cultivo era tan grande como el de una hectárea entera, y tuvimos que contratar a veinte hombres para cosechar ese trigo.

—Es común que uno tenga que contratar más personas en época de cosecha —comentó el bunniah.

—¡Y cosechamos quince mil kilos de trigo de la espalda de la yegua!

—Una buena cosecha —dijo el bunniah.

—Y tu padre —dijo el granjero—, un pobre infeliz con apenas lo suficiente para mantenerse en cuerpo y alma —al escuchar esto el bunniah resopló, pero se quedó callado—, se acercó a mi padre y juntando las manos lo más humildemente posible le dijo —en este punto el bunniah le dirigió una mirada furiosa a su compañero, pero permaneció con los labios cerrados, conteniendo el enojo—: “¡Gran señor!, no he comido nada en una semana, préstame quinientos kilos

de trigo de tu cosecha y te los pagaré”. Y mi padre le respondió: “Por supuesto, vecino, toma lo que necesites y págamelo cuando puedas”.

—¿Y bien? —preguntó el bunniah furioso.

—Se llevó el trigo, pero nunca lo pagó, y hasta hoy pesa esa deuda sobre él. A veces me pregunto si no debería demandarlo por ello.

Entonces el bunniah comenzó a pasarse el pulgar derecho sobre las uñas de los dedos de la misma mano y a mover los labios como quien hace un cálculo mental.

—¿Qué pasa? —preguntó el granjero.

—El trigo me sale más barato. Te pagaré el trigo —dijo el bunniah con esa calma propia de la desesperación, mientras caía en cuenta de que de otro modo tendría que pagarle al granjero cien rupias.

Hasta el día de hoy, cuando alguien tiene una deuda, suele decirse por esos lares: “Págame o, cuando menos, dame el trigo”.*

* Cuento de tradición oral.

¿TIGRE O CHACAL?

Una noche calurosa, en Indostán, un rey y una reina intentaban dormir en su palacio, en el centro de la ciudad. De cuando en cuando soplaban un poco de aire a través del entramado de la ventana, y entonces creían que podrían dormir, pero no era así. De hecho, se despertaron más aún tras escuchar un aullido fuera de palacio.

—¡Escucha a ese tigre! —exclamó el rey.

—¿Tigre? —dijo la reina—. ¿Cómo podría haber un tigre dentro de la ciudad? Fue solo un chacal.

—Te digo que era un tigre.

—Y yo te digo que estabas soñando si piensas que fue otra cosa que un chacal.

—¡Yo digo que fue un tigre! —exclamó el rey—. ¡No me contradigas!

—¡Tonterías! —reviró la reina—. Fue un chacal.

La discusión se volvió cada vez más fuerte hasta que el rey dijo:

—Muy bien. Llamaremos al guardia y le preguntaremos qué fue. Si fue un chacal, te dejaré el reino y me iré lejos de aquí, pero, si fue un tigre, tú tendrás que marcharte y yo me casaré con una nueva esposa.

—Como quieras —dijo la reina—. No hay duda de qué fue.

Entonces el rey mandó llamar a los dos soldados que estaban de guardia afuera y les hizo la pregunta correspondiente. Sin embargo, mientras discutían, el rey y la reina se habían alterado tanto y habían alzado tanto la voz que los guardias escucharon casi todo lo que dijeron, y uno de ellos le dijo al otro:

—Te recomiendo decir que el rey tiene razón. Fue un chacal, sin duda, pero, si lo decimos, es probable que el rey no cumpla su promesa de irse y nos metamos en problemas. Es mejor que nos pongamos del lado del rey.

El otro guardia estuvo de acuerdo. Por lo tanto, cuando el rey les preguntó qué animal habían visto, ambos guardias respondieron que había sido un tigre, sin duda, y que el rey tenía razón, como siempre. El rey no hizo ningún comentario, pero mandó traer un palanquín y dio órdenes de que subieran a la reina. Les dijo a los cuatro cargadores que se internaran bastante en el bosque y que ahí la dejaran. A pesar de sus lágrimas, ella se vio obligada a obedecer. Los cargadores del palanquín caminaron durante tres días y tres noches hasta que llegaron a un denso bosque. Ahí bajaron el palanquín con todo y la reina, lo dejaron en el piso y emprendieron el camino a casa.

Ahora bien, la reina pensaba que el rey no intentaba mandarla lejos para siempre y que, tan pronto se le pasara el enojo, mandaría traerla de regreso. Así que se quedó en su lugar por un buen rato, atenta a escuchar posibles pisadas, pero no oía nada. Al cabo de un rato se puso nerviosa porque estaba sola, así que sacó la cabeza del palanquín y echó un vistazo alrededor. Apenas comenzaba a clarear, y las aves y los insectos empezaban a moverse. Las hojas susurraban en una brisa tibia, pero, aunque los ojos de la reina se dirigían a todas partes, no había señal de ningún ser humano. Entonces su ánimo flaqueó y comenzó a llorar.

Dio la casualidad de que cerca del lugar donde habían dejado el palanquín de la reina vivían un hombre y su esposa en una pequeña granja, en medio del bosque, sin ningún vecino a la redonda. Como hacía mucho calor, el granjero había pasado la noche recostado en el techo de su casa, pero lo despertó el sonido del llanto de la reina. Se incorporó rápidamente, bajó las escaleras a toda prisa y se dirigió al bosque, hacia el lugar de donde provenía el sonido, y ahí encontró el palanquín.

—¡Ay, pobre de ti que lloras! ¿Quién eres? —dijo el granjero a unos pasos del palanquín, y, al escuchar estas palabras, la reina guardó silencio sin saber a qué temía—. Tú que estás llorando, no tengas miedo en hablar conmigo, pues para mí eres como una hija. ¿Quién eres? —repitió el granjero.

Su voz era tan amable que la reina se armó de valor y habló con él. Una vez que le terminó de contar su historia, el granjero llamó a su esposa, quien la invitó a su casa y le dio algo de comer y una cama para recostarse. Y en la granja, pocos días después, nació un pequeño príncipe al que llamaron Ameer Ali por voluntad de su madre.

Pasaron varios años sin que el rey diera señal alguna. Su esposa bien podría haber muerto y a él no parecía importarle, pero la reina siguió viviendo con los granjeros, y el pequeño príncipe creció y se convirtió en un joven fuerte, sano y guapo. En el bosque parecían estar lejos del mundo; muy pocas personas pasaban por ahí, y el príncipe le pedía continuamente a su madre y al granjero que le dieran permiso para irse lejos a buscar aventuras y ganarse la vida. Pero tanto ella como el sabio granjero le aconsejaban que esperara, hasta que por fin, cuando cumplió dieciocho años, ya no tuvieron corazón para prohibirle que se fuera. Así que el muchacho emprendió el viaje una mañana muy temprano,



El granjero encontró a la reina llorando junto al palanquín.

con una espada en un costado, una gran ánfora, algunas monedas de plata y un *galail** para cazar pájaros en el camino.

Caminó varios kilómetros día tras día, hasta que una mañana encontró un bosque igual a aquel en donde había nacido y crecido, y se adentró muy contento en él, como quien acude a encontrarse con un viejo amigo. Poco después, mientras se abría camino por un matorral, vio un pichón, le pareció que sería una buena cena y le disparó un perdigón con su galail, pero falló y el ave huyó con gran estruendo. Al mismo tiempo escuchó un fuerte ruido que provenía más allá del matorral y, al llegar ahí, encontró a una mujer vieja y fea que estaba empapada y pegaba de gritos mientras alzaba una vasija de barro con un hoyo desde el cual se derramaba el agua. Cuando vio al príncipe con galail en mano, exclamó:

—¡Ay, malvado! ¿Tenías que usar a una pobre vieja como yo para hacer tus travesuras? ¿Dónde voy a conseguir un jarro nuevo en lugar de este que rompiste con tus tonterías? ¿Y cómo voy a hacer dos viajes para traer agua cuando ya uno solo me cuesta tanto trabajo?

—¡Pero, madre! —le dijo el príncipe—. Yo no te hice ninguna travesura. Le disparé a un pichón que debería ser mi cena, pero como no le di, el perdigón que disparé debe haber roto tu jarrón. A cambio, puedes quedarte con mi ánfora de bronce, que es difícil de romper. En cuanto al agua, dime de dónde la traes y yo iré a traerte más mientras tu secas tus ropas al sol y luego la llevaré a donde tú desees.

Al escuchar esto, el rostro de la mujer se iluminó. Le indicó dónde encontrar agua y, cuando él volvió unos minutos después con el ánfora llena hasta el borde, ella le mostró el

* Un *galail* es un arco de doble cuerda con el que se solía arrojar balas o perdigones de arcilla endurecida con considerable fuerza y precisión.

camino sin decir palabra, y él la siguió. Poco después llegaron a una cabaña en el bosque y, mientras se acercaban, Ameer Ali miró a la dama más hermosa que había visto jamás. Al percibir al extraño, la muchacha se puso el velo y se metió a la cabaña. Aunque tenía muchas ganas de volverla a ver, Ameer Ali no encontró ninguna excusa para hacerla salir de la cabaña, así que, por mucho que el corazón le pesara, hizo una reverencia y se despidió de la anciana. Pero, cuando hubo avanzado un poco, ella le gritó:

—Si alguna vez tienes problemas o estás en peligro, ven, párate donde estás ahora y grita: “¡Hada del bosque! ¡Hada del bosque, ayúdame!”. Y yo te escucharé.

El príncipe le dio las gracias y continuó con su viaje, pero no le dio mucha importancia a lo que le había dicho la mujer, aunque sí a la imagen de la hermosa dama. Poco más adelante llegó a una ciudad y, como ahora estaba en grandes aprietos porque se le había acabado el dinero, se dirigió al palacio del rey y pidió trabajo. El rey le dijo que tenía muchos sirvientes y ya no necesitaba más, pero el joven le rogó tanto que el rajá le tuvo lástima y aceptó que formara parte de su séquito, con la condición de que debía realizar cualquier trabajo aunque fuera particularmente difícil o peligroso. Esto era justo lo que Ameer Ali quería, así que acordó que haría lo que el rey deseara.

Pocos días después, en una noche inclemente, cuando el río rugía al otro lado de los muros de palacio, se escuchó en medio de la tormenta a una mujer que lloraba y se lamentaba. El rey le ordenó a un sirviente que saliera a ver qué ocurría, pero el sirviente estaba aterrorizado y le temblaban las rodillas, así que le pidió al rey que no lo enviara a hacer ese encargo, sobre todo en una noche tan terrible, en la que seguramente había espíritus y brujas sueltos. Estaba tan asustado

que el rey, que era de buen corazón, le pidió a otro que fuera en su lugar, pero uno a uno manifestaban el mismo miedo. Entonces Ameer Ali dio un paso al frente:

—Este es mi deber, su majestad. Yo iré.

El rey asintió, y Ameer Ali salió. La noche estaba tan oscura como la brea, el viento soplabla con furia y la lluvia le caía en la cara como si le arrojaran cubetadas, pero Amer Ali se abrió camino hasta el vado, donde terminaban los muros de palacio, y se metió a la tierra inundada. Peleó contra el agua paso a paso, centímetro a centímetro, por poco lo derrumba un súbito remolino, y apenas escapó de quedarse atorado en las ramas de algún árbol flotante que el agua hacía girar y arrastraba río abajo. Por fin salió a la superficie del otro lado, jadeante y empapado. Cerca del banco había una horca, y de la horca pendía el cuerpo de algún malhechor. Debajo de él se originaban los sollozos que el rey había escuchado.

Ameer Ali sintió tanta pena por la persona que ahí lloraba que no pensó en lo terrible de la noche ni en el estruendo del creciente río. En cuanto a fantasmas y brujas, nunca lo habían asediado, así que se acercó a la horca donde estaba la figura de una mujer agachada.

—¿Qué te sucede? —le preguntó.

Ahora bien, la mujer no era en realidad una mujer, sino una horrible bruja que vivía en el país de las brujas y no tenía nada qué estar haciendo en la tierra. Si algún hombre se adentraba en el país de las brujas, las ogresas solían comérselo, y esta vieja bruja pensó que muy bien podría atrapar a este hombre para cenárselo. Esa era la razón por la cual había estado sollozando y dando de gritos, pues esperaba que alguien se apiadara de ella y viniera rescatarla.

Entonces, cuando Ameer Ali le hizo aquella pregunta, ella contestó:

—¡Ay, señor! Es mi pobre hijo que cuelga de la horca. Ayúdame a bajarlo y te bendeciré para siempre.

A Ameer Ali le pareció que su voz sonaba más ávida que triste y sospechó que tal vez no le estaba diciendo la verdad, por lo que decidió ser muy cauteloso.

—Eso resultará bastante difícil —dijo—, porque la horca está muy alta y no tenemos una escalera.

—Ah, pero si tú te agachas y me dejas subirme en tus hombros creo que podemos alcanzarlo. —Al decir esto, su voz sonaba tan cruel que Ameer Ali ya no tuvo ninguna duda de que la mujer tramaba hacerle algún daño, pero se limitó a contestarle:

—Muy bien, lo intentaremos. —Y al decir esto desenvainó su espada, fingiendo que la necesitaba para apoyarse en ella, y se agachó lo más que pudo para que la anciana pudiera subirse a su espalda, cosa que ella hizo con gran destreza. Entonces, de pronto sintió un nudo que le corría por el cuello, y la vieja bruja brincó de sus hombros a la horca gritando:

—¡Ahora te tengo, tonto! Y te mataré para cenarte.

Pero Ameer Ali dio una estocada con la espada y cortó la cuerda que la bruja le había atado al cuello. Y no solo cortó la cuerda, sino que también se llevó el pie de la anciana, el cual quedó colgando arriba de él. Tras un grito de dolor y rabia, la bruja desapareció en la oscuridad.

*

Ameer Ali se sentó para recobrar la calma y encontró una ajorca sobre el piso, a un lado suyo, que evidentemente se había caído del pie de la bruja. Se la echó al bolsillo y, como la tormenta ya había pasado, emprendió el camino de vuelta al palacio. Cuando terminó de contar su historia sacó la ajorca

del bolsillo y se la dio al rey, quien, al igual que los demás, quedó fascinado por las joyas que la conformaban. Ameer Ali también se sorprendió al verla, porque cuando la guardó estaba oscuro y no había podido mirarla. El rey se maravilló de su belleza y, tras haber felicitado y premiado a Ameer Ali, le dio la ajorca a su hija, una princesa arrogante y malcriada.

Ahora bien, en las recámaras de las mujeres en palacio había dos jaulas; en una había un loro y en la otra, un estornino. Y ambos podían hablar como seres humanos. Ambos eran mascotas de la princesa, quien siempre les daba de comer. Y al día siguiente, mientras caminaba orgullosa con su tesoro en el tobillo, escuchó que el estornino le decía al loro:

—¡Hey, Toté! (Toté era el nombre del loro). ¿Cómo se ve la princesa con su nueva joya?

—¿Que cómo se ve? —dijo el loro malhumorado porque esa mañana no le habían dado su baño matutino—. Creo que parece la hija de una lavandera, con un zapato puesto nada más. ¿Por qué no usa dos ajorcas, en lugar de ir por ahí con una pierna adornada y la otra desnuda?

Al oír esto, la princesa se echó a llorar. Mandó llamar a su padre y le dijo que debía conseguirle otra ajorca para llevar en la otra pierna o se moriría de la vergüenza. Así que el rey mandó traer a Ameer Ali y le dijo que debía conseguir otra ajorca exactamente igual a la primera en menos de un mes o lo mandaría a la horca, pues la princesa se moriría de la decepción.

El pobre de Ameer Ali se quedó afligido por esa nueva orden del rey, pero pensó que, después de todo, tenía un mes para planear algo. Salió del palacio de inmediato y le preguntó a todo mundo dónde podía conseguir las joyas más finas, pero aunque buscó día y noche, no pudo encontrar nada que se comparara con la ajorca. Cuando le quedaba solo una se-

mana para que venciera el plazo y ya estaba en grandes dificultades, recordó al hada del bosque y decidió ir en su búsqueda sin demora. Empezó el camino y, al cabo de un día de viaje, llegó a la cabaña en el bosque, se colocó en el mismo sitio donde había estado cuando la mujer lo llamó y exclamó:

—¡Hada del bosque! ¡Hada del bosque! ¡Ayúdame!, ¡ayúdame!

Entonces apareció frente a la puerta la hermosa joven que había visto la vez anterior, a quien nunca había olvidado en sus andanzas.

—¿Qué ocurre? —preguntó en una voz tan baja que él se quedó sin habla, y tuvo que repetirle la pregunta para que él pudiera responder. Entonces Ameer Ali le contó su historia, y ella entró en la cabaña y volvió con dos varitas y un pocillo con agua hirviendo. Clavó las varitas en la tierra como a dos metros de distancia la una de la otra y, volviéndose hacia él, le dijo:

—Me voy a recostar entre estas varitas. Entonces deberás desenvainar tu espada y cortarme el pie, y en cuanto lo hayas hecho deberás tomar mi pie y colocarlo encima del caldero; cada gota de sangre que caiga dentro se convertirá en una joya. Luego tendrás que intercambiar las varitas, de modo que la que estaba a mis pies quede en mi cabeza, y la que estaba en mi cabeza quede a mis pies, y deberás poner mi pie contra la herida para que sane, y así volveré a ser la misma.

Al principio, Ameer Ali pensó que preferiría pasar veinte veces por la horca antes que tratarla de modo semejante, pero al final ella lo convenció de hacer lo que le pedía. Casi se desmaya del horror que sintió al ver que después del cruel golpe con el que le cortó el pie, la mujer se quedó tendida como muerta, pero tomó el pie, lo alzó por encima del caldero y, a medida que las gotas de sangre caían dentro de este y se

transformaban en gemas brillantes, tomó valor. Muy pronto hubo muchas joyas dentro del caldero, así que rápidamente cambió las varitas de lugar, puso el pie contra el tobillo cortado y en un momento ambas partes fueron una, igual que antes. Entonces la doncella abrió los ojos, se puso de pie y, cubierta con el velo, se metió corriendo a la cabaña y no volvió a salir ni a hablar con él. Ameer Ali esperó largo rato, pero como ella no salía tomó las piedras preciosas y volvió al palacio. No le fue difícil conseguir un joyero que trabajara las piedras, y descubrió que había joyas suficientes para hacer no una sino tres raras y hermosas ajorcas, que le presentó al rey el día en que venció el plazo del mes que el monarca le había dado.

El rey lo abrazó amistosamente y le dio varios regalos. Al día siguiente, la vanidosa princesa se puso dos ajorcas en cada tobillo y caminó de arriba abajo mirándose en los espejos de sus habitaciones.

—¡Hey, Toté! —preguntó el estornino—. ¿Cómo se ve la princesa con sus joyas nuevas?

—¡Ugh! —exclamó el loro, que siempre estaba de malas por las mañanas y solo se ponía de buenas después del almuerzo—. Ahora tiene toda la belleza en un extremo. Si tuviera una de esas baratijas en el cuello y las muñecas, se vería mejor. Pero ahora, a mi parecer, se parece más que nunca a la hija de la lavandera, pero arreglada.

Pobre princesa. Lloró, gritó y despotricó hasta enfermarse. Entonces le dijo a su padre que moriría si no le conseguía un collar y unos brazaletes que hicieran juego con las ajorcas.

El rey mandó traer de nuevo a Ameer Ali y le ordenó conseguir un collar y unos brazaletes que combinaran con las ajorcas de la princesa en menos de un mes, o de lo contrario enfrentaría una muerte cruel.

De nuevo, Ameer Ali pasó cerca de un mes buscando las joyas, pero fue en vano. Finalmente se dirigió a la cabaña del bosque, se colocó en el mismo lugar que la vez anterior y gritó:

—¡Hada del bosque! ¡Hada del bosque! ¡Ayúdame!, ¡ayúdame!

Una vez más, la hermosa doncella acudió a su llamado y le preguntó qué le pasaba; él le contó, y ella le dijo que debían hacer lo mismo que la vez anterior, pero esta vez debería cortarle las manos y la cabeza. Sus palabras hicieron palidecer a Ameer Ali del horror. Pero ella le recordó que no se había hecho daño antes y por fin logró convencerlo de seguir sus instrucciones. De su cabeza y manos cercenadas cayeron en el caldero brazaletes, cadenas de rubíes y diamantes, esmeraldas y perlas como nunca se habían visto. Entonces unió de nuevo la cabeza y las manos al cuerpo, y no quedó ninguna marca ni cicatriz. Lleno de gratitud, Ameer Ali trató de hablar con ella, pero la mujer se metió corriendo a la cabaña y no volvió a salir, así que se vio obligado a tomar las joyas e irse.

Llegó el día señalado y Ameer Ali le presentó al rey un collar y unos brazaletes hermosos; cada uno parecía más bello y valioso que el anterior. El asombro del rey parecía no tener límites, y su hija casi se vuelve loca de la alegría. A la mañana siguiente se puso todas sus joyas, pensando que por fin ese loro desagradable no le pondría ningún pero a su apariencia, y escuchó con atención cuando el estornino le preguntó:

—Hey, Toté, ¿cómo ves ahora a la princesa?

—Muy bien, sin duda, pero ¿cuál es el sentido de arreglarse de ese modo solo para sí misma? Debería tener un esposo. ¿Por qué no se casa con el hombre que le regaló esas espléndidas joyas?

Entonces la princesa mandó llamar a su padre y le dijo que deseaba casarse con Ameer Ali.

—Mi querida hija —contestó el padre—, en verdad eres muy difícil de complacer y cada día quieres algo nuevo. Sin duda, ya es tiempo de que te cases y, si has elegido a este hombre, desde luego que habrá de casarse contigo.

Entonces el rey mandó llamar a Ameer Ali y le dijo que en un mes le haría el honor de ofrecerle la mano de su hija y lo haría heredero al trono.

Al escuchar esas palabras, Ameer Ali hizo una gran reverencia y respondió que había cumplido y cumpliría cualquier encargo que estuviera en sus manos, excepto eso. El rey, que consideraba la mano de su hija como el mayor premio para cualquier hombre, se enojó muchísimo, y la princesa se puso todavía más furiosa. Encerraron a Ameer Ali en la prisión más lúgubre que pudieron encontrar y dieron la orden de que allí permaneciera hasta que el rey decidiera cómo debía morir.

Mientras tanto, el rey pensó que de todas formas ya era hora de que la princesa se casara cuanto antes, así que envió a unos heraldos a los países vecinos proclamando que cierto día, cualquiera que fuera un candidato a casarse con su hija y heredar su trono podría presentarse en palacio.

Se llegó el día, y toda la corte se reunió para recibir a la muchedumbre de hombres, jóvenes y viejos, que creían tener las mismas oportunidades de casarse con la princesa y heredar el trono. En cuanto el rey se sentó, le pidió a un ujier que hiciera entrar al primer candidato, pero justo en ese momento un granjero que estaba al frente de la multitud dijo que tenía una declaración que hacer.

—Bien, pues date prisa —dijo el rey—. No tengo tiempo que perder.



“De su cabeza y manos cercenadas cayeron en el caldero brazaletes...”.

—Su Majestad lleva ya mucho tiempo en esta ciudad administrando justicia —dijo el granjero—, y por ello sabe que el tigre, que es el rey de los animales, solo caza en el bosque, mientras que los chacales cazan en cualquier lugar donde haya algo que recoger.

—¿De qué está hablando? ¿Qué es esto? —exclamó el rey—. ¡Este hombre debe estar loco!

—No, Su Majestad —declaró el granjero—. Solo quería recordarle a Su Majestad que el día de hoy hay muchos chacales reunidos tratando de reclamar a su hija y a su reino; vienen de todas las ciudades, están hambrientos y ansiosos, pero no cometa un error, oh, rey, ni pretenda confundir el aullido del chacal con el rugido de un tigre.

El rey se puso rojo y después pálido.

—Hay un tigre criado en el bosque que es el primero y único con derecho a reclamar el trono de Su Majestad.

—¿Dónde está? ¿Qué quieres decir? —preguntó el rey, tartamudeando y empalideciendo a medida que escuchaba al granjero.

—Está en prisión —contestó el granjero—. Si Su Majestad fuera tan gentil de limpiar la corte de tantos chacales, le puedo explicar mejor.

—¡Fuera todos! —ordenó el rey y, a regañadientes, los visitantes salieron del palacio—. Ahora dime qué es este acertijo.

Entonces el granjero les contó al rey y a sus ministros cómo rescató a la reina y crió a Ameer Ali, y le pidió a la reina que entrara al salón, pues había permanecido afuera. Al verla, el rey se llenó de vergüenza y autorreproches, y deseó volver a vivir de nuevo y no haberse casado con la madre de la engreída princesa, quien le causó incontables problemas hasta el día de su muerte.

—Mis días como rey han terminado —dijo y le cedió su corona a su hijo Ameer Ali, quien acudió una vez más al bosque y llamó al hada y le pidió una reina con la cual compartir su reino.

—Solo hay una persona con la que me casaré —dijo, y esta vez la doncella no salió corriendo, sino que aceptó ser su esposa. Se casaron a la brevedad y vivieron muchos años y reinaron felizmente.

En cuanto a la anciana cuyo jarrón Ameer Ali había roto, era la madrina del hada del bosque, y una vez que ya no necesitó seguir cuidando de la muchacha, regresó muy contenta al país de las hadas.

Nunca se ha vuelto a oír que el rey contradiga a su esposa. De hecho, cuando parece que no está de acuerdo con ella, ella sonríe y le dice:

—Entonces, ¿es un tigre o un chacal?

Y él no dice una palabra más.

EL PEINE Y EL COLLAR

Había una vez en Lombardía un rey que, a pesar de ser más feo que cualquiera de sus súbditos, apreciaba la belleza ajena. Por ello se había casado con una mujer que era, según lo que todos decían, la más hermosa del mundo (aunque también la de peor corazón, según murmuraban otros). Lo cierto es que ella no soportaba la presencia de alguien bello, y por eso sus damas de compañía eran todas feas. Lo peor era que estaba muy celosa del hijo y de la hija que el rey había tenido con su esposa anterior.

Desafortunadamente, y a pesar de sus defectos, el rey era su esclavo. Y, aunque la reina maltrataba al niño, la princesa era la que sufría diez veces más que él. No contenta con haberle impuesto a la niña una institutriz que tenía un carácter tan malo como el suyo, esta cruel madrastra hacía todo lo posible para estropear la belleza de la niña y obligarla a verse muy fea. Sin embargo, a pesar de sus intentos, una vez que la niña se despojaba de las ropas horribles y se quitaba la plasta café de la cara, su belleza brillaba igual que siempre.

*

El rey de Lombardía era primo del archiduque de Piacenza, quien poco antes había perdido la razón, lo que les había causado una gran pena a su hijo e hija, Perartrites y Ferrandina. Después de que los médicos hicieran todo lo posible sin lograr devolverle la salud al archiduque, sus hijos enviaron a un mensajero para consultar a una famosa hechicera a quien llamaban la Madre de las Fundas, porque todos los que iban a visitarla le llevaban un cuchillo, el cual ella metía en una de las muchas fundas con que la caverna estaba decorada. Sin embargo, obtuvieron poco consuelo de parte de la bruja, quien les mandó decir: “Busquen la razón de su padre donde la perdió”. En contra del consejo de sus ministros, Perartrites y Ferrandina emprendieron el viaje hacia el viejo castillo donde el archiduque había dormido la noche en que su terrible destino lo alcanzó, y una vez que cruzaron el umbral del castillo no se volvió a saber de ellos.

*

Después de tres semanas de no saber nada de los hermanos, el primer ministro del archiduque convocó a un consejo para discutir el asunto y, al final, se decidió que una comitiva de personas distinguidas debía visitar a la Madre de las Fundas y llevar consigo cuchillos de oro puro con incrustaciones de piedras preciosas. La bruja estaba tan contenta con la belleza de sus regalos que no solo escuchó atentamente la historia, sino que se metió a un pasadizo en la caverna del cual extrajo un pequeño cofre que contenía un peine y un collar de acero, este último estaba cerrado con un broche que tenía una llave de oro.

—Lleven este peine y este collar por todas las cortes hasta que encuentren a una dama lo suficientemente bella como

para darle vuelta a la llave que asegura el collar y un hombre lo suficientemente bueno como para sacar el peine de su estuche. Cuando los hayan encontrado, podrán volver al lugar de donde han venido.

—Pero no veo cómo eso nos puede ayudar a recuperar a nuestros príncipes —dijo el chambelán.

—Es todo lo que puedo hacer por ustedes —dijo la Madre de las Fundas y se metió a la parte más profunda de la caverna, adonde no se atrevieron a seguirla.

*

Durante los meses siguientes, los ministros del archiduque loco anduvieron de corte en corte hasta que llegaron a Lombardía, donde se encontraron con que su historia había llegado antes que ellos. En cuanto estuvieron en presencia del rey, éste los recibió con los brazos abiertos, pues en su corazón no tenía duda de que su esposa era la mujer más hermosa y estaba destinada a abrir el collar. Y habría tenido razón si la belleza estuviera hecha de cabellos teñidos y magníficos vestidos, pero como estaba cegado por su amor hacia esa malvada mujer, no tenía ni idea de que esos encantos no eran realmente suyos.

A la hora señalada, la reina entró a la habitación del trono; a su lado estaba la joven princesa, en la situación más penosa imaginable. Su vestido estaba tan mal hecho que se le formaba una joroba, su piel blanca y rosada estaba cubierta de pintura amarilla, y sus negros cabellos estaban escondidos debajo de un gorro ajustado color café. Comenzaron a oírse murmullos de indignación por todos lados, y los embajadores, quienes habían escuchado con frecuencia que comparaban a la princesa con la adorable Ferrandina, se quedaron mudos del asombro. En cuanto al rey, apenas podía levantar los ojos

del piso de tanta vergüenza que sentía. Le hizo una seña a su hijo para que tomara su lugar y salió del salón.

Una vez en el trono, el príncipe ordenó que comenzaran las pruebas de inmediato, y le entregaron el collar a la institutriz de la princesa, quien era una de las mujeres más feas que jamás se ha visto y que, como era de esperarse, no pudo darle vuelta a la llave. Aprovechando la ocasión de estar en el poder aunque fuera momentáneamente, el príncipe decidió castigarla por las crueldades que había cometido contra su hermana; en particular por esta última con la que había buscado el favor de la reina, así que ordenó que se la llevaran y la ejecutaran, cosa que sus asistentes hicieron con gusto. Luego les ordenó a las damas de compañía de su hermana que se la llevaran a sus habitaciones, la bañaran y la vistieran con las ropas más espléndidas de la reina, ya que ella no tenía ni un solo vestido. Y la reina, aunque tenía los dientes trabados del coraje, por una sola vez no se atrevió a interferir. La princesa regresó al salón más rápido de lo que esperaban; se veía tan hermosa que si alguien antes había dudado de que ella fuera capaz de abrir el collar, en ese momento quedaron convencidos de lo contrario. El príncipe la miró, pero no dijo nada, le hizo una seña a uno de los embajadores y le ordenó que hiciera la prueba del peine. Uno a uno todos los hombres presentes hicieron lo mejor para sacarlo de su estuche, y uno a uno se vieron obligados a darse por vencidos. Al final solo quedó el príncipe, quien debía esperar a ser el último por ser él mismo el juez de la prueba.

Después de que los hombres terminaron, se les presentó el collar a las damas de la corte según su rango, pero ninguna pudo darle vuelta a la llave. Finalmente se le presentó a la reina, quien logró hacer girar un poco la llave. Su corazón latía victorioso, pero el collar se cerró de golpe, y ella volvió a sentarse y se desmayó de la decepción.

Para entonces solo quedaban el príncipe y su hermana. Apenas él tocó el estuche, este se abrió de inmediato, mientras que el seguro del collar cedió ni bien la princesa tomó la llave entre los dedos. Los cortesanos y los otros ahí presentes gritaron de alegría, pero sus gritos fueron interrumpidos por un torbellino, una densa oscuridad y después un terremoto.

Para cuando todo volvió a la calma y el sol brillaba de nuevo, el príncipe y la princesa habían desaparecido.

Aunque los hijos del rey fueron los únicos que desaparecieron durante la tormenta, lamentablemente fueron llevados en direcciones opuestas. La rapidez del movimiento del aire hizo que la princesa perdiera el sentido, el cual casi volvió a perder por miedo cuando se vio sola en mitad de un denso bosque. Comenzó a correr desesperada, pidiéndole a su hermano que acudiera en su ayuda, pero sus gritos solo llamaron la atención de unos lobos hambrientos que la rodearon con las mandíbulas abiertas y las lenguas colgando. La princesa cayó de rodillas, se cubrió el rostro con una mano y sin pensarlo tomó el collar con la otra, mientras esperaba su destino. Podía sentir el aliento tibio de los lobos en sus mejillas, así que se hizo cada vez más y más compacta, hasta que de pronto el lobo que iba hasta adelante miró el collar. Dio un aullido que hizo eco en todo el bosque y se alejó de ahí seguido de los otros lobos.

En cuanto la princesa se recuperó del sobresalto, se levantó y huyó de ahí, sin saber a dónde se dirigía, hasta que llegó a un camino ancho y vio que venía hacia ella un rebaño de ovejas conducido por dos pastores. Se les acercó para pedirles su ayuda, pero de pronto las ovejas vieron su collar y se dispersaron corriendo en todas direcciones.

“Debe haber algo en mí que ahuyenta a los animales”, pensó con cierta seguridad y se alejó de ahí de buen ánimo

hasta que llegó a las puertas de un viejo castillo. Estaba a punto de entrar y pedir posada por una noche, cuando un zorro blanco cruzó el camino corriendo y se detuvo frente a ella.

Estaba muy bonito y tenía unos ojos que parecían pedirle algo, así que la princesa escondió el collar rápidamente bajo su vestido por temor a que el zorro huyera al verlo. Se le acercó con mucho cuidado, esperando que la siguiera hacia el castillo, pero él salió disparado en otra dirección, y, aunque estaba muy cansada, algo la obligó a seguirlo. Quedó bastante agradecida cuando vio que el zorro dobló una esquina y se detuvo frente a la puerta de un palacio diminuto que estaba construido en el banco de un río. Cuando la princesa comenzó a subir, el zorro tomó el dobladillo de su vestido entre los dientes y la condujo a una habitación donde había una mesa repleta de frutos y leche. Después de que comió y bebió, se recostó sobre una pila de cojines con el zorro a sus pies y se quedó dormida para soñar con su hermano perdido.

Si la princesa estaba soñando con su hermano, éste no hacía sino pensar en ella, allá en altamar adonde el torbellino lo había arrojado. Todo era lúgubre y vacío, excepto por una isla verde que apenas alcanzaba a ver desde la punta de una roca muy alta donde pasaba sus días mirando las palmeras que se mecían y las brillantes cascadas a la distancia.

“¿Qué tal si ella está ahí?”, pensaba. Y aunque no había ninguna razón para suponer que era más probable que la princesa estuviera ahí que en cualquier otro lado, no podía quitarse la idea de la mente.

Una canción, cantada por la voz más hermosa que jamás había escuchado, lo despertó de sus cavilaciones, y rápidamente se volvió hacia el lugar de donde provenía. Pero, aunque la cantante parecía estar cerca, él no alcanzaba a verla

en ningún lado. De hecho, ni bien se había colocado en un lugar, la voz parecía provenir de otro distinto al anterior, así que siguió la voz de arriba abajo hasta que de pronto se detuvo ante la vista de una enorme piel de pez que yacía sobre la arena, entre el mar y las rocas. Era tan horrible que el príncipe se hizo a un lado del asco que le dio, y en ese momento algo a sus espaldas brincó hacia el mar. Se volvió a ver qué era y se dio cuenta de que la piel de pez ya no estaba ahí, pero en una cueva en la roca que había estado atrás de ella descubrió una tina de ébano decorada con oro que brillaba bajo la luz del sol.

Los días pasaban sin una sola aventura, y el príncipe ya casi se había decidido a abandonar la costa y buscar a su hermana tierra adentro, cuando volvió a escuchar la voz que tanto lo había fascinado, y de nuevo vio la piel ensangrentada sobre la arena, así como la tina, ahora llena de agua, en la gruta. Esa noche casi no durmió y poco antes del amanecer se escondió detrás de las rocas, decidido a no moverse de ahí hasta que volviera el pez.

No tuvo que esperar mucho, pues un objeto blanco y brillante salió del mar con los primeros rayos del sol, empujado por una suave brisa hacia la costa. Cuando el objeto estuvo más cerca distinguió a una doncella de una hermosura deslumbrante, sentada sobre una concha en la que los tonos de azul, rosa y verde se confundían. En la mano llevaba una cuerda con la que conducía la concha.

El príncipe quedó tan maravillado por su hermosura que olvidó que estaba escondido y avanzó a toda prisa hacia esta maravillosa imagen, hundiéndose hasta las rodillas en la arena con los brazos extendidos al frente. Al hacerlo, el peine y su estuche se le cayeron del bolsillo y, al ver el peine, la dama dio un fuerte grito, viró la concha que montaba y desapareció

en dirección a la isla. El príncipe se quitó la ropa, preparado para nadar tras ella, cuando vio a un zorro blanco como la nieve que miraba en la misma dirección y hacía señales desesperadas con las patas. De pronto, un bote no muy grande comenzó a navegar hacia ellos, para gran regocijo de la pequeña creatura.

Cuando el bote atracó en la arena, el zorro señaló la ropa del príncipe con la pata, dándole a entender que debía ponérsela nuevamente. Una vez que lo hizo, ambos embarcaron y apenas se habían separado de la costa cuando el príncipe de pronto recordó que la imagen del peine había asustado a la hermosa dama. En un ataque de furia alzó la mano para arrojarlo al agua, pero el zorro dio un brinco y lo tomó del brazo con tanta fuerza que el príncipe no pudo levantarlo. En ese momento, un jinete que estaba en la playa le disparó una flecha al zorro con un tino tan preciso que la pequeña creatura cayó dentro del bote y cerró los ojos como quien ha recibido un golpe mortal. El príncipe sintió mucha pena. En ese momento brincó a tierra, pero el asesino ya estaba lejos. Cuando el joven se volvió hacia atrás, ni el bote ni el zorro estaban a la vista.

Se avecinaba una tormenta, así que el príncipe se dirigió a la gruta que estaba iluminada por una multitud de velas, cada una en forma de un cuchillo a medio salir de su funda. Sobre la tina había una cubierta blanca en forma de tienda de campaña, adornada con fundas de cuchillo, y desde dentro se escuchó una voz:

—Príncipe, ¿confiarás en mí sin importar lo que suceda, a sabiendas de que mi corazón te pertenece tal como siento que el tuyo me pertenece a mí? Pero ten cuidado, pues si das una muestra de temor, por pequeña que sea, cuando retire la cubierta, me perderás para siempre.

Hizo bien en hacerle esa advertencia, y aun entonces tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener el color en las mejillas y evitar que las manos le temblaran, pues la cabeza de un cocodrilo que abría y cerraba las mandíbulas avanzaba hacia él. Con un gran esfuerzo logró mantenerse quieto y mirar fijamente a la bestia, y al hacerlo la cabeza se hizo hacia atrás, y debajo se asomó el hermoso rostro de la dama de la concha.

—¡Rápido, príncipe! ¡Rápido! El tiempo vuela. Péiname de inmediato o no volverás a verme.

Al escucharla, el príncipe extrajo el peine, pero se sorprendió al descubrir que necesitó de toda su fuerza para sacarlo de su estuche. Más extraño aún fue que, a medida que sacaba el peine de su estuche, la cabeza de la dama se iba liberando de esa horrible máscara, y su cuerpo salía un poco más del agua. Cuando sus hombros y brazos quedaron libres, le dijo:

—Suficiente. Hasta aquí has obedecido mis órdenes. Ahora quema mi piel.

—¡Eso nunca lo haré! —exclamó él, pero la dama lo interrumpió al instante.

—Entonces ambos lo lamentaremos por siempre —dijo ella con solemnidad—, pues solo podré ser la esposa de quien queme mi piel.

Y mientras él estaba ahí dudando qué hacer, la cubierta de la tienda de campaña cayó sobre ella y las velas se apagaron.

Amargamente arrepentido por su lentitud, el príncipe se fue a deambular por el bosque hasta encontrar una fogata. No sabía lo que hacía, pero casi se cae encima de la piel que estaba tirada a mitad del camino.

—¡Qué tonto fui! Esta debe ser la piel que me pidió que quemara —dijo, la tomó con ambas manos y la arrojó al fue-



“¡Rápido, príncipe! ¡Rápido! El tiempo vuela. Péname de inmediato o no volverás a verme”.

go, donde explotó con gran intensidad. Se alejó corriendo, pues no sabía qué mas iba a ocurrir, pero al cabo de un rato se dio cuenta de que sus pasos lo habían llevado de regreso al fuego. De la piel no quedaba ni rastro, pero encontró un objeto brillante entre las cenizas que resultó ser el collar mágico. ¡Ay!, su hermana, a la que tanto había extrañado, debía estar cerca. Y antes de que pudiera volverse hacia otro lado o recoger el collar, los brazos de su hermana ya lo tomaban del cuello, y todo lo demás quedó olvidado.

—Cuéntame qué sucedió —le dijo ella, una vez que estuvieron en condiciones de conversar. Y él así lo hizo, pero solo tenía cabeza para la dama de la concha, por lo que olvidó mencionar al zorro. Sin embargo, estuvo bien que lo olvidara, pues cuando fue el turno de la princesa de contarle sus aventuras, ella terminó hablándole de todo lo que le debía al pequeño zorro blanco.

—No te imaginas lo mucho que me cuidó en aquel pequeño palacio. Pero aunque su amabilidad era insuperable, vi en sus ojos que quería que yo le diera algo, aunque no supe qué. ¡Y vaya lo que me costó saberlo! Había escondido el collar en un arbusto espeso para que él no lo viera y se asustara como otros animales. Pero un día estábamos en el jardín y el sol brillaba con fuerza, y de pronto el zorro se abalanzó gustoso sobre el collar. Estaba a punto de tomarlo con los dientes cuando el collar se cerró con un ruido muy fuerte. El zorro salió huyendo y pegó un grito, y aunque lo busqué por todas partes, hasta ahora no he podido encontrarlo. Yo estaba aquí cuando arrojaste la piel a las cenizas y, seguramente, mientras escapaba a toda prisa, el collar se me debe haber caído. Ay, querido hermano —continuó con lágrimas en los ojos—. No puedo vivir sin mi amado zorro; te suplico que me ayudes a encontrarlo.

Era tan grande su pena que el príncipe no se atrevió a decirle cuál había sido el triste destino del pobre animal y confió en que el tiempo la calmaría. Luego le aseguró que la acompañaría a donde quisiera si le permitía pasar ese día en la playa, y con esto la princesa se tuvo que contentar.

El príncipe se encontraba sobre la roca mirando hacia la hermosa isla; forzaba la vista para intentar divisar la vela blanca cuando unos gritos terribles, provenientes de una parte más lejana del bosque, lo hicieron ir en esa dirección a toda prisa. Muy pronto distinguió a un jinete que llevaba un arco en la espalda y que forcejeaba con una mujer a la que quería subir a la fuerza a su caballo. Lo inesperado de ver a un hombre en aquel lugar tan desolado hizo que el jinete soltara el brazo de la mujer, quien acudió a buscar refugio detrás de su defensor. Este no pudo ocultar su sorpresa al reconocer a su madrastra.

—¿Cómo llegaste aquí? —le preguntó con frialdad, arrepintiéndose un poco de no haberla abandonado a su suerte. Pero ella alcanzó a descifrar lo que guardaba el corazón del muchacho y le suplicó de rodillas:

—¡Perdona mis maldades, por favor! —exclamó—. Ya me he arrepentido de ellas desde hace mucho tiempo. Ven a ayudar a tu padre, quien ha recibido un tremendo golpe del loco archiduque ese de quien acabas de salvarme. No podemos perder tiempo en perseguirlo —añadió, mientras el príncipe se volvía hacia donde se oía que los cascos del caballo se alejaban. Y mientras ambos avanzaban el camino con dificultad, ella le contó todo lo que había ocurrido desde la última vez que se habían visto.

—Desde el momento en que el rey se enteró de lo mal que traté a tu hermana juró que no volvería a verme y salió de la corte en busca de ustedes. Yo lo seguí en secreto, pero como

no recibía noticias tuyas fui a consultar a la Madre de las Fundas, quien me llevó a descansar a esa isla donde las palmeras se mecen por el viento. Ahí me mostró a una adorable princesa que, a causa de un hechizo, se veía obligada a diario a tomar la forma de un cocodrilo. Cada vez que le llegaba la mala hora, una piel de cocodrilo se aparecía frente a ella y, aunque temblaba del miedo, una fuerza extraña la hacía recogerla, cubrirse con ella y arrojarla al mar. A esa isla te estoy guiando, pero primero debemos encontrar a tu hermana, pues de su presencia pende la vida del zorro blanco, si no es que ya ha muerto.

—¡El zorro blanco! —exclamó el príncipe—. ¿Qué sabes de él?

—No mucho —respondió la reina—, pero desde que llegué a la isla siempre ha estado con nosotros y nos ha ganado con sus encantos. Ayer lo extrañamos, pero en la noche atracó un pequeño bote blanco en la arena y en él estaba el pequeño zorro blanco cubierto de sangre. Mientras el zorro recibía en palacio la mejor atención imaginable para curar sus heridas, yo acudí a visitar a un mago, el cual me dijo que debía buscar al príncipe y a la princesa de Lombardía, y que si lograba traerlos ante la presencia del zorro en menos de veinticuatro horas, su vida se salvaría. A tu padre lo encontré sobre una roca con una flecha atravesada en el hombro; su primo, el loco archiduque, le disparó, y había preparado otra flecha, destinada para mí, cuando logré internarme en el bosque.

—¡Mi padre está tan cerca! —exclamó el príncipe—. Debemos volver y buscarlo, y también a mi hermana.

*

La encontraron en la gruta, con la cabeza de su padre en el regazo, tratando en vano de contener la sangre de las heridas. Entre todos acordaron cargarlo hasta el bote y zarpar de inmediato hacia la isla. De camino el príncipe le contó a su hermana lo mal que se encontraba el zorro blanco.

—¡Llévenme con él! —exclamó ella tan pronto el bote atracó en la isla, mientras la reina tomaba el camino a palacio en silencio.

El zorro blanco yacía sobre un suave colchón frente a una chimenea; tenía los ojos cerrados y una expresión en el rostro que indicaba que la muerte no estaba muy lejos. Pero de alguna manera supo que la princesa estaba cerca, abrió los ojos y meneó la cola suavemente. La princesa rompió en llanto y de pronto una mano sobre su hombro buscó confortarla.

—¿Por qué pierdes los últimos momentos que te quedan de esta manera? —preguntó el gobernador de la isla con severidad—. Ponle en el cuello el collar que has traído y se curará de inmediato. Pero debes darte prisa.

La princesa pareció convertirse en piedra al escuchar estas palabras.

—¡El collar! —exclamó—. ¡No lo tengo. Lo perdí en el bosque!

Y en ese momento las mil fundas para cuchillo que colgaban de las paredes comenzaron a gritar:

—¡El collar está perdido! ¡El collar está perdido!

—¿A qué collar se refieren? —preguntó el rey, quien estaba recostado en otra cama, mientras un grupo de médicos lo atendía—. Aquí está uno que recogí entre un montón de cenizas antes de que el loco aquel me disparara. A lo mejor es el que estás buscando o, quizás, también funcione —y entonces le hizo una seña a uno de sus sirvientes para que sacara el collar del bolsillo de su jubón de terciopelo.

La princesa dio un paso al frente llena de alegría al ver la preciada joya, se la arrebató al hombre que la tenía y se la puso al zorro en el cuello. Los presentes contuvieron el aliento mientras presenciaban lo que ocurría; las patas del zorro se hicieron más y más largas, y la nariz se le hizo más y más pequeña. El zorro había desaparecido y en su lugar estaba Perartrites, cubierto con un abrigo de pieles blanco.

Aunque el príncipe de Lombardía se puso muy feliz de ver otra vez a su primo y amigo, su corazón aún sangraba por la hermosa mujer que había desaparecido misteriosamente. Su preocupación se le notaba a tal punto que el gobernador de la isla se dio cuenta y le preguntó qué le pasaba.

—¡Ayúdame si puedes! —exclamó el príncipe—. El solo pensar en todos los sufrimientos por los que puede estar pasando esa ninfa encantada es una tortura para mí.

—Son peores de lo que te imaginas —respondió con seriedad el gobernador de la isla—, pero, si aún tienes el peine, quizá todavía puedas salvarla. ¡Muy bien! —añadió al ver que el príncipe sacaba el peine de su estuche—. ¡Sígueme!

Todos lo siguieron; no solo el príncipe. El gobernador los condujo hacia una galería profunda en la que hallaron una sólida puerta de hierro que se abría por sí sola. ¡Pero fue estremecedor lo que encontró ahí el príncipe! La dama a quien no hacía mucho había visto en toda su belleza estaba sentada en una silla envuelta en llamas que se retorcían sobre su cabeza como cabellos al viento. Tenía el rostro hinchado y rojo; tenía la boca abierta como buscando recobrar el aliento. Solo sus brazos y cuello se veían tan hermosos y blancos como siempre.

—Esto es obra tuya —le dijo el gobernador al príncipe—. Tú la trajiste aquí cuando quemaste la piel de cocodrilo. Ahora ve si al peinar su cabello puedes calmar su agonía.

Las flamas se extinguieron al primer contacto con el peine; al segundo, el dolor desapareció del rostro de la dama, el cual regresó a su tamaño normal, y al tercero se levantó de la silla; estaba más hermosa que nunca y se arrojó a los brazos de su hermano Perartrites.

*

Después de esto, no había nada más qué hacer que casar a ambas parejas tan pronto como fuera posible. Cuando la boda terminó, Perartrites y su esposa volvieron a Piacenza; Ferrandina y su esposo, a Lombardía, y todos vivieron felices hasta su muerte.*

* Cuento tomado del libro *Fairy Tales* del conde Anthony Hamilton.

LA ACCIÓN DE GRACIAS DEL VISIR

Érase una vez en Indostán que vivían dos reyes cuyos países compartían fronteras, pero como eran rivales en riqueza y poder, y uno era un rajá indio y el otro un *badshah** mahometano, no se llevaban muy bien. Sin embargo, el rajá y el badshah habían llegado a un acuerdo para evitar tener conflictos con frecuencia; tenían un documento, sellado y firmado por ambos, en el que se comprometían a retener y castigar a cualquiera de sus súbditos, desde el de menor jerarquía hasta el más importante, si cruzaba la frontera del reino contrario.

Una mañana, el badshah y su visir principal, o primer ministro, estaban por comenzar sus trabajos cotidianos en el reino cuando al badshah, quien le estaba sacando punta a un lápiz, se le resbaló el cuchillo y se cortó la yema de un dedo.

—¡Ay, visir! —exclamó el rey—. Me rebané la yema del dedo.

—Qué bueno saberlo —respondió el visir.

—¡Insolente! ¿Te causa placer la desgracia de los otros y la mía también? ¡Guardias, llévenselo! Enciérrenlo en la prisión de la corte hasta que tenga tiempo de castigarlo como se merece.

* Un *badshah* era un tipo de rey de Indostán, con la misma autoridad que un rajá (N. del T.).

Al momento, los guardias sujetaron al desafortunado visir y se lo llevaron a rastras, lejos de la presencia del badshah, hacia la estrecha entrada de la puerta, por donde se acostumbraba conducir a los infelices criminales que iban a ser encerrados o ejecutados. Mientras abrían la puerta, el visir murmuró algo con la boca metida en medio de su larga barba blanca que los soldados no alcanzaron a entender.

—¿Qué dijo el granuja? —preguntó el badshah enojado.

—Dice que le da las gracias, Su Majestad —contestó uno de los guardias, y, tras escuchar esas palabras el rey se quedó mirando fijamente la puerta que se cerraba, con indignación y asombro.

—Debe estar loco —dijo el rey—, pues ha agradecido no solo por las desgracias ajenas sino por la suya. Seguramente algo le ha afectado la cabeza.

Ahora bien, el rey estimaba mucho a su viejo visir, y aunque el médico de la corte vino y le curó el dedo con un ungüento fresco y calmó su dolor, no pudo calmar la aflicción del corazón del rey, como tampoco pudieron hacerlo sus ministros y cortesanos, quienes padecieron el pésimo humor de Su Majestad todo el día.

Muy temprano a la mañana siguiente, el rey ordenó que prepararan su caballo, pues iría a cazar. De inmediato hubo un ajetreo en el establo y en el salón, y para el momento en que el rey estuvo listo, un grupo de ministros y algunos cazadores también estaban listos para montar sus caballos y acompañarlo, pero, para su sorpresa, el rey no quería que ninguno lo acompañara. De hecho, los miró con tal enojo que hasta se alegraron de no irse con él. Y así deambuló por los campos, cada vez más lejos, hasta llegar al bosque. Iba tan pensativo y malhumorado que varios ciervos gordos y faisanes con plumajes de colores le pasaron inadvertidos y, como avanzaba

sin poner atención hacia donde iba, se siguió derecho hacia el territorio del rajá sin darse cuenta, hasta que de pronto varios hombres le salieron al paso desde unos matorrales y ya no hubo nada que hacer salvo rendirse. Así capturaron al pobre badshah, lo ataron y encerraron en una prisión del rajá. Ahí se la pasaba la mayor parte del tiempo pensando en su visir, quien padecía un destino similar, y deseaba tener algo que agradecer, así como su visir lo había tenido.

Esa noche, el rajá convocó un consejo urgente para determinar qué debía hacer con el rival que con tanta facilidad había caído en sus manos. Mandó llamar a todos los brahmanes —unos sacerdotes gordos que entendían de todo y que sabían cuáles días eran propicios y cuáles no— y entonces, mientras el resto de los consejeros le daba sus opiniones al rajá hasta que éste casi enloquece del enojo y la indecisión, el jefe brahmán, que estaba de cuclillas en un rincón haciendo sumas y signos, rodeado de unos sacerdotes de menor jerarquía que lo miraban con admiración, por fin se incorporó y avanzó hacia el trono.

—Y bien —dijo el rajá—. ¿Cuáles son sus consejos?

—Es un día de mala suerte —exclamó el jefe brahmán—. ¡Un día de muy mala suerte! El dios Devi está furioso y te ordena que mañana le cortes la cabeza a ese badshah y se la ofrezcas en sacrificio.

—Ah, vaya —dijo el rajá—. Que así sea. Te encargo que hagas cumplir la sentencia. —Dicho esto, hizo una reverencia a los sacerdotes y salió de la habitación.

Todos los preparativos para el festival en honor del gran ídolo Devi estuvieron listos antes del amanecer. Se izaron cientos de banderas, cientos de tamborileros tocaron sus instrumentos, cientos de cantantes participaron en los coros, y cientos de sacerdotes, bien bañados y ungidos, realizaron los

ritos sagrados mientras el rajá permanecía sentado, nervioso y angustiado, entre cientos de sirvientes y cortesanos, deseando que todo terminara. Por fin llegó el momento de hacer el sacrificio, y el pobre badshah fue llevado hacia el lugar en donde le cortarían la cabeza.

El jefe brahmán apareció con una sonrisa en la cara y una gran espada en la mano. Entonces notó que el dedo del badshah estaba envuelto en una suerte de trapo. De inmediato tiró al suelo la espada y, con los ojos saltados de la agitación, avanzó hacia él y arrancó el trapo de un jalón; en ese momento vio que a su víctima le faltaba la yema del dedo. Enrojeció de coraje y condujo al badshah hasta donde el rajá se encontraba preguntándose qué ocurría.

—Mira, rajá, este sacrificio es inútil. ¡Le falta la yema del dedo! —exclamó y comenzó a llorar de ira y mortificación.

Sin embargo, en lugar de ponerse a llorar también, el rajá mostró señales de alivio y respondió:

—En ese caso, esto resuelve la cuestión. Si hubiera sido otra persona, no me importaría, pero, de alguna manera, se trata de un rey y no me parece muy adecuado sacrificar a un rey. —Ni bien terminó de decir eso, se incorporó de un salto y con su daga con incrustaciones de piedras preciosas cortó las ataduras del badshah y lo acompañó a la salida del templo y de vuelta al palacio.

Su huésped se bañó y comió; el rajá lo llenó de regalos y lo acompañó, con una gran escolta, hasta la frontera entre ambos reinos. Una vez ahí, entre despedidas y grandes muestras de regocijo, rompieron el viejo acuerdo y esbozaron uno nuevo en el cual cada rey prometía dar la bienvenida y conducir a salvo a cualquier persona proveniente del otro reino que cruzara la frontera, sin importar el motivo, desde el de menor jerarquía hasta el más importante.

La misma noche que el badshah volvió a casa, mandó sacar a su visir de la prisión.

—Y bien, visir —le dijo al anciano una vez que lo llevaron ante su presencia—, ¿qué crees que me pasó?

—¿Cómo podría un hombre encerrado en una prisión saber lo que pasa afuera de ella? —respondió el visir.

Entonces el badshah le contó todas sus aventuras y, cuando llegó al final, le dijo:

—He decidido perdonarte como muestra de mi gratitud por haber escapado, pero solo si me dices por qué diste las gracias cuando me corté la yema del dedo.

—Señor —respondió el viejo visir—. ¿No tengo razón en pensar que fue muy buena suerte que tú te cortaras la yema del dedo? De lo contrario habrías perdido la cabeza. Y perder un pedazo de un dedo es, sin duda alguna, el menor de ambos males.

—Muy cierto —respondió el rey, quien se tocaba la cabeza al hablar como si quisiera cerciorarse de que esta seguía en su lugar—, pero ¿por qué diste las gracias cuando mandé a que te encerraran?

—Di las gracias porque siempre es bueno agradecer. Y si hubiera sabido que estar encerrado me salvaría de que el dios Devi exigiera sacrificarme como ofrenda perfecta en lugar de a Su Majestad, habría dado las gracias aún más veces.*

* Cuento punjabi.

SAMBA EL COBARDE

En ese gran país que está muy lejos al sur, por el que fluye el río Nilo, vivía un rey que tenía un solo hijo llamado Samba.

Desde que Samba aprendió a caminar mostró signos de tenerle miedo a todo y, a medida que se hizo más grande, sus miedos también aumentaron. En una ocasión, los amigos de su padre bromearon frívolamente al respecto:

—Es extraño ver a uno de nuestros niños salir corriendo hacia una cabaña cuando un elefante barrita o temblar de miedo cuando se le acerca un cachorro de león que no le llega ni a la cintura. Pero, después de todo, es solo un bebé y cuando crezca será tan valiente como los demás.

—Sí, es solo un bebé —contestó el rey, que alcanzó a escucharlos. Pero de cierto modo suspiró al decirlo, y los hombres lo miraron sin decir nada.

Los años pasaron, y Samba se convirtió en un joven alto y fuerte. Era agradable, de buen carácter y muy querido por todos. Si bien rara vez se le veía en situaciones de peligro en las partidas de caza de su padre, era demasiado estimado como para hablar mal de él.

—Cuando el rey realice la ceremonia y lo nombre su heredero, dejará de ser un niño —murmuraban las personas, tal como lo habían hecho antes; y el día de la ceremo-

nia sus corazones latían más rápido de alegría y se decían entre sí:

—Es Samba, Samba, cuya barbilla está por encima de las cabezas de otros hombres, quien nos defenderá de las tribus de ladrones.

*

No habían pasado muchas semanas después de la ceremonia cuando los habitantes se despertaron una mañana y descubrieron que durante la noche sus enemigos se habían robado sus rebaños y se habían llevado a sus pastores para convertirlos en esclavos. Era el momento para que Samba mostrara el espíritu valiente que había crecido en él al convertirse en hombre y galopara al frente de los guerreros de su tribu. Pero no pudieron encontrar a Samba en ninguna parte, así que una partida de vengadores emprendió la marcha sin él.

Pasaron varios días antes de que Samba volviera al pueblo; traía la cabeza en alto y llevaba una cola de león en una mano. Había perseguido y rastreado al león hasta su guarida y lo había matado, arriesgando la vida. Poco antes su gente habría recibido con agrado su relato y lo hubiera creído todo, pero ahora era demasiado tarde.

—¡Samba el cobarde! —gritó alguien en medio de la multitud, y el mote se le quedó. Hasta los niños más pequeños lo llamaban así, y ni siquiera su padre fue la excepción. Un día no pudo soportarlo más y decidió abandonar su propio reino e irse a un país donde la paz hubiera reinado desde que el ser humano tuviera memoria. Y así, muy temprano a la mañana siguiente, se adentró en los establos del rey, escogió el caballo más silencioso que pudo encontrar y salió cabalgando hacia el norte.

Samba nunca olvidaría los horrores de ese viaje. Apenas si podía dormir de noche por temor a que hubiera bestias salvajes al acecho detrás de cada roca o cada arbusto. A diario, el rugido lejano de un león lo sobresaltaba con tal fuerza que casi se caía del caballo. Estuvo a punto de regresarse varias veces, y lo que se lo impidió no fueron el miedo ni la idea de las bromas o las risas burlonas, sino el terror que le daba pensar que lo hicieran participar en sus guerras. Por lo tanto, continuó su camino y se sintió muy agradecido cuando vio frente a él los muros de una ciudad mucho más grande de lo que hubiera soñado.

Se enderezó lo más que pudo y cruzó con orgullo las puertas de la ciudad, y pasó junto el palacio donde la princesa, como de costumbre, estaba sentada en una terraza mirando el trajín de la calle.

“Ese hombre es muy apuesto”, pensó la princesa, mientras Samba, montado en su gran caballo negro, se abría paso con gracia entre la muchedumbre. Le hizo señas a un esclavo y le ordenó que fuera con el extranjero y le preguntara quién era y de dónde venía.

—Princesa, se trata del hijo de un rey, heredero de un país que está cerca del Gran Río —le dijo el esclavo una vez que regresó de hacerle unas preguntas a Samba. Y la princesa, al escuchar estas noticias, acudió a ver a su padre y le dijo que, si no le permitía casarse con el extranjero, moriría soltera.

Al igual que pasa con muchos padres, el rey no le podía negar nada a su hija y, además, la princesa había rechazado a tantos pretendientes que el rey se estaba preocupando de que ningún hombre fuera lo suficientemente bueno para ella. Por lo tanto, después de conversar con Samba, quien le agradó mucho por su gran sentido del humor y sus buenas maneras, aceptó darle la mano de su hija, y tres días después se celebró la boda con el mayor esplendor.

La princesa estaba muy orgullosa de su esposo guapo y alto, y durante algún tiempo estuvo muy contenta de que él pasara los días con ella bajo las palmeras, contándole las historias que a ella le gustaban o entreteniéndola con relatos sobre los usos y costumbres de su país, que eran muy diferentes a los del de ella. Sin embargo, llegó un momento en que esto ya no fue suficiente; quería que otras personas también se sintieran orgullosas de él, así que un día le dijo:

—Casi creo que me gustaría que esos moros ladrones del norte vinieran en una de sus expediciones a robarnos. Me encantaría verte cabalgar al frente de nuestros hombres para obligarlos a huir de regreso a su casa. ¡Ay, qué feliz voy a ser cuando se hable de tus nobles proezas por toda la ciudad!

Lo miraba con ojos de amor mientras hablaba con él, pero, para su sorpresa, el rostro de su amado se ensombreció, y él le respondió al instante:

—No vuelvas a hablarme de los moros del norte ni de la guerra nunca más. Hui de mi país precisamente para escaparme de ellos y en cuanto vuelva a escuchar una sola palabra sobre alguna invasión, te abandonaré para siempre.

—¡Qué gracioso eres! —dijo ella y soltó una carcajada—. La sola idea de que alguien tan alto como tú le tenga miedo a un moro... ¡vaya! Pero no debes decirle esas cosas a nadie más que a mí porque podrían creer que hablas en serio.

*

Poco después de esto, cuando el pueblo estaba celebrando en grande afuera de los muros de la ciudad, unos moros que se habían escondido durante varios días se llevaron todos los borregos y las cabras que pastaban tranquilamente en las faldas de una colina. Algunas horas después se supo del robo, y el rey

dio órdenes de que hicieran sonar los tambores de guerra, y los guerreros se congregaron en la gran explanada frente a palacio, estremeciéndose de furia ante el insulto que habían recibido. Se escuchaban con fuerza los gritos de venganza, al igual que los gritos que pedían que Samba, el yerno del rey, los guiara hacia la batalla. Pero, por más que gritaron, Samba nunca apareció.

¿En dónde se encontraba? Estaba muy cerca, dentro de un sótano frío y oscuro del palacio, agachado entre unas enormes vasijas de barro para guardar granos. Ahí lo encontró su esposa, a quien le dolió el corazón de verlo así, y entonces ella trató con todas sus fuerzas de hacerle sentir un poco de vergüenza, pero todo fue en vano. Inclusive la idea del peligro que podía correr en el futuro como consecuencia del desprecio de sus súbditos era insignificante comparado con los riesgos del momento.

—Quítate la túnica de malla —le dijo la princesa con una voz tan fría y dura que nadie la habría reconocido—. Dámela y dame también tu yelmo, tu espada y tu lanza—. Samba miró de un lado a otro, lleno de temor, y se despojó de su armadura, la cual tenía incrustaciones de oro, pues era digna del yerno del rey. Su esposa tomó las piezas de la armadura una a una y en silencio. Luego se las puso y las aseguró con firmeza sin mirar ni una vez la alta figura de su esposo, quien se había regresado a su rincón. Cuando terminó de asegurar la última correa, bajó el visor, salió del castillo, montó el caballo de Samba y dio la señal a los guerreros de seguirla.

Ahora bien, aunque la princesa era más baja que su esposo, era una mujer alta, y el caballo que montaba era más alto que los demás. De modo que, cuando los hombres vieron que se asomaba la cota de malla con incrustaciones de oro por debajo de la armadura, no dudaron de que se trataba de Samba, quien estaba en el lugar que le correspondía, y le lanzaron vítores con gran entusiasmo. La princesa hizo una

reverencia a modo de respuesta, pero no se subió el visor y, después de espolear su caballo, cabalgó al frente de sus tropas para encarar al enemigo. Los moros, que no esperaban ser perseguidos tan pronto, no tuvieron tiempo de desplegarse ni de prepararse para la batalla, así que huyeron al instante. Entonces, el pequeño grupo de jinetes volvió a la ciudad, donde cantaron elogios a Samba, su líder.

En cuanto llegaron al palacio, la princesa le dio las riendas a un mozo de cuadra y desapareció por una escalera lateral desde la cual podía entrar a sus habitaciones sin ser vista. Ahí encontró a Samba, recostado sobre unos tapetes. Este levantó la cabeza con inquietud cuando la puerta se abrió y vio a su esposa, pues no estaba seguro de cómo iba a reaccionar con él. Sin embargo, no tenía por qué temer un regaño; ella se limitó a quitarse la armadura lo más rápido posible y le pidió a él que se la pusiera de inmediato. Samba obedeció sin atreverse a hacer ninguna pregunta. Una vez que terminó, la princesa le dijo que la siguiera y lo condujo a una de las terrazas de la casa, debajo de la cual se había congregado una multitud que lo vitoreaba con gran entusiasmo.

—¡Samba, el yerno del rey! ¡Samba, el más valiente! ¿Dónde está? ¡Que salga! —Y cuando Samba se asomó al balcón los gritos y aplausos se hicieron más fuertes que nunca—. ¡Vean qué modesto es! Le cede la gloria a otros —exclamaban. Samba solo sonreía y agitaba la mano en silencio.

Entre toda la multitud congregada para honrar a Samba había un joven que no gritaba ni aplaudía como los demás. Era el hermano menor de la princesa, quien con una vista aguda había percibido ciertos detalles durante la batalla que le recordaban más a su hermana que a su cuñado al momento de pelear. Tras pedirles que no revelaran su secreto, les



La esposa de Samba trató de hacerle sentir un poco de vergüenza.

contó sus sospechas a los otros príncipes, pero todos se rieron de él y le dijeron que dejara de fantasear.

—¡Muy bien, muy bien! —exclamó el muchacho—. Ya veremos quién tiene razón, pero la próxima vez que peleemos contra los moros me cuidaré muy bien de dejarle una marca personal a nuestro comandante.

A pesar de su derrota, pocos días después los moros enviaron nuevas tropas a robar ganado, y de nuevo la esposa de Samba se vistió con la armadura de su esposo y cabalgó al frente de la columna que buscaba venganza. Esta vez el combate fue más intenso, y en lo más reñido de la pelea su hermano menor se le acercó y la hirió ligeramente en la pierna. En el momento ella casi no sintió dolor y por eso no le puso atención al hecho, pero cuando el enemigo huía y la pequeña tropa volvía al palacio, una sensación de desmayo se apoderó de ella y apenas pudo subir la escalera hacia sus aposentos.

—Estoy herida —dijo recostándose en los tapetes sobre los que él había estado descansado—. Pero no te preocupes, fue una cosa de nada. Solo tienes que hacerte una herida en el mismo lugar y nadie sabrá que fui yo y no tú quien peleó hace un rato.

—¡Qué! —exclamó Samba a quien casi se le salen los ojos de terror y sorpresa—. ¿Crees que voy a aceptar hacer algo tan doloroso e inútil? ¡Vaya! Para eso, mejor hubiera ido a pelear yo mismo.

—¡Ay, debí imaginarlo! —respondió la princesa con una voz que parecía provenir de un lugar lejano, pero en cuanto Samba se dio la vuelta, con la rapidez de un pensamiento su esposa le hizo una cortada en la pierna con una lanza.

Samba lanzó un fuerte grito y se tambaleó hacia atrás, más por la sorpresa que por el dolor. Pero antes de que pudiera hablar su esposa había salido de la habitación y había ido a buscar al médico del palacio.

—Mi esposo está herido —dijo cuando por fin lo encontró—. Ven a curarlo pronto, pues se está desmayando por la pérdida de sangre. —Se aseguró de que más de una persona escuchara sus palabras, de manera que la gente pasó todo el día junto al portón de palacio preguntando por la salud del valiente campeón.

—Ya ves, sabio hermano menor, que nosotros teníamos razón y tú estabas equivocado acerca de él —le dijeron los hijos mayores del rey que habían visitado a Samba en su cuarto donde yacía quejándose—. Él estuvo en la batalla —añadieron, pero el muchacho se quedó callado y meneó la cabeza con incredulidad.

Apenas habían pasado dos días cuando los moros aparecieron por tercera vez y, aunque los rebaños estaban amarrados en un lugar nuevo y seguro, rápidamente volvieron a llevárselos. Los moros se decían entre sí:

—La tribu nunca pensará que vamos a regresar tan pronto después de la paliza que nos dieron.

Cuando los tambores sonaron para reunir a todos los guerreros, la princesa se levantó y miró a su esposo.

—Samba, mi herida es más grave de lo que pensé; apenas puedo caminar y no podría montar mi caballo sin ayuda. Hoy no puedo hacer tu trabajo, así que tendrás que ir en mi lugar.

—¡Qué tontería! —exclamó Samba—. Nunca había escuchado tal cosa. ¡Podría resultar herido o muerto! Tú tienes tres hermanos. El rey puede escoger a uno de ellos.

—Son muy jóvenes aún —replicó su esposa—. Los hombres no los obedecerían. Pero si no vas a ir, al menos podrías ayudarme a ensillar mi caballo.

En esto Samba estuvo de acuerdo de inmediato, pues siempre estaba listo para hacer cualquier cosa que no implicara peligro.

Una vez que el caballo estuvo ensillado, la princesa dijo:

—Ahora monta el caballo hasta el punto de encuentro afuera de los muros de la ciudad y ahí me reuniré contigo e intercambiaremos lugares.

Samba, a quien le encantaba montar a caballo en momentos de paz, hizo lo que ella le dijo y, cuando estuvo a salvo en la silla, su esposa le dio un fuerte latigazo al caballo, el cual pasó a toda velocidad entre la gente del pueblo y entre las filas de los guerreros que estaban esperándolo. En un instante todo era puro movimiento. Samba intentó detener al corcel, pero habría sido más fácil detener el viento, y en lo que pareció cosa de unos minutos estuvo frente a frente contra los moros.

Y entonces ocurrió un milagro. Apenas Samba el cobarde, el que se escondía, el que vivía atemorizado, se encontró en una situación que lo llevó al límite, algo cambió dentro de él y peleó con toda su fuerza. Y cuando un hombre de su tamaño y con su fuerza comienza a pelear, por lo regular pelea bien.

Ese día la victoria realmente se le debía a Samba, y los gritos de la gente fueron más escandalosos que nunca. Cuando volvió, Samba traía consigo la espada del jefe de los moros. El rey lo abrazó y le dijo:

—Hijo mío, ¿cómo podría mostrarte lo agradecido que estoy por haber realizado este espléndido trabajo?

Pero Samba, quien era bueno y leal cuando el miedo no se apoderaba de él, respondió con franqueza:

—Padre mío, es a tu hija y no a mí a quien debes darle las gracias, pues fue ella quien convirtió al cobarde dentro de mí en un hombre valiente.*

* Tomado del libro *Contes soudanais* de C. Monteil.

IMANI Y KUPTI

Érase una vez un rey que tenía dos hijas llamadas Imani y Kupti. A las dos las quería mucho y pasaba horas hablando con ellas. Un día le dijo a Kupti, la mayor:

—¿Estás de acuerdo en dejar tu vida y fortuna en mis manos?

—Sí, desde luego —contestó la princesa un poco sorprendida por la pregunta—. ¿En manos de quién habría de dejarlas si no en las tuyas?

Sin embargo, cuando se lo preguntó a Imani, su hija menor, esta respondió:

—¡Para nada! Si tengo la oportunidad, haré mi fortuna por mí misma.

El rey se sintió bastante decepcionado por la respuesta y dijo:

—Eres muy joven y no sabes lo que dices, pero aun así te daré la oportunidad de satisfacer tus deseos.

Entonces mandó llamar a un viejo faquir que vivía en una cabaña en ruinas a las afueras de la ciudad y, cuando se hubo presentado ante el rey, le dijo:

—Sin lugar a dudas, ya que eres muy viejo y prácticamente lisiado, te daría mucho gusto que una joven viva contigo para servirte, así que te enviaré a mi hija menor. Ella quiere ganarse la vida y creo que puede hacerlo contigo.

Por supuesto, el faquir no tenía nada que decir o, si sí, estaba demasiado perplejo y confundido para hacerlo. Pero la joven princesa se fue con él sonriendo y emprendió el viaje con gusto, mientras él cojeaba a su lado en perfecto silencio.

En cuanto llegaron a la cabaña, el faquir pensó qué podía hacer para que la princesa se sintiera cómoda, pero después de todo era un faquir y en su casa no había nada salvo un camastro, dos viejas cacerolas y una vasija de barro para el agua, y no se puede pedir mucha comodidad con solo estas cosas. Sin embargo, la princesa terminó de golpe con la perplejidad del faquir al preguntarle:

—¿Tienes dinero?

—Tengo una moneda; por aquí debe estar.

—Muy bien —dijo la princesa—. Dame la moneda y ve a conseguirme una rueca y un telar.

Después de mucho buscar, el faquir encontró la moneda y salió a cumplir su encargo, mientras la princesa iba a comprar unas cosas. Lo primero que compró fue un cuarto de penique de aceite y tres cuartos de lino. Cuando regresó con sus compras, acompañó al anciano a su camastro y le dio masaje en la pierna que tenía mala durante una hora. Luego se sentó frente a la rueca y le dio vueltas y vueltas toda la noche, mientras el anciano dormía, hasta que en la mañana ya había conseguido hacer el hilo más fino que nadie había visto. Entonces se pasó hacia el telar y tejó y tejó hasta que al caer la tarde había terminado un hermoso mantel color plata.

—Ahora ve al mercado y vende mi mantel mientras tomo un descanso —le dijo al faquir.

—¿Y cuánto debo pedir por él? —preguntó el anciano.

—Dos monedas de oro —respondió la princesa.

El faquir se fue cojeando hasta el mercado para vender el mantel. Al poco rato, se apareció por ahí la princesa mayor y preguntó por el precio del mantel.

—Dos monedas de oro —contestó el faquir, y la princesa las pagó muy contenta. Entonces el faquir volvió a cojear de regreso a casa con el dinero. Imani volvió a hacer lo mismo día tras día. Se gastaba una moneda en aceite y lino, atendía la pierna del anciano y le daba vueltas a la rueca y tejía en el telar prendas hermosas que vendía a precios muy elevados. Poco a poco la ciudad se hizo famosa por las cosas maravillosas que ella hacía, mientras que la pierna del viejo faquir se enderezaba y fortalecía, y el hoyo bajo la cabaña donde guardaban el dinero se llenaba cada vez más y más de oro. Por fin, un día la princesa le dijo al faquir:

—Creo que ya tenemos lo suficiente para vivir con mayor comodidad. —Y mandó llamar a unos constructores quienes edificaron una casa muy bonita para ella y el faquir. No había en la ciudad una casa más bella, salvo el palacio real. Con el tiempo esto llegó a oídos del rey, y cuando preguntó de quién era esa casa le dijeron que de su hija.

—¡Vaya! —exclamó el rey—. Ella dijo que haría su propia fortuna y de una manera u otra tal parece que eso es lo que ha hecho.

Poco después, el rey tuvo que viajar a otro país para atender un asunto de negocios. Antes de partir, le preguntó a su hija mayor qué le gustaría que le trajera de regalo.

—Un collar de rubíes —le respondió. Y entonces el rey pensó que debía preguntarle también a Imani, así que envió a un mensajero para que le preguntara qué quería de regalo. El mensajero llegó justo en el momento en que ella trataba de desenmarañar un nudo en el telar, así que se agachó un poco delante de ella y le dijo:

—El rey me ha enviado a preguntarle qué le gustaría que le trajera de regalo del país de Dûr.

Pero Imani, quien estaba muy concentrada en cómo desatar el nudo sin romper el hilo, le respondió:

—Paciencia —que era una manera de decirle al mensajero que esperara hasta que ella pudiera atenderle, pero él partió con esto como respuesta y le dijo al rey que lo único que ella quería era “paciencia”.

—¡Ay! —exclamó el rey—. No sé si se pueda comprar paciencia en Dûr. Yo mismo nunca la he tenido, pero si se puede conseguir, lo haré por ella.

Al día siguiente, el rey partió de viaje y, cuando terminó de arreglar sus negocios en Dûr, le compró a Kupti un hermoso collar de rubíes. Luego le dijo a uno de sus sirvientes:

—La princesa Imani quiere un poco de paciencia. No tenía idea de que existiera tal cosa, pero debes ir al mercado y preguntar por ella. Si hay alguna en venta, consíguela y tráemela.

El sirviente hizo una reverencia y salió. Caminó un buen rato por el mercado mientras preguntaba:

—¿Alguien tiene un poco de paciencia que venda?

Algunas personas se burlaban de él, mientras que otros (que no tenían paciencia) le decían que se fuera de ahí y que no hiciera el tonto.

—Este tipo está loco. ¡Como si la paciencia se pudiera vender o comprar!

Al rey de Dûr le llegó la noticia de que en el mercado había un loco que intentaba comprar paciencia. Entonces el rey se rió y dijo:

—Me gustaría conocer a ese muchacho. Tráiganlo aquí.

Y sus sirvientes acudieron de inmediato a buscar al hombre en cuestión y lo llevaron ante el rey, quien le preguntó:

—¿Qué es eso que quieres?

Y el hombre respondió:

—Señor. Me han ordenado que busque paciencia.

—Vaya. Tu señor debe ser muy extraño. ¿Para qué la quiere?

—Mi señor la quiere como regalo para su hija Imani — contestó el sirviente.

—Muy bien —dijo el rey—. Sé de cierta paciencia que muy bien podría ser para esa jovencita si tanto le interesa, pero no está en venta.

El rey se llamaba Subbar Khan, y Subbar significa “paciencia”, pero el mensajero no sabía eso y no entendió que el rey le estaba gastando una broma. Sin embargo, le contó que la princesa Imani no solo era joven y hermosa, sino también la princesa más inteligente, dedicada y de mejor corazón. Y él hubiera seguido describiendo las virtudes de la princesa de no ser porque el rey se echó a reír y con una seña le indicó que se callara.

—Muy bien, muy bien. Espera un momento y veré qué puedo hacer.

Entonces el rey se incorporó y subió a sus aposentos. Ahí tomó un pequeño cofre, dentro del cual metió un abanico. Lo cerró con mucho cuidado y se lo dio al mensajero.

—Aquí hay un cofre. No tiene candado ni está cerrado con llave. Sin embargo, solo podrá abrirlo la persona que necesite lo que contiene. Y quien lo abra obtendrá paciencia, pero no sé si será el tipo de paciencia que busca —dijo esto, y el sirviente hizo una reverencia, tomó el cofre y preguntó cuánto se le debía al rey. Este dijo que nada. Entonces partió, le entregó el cofre a su señor y le contó sus aventuras.

En cuanto el padre de Imani y Kupti volvió a su país, les entregó a cada una los regalos que les había traído. A

Imani le sorprendió mucho que el cofre se lo entregara un mensajero.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó—. Yo no pedí nada. De hecho, no tuve tiempo de pedir nada porque el mensajero ya se había marchado cuando terminé de desenredar el nudo en mi telar.

Pero el sirviente insistió en que el cofre era para ella, así que lo tomó con algo de curiosidad y se lo dio al viejo faquir. El anciano intentó abrirlo, pero no pudo. La tapa estaba tan sellada que le fue imposible moverla, a pesar de no tener ningún candado ni seguro ni resorte ni nada que dejara ver que el cofre estaba asegurado. Al poco tiempo se cansó de intentarlo y le pasó el cofre a la princesa, quien lo abrió con facilidad solo con tocarlo y dentro encontró un hermoso abanico. Imani soltó un grito, mezcla de sorpresa y gusto, sacó el abanico y comenzó a refrescarse.

Ni bien lo había movido tres veces apareció de la nada el rey Subbar Khan de Dûr. La princesa gritó y se talló los ojos, mientras que el faquir se sentó y se puso a mirar la escena con tanto asombro que no pudo hablar durante algunos minutos. Por fin tomó la palabra y le dijo:

—Estimado señor, le ruego que nos diga quién es usted, por favor.

—Mi nombre —comenzó el rey— es Subbar Khan de Dûr. Esta dama —dijo haciendo una reverencia hacia la princesa— me ha mandado llamar y aquí estoy.

—¿Yo? —preguntó la princesa titubeando—. ¿Yo lo he mandado llamar? Si nunca en mi vida lo había visto ni había oído hablar de usted. No es posible.

Entonces el rey les contó que había escuchado de un hombre que quería comprar paciencia en Dûr y cómo fue que puso el abanico en el cofre.

—Los dos son mágicos —añadió—. Basta que alguien agite el abanico tres veces y yo me aparezco. Si lo cierran y dan unos golpecitos con él sobre la mesa, entonces vuelvo a mi hogar de inmediato. No cualquiera puede abrir el cofre, pero como esta bella dama pidió paciencia, y resulta que ese es mi nombre, pues heme aquí a su servicio.

Entonces la princesa Imani, que era muy vivaz, sintió ansias de cerrar el abanico y golpear tres veces la mesa con él para enviar al rey a su casa. Pero el viejo faquir estaba muy contento con su invitado, y juntos los tres pasaron una velada muy agradable antes de que Subbar Khan partiera.

Después de esa vez lo llamaban con frecuencia, y como a él y al faquir les gustaba el ajedrez y eran buenos jugadores solían jugar hasta muy entrada la noche. Al cabo de un tiempo comenzaron a llamar a una pequeña habitación el cuarto del rey, pues cuando se le hacía muy tarde se quedaba a dormir ahí y volvía a su casa a la mañana siguiente.

No pasó mucho tiempo antes de que llegara a los oídos de la princesa Kupti que un hombre joven, rico y guapo solía ir de visita a casa de su hermana, por lo que Kupti se puso muy celosa. Por lo tanto, un día fue a visitar a Imani y fingió ser muy atenta y estar interesada en la casa, en el estilo de vida de Imani y el viejo faquir, y en el misterioso visitante real. Mientras las hermanas recorrían la casa, Imani le mostró a Kupti el cuarto de Subbar Khan. De pronto, tras poner un pretexto, Kupti se escurrió en la habitación y esparció cristal pulverizado bajo las sábanas; era un cristal envenenado que había llevado a la casa escondido entre sus ropas. Poco más tarde se despidió de su hermana y le dijo que no podía perdonarse el no haberla visitado en todo ese tiempo, pero que a partir de entonces repararía ese descuido.

Esa misma noche fue de visita Subbar Khan, quien se

quedó hasta muy tarde jugando ajedrez con el faquir, como de costumbre. Como el rey estaba muy cansado, les dio las buenas noches a ambos y, tan pronto se recostó en la cama, se le clavaron miles de pequeñas astillas de cristal envenenado. Él no sabía qué estaba pasando y de pronto sintió comezón por todos lados y luego un ardor que lo aquejaba de pies a cabeza. Pero no dijo nada, sino que se quedó sentado toda la noche con el cuerpo en agonía y la mente torturada de pensar que alguien lo hubiera envenenado en la casa de la propia Imani, pues eso suponía. A la mañana siguiente seguía sin decir nada aunque estaba a punto de desmayarse, y fue enviado a su casa por medio del abanico mágico. Una vez allá mandó llamar a los médicos del reino, pero ninguno pudo determinar cuál era su enfermedad y así permaneció por semanas; probaba todos los remedios que le daban y pasaba las noches sin dormir y los días llenos de dolor, fiebre y sufrimiento, hasta que se encontró al borde de la muerte.

Mientras tanto, la princesa Imani y el viejo faquir estaban muy preocupados, pues aunque agitaban el abanico mágico una y otra vez, Subbar Khan no aparecía, así que pensaron que tal vez ya se había hartado de ellos o que algo malo le había ocurrido. La princesa llegó a un estado tal de duda e incertidumbre que decidió ir en persona al reino de Dûr y ver qué ocurría. Para ello, se disfrazó de un joven faquir y emprendió el viaje a pie por sí sola, como corresponde a un faquir. Una noche se encontró en un bosque y se recostó bajo un árbol para descansar, pero no podía dormir de solo pensar en Subbar Khan y no saber qué le habría pasado. En eso escuchó a dos monos que conversaban entre sí en las ramas sobre su cabeza.

—Buenas noches, hermano —dijo uno—. ¿De dónde vienes?, ¿qué hay de nuevo?



Imani escucha lo que dicen los monos.

—Vengo de Dûr, y la noticia es que el rey se está muriendo.

—Ay, lo siento mucho —dijo el primero—, porque es un maestro para matar leopardos y otras creaturas que no deberían tener permitido existir. ¿Qué es lo que le pasa?

—Nadie lo sabe —contestó el segundo mono—. Pero los pájaros, que todo lo ven y llevan mensajes de un lado a otro, dicen que se está muriendo porque Kupti, la hija del rey, le echó cristal envenenado entre las sábanas.

—¡Vaya! Sí que es una mala noticia. Ojalá supiera que las moras de este mismo árbol en el que estamos sentados, sumergidas en agua caliente, podrían curarle esa enfermedad como máximo en tres días.

—¡Es cierto! —exclamó el otro—. Es una lástima que no podamos hablarle a un ser humano de una medicina tan simple y así poder salvar una vida de un buen hombre. Pero los hombres son muy tontos; van y se encierran en casas con el aire viciado en ciudades viciadas en lugar de vivir al aire libre en árboles frescos y agradables sin perderse de lo mejor de la vida.

Cuando Imani escuchó que Subbar Khan estaba muriendo, lloró en silencio, pero después de un rato se secó las lágrimas y se puso de pie. Y tan pronto amaneció en el bosque, comenzó a recolectar moras del árbol en un trapo que traía hasta llenarlo. Después se fue caminando lo más rápido posible y en un par de días llegó a la ciudad de Dûr. Lo primero que hizo fue entrar al mercado y exclamar:

—¡Medicina! ¡Vendo medicina! ¿Alguien aquí necesita medicina?

Y entonces un señor le dijo a su vecino:

—Mira, ahí hay un joven faquir que vende medicina. A lo mejor puede hacer algo por el rey.

—¡Bah! Con tantos sabios de barba gris que lo han

intentado en vano, ¿cómo podría ayudarlo un muchacho como ese?

—Aun así podría probar —dijo y se acercó a Imani para hablar con ella. Después emprendieron juntos el camino a palacio y al llegar anunciaron que un doctor había llegado para curar al rey.

Pasó bastante tiempo antes de que Imani pudiera entrar a la habitación del enfermo. Su disfraz era tan bueno que el rey no la reconoció, y ella, a su vez, lo vio tan acabado por la enfermedad que le fue difícil identificarlo. Pero se puso a trabajar de inmediato, llena de esperanza, y pidió que le dejaran un cuarto para ella sola y que le trajeran una olla para hervir agua. En cuanto el agua hirvió, echó las moras y le dio la mezcla a los ayudantes del rey para que le lavaran el cuerpo con ella. Ese primer baño fue tan bueno que el rey durmió tranquilo toda la noche. Al día siguiente hizo lo mismo, y esta vez el rey dijo que tenía hambre y pidió que le llevaran comida. Al cabo del tercer día se encontraba mucho mejor, solo un poco adolorido por la larga enfermedad. Al cuarto día se levantó y se sentó en su trono, y entonces envió a unos mensajeros a traer al médico que lo había curado. Cuando apareció Imani todos se maravillaron de que un hombre tan joven fuera un médico tan sabio. El rey quería darle grandes regalos, mucho dinero y cosas preciosas. Al principio Imani contestó que no quería recibir nada, pero después dijo que, si merecía algo como recompensa, quería el anillo grabado y el pañuelo del rey. Como afirmó que no recibiría ninguna otra cosa, el rey aceptó y se los dio. Y ella emprendió la marcha de regreso a su país tan rápido como pudo.

Poco después de su regreso, una vez que le hubo contado al faquir todas sus aventuras, mandaron llamar a Subbar Khan por medio del abanico mágico, y cuando apareció le

preguntaron por qué se había ausentado tanto tiempo. Entonces él les contó sobre su enfermedad y cómo lo habían curado, y cuando terminó su relato, la princesa se levantó y sacó de su gabinete el anillo y el pañuelo, y le dijo entre risas:

—¿Esta es la recompensa que le diste al doctor?

En ese momento, el rey la reconoció y comprendió en un instante todo lo que había pasado. Se levantó de un salto y guardó el abanico mágico en su bolsillo, y declaró que nadie lo mandaría de regreso a su país a menos de que fuera en compañía de Imani en calidad de esposa. Y así todo quedó arreglado. Imani y el viejo faquir fueron a la ciudad de Dûr, Imani se casó con el rey, y vivieron felices para siempre.*

* Cuento de tradición punjabi.

LAS EXTRAÑAS AVENTURAS DE LA PEQUEÑA MAYA

Hace muchos, muchos años, vivía una mujer que tenía una hermosa cabaña y un hermoso jardín en pleno bosque. Durante el verano era feliz cuidando de sus flores y escuchando a los pájaros cantar en los árboles, pero en invierno, cuando la nieve se juntaba en el suelo y los lobos se acercaban aullando hasta su puerta, se sentía muy sola y asustada.

—Me sentiría mucho mejor si al menos tuviera una hija con quien hablar, aunque fuera muy pequeña —se decía a sí misma. Mientras más caía la nieve, más repetía esas palabras. Un día ya no pudo soportar más el silencio ni la soledad, y echó a andar hacia la ciudad más cercana para rogarle a alguien que le diera a una niña en adopción o que le permitieran cuidarla un tiempo.

La nieve estaba muy profunda y le llegaba arriba de los tobillos. Le tomó casi una hora avanzar unos cuantos metros. “A este ritmo se va a hacer de noche antes de que llegue a la primera casa”, pensó y se detuvo a mirar alrededor. De pronto, detrás de un árbol, salió una mujer bajita con un sombrero alto.

—No es un buen día para caminar —le dijo la mujer—. ¿Vas muy lejos?

—Quería ir a la ciudad más cercana, pero no creo que pueda llegar —respondió la otra.

—¿Y puedo preguntarte qué asunto tan importante te lleva por allá? —preguntó la mujer bajita, quien en realidad era una bruja.

—Mi casa es muy sombría y no tengo a nadie con quien hablar. No puedo estar sola ahí y estoy en busca de una niña que me haga compañía sin importar qué tan pequeña sea.

—Ah, si eso es lo que buscas, no tienes que ir más lejos —dijo la bruja metiendo la mano en su bolsillo—. Mira, aquí tienes una espiga de maíz. Te haré el favor de vendértela por solo doce chelines. Si la plantas en una maceta y la riegas a menudo, en unos cuantos días verás algo maravilloso.

Esta promesa le levantó el ánimo a la mujer. Pagó con gusto el precio y en cuanto volvió a casa sembró la semilla en una maceta. Esperó tres días, y sentada en un rincón calientito casi no le quitaba la mirada de encima a la maceta. Y en la mañana del tercer día descubrió que, mientras dormía, había crecido un tulipán rojo, alto, cubierto de hojas verdes.

—¡Qué hermosa flor! —exclamó la mujer y se agachó a darle un beso. Al contacto con sus labios, los pétalos se abrieron y vio que en el centro de la flor estaba una niñita de apenas un par de centímetros de altura. Esta pequeña creatura estaba sentada sobre un colchón de violetas y cubierta con una sábana de hojas de rosa. Abrió los ojos y le sonrió a la mujer como si la conociera de toda la vida.

—¡Ay, hermosa! ¡Ya no volveré a estar sola! —exclamó la mujer, llena de emoción, y la bebé asintió con la cabeza, como diciendo: “No, verás que no”.

La mujer se apresuró a conseguir una cáscara de nuez espaciosa, la cual forró de satín blanco, y ahí metió a la niña con su colchón. Decidió llamarle Maya a la niña, y esa cáscara sería su cama. Colocó la cáscara sobre una silla, muy cerca de donde ella dormía, y por la mañana sacaba a Maya de ahí

y la ponía sobre una hoja, en medio de un enorme tazón de agua, y le daba un par de pelos de caballo para que los usara como remos. Jamás se vio una bebé más feliz; se pasaba el día cantando en un idioma que solo ella conocía y que nadie más podía entender.

*

Vivieron juntas algunas semanas y nunca se cansaban la una de la otra, hasta que de pronto ocurrió una desgracia. Una noche, mientras la madrastra dormía profundamente después de un largo día de trabajo, una rana enorme, fea y húmeda entró saltando por la ventana abierta y se le quedó mirando a Maya, quien dormía bajo su colcha de hojas de rosál.

“¡Vaya! Es una niña preciosa”, pensó la rana. “Sería una buena esposa para mi hijo”. Entonces se metió la cuna de cáscara de nuez a la boca y dio un brinco hasta el borde de un arroyo que corría por el jardín.

—Ven a ver lo que te traje —dijo la vieja rana una vez que llegó a su casa en el lodo.

—¡Croac! ¡Croac! ¡Croac! —profirió el hijo mientras miraba con gusto a la niña durmiente.

—¡Cállate! No hagas tanto ruido que la vas a despertar —dijo la madre—. Quiero que sea una buena esposa para ti, pero, mientras hacemos los preparativos de la boda, la vamos a poner sobre esa hoja de nenúfar, a la mitad del arroyo, para que no pueda huir de nosotros.

Con los primeros rayos del sol, Maya despertó, asustada y confundida, en esa verde prisión flotante. Se puso de pie directamente sobre la hoja y miró alrededor, buscando una manera de escapar. Al no encontrar ninguna, volvió a sentarse y comenzó a llorar con amargura. Por fin la vieja rana

escuchó sus sollozos. La rana estaba muy ocupada en su casa, al fondo del pantano, doblando juncos para formar una suave alfombra para los pies de Maya y entretejiendo carrizos y uvas sobre la entrada para que la novia encontrara el lugar bonito.

“¡Ay! La pobre muchacha se siente perdida y triste”, pensó la rana con pena, pues era buena de corazón. “Bien, pues he terminado. Mi hijo y yo iremos por ella. Cuando vea que mi hijo es muy guapo, volverá a sonreír”, pensó y en unos minutos ya estaban ambos a un lado de la hoja.

—Este es tu futuro esposo. ¿Alguna vez habías visto a alguien como él? —preguntó la madre orgullosa, empujando a su hijo hacia el frente. Sin embargo, tras echarle un vistazo, Maya lloró aún más, y los pequeños peces que vivían en el arroyo llegaron nadando al lugar para ver qué ocurría.

—Es absurdo que una creatura tan bella se vea forzada a tomar por esposo a alguien a quien no quiere —se dijeron un pez al otro—. ¡Sobre todo si es tan feo! Sin embargo, nosotros podemos evitarlo con facilidad —añadieron, y por turnos se pusieron a roer el tallo del nenúfar que daba a la raíz hasta cortarlo, luego lo tomaron con la boca y se llevaron a Maya lejos de ahí hasta que el arroyo se convirtió en un gran río.

Una vez que estuvo segura de que las ranas no podrían alcanzarla, Maya disfrutó mucho el viaje. Pasó por varios pueblos, y la gente se volvía a mirarla desde el río y exclamaba:

—¡Qué niña más hermosa! ¿De dónde vendrá?

—¡Qué niña tan bonita! —decían los pájaros en los arbustos. Una mariposa azul se enamoró de ella y, como no se le despegaba, la niña se quitó su faja, que combinaba con la mariposa, y la ató al cuerpo del insecto. Sobre este nuevo caballo viajaría mucho más rápido que antes.

Desafortunadamente, un gran escarabajo que zumbaba sobre el río la vio y la tomó con sus garras. La pobre mariposa



Un gran escarabajo tomó a Maya con sus garras.

se sintió aterrada por la presencia del escarabajo y forcejeó para liberarse. Entonces la faja se rompió, y la mariposa salió disparada hacia la luz del sol. Pero Maya no tuvo tanta suerte y, aunque el escarabajo recolectaba miel de las flores para que la niña cenara y le decía que era muy hermosa, ella no se podía sentir a gusto con él. El escarabajo se dio cuenta y les pidió a sus hermanas que jugaran con ella, pero ellas se le quedaron mirando con animosidad y le dijeron:

—¿De dónde sacaste este objeto tan extraño? Es muy fea. De eso no hay duda, pero más bien inspira lástima porque solo tiene dos patas.

—Tampoco tiene antenas —añadió una—. Y es demasiado flaca. Nuestro hermano tiene muy mal gusto.

—¡Vaya que sí! —dijeron las demás. Y lo repitieron tantas veces y con tanta insistencia que al final él también lo creyó, así que retiró a Maya del árbol donde la había puesto y la colocó sobre una margarita en el campo.

Ahí pasó Maya todo el verano y podría decirse que no se la pasó tan mal. Se atrevió a pasear sin compañía y se hizo una cama con briznas de pasto que puso debajo de las hojas de un trébol a modo de refugio. Con los cálices de las flores que crecían sobre el musgo captaba tanto rocío como deseaba, y el escarabajo le había enseñado cómo producir miel. Pero el verano no dura para siempre; poco a poco las flores se marchitaron y, en lugar de rocío, llegaron el hielo y la nieve. Maya no sabía qué hacer, pues su ropa estaba hecha jirones y, aunque intentaba cubrirse con hojas secas, estas se rompían bajo sus dedos. Pronto se dio cuenta de que, si no se procuraba otro refugio, moriría de frío y hambre.

Así que se armó de valor, dejó el bosque y cruzó el camino; anduvo por lo que había sido un hermoso campo de espigas de maíz que se mecían con el viento durante el verano

y ahora solo era una masa de tallos duros. Estuvo deambulando sin divisar nada salvo el cielo azul, hasta que de pronto se encontró cerca de una abertura que parecía conducir por un pasadizo debajo de la tierra.

—Cuando menos estará calentito ahí dentro —dijo Maya—, y quizás la persona que viva ahí me dé algo de comer. Sea como sea, no puede ser peor que como estoy ahora. —Y así se adentró con valentía en el pasadizo. En breve se encontró con una puerta emparejada, se asomó discretamente y descubrió un cuarto lleno de maíz. Esto la animó, y continuó su inspección con más cuidado hasta que llegó a una cocina donde encontró a una vieja ratona de campo horneando un pastel.

—Pobre animalito —exclamó la ratona, pues nunca había visto algo como ella—. Parece que te mueres de hambre. Ven y siéntate, calientate un poco y deja que te comparta mi cena.

Maya casi llora de alegría al escuchar las amables palabras de la vieja ratona. No hubo necesidad de que le repitiera la oferta, y la niña comió más de lo que nunca había comido en la vida, aunque no era precisamente el desayuno para un pajarito. Cuando terminó de comer, extendió una mano y sonrió, y entonces la vieja ratona le dijo:

—¿Sabes contar cuentos? Si es así, te puedes quedar conmigo hasta que el sol vuelva a calentarnos. Me ayudarás en las cosas de la casa. Pero el invierno aquí es muy aburrido, a menos de que tengas a alguien muy listo con quien te puedas entretener.

En efecto, Maya había aprendido muchas historias de su madrastra, y además estaban todas sus aventuras y escapes de la muerte. También sabía cómo se debía barrer un cuarto y a diario se levantaba temprano en la mañana para tener todo limpio y arreglado para la vieja ratona.

Así el invierno se pasó amable, y Maya comenzó a hablar de la primavera y del momento en que volvería a salir al mundo y buscar fortuna.

—Aún no es tiempo de pensar en eso —dijo la ratona de campo—. Allá en la tierra tienen un dicho: “Cuando el día se extiende, el frío se hace más fuerte”. Hasta ahora el clima no ha estado tan frío, pero la nieve caerá en cualquier momento. No hay invierno en que no nieve, y entonces ¡vas a dar gracias por estar aquí y no a la intemperie! Pero me atrevo a decir que entiendo que para alguien joven como tú este lugar sea muy tranquilo —añadió—, así que he invitado a mi vecino el topo para que nos visite. Ha estado durmiendo todos estos meses, pero escuché que ya se ha despertado. Serías muy afortunada si a él se le metiera en la cabeza la idea de casarse contigo, aunque desafortunadamente es ciego y no puede ver lo hermosa que eres.

Maya se alegró al escuchar que el topo era ciego, pues no lo quería por esposo.

Un día el topo fue a visitarlas, tal como lo había prometido. A Maya no le agradó en lo más mínimo. Podía ser rico y cultivado como pocos, pero odiaba el sol, los árboles, las flores y todo lo que ella más amaba. Desde luego, al estar ciego, nunca había visto nada de esto y, como ocurre con ciertas personas, creía que nada que él no conociera valía la pena. Pero las historias de Maya lo entretenían, aunque él hacía todo lo posible por ocultarlo. Le gustaba mucho su voz cuando ella cantaba: “Por el contrario, María, ¿cómo crece tu jardín?, María, no me digas adiós desde el pico del árbol, María”.

Aunque él le decía que la canción no tenía sentido y que los jardines y los árboles eran puras tonterías. Cuando fuera su esposa, le enseñaría cosas más dignas de aprender.

—Mientras tanto —le dijo el topo con aires de grande-

za—, he cavado un túnel que va de esta casa a la mía por el que puedes caminar. Solo no tengas miedo de una creatura muerta que se cayó por un hoyo del techo y está tirada a un lado del camino.

—¿Qué clase de creatura? —preguntó Maya.

—No te lo puedo decir —dijo el topo con indiferencia—. Está cubierto de algo suave, tiene dos piernas y una cosa larga y puntiaguda que le sale de la cabeza.

—¡Es un pájaro! —exclamó Maya— ¡Amo los pájaros! Debe haber muerto de frío —añadió con la voz casi apagada—. ¡Señor topo, lléveme a verlo por favor!

—Ven conmigo. Ya voy de regreso a casa —dijo el topo y luego le pidió a la vieja ratona que los acompañara, y así los tres emprendieron el camino.

—Aquí está —dijo al cabo de un rato el topo—. Gracias al destino no soy un pájaro. No pueden decir nada salvo “pío, pío” y se mueren con las primeras nevadas.

—Así es, pobre e inútil creatura —dijo la ratona de campo, pero mientras ellos conversaban, Maya se había agachado hacia el otro lado, acariciaba las plumas de la pequeña golondrina y le daba un beso en los ojos.

Esa noche la pasó en vela, pensando en la golondrina que estaba muerta en el túnel. Al fin no pudo más y se metió en donde guardaban el heno y se puso a tejer una alfombra gruesa. Después se dirigió hacia las reservas de algodón que guardaba la ratona de campo y que durante el verano Maya había recolectado de algunas flores del pantano. Entonces se fue por el túnel y puso el algodón debajo del ave y la cubrió con la colcha de heno que había tejido.

—Tal vez tú fuiste una de las golondrinas que cantó para mí en el verano —dijo—. Desearía haber podido devolverte la vida, pero, por ahora, ¡adiós!—. Y colocó su rostro, todavía

con lágrimas, sobre el pecho del pájaro. Entonces le pareció sentir un suave movimiento en la mejilla. ¡En efecto! Ahí estaba otra vez; la golondrina, después de todo no estaba muerta, sino que solo había perdido el sentido por el frío y el hambre. Y con esto en mente, Maya regresó a toda velocidad a la casa y le llevó algunos granos de maíz y un poco de agua en una hoja, la cual acercó a la golondrina. Esta abrió el pico inconscientemente y comenzó a beber. Una vez que se tomó el agua, Maya le dio los granos uno a uno.

—No hagas ruido para que nadie se dé cuenta de que no estás muerta. Esta noche te voy a traer comida y le voy a decir al topo que debe cerrar más el túnel porque siento mucho frío cuando paso por aquí. Por ahora, adiós— le dijo y volvió a la casa con la ratona de campo, la cual dormía profundamente.

*

Al cabo de algunos días, bajo el cuidado de Maya, la golondrina fue recuperando las fuerzas y le contó a Maya cómo había ido a parar al lugar donde la encontró. Antes de que fuera lo suficientemente grande para volar muy alto, se había rasgado un ala con un rosal, de modo que no pudo mantenerles el paso a su familia y amigos cuando decidieron partir hacia tierras más cálidas. Durante el vuelo, ellos no se dieron cuenta de que su pequeña hermana no estaba con ellos, y de pronto la golondrina cayó al suelo vencida por el cansancio y debió rodar hasta caer dentro del hoyo del túnel.

La golondrina tuvo suerte de que la ratona y el topo creyeran que estaba muerta porque así no la molestaron, de modo que, cuando la primavera realmente llegó y el sol empezó a calentar con gusto y los jacintos azules crecieron en los

bosques y las primulas, en los setos, la golondrina estaba tan alta y fuerte como sus compañeras.

—Me has salvado la vida, pequeña Maya —le dijo— pero ahora ha llegado el momento de despedirme, a menos de que me permitas llevarte en mi espalda muy lejos de esta lúgubre prisión.

A Maya le brillaron los ojos ante la idea, pero valientemente negó con la cabeza.

—Sí, debes irte, pero yo me quedaré —le dijo—. La ratona de campo me ha tratado bien y no puedo dejarla así como así. ¿Crees que puedas abrir el hoyo en el túnel por ti misma? Si es así, lo mejor será que comiences ahora mismo, pues esta noche vamos a cenar con el topo y no creo que le agrade a la ratona encontrarte removiendo la tierra.

—Es verdad —respondió la golondrina volando hacia el techo, el cual no estaba muy por encima de ellas después de todo, y se puso a trabajar con el pico. Al poco rato, entró un primer rayo de luz del sol a aquel oscuro lugar.

—¿De verdad no vienes conmigo, Maya? —le preguntó. Y, aunque su corazón añoraba los árboles y las flores, ella le contestó lo mismo de antes:

—No. No puedo.

Ese rayo de sol fue toda la luz que Maya tuvo por un buen tiempo, pues el maíz creció tanto sobre el hoyo y alrededor de la casa que muy bien podría no haber habido sol en absoluto. Aunque extrañaba a su amiga golondrina a cada rato, no tenía mucho tiempo de descanso, pues la ratona de campo le había informado que muy pronto sería su boda con el topo y que le tenía lana y un poco de algodón para su vestido. Pero, como Maya nunca había tejido un vestido, lograron convencer a cuatro arañas muy listas de que pasaran unos días debajo de la tierra tejiendo la lana y el algodón, y

así confeccionar las prendas diminutas. A Maya le gustaba la ropa, pero odiaba la idea de estar con el ciego topo y no sabía cómo escaparse de él.

Por las noches, cuando las arañas se iban a su casa a descansar, ella las acompañaba hasta la puerta y se esperaba ahí un momento hasta que un golpecito de viento separara las espigas de maíz y entonces pudiera ver el cielo.

“Si tan solo la golondrina pudiera venir ahora”, se decía a sí misma, “me iría con ella al fin del mundo”. ¡Pero nunca llegaba!

—Tu vestido está listo —le dijo un día la ratona de campo cuando las moras estaban rojas y las hojas amarillas—, y el topo y yo hemos decidido que tu boda será dentro de cuatro semanas.

—¡No tan pronto! ¡No tan pronto! —exclamó Maya rompiendo en llanto, lo que hizo enojar mucho a la ratona, quien le reclamó que no era muy diferente a otras niñas, pues no tenía sentido común ni sabía lo que era bueno para ella. Entonces llegó el topo y la subió a su lomo para llevarla a conocer la nueva casa que había cavado para ella, la cual estaba a tal profundidad que las pequeñas piernas de Maya nunca le permitirían escalar lo suficiente, ni siquiera para llegar a la altura de la casa de la ratona de campo, desde donde alcanzaba a ver un poco de luz del sol. Su corazón se entristeció más y más conforme pasaron los días y en la última noche previa a la boda escaló hasta salir al campo entre rastrojos para mirar la puesta del sol antes de despedirse para siempre de él.

—¡Adiós, adiós! —dijo— ¡Adiós, mi querida golondrina! ¡Si tan solo supiera cómo me encuentro, vendría a ayudarme!

Entonces escuchó un gorjeo justo encima de ella, y la golondrina descendió a su lado y revoloteó.

—Te ves triste. ¿De verdad vas a dejar que ese horrible topo se case contigo?

—Pronto voy a morir y ese es mi consuelo —contestó ella llorando. Pero la golondrina se limitó a decirle:

—Tonterías. Súbete a mi espalda, como te lo pedí antes, y te llevaré a un lugar donde el sol siempre brilla. Muy pronto te olvidarás de que alguna vez existió una criatura tan fea como ese topo.

—Sí. Vamos —respondió Maya.

Entonces la golondrina rompió un tallo de maíz con su fuerte pico y le dijo que lo atara a su ala con firmeza, y así despegaron y volaron hacia el sur durante varios días.

Qué feliz se puso Maya al volver a ver la tierra. Cien veces le pidió a la golondrina que se detuviera, pero esta le decía que lo mejor aún estaba por llegar, y así continuaron volando. Solo se detenían para descansar un poco, hasta que por fin llegaron a un lugar donde había unos pilares grandes de mármol blanco; unos se erguían altos, con parras enroscadas desde las cuales un sinfín de cabezas de golondrinas se asomaban, y otros yacían entre las flores blancas, amarillas y azules.

—Yo vivo ahí arriba —dijo la golondrina señalando el pilar más alto—. Pero una casa como esa nunca sería buena para ti, porque te caerías y morirías. Mejor escoge una de las casas de abajo y será tuya, y dormirás envuelta en sus hojas.

—Quiero esa de allá —contestó Maya, señalando una flor blanca en forma de estrella con una pequeña corona roja con amarillo en el centro y un largo tallo que se mecía con el viento—. Esa es la más bonita de todas y tiene un olor muy dulce.

Entonces la golondrina descendió hasta ella, pero conforme se acercaron a la flor vieron un pequeño hombrecillo con

una corona en la cabeza y alas en los hombros que se balanceaba sobre una de las hojas.

—Ah, ese es el rey de los espíritus de las flores —susurró la golondrina. Y el rey estiró los brazos hacia Maya y la ayudó a bajarse de la espalda del ave.

—Te he esperado durante mucho tiempo —dijo él—, y por fin has llegado para ser mi reina. Maya sonrió y se puso a su lado mientras todas las hadas que vivían en las flores corrían a traerle regalos; el mejor fue un par de hermosas alas azules de gasa para que pudiera volar como una de ellas.

Así, en lugar de casarse con el topo, la pequeña Maya fue coronada reina, y las hadas bailaron a su alrededor formando un anillo, mientras la golondrina entonaba la canción nupcial.



Él le ayudó a bajarse de la espalda del ave.

UN DIAMANTE CORTA OTRO

En una ciudad de Indostán vivió una vez un mercader que, aunque se levantaba temprano, trabajaba duro y se iba a descansar tarde, seguía siendo muy pobre. Y, como lo perseguía la mala suerte, decidió por fin irse a un país lejano a probar fortuna. Pasaron doce años en los que su suerte cambió. Para entonces había acumulado una gran riqueza, más que suficiente para tener grandes comodidades por el resto de sus días, así que quiso volver a su ciudad de nacimiento, donde deseaba pasar lo que le quedara de vida y estar entre los suyos. Para poder transportar sus riquezas con seguridad por los varios kilómetros que mediaban entre él y su hogar, compró unas joyas magníficas que guardó en una pequeña caja, la cual escondió entre sus ropas. Y, para no llamar la atención de los ladrones que infestaban las calles y vivían de robar a los viajeros, partió vestido en las ropas de un hombre que no tiene nada que perder.

Una vez preparado, emprendió el viaje de inmediato y, cuando estaba a unos cuantos días de distancia de su ciudad, llegó a otra donde decidió comprar unas mejores ropas; ya no tenía miedo de los ladrones y quería verse como un hombre rico. Con sus nuevos atavíos entró a la ciudad y, muy cerca del gran portón, encontró un bazar en donde vio, entre

varias tiendas que vendían telas muy costosas, alfombras y cosas provenientes de otros países, una más elegante que las demás. En medio de tanta mercancía estaba el dueño de la tienda, sentado a sus anchas, fumando en una pipa de plata. Ahí dirigió sus pasos el mercader y saludó cortésmente al dueño de la tienda, quien se llamaba Beeka Mull y era un hombre muy astuto. A medida que ambos hombres conversaban, Beeka Mull se fue dando cuenta de que su cliente era más rico de lo que aparentaba, pero trataba de ocultarlo. Después de que el mercader hizo algunas compras, el dueño lo invitó a tomar algo, y al poco rato ya estaban conversando muy a gusto. Durante la conversación, Beeka Mull le preguntó al mercader si iba de viaje y, al escuchar el nombre de la ciudad, le dijo:

—¡Ah! Debe tener mucho cuidado en ese camino; hay muchos ladrones.

El mercader se puso pálido al escuchar esto, porque pensó que sería terrible que justo al final de su viaje le robaran toda la fortuna que había acumulado con tanto trabajo. Pero Beeka Mull, siendo tan próspero y agradable, debía saber más que él sobre eso, así que le preguntó:

—Lala ji,* ¿me podría hacer el favor de guardarme una pequeña caja por unos días? Dentro de poco puedo volver con unos seis hombres fornidos, de los que hay en mi ciudad, y llevarme la caja.

El Lala negó con la cabeza.

—No puedo hacerlo —respondió—. Lo siento, pero yo no me dedico a ese tipo de cosas. Me daría miedo hacerme responsable de la caja.

* “Lala” es un título de cortesía; “ji” es un sufijo que denota educación. “Lala ji” equivaldría a algo como “Querido señor”.

—Pero no conozco a nadie en esta ciudad, y usted debe tener algún lugar en donde guarda con seguridad sus pertenencias. Haga esto como un gran favor.

Beeka Mull volvió a negarse, con cortesía y firmeza, pero el mercader se dio cuenta de que ya había mostrado ser más rico de lo que aparentaba y tuvo miedo de que más personas se enteraran después de preguntar por aquí y por allá. Entonces continuó con su súplica hasta que el otro aceptó. El mercader sacó la pequeña caja con las joyas, Beeka Mull la metió en un sólido cofre junto con otras piedras preciosas y así, después de varias promesas y halagos, se despidieron.

En un lugar como un bazar oriental, donde las tiendas están del todo abiertas y la mercancía se muestra no solo dentro sino también afuera, sobre las terrazas y las verandas que daban apenas a pocos centímetros sobre el nivel de la calle, una conversación tan larga como la que tuvieron estos dos no podía sino llamar la atención de los dueños de otras tiendas en aquel angosto callejón. Si al menos el mercader hubiera sabido que casi cualquier propietario de una tienda en ese distrito era un ladrón y que el mayor y el más astuto de todos era precisamente Beeka Mull... Pero no lo sabía y no pudo evitar sentirse un poco incómodo al partir después de haberle dejado toda su riqueza a un extraño. Y entonces, mientras deambulaba por la calle y compraba alguna cosa aquí y otra allá, fue haciendo algunas preguntas sobre la honestidad de Beeka Mull. Pero cada pillo con quien hablaba, sabiendo que debía haber un buen motivo para que el otro preguntara y con la esperanza de obtener alguna parte del negocio que Beeka Mull estuviera tramando, le respondió que aquel era un dechado de virtudes.

Así los temores del mercader se aplacaron, y, ya más tranquilo, continuó el viaje hacia su ciudad. Y al cabo de una

semana volvió acompañado de seis hombres fornidos (sobrinos y vecinos a quienes les había pedido ayuda para que lo ayudaran a cargar su preciada caja).

Al llegar a la gran plaza del mercado, en el centro de la ciudad, el mercader les pidió a sus amigos que lo esperaran, pues iría a recuperar la caja con las joyas y los alcanzaría. Ellos estuvieron de acuerdo, y él se fue. Al llegar a la tienda de Beeka Mull, se acercó a saludarlo.

—Buen día, Lala ji —dijo, pero el Lala se hizo el que no lo vio. Entonces el otro repitió el saludo.

—¿Qué quieres? —contestó Beeka Mull con voz cortante—. Ya has dicho buen día dos veces. ¿Por qué no me dices qué quieres?

—¿No te acuerdas de mí? —le preguntó el mercader.

—¿Recordarte? No, ¿por qué debería hacerlo? Demasiado tengo recordando a los buenos clientes como para además acordarme de todos los mendigos que vienen a pedir caridad.

El mercader comenzó a temblar al escuchar estas palabras.

—Lala ji, seguramente sí me recuerdas; te di una pequeña caja para que me la guardaras y me prometiste... me prometiste amablemente que podría regresar por ella y que...

—¡Sinvergüenza! ¡Fuera de mi tienda! —gritó Beeka Mull—. ¡Largo de aquí, insolente granuja! Todo el mundo sabe que yo no le guardo nada a nadie. Ya bastante trabajo tengo con cuidar mis propias cosas. ¡Así que largo de aquí! —Al decir esto, comenzó a empujar al mercader afuera de la tienda, y como éste se resistió acudieron dos de los mirones de la calle a ayudar a Beeka Mull y echaron al mercader a la calle como un saco de mercancía que se hubiera caído de un camello. Lentamente se levantó y se sacudió el polvo; estaba golpeado, con moretones y sangraba, pero más que dolor sentía el cuerpo como entumecido, pues, después de todo ¡estaba

perdido y arruinado! Se arrastró despacio para alejarse de donde estaba el gordo y enfurecido Beeka Mull, de pie entre sus telas y alfombras desordenadas. Por fin llegó hasta donde había una pared amiga en la que pudo recargarse, luego escondió la cabeza entre las manos y se entregó a la agonía del sufrimiento y la desesperación.

Ahí se sentó y se quedó inmóvil, como si lo hubieran convertido en piedra, mientras la oscuridad caía a su alrededor, cuando, cerca de las once de la noche, un tipo llamado Koo-shy Ram pasó por ahí acompañado de un amigo, vio al mercader sentado contra la pared y exclamó:

—Ese es un ladrón, sin duda.

—Te equivocas —repuso el otro—. Los ladrones no se sientan a la vista de todos, ni siquiera de noche.

Y así los dos siguieron su camino sin acordarse de él. Como a las cinco de la mañana, Kooshy Ram volvía a su casa y, para su sorpresa, vio de nuevo al miserable mercader que seguía sentado igual que varias horas antes. Seguramente algo debía ocurrirle a un hombre que se pasaba toda la noche sentado a mitad de la calle, y Kooshy Ram decidió saber qué era, así que se acercó al mercader y lo sacudió con gentileza del hombro.

—¿Quién eres? —le preguntó—. Y ¿qué haces aquí?, ¿estás enfermo?

—¿Enfermo? —contestó el mercader con una voz de ultratumba—. Sí, enfermo de algo para lo cual no hay medicina.

—¡Tonterías! —exclamó Kooshy Ram—. Ven conmigo. Sé de una medicina que yo creo que te va a curar. —Y entonces el joven tomó al mercader del brazo y lo llevó arrastrando de los pies hasta su casa, donde lo primero que hizo fue darle una gran copa de vino, luego le dio bastante comida y le pidió que le contara sus aventuras.

Mientras tanto, los compañeros del mercader que se quedaron en la plaza, como eran un poco tontos, creyeron que, como el hombre no regresó, debía haberse ido a casa solo. Cuando se cansaron de esperar, partieron hacia su ciudad y decidieron no meterse en los asuntos del mercader. Por lo tanto, el mercader se la habría pasado muy mal de no haber sido por ese joven que lo rescató, el cual, siendo todavía un niño, había heredado una gran fortuna y no tenía a nadie que lo aconsejara sobre cómo gastarla. Era un joven alegre, de buen corazón y astuto en los negocios, pero desperdiciaba el dinero como el agua, por lo regular en lo primero que se le atravesara en el camino; es decir, en él mismo. Sin embargo, se le había metido en la cabeza hacerse amigo de este miserable mercader y estaba resuelto a conseguirlo. A su lado, el mercader sintió que la confianza le volvía y, sin más demora, le contó lo que le había ocurrido.

Kooshy Ram se echó a reír ante la idea de un extraño confiándole su riqueza a Beeka Mull.

—¡Es el ladrón más grande de esta ciudad! —exclamó—. ¡A menos que creas lo que algunos dicen de mí! Bueno, por ahora no hay nada que puedas hacer salvo quedarte aquí tranquilo, y creo que al cabo de unos días podré encontrar una medicina para tu enfermedad.

Al escuchar esto, el mercader volvió a tener ánimos, y un poco de calma inundó su corazón al aceptar agradecido la invitación de su nuevo amigo.

Pocos días después, Kooshy Ram mandó llamar a algunos amigos suyos y habló durante un largo rato con ellos y, aunque el mercader no escuchó la conversación, distinguió las carcajadas, como quien se ríe de una buena broma. Pero

las carcajadas hacían un eco sordo en su corazón, pues mientras más pensaba en recuperar su fortuna de las manos de Beeka Mull, más se desesperaba.

Un día, poco después de esto, Kooshy Ram le dijo:

—¿Recuerdas el muro donde te encontré aquella noche cerca de la tienda de Beeka Mull?

—Sí, claro —respondió el mercader.

—Bien —continuó Kooshy Ram—, esta tarde debes ir y pararte en ese mismo lugar y observar. Y cuando alguien te dé una señal, irás hacia donde está Beeka Mull y lo saludarás. Debes decirle: “¡Oh, Lala ji, ¿serías tan amable de devolverme la caja que es mía y que dejé a tu cuidado?”.

—¿Eso de qué servirá? —preguntó el mercader—. Me hará el mismo caso que antes, cuando se lo pedí de la misma manera.

—¡No importa! —le dijo Kooshy Ram—. Haz exactamente lo que te digo y repite esas mismas palabras. Yo me encargo del resto.

Esa tarde, el mercader llegó a una cierta hora y se puso a esperar frente a la pared como le habían indicado. Se dio cuenta de que Beeka Mull lo había visto, pero ninguno de los dos mostró reconocer al otro. Al cabo de un rato, llegó al bazar un palanquín como esos en los que se transportan las damas de alto rango. Lo llevaban cuatro cargadores vestidos con ricas libreas, y las cortinas y los ornamentos del palanquín eran verdaderamente magníficas. Al frente iba un sujeto de apariencia muy seria, a quien el mercader reconoció como uno de los amigos que visitaba a Kooshy Ram. Detrás de él venía un sirviente que llevaba sobre la cabeza una caja cubierta por una tela.

Llevaban el palanquín a buen paso y se detuvieron frente a la tienda de Beeka Mull. El gordo vendedor se puso de pie

al instante e hizo una gran reverencia al hombre que venía al frente del palanquín.

—¿Puedo preguntar quién viene adentro del palanquín que ha decidido honrar mi humilde tienda con su presencia? ¿En qué puedo ayudarla?

El caballero, después de susurrar algo hacia el interior del palanquín, explicó que se trataba de una pariente suya, y que, como su esposo no podría acompañarla más lejos, le gustaría dejarle encargada una caja con joyas a Beeka Mull. El Lala volvió a hacer una gran reverencia.

—No suelo hacer esto —les dijo, pero añadió que, si ese era el deseo de la dama, lo haría con gusto y cuidaría de la caja con la vida. Entonces llamaron al sirviente que traía la caja. La caja no tenía llave ni candado, y al abrirla un bulto de joyas quedó al descubierto ante la mirada de azoro del Lala, quien empezó a salivar mientras inspeccionaba las gemas.

El mercader había observado todo esto desde lejos y entonces vio —¿o era un error?—, en efecto, vio con claridad que una mano se asomaba desde la cortina del palanquín como si señalara la tienda. ¡La señal! “¿Será esa la señal?”, pensó. La mano volvió a hacer una seña que parecía impaciente. Por lo tanto, avanzó hacia los demás y, después de saludar a Beeka Mull, quien estaba sentado dándole vueltas a las joyas de esa caja increíble que la buena fortuna y un grupo de tontos habían puesto a su cuidado, le dijo:

—¡Oh, Lala ji! ¿Serías tan amable de devolverme la caja que te dejé encargada?

El Lala levantó la mirada como si lo hubieran picado con algo, pero de inmediato pensó que, si este hombre volvía a armar un escándalo por su caja, perdería la confianza de estos nuevos y potentados clientes, así que se tranquilizó y respondió:

—¡Qué bárbaro! ¡Claro que sí! Ya se me había olvidado. —Se metió a la tienda y regresó con la caja, la cual colocó en las manos temblorosas del mercader. Rápidamente este sacó la llave que traía colgada del cuello con un cordel y abrió la caja. Y cuando vio que todas sus joyas seguían ahí, salió a toda prisa al camino, con la caja bajo el brazo, y comenzó a bailar como un loco, dando brincos y gritos de alegría. En ese momento, llegó un mensajero corriendo, el cual se apresuró a saludar al caballero del palanquín y le dijo:

—El esposo de la dama ha vuelto y está preparado para continuar el viaje con ella, así que no hay necesidad de dejar las joyas en depósito.

Entonces el caballero se apresuró a cerrar la caja, volvió a echarle llave y se la devolvió al sirviente. Luego se escuchó una risotada desde dentro del palanquín, del cual salió de un salto no una dama, sino Kooshy Ram, quien se echó a correr hacia el mercader para bailar y a dar de brincos igual que él. Beeka Mull se les quedó mirando como un tonto y arrojó su turbante al piso mientras soltaba una fuerte risotada. En eso se dirigió hacia ellos y comenzó a bailar y a chasquear los dedos hasta que se quedó sin aliento.

—¿Por qué bailas, Lala ji? —dijo el caballero que había hecho el papel del pariente que cuidaba el palanquín—. El mercader baila porque ha recobrado su fortuna; Kooshy Ram baila porque es un loco que te ha engañado, pero ¿tú por qué?

—Bailo —contestó jadeando Beeka Mull, mientras lo miraba con ojos de rabia— porque conocía trece maneras de engañar a las personas ganándome su confianza y ahora conozco catorce. ¡Por eso bailo!*

* Cuento de origen punjabi, versión del mayor Campbell incluida en *Feroshepore*.

EL CABALLERO VERDE

Había una vez un rey y una reina que tenían una hija, una niña hermosa y encantadora a quien querían como a nada en el mundo. Cuando la princesa cumplió doce años de edad, la reina enfermó, y nada de lo que hicieron por ella sirvió de algo. Todos los médicos del reino hicieron lo que pudieron para curarla, pero a pesar de sus grandes esfuerzos ella empeoró y empeoró. Cuando estaba a punto de morir, mandó traer al rey y le dijo:

—Prométeme que harás todo lo que te pida nuestra hija. No importa si estás de acuerdo o no. —Al principio el rey titubeó, pero ella añadió—: No podré morir en paz si no me lo prometes.

Entonces el rey aceptó y prometió hacer lo que le pedía, y después la reina pudo morir con tranquilidad.

Muy cerca del palacio del rey vivía una noble dama que tenía una hija de la misma edad que la princesa. Las dos niñas pasaban todo el tiempo juntas. Después de la muerte de la reina, la princesa le pidió al rey que la dama y su hija se fueran a vivir al palacio. Al rey no le gustó mucho la idea porque no confiaba del todo en la dama, pero la princesa insistió tanto que él no pudo negarse.

—Estoy sola, padre —le dijo—, y todos los magníficos regalos que me has dado no pueden compensar la muerte de

mi madre. Si esta dama viene a vivir aquí, será casi como si la reina me hubiera sido devuelta.

Por lo tanto, prepararon unas habitaciones magníficas para las invitadas. La princesa estaba más que feliz con la idea de tener a sus amigas tan cerca. La dama y su hija llegaron, y durante un tiempo todo iba bien. Eran muy amables con la huérfana princesa, y ella casi comenzó a olvidar lo aburrido que era todo antes de su llegada. Pero ocurrió que un día, mientras ambas niñas jugaban en el jardín de palacio, la dama se dirigió hacia ellas, vestida con ropa de viaje, le dio un tierno beso a la princesa y le dijo:

—Adiós, querida mía. Mi hija y yo tenemos que despedirnos, pues nos iremos muy lejos de aquí.

La pobre princesa comenzó a llorar amargamente.

—¡Ay, no me abandonen! —les dijo entre sollozos—. ¿Qué haré sin ustedes? ¡Por favor, quédense!

La dama negó con la cabeza.

—Se me rompe el corazón, querida princesa, pero tenemos que irnos.

—¿No hay nada que pueda retenerlas aquí? —preguntó la princesa.

—Solo una cosa —respondió la dama—. Pero, como eso es imposible, mejor no hablemos de ello.

—Nada es imposible —insistió la princesa—. Dime qué es y se hará.

Finalmente, la dama le dijo:

—Si tu padre se casara conmigo y me hiciera su reina, me quedaría, pero eso es algo que él no haría jamás.

—¡Ay, sí, eso es fácil de conseguir! —exclamó la princesa, encantada de pensar que, después de todo, no tendrían que separarse. Y entonces fue a buscar a su padre para pedirle que se casara con la dama de inmediato. Él siempre hacía lo

que ella le pedía, así que estaba segura de que también esto lo haría.

—¿Qué pasa, hija mía? —le preguntó el rey cuando la vio—. Has estado llorando, ¿no eres feliz?

—Padre, he venido a pedirte que te cases con la condesa —pues ese era su título real—. Si no lo haces, ella se irá, y entonces me quedaré tan sola como antes. Nunca me has negado nada de lo que te he pedido. No lo hagas ahora.

El rey se puso pálido al escuchar esas palabras. No le agradaba la condesa y, por supuesto, no quería casarse con ella. Además, él aún amaba a su difunta esposa.

—No, hija mía, eso no lo puedo hacer.

Al escuchar estas palabras, la princesa comenzó a llorar de nuevo, y las lágrimas descendían muy rápido por sus mejillas, y sollozaba con tanta amargura que su padre comenzó a sufrir también. Entonces recordó la promesa que había hecho de concederle siempre a su hija lo que le pidiera y aceptó. Le prometió a su hija que se casaría con la condesa. De inmediato, la princesa se llenó de sonrisas y salió corriendo para dar las buenas noticias.

Poco después, la boda se celebró con grandes festividades, y la condesa se convirtió en reina. Pero, a pesar de toda la alegría que llenaba el palacio, el rey se veía pálido y triste porque sabía que nada bueno traería ese matrimonio. En muy poco tiempo, la actitud de la reina hacia la princesa cambió. Estaba celosa de ella porque era la heredera al trono y no su hija, y no pasó mucho antes de ya no pudiera seguir ocultando lo que pensaba. En lugar de hablarle con cariño y amabilidad como antes, sus palabras se hicieron duras y crueles, e incluso llegó a abofetearla una o dos veces.

El rey estaba muy triste de ver sufrir a su amada hija, hasta que llegó un punto en el que no pudo seguir viéndola así y la mandó llamar:

—Hija mía, ya no eres tan feliz como antes y me temo que es por culpa de tu madrastra. Lo mejor sería que ya no vivieras con ella. Por eso te he construido un castillo en la isla del lago, y ese será tu hogar de ahora en adelante. Allí podrás hacer todo lo que quieras, y tu madrastra nunca entrará en el castillo.

La princesa se puso feliz al escuchar esto y todavía más feliz cuando vio el castillo, que estaba lleno de cosas hermosas y tenía un gran número de ventanas que daban al maravilloso mar azul. Había un bote en el que podía remar a sus anchas y un jardín por el que podía caminar cuando lo deseara sin temer encontrarse con la antipática reina. Y el rey prometió visitarla todos los días.

Durante un tiempo vivió feliz allí y cada día se ponía más y más hermosa. Todos los que la miraban, exclamaban: “¡La princesa es la dama más hermosa del reino!”. Y esto llegó a oídos de la reina, quien odiaba a su hijastra todavía más porque su propia hija era fea y tonta.

Un día llegó el anuncio de que habría un encuentro de nobles y caballeros en un reino vecino que quedaba a un par de días de viaje. Habría todo tipo de festividades, un torneo y un banquete en honor de la mayoría de edad del príncipe de aquel país.

El padre de la princesa estaba entre los invitados, pero antes de partir se fue a despedir de su hija. Y aunque ella tenía un hogar hermoso donde la reina no podía molestarla, la pobre princesa estaba muy sola, por lo que le dijo a su padre que preferiría estar muerta. Él hizo lo mejor que pudo para consolarla y le prometió que pronto volvería. ¿Había algo que pudiera hacer para ayudarla?

—Sí. Puedes enviarle mis saludos al Caballero Verde.

El rey se sorprendió un poco por estas palabras, pues nunca había oído hablar del Caballero Verde, pero no había

tiempo para hacer preguntas, así que le prometió que lo haría y emprendió el viaje. Cuando llegó al palacio donde se llevarían a cabo las festividades, lo primero que hizo fue indagar.

—¿Alguien puede decirme dónde encontrar al Caballero Verde?

No. Lo sentían mucho, pero nadie había oído hablar de esa persona. Lo cierto es que ahí no lo encontraría. Al oír esto, el rey se sintió confundido y ni el torneo ni el banquete pudieron alegrarlo. A todo el que veía le preguntaba:

—¿Conoces al Caballero Verde?

Pero la única respuesta que obtenía era:

—No, su majestad, nunca hemos oído hablar de él.

Entonces el rey pensó que la princesa debía haberse equivocado y que no existía tal caballero. Partió de regreso a su castillo bastante triste, pues era la primera vez en muchos meses que la princesa le pedía algo y él no había podido hacerlo. Pensó tanto en este asunto que no se fijó en el rumbo que tomaba su caballo, y de repente se encontró a la mitad de un denso bosque en el que nunca había estado. Continuó cabalgando, buscando el camino de regreso, pero cuando el sol comenzó a ponerse se dio cuenta de que estaba perdido. De pronto se puso contento al ver a un hombre que llevaba unos cerdos, se dirigió hacia él y le dijo:

—Me perdí. ¿Podría decirme dónde estoy?

—Está en el bosque del Caballero Verde —respondió el hombre—, y estos cerdos son de él.

Al oír esto, el corazón del rey se alegró.

—¿Y dónde vive el Caballero Verde? —preguntó.

—Está bastante lejos de aquí —dijo el cuidador de cerdos—, pero le mostraré el camino. —Y así acompañó al rey por un trecho del camino, lo dejó en la ruta adecuada, y ambos se despidieron.

Al cabo de un rato llegó a otro bosque y ahí encontró a otro cuidador de cerdos.

—¿De quién son esos animales? —le preguntó.

—Son del Caballero Verde —respondió el hombre.

—¿Y dónde vive ese caballero? —preguntó el rey.

—No muy lejos de aquí.

Entonces el rey continuó su camino y cerca del mediodía llegó a un hermoso castillo que estaba en medio del jardín más hermoso que alguien puede imaginar, donde unas fuentes jugaban en pilas de mármol y unos pavorreales paseaban por las suaves praderas. En el borde de una de estas pilas de mármol estaba sentado un hombre joven quien vestía de pies a cabeza con una armadura verde y les daba de comer a unos peces dorados que nadaban en el agua clara.

“Este debe ser el Caballero Verde”, pensó el rey y se dirigió hacia él y le dijo amablemente:

—Señor, he venido a darle los saludos de mi hija. Pero he deambulado mucho y me perdí en el bosque.

El caballero lo miró desconcertado por un momento.

—Nunca los he conocido a usted o a su hija —dijo al fin—, pero es usted bienvenido de todas maneras. —Movi6 la mano en direcci6n al castillo, pero el rey no se dio cuenta y le dijo que su hija le había enviado un mensaje al Caballero Verde y que él era el único Caballero Verde en el reino, por lo que ese mensaje debía ser para él—. Puede pasar aquí la noche —dijo el caballero. Y como el sol ya se había puesto, el rey estuvo muy agradecido por el ofrecimiento.

Se sentaron en el salón del castillo frente a un banquete magnífico, y aunque el rey había viajado mucho y había visitado a muchos monarcas en sus palacios, nunca había encontrado una comida mejor que la del Caballero Verde. Su

anfitrión era tan listo y amable que él se sintió muy contento y pensó: “¡Qué gran yerno sería este caballero!”.

A la mañana siguiente, cuando el rey estaba a punto de partir hacia su castillo, el Caballero Verde le puso en las manos un cofre ricamente decorado y le dijo:

—Su majestad, ¿sería tan amable de hacerle llegar a la princesa, su hija, este regalo? Dentro está mi retrato, así, cuando vaya a visitarla, podrá reconocirme. Estoy seguro de que ella es la dama que he visto noche tras noche en mis sueños y debo ganarme su mano.

El rey le dio al caballero su bendición y le prometió llevarle el regalo a su hija. Luego partió y poco después llegó a su país.

La princesa lo esperaba con ansias y corrió a sus brazos con gran alegría al ver de nuevo a su padre.

—¿Y pudiste ver al Caballero verde? —le preguntó.

—Sí —respondió el rey y sacó el cofre que el caballero le había enviado—, y me pidió que te diera esto para que cuando venga a visitarte no lo confundas con alguien más.

La princesa se puso feliz cuando vio el retrato y exclamó:

—¡Él es el hombre que he visto en mis sueños! Ahora seré feliz, pues él y nadie más será mi esposo.

No pasaron muchos días antes de que el Caballero Verde llegara. Se veía tan apuesto con su verde armadura y con una pluma verde en el yelmo que la princesa se enamoró aún más de él. Cuando él la vio y la reconoció como la dama con la que había soñado a menudo, le pidió de inmediato que fuera su novia. La princesa bajó la mirada, sonrió y contestó:

—Debemos mantener esto en secreto hasta el día de la boda para que no se entere mi madrastra, porque de lo contrario encontrará una manera de hacernos daño.

—Como desees —dijo el príncipe, pero debo visitarte a diario, pues no puedo vivir sin ti. Vendré muy temprano por

las mañanas y me iré hasta que caiga la noche; así la reina no me verá remar por el lago.

Durante un tiempo, el Caballero Verde visitó a la princesa a diario y pasó muchas horas a su lado caminando por los hermosos jardines en los que sabían que la reina no podría verlos. Pero, como ya se sabe, los secretos son cosas peligrosas. Un día, una niña que trabajaba en palacio estaba paseando muy temprano a la orilla del lago cuando vio a un joven muy apuesto vestido de satén verde caminar por ahí. Sin saber que alguien lo observaba, él se subió a un bote que estaba amarrado en la orilla del lago y se fue remando hacia la isla en donde se encontraba el castillo de la princesa. La niña volvió a casa y se preguntó quién podía ser ese caballero, y mientras le cepillaba el cabello a la reina le dijo:

—¿Sabe su majestad que la princesa tiene un pretendiente?

—¡Tonterías! —respondió enojada la reina. Pero la sola idea la dejó desconcertada, ya que su hija seguía sin casarse y era muy probable que así continuara porque era tan estúpida y tenía tan mal carácter que nadie la quería.

—Es cierto —insistió la niña—. Se viste todo de verde y es muy apuesto. Yo misma lo vi, aunque él no me vio a mí. Se subió a un bote y remó hacia la isla, y la princesa estaba esperándolo en la puerta del castillo.

“Tengo que averiguar que significa esto”, pensó la reina, pero le pidió a su dama de honor que dejara el tema en paz y se ocupara de sus asuntos.

A la mañana siguiente, muy temprano, la reina fue a la orilla del lago y se ocultó detrás de un árbol. En efecto, apareció un caballero apuesto vestido de verde, tal como lo había descrito la dama de honor, el cual abordó un bote y remó hacia la isla donde la princesa lo esperaba. La enojada reina permaneció todo el día junto al lago, pero el caballero volvió

hasta la noche y, tras desembarcar y amarrar el bote en el atracadero, se fue por el bosque.

*

“He sorprendido a mi hijastra”, pensó la reina, “y ella no se casará antes que mi hermosa hija. Debo encontrar una manera de impedirlo”.

Entonces tomó una aguja envenenada y la puso en el remo, de manera que el caballero se pinchara con ella cuando fuera a remar en el bote. Luego volvió a casa riendo, muy contenta de su astucia.

Al día siguiente el Caballero Verde fue a visitar a la princesa como de costumbre, pero en cuanto tomó uno de los remos para navegar hacia la isla sintió que algo le picaba la mano.

—¡Auch! —exclamó y dejó caer los remos a causa del dolor—. ¿Qué pudo haberme picado así? —se preguntó, pero solo encontró una piqueña cortada en la mano.

“Vaya, es extraño que haya aparecido una aguja aquí si ayer en la noche no había nada”, pensó. “Al menos no es nada serio, aunque duele bastante”. De hecho, le pareció algo tan poco importante que no se lo contó a la princesa. Sin embargo, cuando volvió a casa por la noche, se sintió tan mal que tuvo que irse a la cama de inmediato. No había nadie que lo cuidara, salvo su vieja niñera. Desde luego, la princesa no sabía nada de esto y casi enfermó de la espera al ver que el caballero no venía a verla. Pensó que tal vez le había ocurrido algún mal o que otra dama le había robado el corazón. Estaba muy sola, pues su padre, quien habría podido ayudarla, estaba de viaje en un país extranjero, y ella no sabía cómo obtener noticias de su amado.

Así pasó el tiempo y un día, mientras la princesa lloraba triste frente a su ventana, un pequeño pájaro llegó volando y se posó sobre una rama que quedaba justo debajo. Comenzó a cantar tan bonito que la princesa dejó de llorar y comenzó a escucharlo. Al cabo de un rato, se dio cuenta de que el ave intentaba llamar su atención.

—¡Pí! ¡Pí! ¡Tu amado está enfermo! —le dijo el ave entre gorjeos.

—¡Por fin sé qué le pasa! —exclamó la princesa—. ¿Qué puedo hacer?

—¡Pí! ¡Pí! ¡Debes ir al palacio de tu padre!

—¿Para qué?

—¡Pí! Ahí encontrarás una serpiente con nueve crías —gorjeó el ave.

—¡Uy! —respondió la princesa estremeciéndose, pues no le gustaban nada las serpientes, pero el pajarito no prestó atención a eso.

—Ponlas en una canasta y ve al palacio del Caballero Verde —le dijo.

—¿Y qué debo hacer cuando llegue allá? —preguntó totalmente sonrojada, aunque nadie podía verla salvo el ave.

—Disfrázate de ayudante de cocina y pide que te den trabajo. ¡Pí! Entonces deberás hacer una sopa con las serpientes. Dásela de tomar tres veces al caballero y se curará. ¡Pí!

—Pero ¿por qué se enfermó? —preguntó la princesa, pero el ave ya no la escuchó pues había echado a volar, y a ella no le quedó más que ir al palacio de su padre a buscar las serpientes. Al llegar allá, encontró a la serpiente madre con sus nueve crías, todas enredadas de un modo que resultaba difícil distinguir las cabezas de las colas. A la prin-

cesa no le gustó nada tener que tocarlas, pero cuando la serpiente mayor salió un momento de su nido para tomar el sol, ella aprovechó para atrapar a las crías, las metió en la canasta como le había indicado el pájaro y salió disparada a buscar al Caballero Verde. Caminó todo el día; a veces se detenía a recoger algunas moras o juntaba un ramo de flores, pero, aunque descansaba de cuando en cuando, estaba decidida a no pararse a dormir antes de llegar al castillo. Al fin distinguió el castillo y vio a una niña que pastoreaba unos gansos.

—¡Buen día! —dijo la princesa—. ¿Me puede decir si este es el castillo del Caballero Verde?

—Así es —respondió—. Yo soy la cuidadora de gansos, pero el Caballero Verde está muy enfermo, y dicen que, si no logran curarlo en tres días, morirá.

Al escuchar esto, la princesa se puso blanca como la muerte. Le pareció que el suelo daba vueltas y se aferró con fuerza a un arbusto que estaba detrás de ella. Poco a poco se fue sintiendo mejor y le dijo a la cuidadora de gansos:

—¿Te gustaría tener un vestido de seda muy fino?

Los ojos de la niña brillaron.

—Sí me gustaría —contestó.

—Entonces quítate el vestido que traes, dámelo y yo te daré el mío —dijo la princesa.

La niña apenas podía creerlo, pero la princesa ya se estaba desabrochando su hermoso vestido de seda y se estaba quitando las medias y los bellos zapatos rojos, de manera que la cuidadora de gansos no perdió tiempo en desprenderse de su falda rústica de lino y de su túnica. Entonces la princesa se puso los harapos de la otra, se soltó el cabello y fue a la cocina a pedir trabajo.

—¿No necesitan a una ayudante de cocina? —preguntó.

—Sí necesitamos una —respondió el cocinero, quien estaba demasiado ocupado para hacerle muchas preguntas a la recién llegada.

Al día siguiente, después de una noche de buen descanso, la princesa se puso a realizar sus nuevas tareas. Los otros sirvientes hablaban de su señor; comentaban lo grave que se encontraba y que moriría si en tres días no lograban curarlo.

La princesa pensó en las serpientes y en el consejo del pájaro, así que levantó la mirada de las ollas y sartenes que estaba fregando, y dijo:

—Yo sé hacer una sopa que tiene un poder maravilloso; cualquiera que la pruebe quedará curado de cualquier mal. Y, como sus doctores no han podido curar a su señor, ¿podríamos intentarlo?

Todos se rieron de ella.

—¡Cómo! ¿Una fregona de cocina va a curar al caballero cuando los mejores médicos del reino no han podido hacerlo?

Sin embargo, precisamente porque todos los médicos habían fallado en su intento por salvar al caballero, decidieron que no le haría ningún daño a su señor probar el remedio. Entonces la princesa corrió gustosa a traer las serpientes de la canasta y las hizo consomé. Cuando estuvo listo, le llevó un poco al caballero a su cuarto. Entró a la habitación con mucha seguridad, haciendo a un lado a todos los médicos que estaban al lado de la cama del enfermo. El pobre caballero estaba demasiado enfermo para reconocerla. Además, iba vestida de harapos y estaba sucia, así que quizá tampoco habría podido reconocerla aunque estuviera sano, pero después de tomar la sopa se sintió mucho mejor y pudo sentarse.

Al día siguiente, tomó un poco más de la sopa y pudo vestirse por sí mismo.



La princesa intercambió su ropa con la cuidadora de gansos.

—¡Vaya si es una sopa maravillosa! —exclamó el cocinero.

Al tercer día, después de haber tomado su sopa, el caballero ya estaba restablecido.

—¿Quién eres? —le preguntó a la muchacha—. ¿Tú preparaste esta sopa?

—Así es —contestó la princesa.

—Entonces escoge lo que quieras como recompensa, que yo te lo daré.

—¡Quiero ser tu prometida!

El caballero frunció el ceño ante semejante atrevimiento y negó con la cabeza.

—Eso es lo único que no puedo darte —le dijo—, pues estoy comprometido para casarme con la princesa más hermosa del mundo. Pide otra cosa.

Entonces la princesa salió de la habitación para darse un baño y arreglar sus ropas, de modo que, cuando volvió ante el caballero, este la reconoció de inmediato.

Pueden imaginarse la enorme alegría de ese encuentro.

*

Poco después se casaron en medio de un gran esplendor. A su boda fueron invitados todos los caballeros y princesas del reino. La princesa llevaba un vestido que brillaba como el sol. Nadie había visto jamás tal belleza. El padre de la princesa estuvo presente, desde luego, pero la malvada reina y su hija fueron echadas del país y, como nadie ha vuelto a verlas desde entonces, lo más probable es que unas bestias salvajes en el bosque las hayan devorado. Pero la novia y el novio estaban tan felices que olvidaron todo ese asunto y se quedaron a vivir

con el viejo rey hasta su muerte, cuando el Caballero Verde lo sucedió en el trono.*

* Tomado de la versión danesa *Æventyr fra Jylland*, de Evald Tang Kristensen, traducido al inglés por la señora Skovgaard-Pedersen.

LAS CINCO PALABRAS SABIAS DEL GURÚ*

Hace mucho tiempo vivió un joven muy apuesto llamado Ram Singh, que, aunque era muy querido por todos, era infeliz porque su madrastra lo regañaba todo el tiempo. Se la pasaba diciéndole de cosas hasta que un día el joven decidió irse lejos a buscar fortuna. Ni bien se decidió a irse de su casa comenzó a hacer planes, y a la mañana siguiente partió con un atado de ropa y algo de dinero en el bolsillo.

Sin embargo, en el pueblo había una persona de quien quería despedirse: el sabio gurú, un maestro que le había enseñado muchas cosas. Así que se dirigió primero a la cabaña del maestro y, antes de que el sol estuviera en lo alto, tocó la puerta. El anciano recibió a su alumno con mucha alegría, pero era un sabio para leer las caras de las personas y de inmediato notó que el joven estaba en problemas.

—Hijo mío, ¿qué te sucede?

—Nada, padre —respondió el muchacho—, pero he decidido viajar por el mundo e ir a buscar fortuna.

—Sigue mi consejo —le dijo el gurú— y permanece en casa de tu padre; es mejor tener media hogaza de pan en casa que buscar una completa en tierras lejanas.

* Un gurú es un maestro o santo religioso hindú; en este caso es un sij.

Pero Ram Singh no estaba para recibir estos consejos con agrado, y el anciano decidió no presionarlo más.

—Muy bien —le dijo—. Si ya lo has decidido, supongo que así debe de ser. Pero escúchame con atención y recuerda estos cinco consejos que voy a darte. Si los sigues, no te ocurrirá ningún mal. Primero: siempre obedece las órdenes de aquel bajo cuyo servicio estés, sin cuestionarlas. Segundo: no le hables a nadie con dureza ni con crueldad. Tercero: no mientas. Cuarto: nunca trates de asemejarte a aquellos que están por encima de ti. Y quinto: a donde vayas, si te encuentras con alguno de los que leen o enseñan las sagradas escrituras, quédate a escucharlos aunque solo sea por unos minutos, ya que eso te dará fuerzas para seguir en el camino del deber.

Entonces Ram Singh emprendió el viaje y le prometió al anciano que seguiría sus consejos.

Al cabo de algunos días de viaje, llegó a una gran ciudad. Se había gastado todo el dinero que tenía al partir y por eso se decidió a buscar trabajo, sin importar cuán humilde fuera. Encontró a un mercader que se veía próspero y estaba parado frente a una tienda en la que vendía todo tipo de granos. Entonces se acercó a él y le preguntó si tenía algún trabajo para él. El mercader lo miró tan fijamente que el otro comenzó a sentirse desanimado, pero al fin le contestó:

—Sí, desde luego, hay un lugar esperándote.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Ram Singh.

—El día de ayer, el jefe visir de nuestro rajá despidió a su sirviente y está buscando a otro. Y tú eres justo el tipo de persona que necesita, pues eres joven, alto y apuesto. Te recomiendo que hagas tu solicitud.

El joven le dio las gracias al mercader por su consejo y se dirigió de inmediato a la casa del visir, en donde muy pronto,

gracias a su buena apariencia, consiguió trabajo como sirviente de aquel gran hombre.

Un día, poco después de esto, el rajá del lugar emprendió un viaje acompañado del jefe visir. Llevaban un ejército de sirvientes y ayudantes, soldados, arrieros, camelleros, mercaderes con granos, provisiones para personas y animales, cantantes para el entretenimiento en el camino y músicos que los acompañaran, además de elefantes, camellos, caballos, mulas, ponis, burros, cabras, carretas y vagones de todo tipo, de manera que parecían más una gran ciudad en marcha que otra cosa.

Así viajaron varios días, hasta que llegaron a un país que era como un mar de arena, donde los remolinos de polvo flotaban formando nubes que sofocaban un poco tanto a los hombres como a los animales. Casi al terminar ese día llegaron a un pueblo y, cuando los hombres de avanzada se acercaron a saludar al rajá y a darle muestras de respeto, le explicaron con seriedad y un poco de tristeza que, si bien ellos y todo lo que poseían estaban a disposición del rajá, el que llegara con una compañía tan numerosa representaba un grave problema, pues no tenían un pozo ni un arroyo del cual extraer agua para beber y no tenían agua suficiente para tantos hombres y animales.

El anfitrión se sintió atemorizado al escuchar lo que decían los hombres de avanzada, pero el rajá se limitó a decirle al visir que tenía que conseguir agua de alguna manera y que con eso el asunto quedaba resuelto en lo que a él concernía. El visir acudió a buscar a los ancianos del lugar y comenzó a preguntarles si había algunos pozos cercanos.

Todos se miraron en silencio, sin saber qué decir, hasta que por fin un anciano de barba gris contestó.

—Hay un pozo, señor visir, a dos o tres kilómetros de aquí; es un pozo que un antiguo rey mandó construir hace

cientos de años. Dicen que es muy grande e inacabable, cubierto por pesadas piedras labradas y con una serie de escalones que conducen a las entrañas de la tierra, pero ningún hombre se atreve a acercarse a ese lugar, pues está encantado por espíritus malignos y se sabe que nunca se vuelve a ver a quien osa bajar hasta el pozo.

El visir se mesó la barba y contempló la situación. Luego se volvió hacia Ram Singh, quien estaba a sus espaldas.

—Hay un refrán —le dijo— que dice que no se puede confiar en un hombre hasta no haberlo puesto a prueba. Ve y consigue agua para el rajá y su gente.

En ese momento, a Ram Singh le pasó por la mente el primer consejo que el viejo gurú le había dado: “siempre obedece las órdenes de aquel bajo cuyo servicio estés, sin cuestionarlas”. Entonces respondió al instante que estaba listo y fue a alistarse para su nueva aventura. Ató un par de vasijas enormes a una mula y dos menos grandes a sus hombros, y así emprendió la marcha con el viejo poblador como guía. En poco tiempo llegaron a un lugar donde había unos árboles enormes que se levantaban por encima del páramo desnudo, y bajo su sombra estaba el domo de un antiguo edificio. El guía le dijo que ese era el pozo, pero se disculpó por no seguir adelante, ya que era un hombre viejo y cansado, y ya casi anochecía, por lo que debía volver a casa. Entonces Ram Singh se despidió de él y continuó solo con la mula.

Al llegar a los árboles, Ram Singh ató ahí su mula y se quitó las vasijas de los hombros. Una vez que encontró la entrada del pozo, descendió por ella en la oscuridad. Los escalones eran amplias losas de alabastro que brillaban en las sombras a medida que descendía más y más. Todo estaba en silencio. Hasta el sonido de sus pies descalzos sobre la piedra parecía provocar un eco en aquel aislado lugar y, cuando se

le cayó una de las vasijas que llevaba y retumbó en los escalones, él mismo brincó del ruido. Aun así, siguió hasta que llegó a una enorme reserva de agua dulce, donde lavó sus jarras cuidadosamente antes de llenarlas, y luego remontó los escalones cargando las vasijas menos pesadas, ya que las grandes pesaban tanto que solo podía llevar una a la vez. De pronto algo se movió frente a él, escalera arriba, y al levantar la mirada encontró a un gigante en la escalera. Llevaba un montón de huesos horribles en una mano, a la altura del corazón; en la otra sostenía una lámpara que producía largas sombras sobre las paredes y lo hacía parecer más terrible de lo que era en realidad.

—Mortal, ¿qué opinas de mi bella y amada esposa? —le preguntó y dirigió su lámpara hacia el montón de huesos que llevaba en brazos y a los que miraba con amor.

Debo decirles que este pobre gigante había tenido a una esposa muy bella a la que él amaba profundamente, pero, cuando ella murió, su esposo se negó a creer en su muerte y siempre la llevó consigo, aun después de que solo quedaron sus huesos. Ram Singh no sabía nada de esto, desde luego, pero entonces recordó el segundo consejo del gurú que le prohibía hablar duramente o con crueldad a los demás, así que le contestó:

—De verdad, señor, no creo que pudiera encontrar otra igual en el mundo.

—Sí que tienes buenos ojos —dijo el gigante entusiasmado—. Tú, al menos, puedes ver. No sé cuántas veces he matado a quienes la insultan diciendo que no es sino un montón de huesos. Tú eres un joven atento y por eso voy a ayudarte.

Tras decir esto, asentó los huesos en el piso con mucha ternura y tomó las enormes vasijas de bronce y las cargó hasta arriba. Lo hizo con tal facilidad que todo estuvo listo para



“Mortal, ¿qué opinas de mi bella y amada esposa?”.

el momento en que Ram Singh salió al exterior llevando las vasijas más pequeñas.

—Ahora —dijo el gigante—, tú has sido amable conmigo, así que puedes pedirme un favor, lo que sea, y yo con gusto lo cumpliré. Tal vez quieras que te muestre en donde está enterrado el tesoro de los reyes muertos —agregó con ansias.

Pero Ram Singh negó con la cabeza al oír hablar de una riqueza enterrada.

—El favor que yo te pediría es que dejaras de rondar este pozo para que muchas personas puedan entrar y salir y llevar agua.

Quizás el gigante esperaba que le pidiera un favor más difícil de realizar, pues se le iluminó el rostro y prometió irse de ahí de inmediato. Así, mientras Ram Singh partía hacia la creciente oscuridad con su muy preciada carga de agua, alcanzó a ver al gigante que se alejaba con los huesos de su difunta esposa en brazos.

Todo fue alegría en el campamento cuando vieron a Ram Singh regresar con agua. Sin embargo, nunca mencionó nada sobre su aventura con el gigante. Se limitó a decirle al rajá que no había nada que les impidiera utilizar el pozo, y entonces hicieron uso de él y nadie volvió a ver al gigante.

El rajá estaba tan contento con lo que había hecho Ram Singh que ordenó al visir que le diera al joven a cambio de uno de sus sirvientes, y así Ram Singh pasó a ser el asistente del rajá. A medida que pasaban los días, el rey disfrutaba más de la compañía del muchacho, pues este no olvidó el tercer consejo del gurú y se mostraba siempre honesto y decía la verdad. No tardó en ganarse el favor del rey y pronto fue nombrado su tesorero. Así alcanzó un lugar muy alto en la corte y tuvo dinero y poder en las manos. Por desgracia, el rajá tenía un hermano que era un hombre muy malo, el cual

pensó que podría robar poco a poco todo lo que necesitara obtener del tesoro del rey si se ganaba el favor del joven tesorero. Después, con el dinero suficiente, sobornaría a los soldados y a algunos de los consejeros del rajá, dirigiría una rebelión, destronaría y asesinaría a su hermano, y reinaría en su lugar. Desde luego, tuvo mucho cuidado de no revelar sus malvados planes a Ram Singh, pero comenzó por adularlo cada vez que lo veía y hasta llegó a ofrecerle a su hija en matrimonio. Sin embargo, Ram Singh recordó el cuarto consejo del gurú, “nunca trates de asemejarte a aquellos que están por encima de ti”, y rechazó respetuosamente la propuesta de casarse con una princesa. Al ver frustrado su primer paso, el príncipe se puso furioso y determinó arruinar a Ram Singh.

Un día llegó con el rajá y le dijo que había escuchado rumores de que Ram Singh había insultado a su soberano y a su hija. Nadie supo cuáles fueron esos insultos y, como era mentira, el malvado príncipe tampoco sabía nada al respecto. Pero el rajá se puso rojo de ira y declaró que, hasta que le cortaran la cabeza al tesorero, ni él ni su hermano ni la princesa comerían o beberían algo.

—Pero además no quiero que nadie sepa que esto fue hecho por mi voluntad, y cualquiera que hable del asunto será castigado sin clemencia —añadió, y el príncipe tuvo que conformarse con esto.

Entonces el rajá mandó llamar a uno de los oficiales de su guardia y le dijo que se llevara a algunos soldados y se dirigieran de inmediato a una torre situada justo en las afueras de la ciudad; que si alguien preguntaba cuándo terminarían de construir el edificio o algo relacionado con la torre, el oficial debía cortarle la cabeza y llevársela a él. En cuanto al cuerpo, bien podían enterrarlo ahí mismo. Al oficial le parecieron unas órdenes muy extrañas, pero eso no le incumbía, así que

se inclinó ceremoniosamente y se fue a cumplir las órdenes de su señor.

Muy temprano por la mañana, el rajá, que no había dormido en toda la noche, mandó traer a Ram Singh y le ordenó que fuera a la nueva torre de caza y que preguntara cómo iba la construcción y cuándo la terminarían, y que volviera de inmediato con la respuesta. Entonces Ram Singh se fue a cumplir su encargo, pero encontró un templo en el camino y escuchó que había alguien dentro leyendo en voz alta. Recordó el quinto consejo del gurú. Entró al templo y se sentó a escucharlo unos minutos. No era su intención quedarse mucho tiempo, pero se interesó tanto en la sabiduría del maestro que permaneció ahí sentado mientras el sol se elevaba cada vez más.

Mientras tanto, el malvado príncipe que no se atrevía a desobedecer las órdenes del rajá ya tenía mucha hambre. En cuanto a la princesa, ella lloraba en silencio en un rincón, esperando a que trajeran la noticia de la muerte de Ram Singh para poder desayunar.

Pasaban las horas y, aunque el rajá no se despegaba de la ventana, no aparecía ningún mensajero.

Por fin el príncipe ya no pudo resistir más y a toda prisa se disfrazó de modo que nadie lo reconociera, se subió a su caballo de un brinco y se fue a todo galope hacia la torre de caza donde le dijo el rajá que se realizaría la ejecución, pero al llegar vio que no había ninguna ejecución; solo había algunos hombres ocupados en la construcción y algunos soldados que los miraban sin hacer nada. Se le olvidó que estaba disfrazado y que nadie podía reconocerlo, y entonces se acercó galopando y les gritó:

—¡Oigan! ¿Por qué están ahí sin hacer nada en lugar de terminar el trabajo que debían hacer? ¿Cuándo van a acabar así?

Al escuchar estas palabras, los soldados se volvieron a mirar al comandante, quien estaba un poco apartado del resto. Sin que el príncipe se diera cuenta, el comandante hizo una pequeña señal, una espada centelleó bajo el rayo del sol, y una cabeza cayó de golpe al piso.

Como parte del disfraz del príncipe consistía en una barba, los hombres no reconocieron al hombre muerto como hermano del rajá, sino que solo envolvieron la cabeza en una tela y enterraron el cuerpo como el comandante les ordenó. Cuando terminaron, el comandante tomó la cabeza y se fue galopando hacia el palacio.

Mientras tanto, el rajá llegó a casa después de una junta de consejo y, para su sorpresa, no encontró ni una cabeza ni a su hermano esperándolo. Conforme pasaba el tiempo se fue inquietando cada vez más y pensó que lo mejor sería ir a ver qué ocurría. Pidió su caballo y decidió montar solo.

Y ocurrió que cuando el rajá pasó cerca del templo en donde Ram Singh aún estaba sentado, el joven tesorero escuchó el sonido del galope de un caballo, miró sobre su hombro ¡y descubrió que el jinete era el propio rajá! Sintió vergüenza por haber olvidado cumplir con el encargo y salió a toda prisa a alcanzar a su señor, quien detuvo su caballo y se mostró muy sorprendido de verlo. En ese momento, llegó el comandante cargando un paquete. Saludó al rajá con seriedad, desmontó, puso el paquete en el piso y comenzó a desenvolverlo, mientras el rajá lo miraba con sorpresa e interés. Cuando retiraron la última cinta y le mostraron la cabeza de su hermano, el rajá descendió del caballo de un brinco y tomó al soldado del brazo. En cuanto recobró el aliento, le preguntó al hombre qué había pasado, y poco a poco floreció una oscura sospecha en él. Le dijo al soldado que había hecho bien y llevó aparte a Ram Singh. En unos minutos, el

rajá supo que Ram Singh se había demorado en cumplir su encargo por seguir el consejo que le había dado el gurú.

Al final el rajá obtuvo pruebas de la traición de su hermano por unos papeles que encontró, y Ram Singh demostró su inocencia e integridad. Siguió al servicio del rajá durante varios años con absoluta lealtad y se casó con una muchacha de su misma clase con quien vivió felizmente. Murió querido y honrado por todos. Tuvo algunos hijos, a quienes llegado el momento también les enseñó los cinco consejos del anciano gurú.*

* Cuento punjabi.

EL PEZ DE CABEZA DORADA

Hace muchos años vivía en Egipto un rey que había perdido la vista a causa de una enfermedad. Desde luego, se puso muy triste, y esa tristeza aumentó conforme pasaban los meses, ya que ni siquiera los mejores médicos del país podían curarlo. El pobre hombre adelgazó tanto por el sufrimiento que todos creyeron que iba a morir pronto; y el príncipe, su único hijo, también lo creyó.

Por eso hubo mucho regocijo cuando llegó un viajero navegando en un bote por el Nilo, el cual les preguntó a los pobladores por qué estaban tan decaídos y les dijo que él era el médico de la corte de un país lejano y que, si se lo permitían, revisaría los ojos del ciego. De inmediato le permitieron la entrada a los aposentos del rey, y después de algunos minutos anunció que, si bien era un caso difícil, todavía había esperanzas.

—En algún lugar del Gran Mar —le dijo al rey—, existe un pez con cabeza dorada. Si logran atrapar a esta creatura, tráiganmela y yo prepararé un ungüento a partir de su sangre que le devolverá la vista. Esperaré aquí cien días, pero, si al cabo de ese tiempo no han logrado atrapar al pez, habré de volver con mi señor.

A la mañana siguiente, el joven príncipe partió en busca del pez, acompañado de cien hombres. Cada uno llevaba una

red. Los esperaba una pequeña flota de barcos que zarparon hacia las aguas abiertas del Gran Mar. Durante tres meses trabajaron con mucho empeño desde que salía el sol hasta que se ocultaba, pero aunque capturaron una gran cantidad de peces, ninguno tenía la cabeza dorada.

—Es inútil —dijo el príncipe la última noche—. Aun si lo encontramos esta misma tarde, el plazo de los cien días vencerá en una hora y, antes de que podamos llegar a la capital de Egipto, el doctor habrá partido de regreso a casa. Aun así, haré un último intento y arrojaré las redes una vez más.

Así lo hizo, y justo en el momento en que se cumplieron los cien días, el pez de cabeza dorada se enredó en su malla.

“Hemos tenido éxito, pero, como suele ocurrir, es demasiado tarde”, pensó el joven, quien había estudiado en escuelas de filosofía. “Aun así, pondremos el pez en una vasija llena de agua y se lo llevaremos a mi padre para que sepa que hicimos lo que pudimos”. Sin embargo, cuando se acercó al pez y este lo miró con lástima, no podía decidirse si condenarlo a muerte o no, pues sabía muy bien que aunque los médicos de su país desconocían el ungüento, harían todo lo que estuviera en su poder para extraerle la sangre al pez. Entonces tomó el premio a tanto trabajo y lo arrojó de nuevo al mar, para luego emprender el viaje de regreso al palacio. Cuando llegó, encontró al rey con una terrible fiebre causada por su decepción, y este se negó a creer la versión que le contó su hijo.

—¡Tu cabeza pagará por esto! ¡Tu cabeza pagará por esto! —exclamó y le pidió a su séquito que prepara al instante la ejecución en el palacio.

No obstante, alguien corrió para avisarle a la reina sobre la orden del rey, y entonces ella le dio ropa humilde al príncipe, le llenó los bolsillos de oro y lo acompañó hasta un barco que zarpaba esa misma noche rumbo a una isla lejana.



El príncipe tuvo piedad del pez de cabeza dorada.

—Tu padre se arrepentirá un día y se mostrará agradecido de saber que estás vivo —le dijo—. Solo te daré un consejo: no aceptes bajo tu servicio a ningún hombre que quiera cobrar cada mes por su trabajo.

Al príncipe le pareció un consejo muy extraño. Si a un sirviente había que pagarle, daba lo mismo que se le pagara por mes o por año. Sin embargo, había comprobado varias veces que su madre era más sabia que él, por lo que prometió obedecerla.

*

Luego de un viaje de algunas semanas, llegó a la isla de la que le había hablado su madre. Estaba llena de colinas, bosques y flores, y hermosas casas blancas construidas en medio de jardines por todas partes.

“Qué lugar tan encantador para vivir”, pensó el príncipe y no tardó nada en comprar una de las viviendas más bonitas.

Entonces varios sirvientes llegaron a la casa para ofrecer su trabajo, pero, como decían que esperaban su pago al final de cada mes, el joven, que recordaba las palabras de su madre, se negaba a negociar con ellos. Por fin una mañana llegó a su puerta un árabe que le suplicó al príncipe que lo contratara.

—¿Y cuánto me vas a cobrar? —le preguntó el príncipe una vez que había entrevistado al hombre y le había parecido un buen candidato.

—No quiero dinero —dijo el árabe—. Al final de un año, usted verá por sí mismo el valor de mis servicios y podrá pagarme como considere adecuado —añadió. Al príncipe le agradó la propuesta del árabe, a quien aceptó como su sirviente.

Aunque nadie lo habría adivinado a juzgar por el aspecto del lado de la isla en donde atracó el príncipe, la otra parte estaba completamente desierta debido a los destrozos causados por un horrible monstruo que había venido del mar y había devorado todo el maíz y el ganado. El gobernador había enviado regimientos de soldados a esperar a que apareciera la criatura para matarla, pero por alguna razón nunca nadie estaba despierto cuando se cometían los destrozos. Era en vano que se castigara con rigor a los soldados dormilones, pues invariablemente todo volvía a ocurrir al día siguiente. Por lo tanto, enviaron heraldos por toda la isla que ofrecían una gran recompensa a quien matara al monstruo.

En cuanto el árabe escuchó la noticia, se dirigió al palacio del gobernador.

—Si mi señor logra matar al monstruo, ¿cuál será su recompensa?

—Mi hija y todo lo demás que escoja —respondió el gobernador. Pero el árabe negó con la cabeza.

—Dele la mano de su hija y quédese con sus riquezas —le dijo—, pero a partir de ese momento permita que ella participe de sus ganancias, sin importar cuáles sean.

—Está bien —contestó el gobernador y mandó que se elaborara un acuerdo, el cual fue firmado por ambos hombres.

Esa misma noche, el árabe se ocultó en la costa para vigilar, pero antes de partir se untó un aceite por todo el cuerpo que le daba una gran comezón y le impediría quedarse dormido, como les había ocurrido a los soldados. Luego se ocultó detrás de una gran roca y esperó. Al cabo de un rato, surgió una suerte de ola enorme en el agua y algunos minutos después apareció un horrible monstruo —una mezcla de pájaro, bestia y serpiente— que se posó sobre las rocas sin hacer ruido. Caminó en silencio sobre los campos, pero el árabe ya estaba

preparado para recibirlo y, cuando el monstruo pasó cerca de él, le encajó su daga en la parte suave detrás de la oreja. La criatura se tambaleó y dio un grito desaforado; luego cayó muerta y rodó hasta quedar con los pies dentro el mar.

El árabe se quedó observándola por un rato para asegurarse de que su enemigo había perdido la vida, pero como el enorme cuerpo permaneció quieto, salió de su escondite y le cortó las orejas a su contrincante. Se las llevó a su señor y le pidió que se las mostrara al gobernador y le dijera que él había matado al monstruo.

—Pero fuiste tú y no yo quien lo mató —respondió el príncipe.

—No importa, haga lo que le pido. Tengo mis motivos —dijo el árabe, y, aunque el joven no quería darse crédito por algo que no había hecho, al final aceptó.

El gobernador estaba tan contento por la noticia que le pidió al príncipe que tomara a su hija por esposa ese mismo día, pero el príncipe se negó. Dijo que lo único que quería era un barco que lo llevara a conocer el mundo. Desde luego, le concedieron esto de inmediato, y, cuando él y su fiel sirviente árabe abordaron el barco, encontraron montones de diamantes y piedras preciosas que el agradecido gobernador había puesto ahí en secreto.

Así zarparon y navegaron durante días y días y días hasta que llegaron a las costas de un gran reino. El príncipe se quedó en el barco, y el árabe se bajó para inspeccionar qué clase de lugar era aquel. Volvió después de algunas horas y le dijo al príncipe que había escuchado que la hija del rey era la princesa más hermosa del mundo y que el príncipe haría bien en pedir su mano.

Ni tardo ni perezoso, el príncipe siguió su consejo. Tomó algunos de los collares más hermosos, montó un caballo es-

pléndido que el árabe le había comprado y cabalgó hacia el palacio con su fiel sirviente siguiéndolo de cerca.

El extraño rey se encontraba de muy buen humor y rápidamente fueron admitidos en el salón. El príncipe colocó las joyas en los escalones que conducen al trono y le pidió al rey que le concediera la mano de su hija.

El monarca lo escuchó en silencio, pero aprovechó una pausa para añadir lo siguiente:

—Estimado joven, te daré la mano de mi hija si eso es lo que desees, pero primero debo decirte que ya ha pasado por ciento noventa y nueve ceremonias de bodas, y ninguno de los jóvenes pretendientes ha sobrevivido las doce horas posteriores al matrimonio. Piénsalo bien. Aún estás a tiempo.

El príncipe lo pensó y se asustó tanto que por poco se regresa a su barco sin decir palabra, pero, en cuanto estuvo a punto de retirar su propuesta, el árabe le susurró:

—No tenga miedo y acepte.

—La suerte debe cambiar en algún punto —dijo—. Y ¿quién no arriesgaría la cabeza con tal de tener la mano de una princesa tan hermosa?

—Si ese es tu deseo —dijo el rey—, daré instrucciones para que la boda se celebre esta misma noche.

Y así fue. Después de la ceremonia, la novia y el novio se retiraron a sus aposentos para beber a solas, pues esa era la costumbre de aquel país. La luna brillaba, y el príncipe se dirigió hacia la ventana para mirar el río y las colinas distantes, cuando de pronto distinguió un sudario perfectamente extendido sobre una cama con su nombre bordado en letras doradas al frente, lo que también era capricho del rey.

Horrorizado ante esto, se volvió a mirar hacia otra parte, pero esta vez distinguió a un grupo de hombres que cavaban un hoyo al pie de la ventana. Era una hora extraña para que

un grupo de personas estuvieran trabajando, además, ¿para qué era aquel hoyo? Tenía una forma curiosa, tan larga y estrecha, casi como... ¡Sí, eso era! ¡Estaban cavando su tumba!

El impacto de semejante descubrimiento lo dejó sin habla. Se quedó mirándolo, fascinado, sin poderse mover. En ese momento, una pequeña víbora negra salió de la boca de la princesa, quien estaba sentada a la mesa, y se deslizó hacia él rápidamente. Pero el árabe estaba esperando que algo así sucediera, así que tomó a la serpiente con unas pinzas y le cortó la cabeza con una daga.

El rey apenas si pudo creer, que al día siguiente su yerno solicitara una audiencia con su majestad.

—¿Tú? —le preguntó el rey mientras el príncipe entraba al salón.

—Sí, yo, ¿por qué no? —preguntó él, quien decidió que lo mejor sería fingir que no sabía nada de lo que había ocurrido—. ¿Lo recuerda? Dije que la suerte cambiaría en un punto, y ese punto ha llegado. Pero vine a pedirle al rey si sería tan amable de decirles a los jardineros que cubran el hoyo que está directamente debajo de mi ventana y que afea la vista.

—¡Claro! D-d-desde luego —tartamudeó el rey—. ¿Algo más?

—No. Eso es todo —dijo el príncipe, hizo una reverencia y salió.

A partir de que el árabe le cortó la cabeza a la serpiente, el hechizo o lo que fuera pareció haberse roto para la princesa, quien vivió muy feliz con su esposo. Los días se les iban volando al cazar en los bosques o navegar por lo ancho del río que corría junto a palacio y, cuando llegaba la noche, ella cantaba y tocaba el arpa, o el príncipe le contaba historias de su país.

Una noche, llegó a la corte un hombre de atuendo extraño y cara bronceada por el sol. Pidió ver al novio y, cuando este acudió, el hombre se arrodilló, posó la frente en el piso y dijo que era un mensajero enviado por la reina de Egipto; el príncipe había sido proclamado el nuevo rey tras la muerte de su padre.

—Su majestad le ruega que emprenda el viaje lo más pronto que pueda y que traiga a su esposa, ya que los asuntos del reino están un tanto desordenados —añadió el mensajero.

Entonces el joven se apresuró a solicitar audiencia con su suegro, quien se puso muy contento al saber que el esposo de su hija no era el mero gobernador de una provincia, como él pensaba, sino el rey de un país poderoso. De inmediato ordenó que se dispusiera un barco espléndido y en una semana se presentó en el puerto para despedirse de la joven pareja.

A pesar de su pena por la muerte del rey, la reina estaba feliz de darle la bienvenida a su hijo y dio órdenes de que colgaran adornos espléndidos en palacio para honrar a la novia. La gente tenía altas expectativas de su nuevo soberano, pues habían sufrido mucho por la rigidez del anterior; grupos enteros se presentaban a diario con peticiones en mano y la esperanza de persuadir al rey para que los ayudara. A decir verdad, el rey tenía bastante con que ocuparse, pero estaba contento. Sin embargo, una noche el árabe le pidió permiso para volver a su país.

Con mucho pesar el joven contestó.

—¿Dejarme?, ¿de verdad quieres dejarme?

Pero el otro bajó la cabeza con tristeza.

—No, señor, no me gustaría abandonarte nunca, pero he recibido órdenes de partir y no me atrevo a desobedecerlas.

El rey permaneció en silencio, tratando de ahogar la pena que sentía al pensar en perder a un sirviente tan fiel.

—Bien, entonces no debo entretenerme más aquí —le dijo al fin, titubeando—. Eso no correspondería a lo que tú has hecho por mí. Todo lo que tengo es tuyo. Toma lo que gustes, pues sin ti hace mucho que estaría muerto.

—Y sin ti, yo también estaría muerto desde hace mucho —dijo el árabe—. Yo soy el pez de cabeza dorada.*

* Adaptado de una versión de *Contes armeniens*, compilados por Frédéric Macler.

DORANI

Había una vez en una ciudad de Indostán un vendedor de esencias y perfumes que tenía una hija muy hermosa de nombre Dorani. Esta doncella tenía por amiga a un hada, y ambas gozaban del favor de Indra, el rey de las hadas, porque ambas cantaban con tal dulzura y bailaban con tal destreza que nadie en el reino podía igualarlas en gracia y belleza. Dorani tenía el cabello más hermoso del mundo, pues sus rizos eran como hilos de oro y su aroma igualaba el de las rosas frescas. Pero sus bucles eran tan densos y largos que a veces le pesaban demasiado, así que un día se cortó un brillante mechón y lo envolvió en una hoja grande que arrojó al río que corría justo debajo de su ventana. Ocurrió, pues, que el hijo del rey estaba de cacería y había bajado al río para beber agua cuando de pronto llegó hacia él una enorme hoja enrollada que exhalaba un delicioso olor a rosas. El príncipe, con cierta curiosidad, dio un paso hacia el agua y atrapó la hoja al pasar. La abrió y encontró unos bucles que parecían tejidos en oro de los cuales provenía un perfume exquisito.

Ese día, cuando el príncipe volvió a casa, se veía tan triste y callado que su padre pensó que tal vez estaba enfermo y le preguntó qué le pasaba. Entonces, el joven tomó el mechón

de cabellos que había encontrado en el río y que guardaba a la altura del pecho, lo levantó hacia la luz y dijo:

—Mira, padre, ¿alguna vez habías visto cabello como este? Si no logro conquistar a la doncella dueña de estos rizos y casarme con ella, moriré.

Entonces el rey envió de inmediato heraldos por todos sus dominios para buscar a la damisela con el cabello como hilos de oro. Al cabo de unos días supo que era la hija del vendedor de perfumes. La noticia de la misión de los heraldos se había extendido por varias partes y llegó a oídos de Dorani, entre muchos otros. Un día, ella le dijo a su padre:

—Si es mi cabello y el rey me pide que me case con su hijo, debo hacerlo, pero recuerda que habrás de decirles que, si después de la boda paso todo el día en palacio, cada noche la pasaré en mi antigua casa.

El anciano miró a su hija con asombro, pero se quedó callado porque sabía que ella era más sabia que él. Desde luego que el cabello era de Dorani, así que los heraldos no tardaron en informárselo a su señor, el rey, quien mandó llamar al vendedor de perfumes y le dijo que deseaba que le diera la mano de su hija para el príncipe. El hombre inclinó la cabeza tres veces contra el piso y respondió:

—Todo lo que Su Majestad nos pida lo haremos. Pero la doncella quiere solo una cosa: que, si después de la boda permanecerá todo el día en palacio, pueda volver cada noche a la casa de su padre.

Al rey le pareció una petición muy extraña, pero pensó que a final de cuentas era asunto de su hijo y que la muchacha acabaría por cansarse de ir y venir cada noche. De manera que no tuvo objeción, todo quedó arreglado con presteza, y la boda se celebró con gran regocijo.

Al principio, la condición impuesta a su boda con la hermosa Dorani no le preocupó gran cosa al príncipe, pues pensaba que al menos podría ver todo el día a su novia; sin embargo, para su desgracia, se dio cuenta de que ella no hacía nada salvo sentarse en un banco con la cabeza sobre las rodillas, y él no podía sacarle ni una sola palabra. Cada noche, la princesa era transportada en un palanquín a la casa de su padre y cada mañana la traían de nuevo con el príncipe poco después del amanecer, pero de sus labios no salía una sola palabra, ni ella daba señales de ver, escuchar o notar la presencia de su esposo.

Una noche el príncipe, muy triste y preocupado, daba un paseo en un viejo y hermoso jardín cercano al palacio. El jardinero era un hombre entrado en años que había servido al abuelo del príncipe y, cuando lo vio llegar, hizo una reverencia y le dijo:

—Muchacho, muchacho, ¿por qué te ves tan triste?, ¿qué te pasa?

—Estoy triste, viejo amigo, porque me casé con una mujer tan hermosa como las estrellas, pero no me dirige la palabra, y no sé qué hacer. Cada noche me deja y se va a casa de su padre, y cada día se sienta en mi casa como si fuera de piedra y no pronuncia una sola palabra. No importa lo que yo haga o diga.

El anciano se quedó pensando unos momentos y luego se alejó cojeando hacia su cabaña. Poco después, salió y volvió con el príncipe; llevaba unos cinco o seis paquetes pequeños, los cuales puso en las manos del joven y le dijo:

—Mañana, cuando tu novia se vaya de palacio, esparce el polvo de uno de estos paquetes por tu cuerpo y te volverás invisible, aunque tú podrás ver con claridad. Es todo lo que puedo hacer por ti. ¡Buena suerte!

El príncipe le dio las gracias y guardó los paquetes en su turbante.

A la noche siguiente, cuando Dorani se fue a la casa de su padre en su palanquín, el príncipe se esparció el contenido de uno de los paquetes de polvos mágicos y salió detrás de ella. Muy pronto se dio cuenta de que nadie lo podía ver, tal como le había dicho el anciano que ocurriría, pero él se sentía como de costumbre y podía ver todo lo que pasaba. Alcanzó el palanquín rápidamente y caminó a su lado hasta la morada del vendedor de perfumes. Al llegar, la novia descendió del palanquín, bien cubierta con su velo, y entró a la casa; él entró junto con ella, pasando inadvertido por todos.

En la primera puerta, Dorani se quitó un velo; luego entró por otro acceso, al final de un pasillo, y se quitó otro; después subió las escaleras y, frente a la puerta de las habitaciones de las mujeres, se quitó un tercer velo. Ahí se dirigió hacia su propio cuarto, donde había dos grandes vasijas; en una había pétalos de rosas y en la otra, agua. Se lavó con ambas y después pidió comida. Un sirviente le llevó un poco de requesón que ella se comió ávidamente, y después ella se vistió con una túnica de plata, mientras llevaba una corona de rosas en el cabello. Una vez que estuvo del todo arreglada, se sentó en un sillón sobre el que había un dosel con cortinas de seda, se envolvió con ellas y exclamó:

—¡Vuela, sillón, al palacio del rajá Indra!

En ese momento, el sillón se levantó en el aire, y el príncipe invisible, quien había observado la escena con asombro, tomó el sillón de una pata y de pronto se encontró volando por los aires a gran velocidad.

En poco tiempo llegaron a la casa del hada que, como ya mencioné antes, era la amiga preferida de Dorani. El hada esperaba bajo el umbral de la puerta, vestida con tanta her-



Él no conseguía persuadirla de decir una sola palabra.

mosura como la propia Dorani, y, cuando el sillón se detuvo frente a su puerta, exclamó con sorpresa:

—¡Vaya! El sillón está volando chueco. ¿Por qué será? Me imagino que algo has hablado con tu esposo y por eso ya no vuela derecho.

Pero Dorani le dijo que no había cruzado una sola palabra con él y que no sabía por qué el sillón volaba como si tuviera más peso en uno de los extremos. El hada la miró, insatisfecha, pero no dijo nada y se sentó junto a Dorani, y el príncipe volvió a sujetarse con firmeza al sillón. Entonces el sillón voló por el aire hasta llegar al palacio del rajá Indra.

Toda la noche las mujeres cantaron y bailaron frente al rajá Indra, mientras un laúd mágico tocaba la música más cautivadora. El príncipe, que se sentó a observar todo, cayó en una especie de trance. Poco antes del amanecer, el rajá dio la señal de terminar. De nuevo las mujeres se sentaron sobre el sillón y, con el príncipe colgando de una pata, volaron de nuevo a la tierra, y después Dorani y su esposo llegaron sanos y salvos a la tienda del vendedor de perfumes. Una vez ahí, el príncipe corrió de prisa hacia el palacio, rebasó a los cansados cargadores del palanquín de su esposa y, una vez que cruzó el umbral de sus aposentos, dejó de ser invisible. Se recostó sobre un sofá y esperó a que llegara Dorani.

En cuanto ella llegó, se sentó y guardó silencio como de costumbre, con la cabeza sobre el regazo. Durante un rato hubo silencio, pero de pronto el príncipe dijo:

—Ayer tuve un sueño muy extraño y, como todo se trataba de ti, te lo voy a contar, aunque no parezcas darte cuenta.

En efecto, la muchacha no puso atención a sus palabras. Sin embargo, el príncipe continuó su relato sobre cada detalle de lo que había ocurrido la noche anterior. No se guardó nada de lo que había visto o escuchado. Y, cuando alabó el



Al ser invisible, el príncipe pudo sujetarse del sillón y volar junto con las dos mujeres.

canto de Dorani —con la voz un poco entrecortada—, ella lo miró pero se quedó callada, si bien por dentro no cabía del asombro. “¡Vaya con ese sueño!”, pensó. “¿En verdad pudo haber sido un sueño? ¿Cómo pudo saber a través de un sueño todo lo que hice o dije?”. Aun así, permaneció en silencio. Miró al príncipe una sola vez y el resto del día permaneció callada, sentada en el banco, con la cabeza sobre el regazo.

Al caer la noche, el príncipe volvió a hacerse invisible y la siguió. Pasaron las mismas cosas que la noche anterior, solo que Dorani cantó mejor que nunca. Por la mañana, el príncipe le relató a Dorani todo lo que ella había hecho, fingiendo haberlo soñado. En cuanto terminó de hablar, Dorani lo miró y le dijo:

—¿Es verdad que has soñado esto o estuviste allá?

—Estuve allá —respondió el príncipe.

—Pero ¿por qué me seguiste? —preguntó la muchacha.

—Porque te amo y estar contigo es la felicidad.

Esta vez, a Dorani le temblaron los párpados, pero no dijo más y permaneció en silencio el resto del día. Sin embargo, en la noche, mientras se subía al palanquín, le dijo al príncipe:

—Si me amas, demuéstalo no siguiéndome esta noche.

Y el príncipe obedeció y se quedó en la casa.

Esa noche, el sillón mágico voló con tanta inestabilidad que apenas si las mujeres podían mantenerse sobre sus asientos. Al final, el hada exclamó:

—Solo hay una razón que explique por qué se mueve así este sillón; has estado hablando con tu esposo.

—Sí, he hablado, ¡he hablado! —respondió Dorani, pero no añadió nada más.

Esa noche, Dorani cantó tan maravillosamente que al final el rajá Indra se puso de pie y le dijo que pidiera lo que quisiera y él se lo daría. Al principio, ella no contestó nada, pero, cuando él insistió, estas fueron sus palabras:

—Dame el laúd mágico.

Al oír esto, el rajá se enojó consigo mismo por haber hecho una promesa de un modo tan impulsivo, pues ese laúd era una de sus posesiones más valiosas. Pero debía cumplir su promesa, así que sin muchas ganas se lo dio.

—No debes volver aquí —le dijo—. Al haber pedido algo tan valioso, ¿cómo podrás conformarte con regalos más pequeños?

Dorani hizo una reverencia en silencio mientras tomaba el laúd y atravesó el gran salón con el hada hasta llegar al sillón, el cual voló de regreso a la tierra más inestable que nunca.

Cuando Dorani llegó al palacio esa mañana, le preguntó al príncipe si había soñado de nuevo. Él se rio con alegría, pues esta vez ella le había dirigido la palabra por iniciativa propia, y luego le respondió:

—No, pero ahora comienzo a soñar, y no en lo que ocurrió en el pasado, sino en lo que puede ocurrir en el futuro.

Ese día, Dorani estuvo sentada muy callada, pero sí le contestaba al príncipe cuando este le hablaba. Cuando cayó la noche y llegó la hora de partir, ella permaneció sentada. Entonces el príncipe se le acercó y le susurró:

—¿No irás a tu casa, Dorani?

Ella se puso de pie, se arrojó a sus brazos llorando y le dijo entre sollozos:

—¡Nunca más, señor mío, nunca más volveré a dejarte!

Así, el príncipe se ganó a su bella esposa, y aunque ninguno de ellos volvió a verse involucrado con hadas ni con magia, fueron aprendiendo cada día más de la magia del amor, la cual se puede aprender aunque la magia de las hadas haya desaparecido.*

* Cuento de origen punjabi, versión del mayor Campbell incluida en *Feroshepore*.

EL CIRUJANO DE SATÍN

Había una vez un rey muy rico y poderoso que, a pesar de haberse casado varias veces, solo tenía dos hijas.

La mayor era muy fea, bizca y jorobada, pero al mismo tiempo era muy lista y divertida. En el fondo no era sincera, sino más bien algo despreciable, pero era la favorita de su padre.

La princesa más joven, por otro lado, era encantadora y de muy buen carácter; quienes la conocían no sabían decir si su mayor atractivo era su rostro encantador o sus maravillosos modales.

El país vecino era gobernado por un joven emperador que, aunque apenas pasaba de los veinte años de edad, había mostrado gran valentía en batalla y, de haberlo deseado, habría podido conquistar el mundo. Por suerte, prefería la paz a la guerra y ocupaba su tiempo en intentar gobernar su propio reino con eficiencia y sabiduría. Su gente estaba ansiosa por verlo casarse, y, como las dos princesas eran las únicas damas adecuadas en rango y edad, el emperador envió una comitiva a la corte del rey vecino para pedirle la mano de una de sus hijas. Sin embargo, como solo estaba dispuesto a casarse con una mujer a la que pudiera amar y con la cual pudiera ser feliz, declaró que tendría que ver con sus propios ojos a la dama antes de tomar una decisión.

Para ello, poco después de haber enviado a sus embajadores partió disfrazado y llegó al palacio después que ellos, pero como tontamente mantuvo su plan en secreto descubrió que ellos ya habían hecho la propuesta de pedir la mano de la princesa mayor.

En realidad el emperador podría haber ido sin disfraz, pues muy pronto se supo de su presencia. Cuando el rey se enteró, hizo los preparativos para recibirlo con honores reales, aunque tendría que fingir que no sabía quién era. Los embajadores acordaron entonces que presentarían a su señor bajo el nombre de uno de los príncipes, y así fue como lo recibió el rey.

Por la noche hubo un gran baile en el cual el joven emperador pudo ver a las dos princesas y presentarse ante ellas. La fealdad de la cara y el cuerpo de la mayor, así como sus comentarios maliciosos le desagradaron tanto que pensó que no podría casarse con ella ni aunque fuera la dueña de diez reinos, mientras que el rostro dulce y las buenas maneras de la menor lo fascinaron al punto de que gustoso habría compartido su trono con ella aunque se tratara de una simple pastora.

Le parecía muy difícil aclarar sus ideas y ponerle la debida atención a la princesa mayor, aunque hizo lo mejor que pudo para mostrarse educado. Todo lo que vio y escuchó durante los días siguientes solo incrementó su amor por la hermana menor, y al final confesó que su mayor deseo era casarse con ella si su padre y ella estaban de acuerdo.

Les había ordenado a sus embajadores que suspendieran la audiencia de despedida por un tiempo, con la esperanza de que el rey percibiera cómo estaban las cosas, pero, cuando el asunto ya no pudo posponerse más, les prohibió que pidieran la mano de la princesa mayor en su nombre.

Al escuchar esta noticia, tan distinta a lo que se le había hecho creer, el rey apenas pudo contener su enojo, pues como hemos dicho adoraba a su hija mayor y vivía bajo su control. En cuanto la audiencia terminó, mandó llamar a la princesa y le contó de la insolente propuesta que le habían hecho para su hermana. La princesa se enfureció más que su padre, y después de discutirlo entre ambos acordaron enviar a la princesa a un lugar lejano donde estuviera fuera del alcance del emperador, pero no sabían exactamente a dónde. Sin embargo, después de que ambos se exprimieron el cerebro pensando en una prisión adecuada, se pronunciaron por un castillo solitario llamado la Torre del Desierto, donde creyeron que estaría segura.

Mientras tanto, lo mejor era continuar con las cortesías como si nada, así que ordenaron que hubiera todo tipo de entretenimiento. Y el día en el que se había acordado que el emperador se llevaría a la princesa, se invitó a toda la corte a una gran cacería en el bosque.

El emperador y la joven princesa contaban las horas para que ese día, que prometía ser muy agradable, llegara a su culminación. El rey y su invitado llegaron juntos al punto de reunión, pero cuál no sería la decepción del joven al no encontrar entre las damas presentes al objeto de su amor. Esperó con ansias, mirando de arriba abajo sin escuchar nada de lo que el rey le decía, y, cuando la caza comenzó y notó que la princesa seguía sin aparecer, se negó a seguir y pasó el día entero buscándola, pero fue en vano.

A su regreso, uno de sus ayudantes le dijo que horas antes se había encontrado con el carruaje de la princesa escoltado por una tropa de soldados que cabalgaba a los lados, de manera que nadie pudiera acercarse a hablar con ella. Los había seguido a la distancia y había visto que se habían

detenido en la Torre del Desierto, y había notado que de regreso el carruaje venía vacío. El emperador se entristeció al oír esto. Abandonó la corte de inmediato y les ordenó a sus embajadores que declararan la guerra al día siguiente, a menos de que el rey prometiera liberar a la princesa. Pero eso no fue todo; ni bien hubo llegado a su propio país, preparó un ejército con el que tomó los pueblos de la frontera antes de que su enemigo tuviera tiempo de juntar sus tropas. Sin embargo, antes de salir de la corte le escribió una carta a su amada princesa pidiéndole que tuviera paciencia y confiara en él, y le entregó la carta a su secretario particular, quien, sabía, arriesgaría su vida para completar la misión.

Con mucha cautela, el secretario examinó los alrededores de la torre y al fin descubrió no solo en dónde estaba la princesa, sino que una pequeña ventana de su habitación daba a un lote desolado lleno de zarzas.

Mientras tanto, la infeliz princesa estaba furiosa porque ni siquiera tenía permitido tomar un poco de aire a través de esa ventanita, que era la única en su cuarto. Por cuidadora tenía a la que había sido la niñera de su hermana, una mujer cuyos ojos nunca dormían y que observaba hasta el menor movimiento de la princesa sin que por un momento se le pudiera inducir a que se apartara de su lado.

Sin embargo, cuando por fin un día la espía se encontraba ocupada en su cuarto escribiéndole una relación de la princesa a su hermana mayor, la pobre prisionera aprovechó la oportunidad para asomarse por la ventana. Al mirar alrededor distinguió a un hombre escondido entre los arbustos, el cual avanzó hacia ella en cuanto la vio y le mostró una carta que extrajo de su jubón. Ella lo reconoció de inmediato como uno de los asistentes del emperador y deslizó hacia abajo un largo listón para que atara la carta. Imaginarán con qué ve-

locidad volvió a subirlo, y por suerte tuvo tiempo para leerla antes de que su carcelera terminara su informe y regresara a su lado.

La princesa se puso muy contenta y al día siguiente se las ingenió para escribir una respuesta en una página de su cuaderno y arrojársela al secretario del emperador, quien se la llevó a su señor de inmediato. El emperador se puso tan feliz al recibir noticias de su querida princesa que se resolvió a correr el riesgo de visitar en persona la Torre del Desierto aunque fuera para verla un momento. Le ordenó a su secretario que fuera a pedirle permiso a la princesa para visitarla, y ella respondió que le daría mucho gusto recibirlo, pero que temía que la vigilancia de su carcelera hiciera en vano el viaje, salvo que fuera durante el breve lapso en el que la vieja escribía a solas en su cuarto.

Desde luego, pensar en estas dificultades solo llenaba de ansias al emperador más que antes. Estaba listo para correr cualquier riesgo, pero, siguiendo el consejo del secretario, intentaría más la astucia que la fuerza. En su siguiente carta adjuntó unos polvos mágicos somníferos que la princesa logró mezclar en la cena de su carcelera, de modo que, cuando el emperador llegó a la torre esa noche, la princesa apareció en su ventana sin ningún temor al oír la señal. Tuvieron una larga y agradable conversación, y se despidieron creyendo que nadie había observado su encuentro. Pero se equivocaban. Los ojos de la vieja niñera eran a prueba de polvos mágicos; había visto y oído todo, y no tardó ni un segundo en escribirle un informe detallado a su señora.

Las noticias hicieron que la malvada jorobada se pusiera furiosa y decidiera vengarse cruelmente del desdén que el emperador había mostrado hacia ella. Le dijo a la niñera que fingiera no saber lo que ocurría. Mientras tanto, mandó a



La princesa tomó la carta.

construir una trampa, de manera que, si el emperador lograba abrirse camino entre las zarzas al pie de la torre, no solo lo atraparía como si fuera un ratón, sino que arrojaría un gran número de flechas envenenadas que le atravesarían todo el cuerpo. Cuando estuvo lista, escondieron la trampa entre las zarzas sin que la princesa se diera cuenta.

Esa misma noche, el emperador se dirigió a la torre con la impaciencia propia del amor. Mientras se acercaba, escuchó a la princesa romper en un alegre ataque de risa. Avanzó de prisa para dar la señal de costumbre, cuando sintió que su pie tropezaba con algo desconocido. Sintió un dolor agudo y punzante que le recorrió el cuerpo, y se puso pálido y débil, pero por suerte la trampa se había abierto únicamente a la mitad y solo algunas flechas salieron disparadas. Se tambaleó unos instantes y después cayó al suelo bañado en sangre.

Si hubiera estado solo habría muerto en poco tiempo, pero su fiel escudero estaba cerca y se llevó a su señor al bosque, donde el resto de su escolta lo esperaba. Cubrieron sus heridas y cortaron algunas ramas para hacer una especie de litera, y así trasladaron al emperador, casi inconsciente, lejos del país del enemigo, hasta llegar a su propio palacio.

La princesa estuvo muy ansiosa todo ese tiempo. Había pasado las horas previas al encuentro jugando con un pequeño mono que tenía de mascota, el cual había hecho tantas caras graciosas que, a pesar de los problemas, la habían hecho reír mucho; esas fueron las risas que escuchó el emperador. Pero al poco tiempo se sintió inquieta de esperar por la señal que nunca llegaba y, si se hubiera atrevido, seguramente se habría rebelado cuando su carcelera, a quien creía bien dormida, le ordenó que se fuera a la cama de inmediato.

Pasaron dos semanas en las que la pobre muchacha vivió con tanta ansiedad que se puso débil y bajó de peso a causa de

la incertidumbre. Al final de este periodo, cuando la niñera se fue a su cuarto una mañana como de costumbre para escribir su informe del día anterior, dejó la llave pegada en la cerradura por descuido. La princesa se dio cuenta y le dio vuelta a la llave tan rápido y con tanto sigilo que la otra no se dio cuenta de que estaba encerrada hasta que terminó de escribir y se puso de pie para ir a cuidar a su prisionera.

Viéndose libre, la princesa se asomó a la ventana y vio con horror las flechas tiradas entre los zarzales cubiertos de sangre. Se descuidó a causa del miedo, se resbaló y cayó por las escaleras, pero pudo levantarse y salir de la torre corriendo. Anduvo una buena parte del camino hasta que de pronto, para su buena suerte, se encontró con el esposo de su propia niñera, el cual apenas se había enterado de su encierro e iba de camino hacia la torre para averiguar si había algo en lo que pudiera ayudarla. La princesa le pidió que le consiguiera ropa de hombre mientras ella lo esperaba en un pequeño bosque cercano. El buen hombre estaba muy contento de poder servirle y se dirigió de inmediato al pueblo más próximo, donde encontró una tienda en la que los lacayos de la corte solían vender la ropa que sus señores ya no deseaban. La princesa se puso de inmediato el disfraz que le había llevado, el cual era de un material muy resistente y estaba adornado con piedras preciosas. Luego metió sus propias ropas dentro de una bolsa, que su sirviente se puso sobre los hombros, y ambos emprendieron el viaje.

El trayecto duró más de lo que ambos esperaban. Caminaron de día tanto como pudo aguantar la princesa y por la noche durmieron al aire libre. Una noche acamparon en un hermoso valle cerca de un ondeante arroyo, y por la mañana la princesa despertó gracias a una bella voz que cantaba melodías de su infancia. Ansiosa por saber de dónde provenía

ese sonido, caminó hacia una arboleda de mirtos, donde vio a un niño con una aljaba en la espalda y un arco de marfil en la mano que cantaba dulcemente para sí mismo mientras emparejaba las plumas de sus saetas.

—¿Te sorprende ver que tengo los ojos abiertos? —preguntó con una sonrisa—. ¡Ah! No siempre estoy ciego. Y a veces es bueno saber qué clase de corazón necesita ser atravesado. Fui yo quien lanzó sus flechas el día que tú y el emperador se conocieron, así que yo causé la herida ¡y es mi deber encontrar la cura! —entonces le dio una pequeña botella llena de un bálsamo que debía ponerle en las heridas al emperador una vez que lo encontrara—. En dos días llegarás a su palacio —le dijo—. No pierdas tiempo, porque a veces el tiempo es vida.

La princesa le dio las gracias con lágrimas en los ojos y se apresuró a despertar a su guía para que pudieran emprender el camino de inmediato.

Tal como el niño había predicho, a los dos días distinguieron la torre y los muros de la ciudad, y a la princesa casi se le sale el corazón de pensar que pronto estaría frente a frente con el emperador. Sin embargo, al preguntar por su salud, se enteró de algo terrible: estaba empeorando rápidamente. Por un momento, su pena fue tan grande que casi revela su identidad. Pero entonces, apelando a su valentía, dijo que era un médico y que, si le permitían hacerse cargo del asunto, en pocos días podría curarlo.

Para causar una buena impresión en la corte, el nuevo doctor resolvió mandarse a hacer un traje de satén azul cielo. Compró las cosas más espléndidas y caras que había en las tiendas, y fue con un sastre para que le confeccionara el traje. Le ofreció pagarle el doble si lo tenía listo en un par de horas. Luego fue al mercado a comprar una buena mula y

le encargó a su sirviente que se asegurara de que los arneses estuvieran adornados con trozos de satín azul.

Mientras todo quedaba listo, la princesa le preguntó a la mujer en cuya casa se hospedaba si conocía a alguno de los asistentes del emperador, y resultó que su primo era el jefe ayudante de cámara de su majestad. El doctor le pidió a la mujer que le informara a todos sus conocidos que un reconocido cirujano había escuchado de la enfermedad del emperador y se había dado prisa para venir a curarlo; se había comprometido a curarlo por completo, y de no hacerlo estaba preparado para que lo quemaran vivo.

La buena mujer, a quien le encantaba el chisme, se dirigió al palacio a dar esta noticia. Su historia no tardó en llegar a oídos de todos. Los médicos de la corte se burlaban del recién llegado, pero los asistentes del emperador dijeron que, como a pesar de todos sus remedios su majestad estaba muriendo ante sus ojos, no le haría ningún daño que consultara a este extranjero.

Entonces el chambelán le pidió al joven doctor que acudiera y le recetara algo al enfermo sin mayor dilación, y el médico envió un mensaje de inmediato diciendo que sería un honor acudir al palacio. Montó en su mula y emprendió el camino. Al pasar, la gente y los soldados exclamaban:

—¡Ahí va el cirujano de satín! ¡Miren al cirujano de satín! ¡Larga vida al cirujano de satín!

Y al llegar lo anunciaron con este nombre y lo llevaron de inmediato a la habitación del desfalleciente.

El emperador yacía con los ojos cerrados, y su rostro estaba blanco como la almohada, pero en cuanto escuchó la voz del recién llegado alzó la vista y sonrió, y dijo que quería que el nuevo doctor se quedara cerca de él. Tras hacer una reverencia, el cirujano de satín le aseguró al emperador que

curaría su mal, pero insistió en que los demás debían salir de la habitación, salvo el secretario particular del emperador. Entonces untó el bálsamo mágico que el niño le había dado sobre las heridas, y el dolor del emperador disminuyó a tal punto que pudo dormir toda la noche.

Cuando amaneció, los médicos de la corte se dirigieron a toda prisa a la recámara del emperador y se sorprendieron mucho de ver que ya no tenía dolor. Pero el cirujano de satín volvió a echarlos a todos y a aplicarle el bálsamo al enfermo, y a la mañana siguiente el emperador ya estaba casi recuperado y pudo levantarse de la cama. A medida que recobró fuerzas, sus pensamientos se concentraron más y más en la causa de su sufrimiento, y su ánimo fue declinando a la par que su salud mejoraba. El rostro y la voz de su nuevo doctor le recordaban a la princesa que según él lo había traicionado y le había causado semejante tortura. Como era incapaz de soportar esa idea, los ojos se le llenaron de lágrimas.

El médico notó su cara triste e intentó todo lo que estaba a su alcance para reanimar a su paciente con conversaciones animadas y relatos entretenidos, hasta que al fin se ganó la confianza del emperador, y este le contó su historia de amor con una dama que lo había tratado cruelmente, pero a la que, a pesar de todo, no podía dejar de amar. El cirujano de satín lo escuchaba con compasión e intentó persuadir al emperador de que tal vez la princesa no tenía la culpa como podría parecer, pero, aunque el enfermo quería creerle, no le resultaba fácil, y al cirujano le tomó un buen tiempo convencerlo. Un día, cuando el emperador estaba prácticamente recuperado, el médico ungió las heridas con el bálsamo mágico por última vez. Entonces, médico y paciente, exhaustos sin saber muy bien por qué, se quedaron dormidos por horas.

A la mañana siguiente, la princesa decidió quitarse el disfraz y ponerse las ropas que había traído en la bolsa con la que llegó junto con sus joyas para lucir lo más bella posible. Acababa de cambiarse cuando el emperador despertó; se sentía tan fuerte y tan bien de salud que creyó estar soñando. De hecho, dudó de estar despierto cuando vio a la princesa correr las cortinas.

Se miraron fijamente durante algunos minutos, incapaces de decir palabra, y luego se limitaron a proferir algunas pequeñas muestras de alegría y gratitud. Poco a poco, la princesa le fue contando todas sus aventuras desde la última vez que se habían visto en la Torre del Desierto. El emperador se arrojó a sus pies con promesas de amor y gratitud, sin detenerse a pensar en que los miembros de la corte, médicos incluidos, estaban esperándolo en la antesala.

El emperador, ansioso por saber cuánto le debía al cirujano de satín, abrió la puerta por su propia mano, y todos se maravillaron al verlo en tan perfecto estado de salud. Como buenos cortesanos, se apresuraron a halagar y celebrar al cirujano de satín, pero cuál no sería su sorpresa al saber que había desaparecido y dejado en su lugar a la princesa más hermosa del mundo.

—Mientras le dan las gracias al cirujano por su cura milagrosa, bien pueden homenajear a su emperatriz —comentó el emperador. Deseaba celebrar las bodas ese mismo día, pero la princesa declaró que debían esperar a obtener el permiso de su padre.

Por lo tanto, enviaron de inmediato a un grupo de mensajeros a la capital vecina, los cuales volvieron pronto con el permiso del rey, quien ya había descubierto todo el mal que su hija mayor había hecho.

La despreciable princesa estaba tan furiosa porque sus planes habían fracasado, que se fue a recostar y murió en su

cama a causa de un ataque de coraje y celos. Nadie lloró por ella, y el rey, cansado de gobernar, le cedió su corona a su hija, de modo que los dos reinos se convirtieron desde entonces en uno solo.

EL MACHO CABRÍO Y EL REY

Había una vez un rey que era capaz de entender el lenguaje de las aves, los animales y los insectos. Este conocimiento se lo había dado, desde luego, un hada madrina, pero era un regalo problemático, pues sabía que, si alguna vez revelaba algo que hubiera aprendido de ese modo, se convertiría en piedra. No sabía decir cómo se las arregló para evitar hacerlo durante tanto tiempo antes de que esta historia comenzara, pero el rey llegó a salvo a la edad adulta y se casó, y era feliz como suelen ser felices los monarcas.

Debo decirles que el rey era hindú y cuando un hindú se dispone a comer ocupa un pequeño lugar en el piso con lodo fresco embarrado previamente y se sienta justo en el centro con poca ropa encima, lo cual difiere bastante de nuestras costumbres.

Un día el rey estaba cenando en un lugar enlodado, limpio y agradable, mientras su esposa estaba sentada frente a él esperándolo y haciéndole compañía. Al comer se le cayeron al piso unos granos de arroz, y una pequeña hormiga, que corría por ahí buscando algo para subsistir, tomó uno de los granos y se lo llevó a su hormiguero. Justo a las afueras del círculo del rey, esta hormiga se encontró con otra, y el rey escuchó a esta última decir:

—Ay, querida amiga, dame ese grano de arroz y consigue otro para ti. Mis botas están muy sucias y si voy al lugar

donde el rey está comiendo lo profanaría, no puedo hacer eso, sería muy grosero.

Pero la dueña del grano de arroz le dijo:

—Si quieres arroz, ve y consíguelo. Nadie se va a dar cuenta de tus botas sucias. No pensarás que yo voy a cargar el arroz de todas las hormigas, ¿verdad?

Entonces el rey se rió.

La reina se miró de arriba abajo, pero no encontró nada en su apariencia que hubiera podido hacer reír al rey, así que le dijo:

—¿De qué te ríes?

—¿Me reí? —preguntó el rey a su vez.

—Claro que sí —respondió la reina—. Si crees que soy ridícula preferiría que me lo dijeras en lugar de comportarte de un modo tan estúpido. ¿De qué te ríes?

—No me río de nada —dijo el rey.

—Muy bien, pero sí te reíste y quiero saber de qué.

—Me temo que no puedo decírtelo.

—Debes decírmelo —dijo la reina impaciente—. Si te ríes cuando no hay nada de qué reírse, debes estar enfermo o loco. ¿Qué es lo que te pasa?

El rey seguía negándose a decirle, y la reina insistía en que debía saberlo. La discusión continuó días, sin que la reina le diera descanso a su esposo, hasta que al final el pobre hombre casi se vuelve loco y pensó que, como la vida se le había vuelto insoportable al ser así, bien podría decirle la verdad a su mujer y aceptar las consecuencias.

“Pero, si me voy a convertir en piedra”, pensó, “no quiero estar en algún camino polvoriento, si puedo evitarlo, para que me pateen hombres y animales, o me arrojen a los perros, o para que los niños malos me usen de juguete, y pasar mis días abatido y sin descanso la mayor parte del tiempo.

Seré una piedra en el fondo de un fresco río donde rodaré suavemente hasta encontrar un lugar seguro para descansar y quedarme ahí para siempre”.

Entonces le dijo a su esposa que, si lo acompañaba al río, le diría de qué se había reído. Ella creyó que estaba bromeando y aceptó entre risas; los sirvientes prepararon los caballos y después partieron.

De camino se encontraron con un buen pozo debajo de la sombra de unos árboles frondosos y agradables, y el rey propuso que se detuvieran a descansar un poco y beber un poco de agua fresca antes de seguir. La reina estuvo de acuerdo, así que desmontaron y se sentaron en la sombra junto al pozo para descansar.

Entonces ocurrió que un viejo macho cabrío y su esposa estaban buscando alimento en el vecindario, y, como el rey y la reina estaban sentados ahí, la esposa cabra se acercó al borde del pozo y al asomarse vio unas suaves hojas verdes que brotaban de los muros del pozo.

—¡Ay! —le dijo a su esposo—. ¡Ven a ver! Aquí hay unas hojas tiernas. Se me hace agua la boca. Ven y tráemelas.

Entonces el macho cabrío se acercó para asomarse y después miró a su esposa de mala manera.

—¿De verdad esperas que yo te traiga esas hojas? Me imagino que no tienes ni idea de cómo podría alcanzarlas. Parece que no piensas; si lo hicieras, sabrías que si intentara alcanzar estas hojas me caería al pozo y me ahogaría.

—¡Ay! —exclamó la cabra—. No tienes por qué caerte. Anda y consíguelas.

—No voy a ser tan tonto —contestó el macho cabrío.

Pero la esposa cabra lloraba y suplicaba.

—Mira —le dijo el macho cabrío—. Hay muchos tontos en el mundo, pero yo no soy uno de ellos. Ese tonto rey, por

ejemplo, como no puede evitar que su esposa le haga preguntas, está dispuesto a desperdiciar su vida. Pero yo sé cómo curarte de tus manías y voy a hacerlo.

Y entonces le dio tales topetazos a la esposa cabra, que en un par de minutos aquella estaba paciendo sumisa en otro lugar y se había convencido de que las hojas del pozo no valían la pena.

Entonces el rey, que había entendido cada palabra, volvió a reírse.

La reina lo miró con suspicacia, pero el rey se levantó y caminó hacia donde ella estaba sentada.

—¿Aún estás decidida a saber de qué me reía la otro tarde? —le preguntó.

—Por supuesto —respondió la reina enojada.

—Porque he decidido que no voy a decirte —afirmó el rey, dándose golpecitos en la pierna con la fusta—. Más aún, he decidido impedirte que sigas mencionando el tema.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la reina con nerviosismo.

—Que me acabo de dar cuenta de que, si el macho cabrío está a disgusto con su esposa, le da de topetazos, y eso parece zanjar el asunto.

—¿Quieres decir que me vas a golpear? —preguntó la reina gritando.

—Me sentiría muy mal de tener que hacerlo —contestó el rey—, pero tengo que persuadirte de que vuelvas a casa en silencio y de que no hagas más preguntas cuando te diga que no puedo responderlas. Aunque, claro, si insistes...

Y la reina volvió a casa, y el rey también, y se dice que ambos son más sabios y felices que nunca.*

* Cuento de origen punjabi, versión del mayor Campbell incluida en *Feroshepore*.



El rey rio al escuchar al macho cabrío.

LA HISTORIA DE ZOULVISIA

En medio de un desierto arenoso de algún lugar de Asia, la mirada de los viajeros se reconforta al encontrar una alta montaña cubierta de árboles hermosos, entre los cuales, a la luz del sol, se puede ver el brillo de unas cascadas espumosas. En ese ambiente claro y apacible es posible escuchar el canto de los pájaros y percibir el aroma de las flores. Y, aunque hay habitantes en la montaña —se alcanza a ver una carpa blanca por aquí y por allá—, ninguno de los reyes o príncipes que pasan por el camino de Babilonia a Balbec se adentran jamás en sus bosques o, si lo hacen, nunca regresan. Es tan inmenso y genuino el temor que provoca la reputación de la montaña que los padres, en su lecho de muerte, les ruegan a sus hijos que nunca traten de descubrir su misterio. Sin embargo, a pesar de su mala fama, hay un cierto número de jóvenes que cada año anuncian su decisión de visitar la montaña y, como hemos dicho, nunca se les vuelve a ver.

*

Hubo una vez un rey poderoso que gobernaba un país del otro lado del desierto y, cuando estaba a punto de morir, les

dio a sus siete hijos los consejos de costumbre. Sin embargo, apenas acababa de morir cuando el hijo mayor, el sucesor al trono, anunció su deseo de ir de cacería a la montaña encantada. En vano, los ancianos mecieron la cabeza con reproche e intentaron convencerlo de que abandonara ese plan. Todo fue inútil. El príncipe se fue y no volvió, y al debido tiempo el trono fue ocupado por el siguiente hermano.

Lo mismo les ocurrió a los siguientes cinco hermanos, pero, cuando llegó el turno del hijo menor de convertirse en rey y él también proclamó que iría de caza a la montaña, se desató un gran lamento por toda la ciudad.

—¿Quién nos va a gobernar cuando estés muerto? Porque vas a morir allá —decía la gente—. Quédate con nosotros y te haremos feliz.

Durante un tiempo, el nuevo rey escuchó las súplicas de su pueblo, y la tierra creció y prosperó bajo su mandato. Sin embargo, en pocos años la inquietud volvió a apoderarse de él, y esta vez no escuchó a nadie. Iba a cazar en ese bosque, así que mandó llamar a sus amigos y asistentes, y emprendió el camino hacia el desierto una mañana.

Cabalgaban por un valle rocoso cuando apareció frente a ellos un venado que se alejó brincando. El rey lo persiguió de inmediato, seguido de sus asistentes, pero el animal corría tan rápido que nunca pudieron darle alcance y al final desapareció en las profundidades del bosque.

Entonces el joven tiró de las riendas por primera vez y miró a su alrededor. Había dejado a sus compañeros muy atrás y, al volver la mirada, los vio entrando a algunas carpas que se encontraban aquí y allá entre los árboles. Para él, la frescura del bosque era más atractiva que la comida, sin importar qué tan buena fuera, así que caminó durante horas por donde le dio la gana.

Al cabo de un rato comenzó a oscurecer, y el rey pensó que era momento de volver al palacio. Dejó el bosque con un suspiro y se dirigió hacia las carpas, pero cuál sería el horror que experimentó al encontrar a varios de sus hombres muertos y a otros agonizando. No había palabras para describir la escena, aunque las palabras ahí fueran inútiles. Era evidente que el vino que habían bebido estaba envenenado.

—He llegado tarde para ayudarlos, amigos míos —dijo mirándolos con tristeza—, pero al menos ¡voy a vengarlos! Los que pusieron la trampa seguramente volverán para ver su obra. Me esconderé y descubriré quiénes son.

Cerca de donde estaba vio que había un nogal, así que trepó hasta la cima. La noche cayó y nada irrumpió en la quietud del lugar; sin embargo, con los primeros rayos del amanecer se escuchó el ruido de trote de caballos.

El rey apartó unas ramas y vio a un joven que se aproximaba montado en un caballo blanco. Al llegar a las carpas, el caballero desmontó e inspeccionó de cerca los cadáveres que yacían en el piso. Entonces, uno a uno, los arrastró hacia un barranco y los arrojó al fondo de un lago. Mientras él hacía eso, sus sirvientes se llevaban los caballos de los condenados, y a los cortesanos se les ordenó dejar ir al venado, al que habían usado como carnada, y asegurarse de que las mesas en las carpas quedaran cubiertas de vino y comida como antes.

Después de hacer estos arreglos decidió caminar un poco por el bosque y cuál no sería su sorpresa al encontrarse con un hermoso caballo escondido entre unos arbustos.

—Había un caballo por cada hombre muerto —dijo—. ¿De quién será este?

—¡Mío! —respondió una voz desde un nogal cercano—. ¿Quién eres tú que atraes a las personas y luego las envene-

nas? Ya no lo harás más. Vuélvete a tu casa, donde quiera que sea, y peharemos ahí.

El caballero permaneció sin habla del enojo que le produjeron esas palabras, pero se esforzó por responder.

—Acepto tu reto. Monta tu caballo y sígueme. Soy Zoulvisia —dijo esto y de un salto montó su caballo. Se perdió de vista tan rápido que el rey apenas tuvo tiempo para apreciar la luz que irradiaban el jinete y su caballo, y que el cabello que se asomaba por debajo del yelmo parecía de oro líquido.

A todas luces, el caballero era una mujer, pero ¿quién podría ser? ¿Era la reina de las reinas? ¿O era la jefa de una banda de ladrones? No era ninguna de esas cosas, sino solo una hermosa doncella.

Envuelto en estos pensamientos, se quedó de pie debajo del nogal un buen rato después de que el caballo y el jinete se perdieran a la distancia. Salió del trance de golpe al recordar que debía encontrar la casa de su enemigo, aunque no sabía dónde quedaba. Sin embargo, tomó el camino por el que el jinete había llegado y lo recorrió durante varias horas hasta que encontró tres cabañas alineadas en las cuales vivían una vieja hada y sus hijos.

El pobre rey estaba tan cansado y hambriento que apenas podía hablar, pero después de beber un poco de leche y descansar un rato estuvo en condiciones de responder a las preguntas que sus curiosos anfitriones le hacían.

—Voy a buscar a Zoulvisia —dijo—. Ella asesinó a mis hermanos y a varios de mis súbditos, y voy a vengarlos.

Él solo se dirigió a los habitantes de una casa, pero se escuchó un murmullo proveniente de las tres.

—Qué pena que no lo sabíamos. El día de hoy pasó dos veces frente a nuestra puerta, y la habríamos podido capturar y hacerla nuestra prisionera.

Aunque sus palabras eran valientes, sus corazones no lo eran, pues el solo pensar en Zoulvisia los hacía temblar.

—Olvídate de Zoulvisia y quédate con nosotros —le dijeron con las manos extendidas hacia él—. Serás nuestro hermano mayor y nosotros seremos tus hermanos pequeños.

Pero el rey no quiso. Sacó del bolsillo unas tijeras, una navaja de afeitar y un espejo, y, repartiéndoselos a cada una de las hadas, les dijo:

—Aunque no puedo abandonar mi venganza, acepto su amistad y por ello les dejo estos tres objetos. Si aparece sangre en alguno de ellos, significa que mi vida está en peligro. En recuerdo del juramento de nuestra hermandad, ustedes acudirán a ayudarme.

—Así lo haremos —respondieron, y el rey montó en su caballo y emprendió el camino que le indicaron.

Gracias a la luz de la luna distinguió un espléndido palacio, pero, aunque le dio un par de vueltas, no encontró la puerta. Estaba pensando qué hacer a continuación cuando escuchó unos fuertes ronquidos que parecían provenir del suelo a sus pies. Miró hacia abajo y vio a un anciano recostado en un pozo profundo, justo afuera de los muros, con una linterna a su lado.

“Tal vez él pueda darme algún consejo”, pensó el rey. Con cierta dificultad, se internó en el pozo y le puso la mano sobre el hombro al anciano.

—¿Acaso eres un pájaro o una serpiente para que puedas entrar aquí? —preguntó el anciano, tras despertarse sobresaltado. Pero el rey le respondió que era un simple mortal y que estaba buscando a Zoulvisia—. ¿Zoulvisia? ¿La maldición del mundo? —dijo él rechinando los dientes—. De todos los miles a quienes ha asesinado, yo soy el único que ha podido escapar, aunque no sé por qué me dejó vivir para someterme a esta muerte en vida.



“Acepto tu reto. Monta tu caballo y sígueme. Soy Zoulvisia”.

—Ayúdame si puedes —dijo el rey. Y entonces le contó su historia, la cual el otro escuchó con atención.

—Atiende mi consejo —respondió el anciano—. Todos los días, al salir el sol, Zoulvisia se pone su traje de perlas y sube los escalones de su torre de cristal. Desde ahí puede observar todas sus tierras y vigilar la entrada de cualquier hombre o demonio. Si detecta uno, da unos gritos tan estremecedores que quienes la escuchan mueren del miedo. Pero ocúltate en una cueva que está a los pies de la torre y entierra una horqueta frente a ella. Entonces, cuando haya dado su tercer grito, arremete con valentía y mira hacia la parte alta de la torre. Hazlo sin miedo, pues habrás quebrado su poder.

El rey hizo lo que le dijo el anciano palabra por palabra y cuando salió de la cueva sus ojos se encontraron con los de Zoulvisia.

—Me has conquistado —le dijo ella—, y eres digno de ser mi esposo, pues eres el primer hombre que no muere ante el sonido de mi voz. —Se soltó los rubios cabellos y condujo al rey hasta la cima de la torre como si lo jalara con una cuerda. Entonces lo llevó al salón de las audiencias y lo presentó ante los miembros de su corte—. Pídeme lo que quieras y te lo concederé —le dijo Zoulvisia con una sonrisa, mientras se sentaban juntos en un banco cubierto de musgo junto al arroyo. Y el rey le pidió que liberara al anciano a quien le debía la vida y que lo enviara de regreso a su propio país.

*

—Se han terminado mis cacerías y mis paseos a caballo por mis tierras —dijo Zoulvisia el día que se casaron—. De ahora en adelante, el cuidado de ambos te corresponde solo a ti. —Volviéndose hacia sus asistentes, les pidió que le traje-

ran el caballo de fuego—. Este es tu nuevo amo, mi corcel de fuego —exclamó ella—, y le serás tan servicial como lo fuiste conmigo. —Besó al corcel entre los ojos y le dio las riendas a su esposo.

El caballo miró al joven por un momento y luego bajó la cabeza, mientras el rey le acariciaba el cuello y le peinaba la crin, hasta que ambos se sintieron como viejos amigos. Después de esto, montó el caballo para hacer lo que Zoulvisia le pidió, pero antes de partir ella le dio una cajita de perlas que contenía uno de sus cabellos, y él se la guardó en el abrigo a la altura del pecho.

Estuvo cabalgando un tiempo, sin encontrar una presa para la cena. De pronto, un hermoso ciervo apareció casi debajo de sus pies, y de inmediato el rey comenzó a perseguirlo. Ambos iban a toda velocidad, pero el ciervo brincaba y daba vueltas tan rápido que el rey no tuvo oportunidad de dispararle hasta que llegaron a un ancho río y el animal brincó y comenzó a nadar. El rey preparó su arco, apuntó, y aunque hirió al ciervo, este logró llegar al otro lado. Entre tanta conmoción, el rey no se dio cuenta de que la cajita de perlas se le había caído al agua.

*

La corriente, aunque profunda, también era rápida, así que la caja fue arrastrada varios kilómetros hasta que llegó flotando a otro país. Ahí la recogió uno de los acarreadores de agua del palacio, quien se la mostró al rey. La factura de la caja era tan particular y las perlas tan raras que el rey no pudo deshacerse de ella, pero le pagó al hombre una buena cantidad y lo despidió. Luego mandó llamar a su chambelán y le pidió que investigara la historia de la caja en tres días o perdería la cabeza.

La respuesta a ese acertijo que sorprendió a magos y sabios fue encontrada por una anciana que llegó al palacio y le dijo al chambelán que ella revelaría el misterio por dos puñados de oro.

Desde luego, el chambelán le dio con gusto lo que pedía, y a cambio la mujer le dijo que la caja y el cabello pertenecían a Zoulvisia.

—Anciana, trae aquí a esa mujer y tendrás oro suficiente para cubrirte con él de pies a cabeza —le dijo el chambelán. Y la mujer respondió que vería qué podía hacer.

Volvió a su cabaña en el bosque y desde el pasillo silbó suavemente. Entonces, las hojas muertas del piso comenzaron a moverse y agitarse, y debajo de ellas apareció un montón de serpientes. Se arrastraron a los pies de la bruja, quien se agachó, les acarició las cabezas y les dio de beber un poco de leche en una vasija roja de barro. Cuando terminaron, la anciana volvió a silbar y les ordenó a dos de ellas que se enroscaran en sus brazos y cuello, mientras las convertía a una en un bastón y a otra en un látigo. Luego tomó una vara y en el banco del río la transformó en una balsa; se sentó en ella cómodamente y se impulsó hacia el centro de la corriente.

Todo el día y toda la noche navegó y, antes de que se pusiera el sol la tarde siguiente, se encontró cerca del jardín de Zoulvisia, justo en el momento en que el rey, montado en el caballo de fuego, volvía de cazar.

—¿Quién eres? —le preguntó él sorprendido, pues no era común en ese país ver a ancianas viajando sobre balsas—. ¿Quién eres y por qué has venido aquí?

—Soy una pobre peregrina, hijo mío —respondió ella— y, como no alcancé la caravana, estuve varios días deambulando sin alimento a través del desierto hasta que llegué al río. Ahí encontré esta pequeña balsa y me atuve a ella, sin

saber si viviría o moriría. Pero ya que tú me has encontrado, te suplico que me des pan y que me dejes dormir esta noche junto al perro que cuida tu puerta.

La conmovedora historia le llegó al corazón al joven, quien prometió traerle comida y dejarla pasar la noche en su palacio.

—Pero monta conmigo, anciana, que has caminado mucho y todavía queda lejos el palacio. —Mientras decía estas palabras, se agachó para ayudar a la anciana, pero su caballo viró bruscamente. Esto se repitió dos y tres veces, y la bruja sabía por qué, pero el rey no.

—Me da miedo caerme —dijo ella—, pero como tu buen corazón se apiada de mis penas, cabalga despacio y, aunque esté algo coja, te seguiré a buen paso.

En la puerta le pidió a la anciana que descansara, y le dijo que él le traería lo que necesitara. Pero Zoulvisia se puso pálida cuando supo a quién había traído y le pidió a su esposo que le diera comida a la anciana y luego le dijera que se fuera, ya que les causaría muchos males.

El rey se rió de sus temores y respondió bromeando:

—¡Cualquiera pensaría que hablas de una bruja! Pero, aun si lo fuera, ¿qué mal podría hacernos? —Luego mandó llamar a las doncellas para que le llevaran comida a la anciana y la dejaran dormir en sus habitaciones.

La anciana era muy astuta y mantuvo despiertas a las doncellas hasta altas horas de la noche contándoles todo tipo de extrañas historias. De hecho, a la mañana siguiente, mientras ellas vestían a su señora, una de ellas soltó una carcajada a la que le hicieron eco las demás.

—¿Qué les pasa? —preguntó Zoulvisia.

La doncella le respondió que se había acordado de una divertida aventura que les había contado la noche anterior la recién llegada.

—Y creo, señora, que muy bien puede ser una bruja como dicen, pero estoy segura de que nunca haría un solo hechizo ni para matar a una mosca. En cuanto a las historias que nos contó, a usted la entretendrían mucho durante buen rato mientras el rey no está.

Y así, en una mala hora, Zoulvisia aceptó que llevaran a la anciana ante su presencia, y desde ese momento se volvieron inseparables.

*

Un día la bruja comenzó a hablar del joven rey y a decir que en ninguno de los lugares que había visitado había visto a nadie como él.

—Fue muy listo porque adivinó tu secreto y se ganó tu corazón —le dijo—. Seguramente él también debió contarte el suyo.

—No. No creo que él tenga ningún secreto —dijo Zoulvisia.

—¿Que no tiene secretos? —preguntó la anciana con sorna—. ¡Tonterías! Todos los hombres tienen un secreto que siempre le cuentan a la mujer que aman. Y, si él no te lo ha contado, es porque no te ama.

Estas palabras confundieron terriblemente a Zoulvisia, aunque no se lo dijo a la bruja. Pero la siguiente vez que estuvo con su esposo, comenzó a presionarlo para que le dijera en qué consistía el secreto de su fuerza. Por un rato, él la distrajo con caricias, pero, cuando ella insistió hasta el límite, él le dijo:

—Es mi sable lo que me da la fuerza. Por eso día y noche permanece a mi lado. Pero, ahora que te lo he dicho, jura sobre este anillo, que te daré a cambio del tuyo, que no se lo dirás a nadie.

Zoulvisia lo juró, pero de inmediato fue a traicionar el juramento y le contó todo a la anciana.

Cuatro noches después, mientras todo mundo dormía, la bruja trepó silenciosa hasta la recámara del rey y tomó el sable. Luego abrió el enrejado, voló hacia la terraza y arrojó el sable al río.

A la mañana siguiente todos se sorprendieron de que el rey no se hubiera levantado temprano como de costumbre para ir a cazar. Los asistentes escucharon por detrás de la puerta y percibieron el sonido de una fuerte respiración, pero nadie se atrevió a entrar hasta que Zoulvisia empujó la puerta. ¡Y qué fue lo que vio! El rey estaba casi muerto, con espuma en la boca y los ojos cerrados. Lloraron y le gritaron, pero él no respondía.

Entonces se escuchó un grito desde el extremo más lejano y entró súbitamente la bruja con serpientes alrededor del cuello, los brazos y el cabello. A una señal suya, las serpientes se les aventaron silbando a las doncellas y las mordieron con sus venenosos colmillos. Después, la bruja se volvió hacia Zoulvisia y le dijo:

—Te doy a elegir: o vienes conmigo o también a ti te matarán las serpientes.

Como la aterrorizada muchacha se le quedó mirando, incapaz de decir palabra, la tomó del brazo y la condujo al palacio donde estaba escondida la balsa entre los juncos. Una vez a bordo, tomó los remos, y flotaron río abajo hasta que llegaron al país vecino, donde la bruja vendió a Zoulvisia por un costal de oro.

Como el joven rey visitaba las tres cabañas cuando iba de camino al bosque, los hijos de las tres hadas revisaban cada mañana las tijeras, la navaja de afeitar y el espejo que el rey les había dejado. Hasta ese día las superficies de las tres cosas

habían estado brillantes y sin mancha, pero aquella mañana, cuando tomaron los objetos como de costumbre, encontraron gotas de sangre en la navaja y las tijeras, mientras que el espejo estaba empañado.

—Algo terrible debe haberle ocurrido a nuestro hermanito —murmuraron entre sí, visiblemente asustados—. Hay que apresurarnos a acudir a su rescate antes de que sea demasiado tarde —dijeron, se pusieron sus pantuflas mágicas y se dirigieron al palacio.

Los sirvientes los recibieron entusiasmados, listos para ayudar con todo lo que sabían, aunque no era mucho; solo que el sable había desaparecido y no sabían en dónde estaba. Los recién llegados pasaron el día entero buscándolo, pero no lo encontraron, y al acercarse estaban muy cansados y hambrientos. Pero ¿qué iban a comer? El rey no había ido a cazar ese día y no tenían nada para comer. Los hombrecillos estaban desesperados, cuando de pronto un rayo de la luna iluminó el río más allá de los muros.

—¡Qué tontos! ¡Podríamos comer pescado! —exclamaron y bajaron corriendo al río, de donde muy pronto sacaron algunos peces que cocinaron ahí mismo. Luego se sintieron mejor y comenzaron a mirar alrededor.

Momentos más tarde, a mitad de la corriente, comenzó a percibirse un extraño golpeteo de las aguas y lentamente emergió de las aguas un enorme pez que se retorció como si tuviera mucho dolor. Los ojos de los hermanos se fijaron en él, y entonces el pez brincó en el aire, y un destello iluminó la noche.

—¡El sable! —gritaron y se arrojaron a la corriente. De un buen jalón, sacaron la espada del cuerpo del pez, mientras este permanecía quieto en el agua, exhausto de tanto luchar. Nadaron hacia la orilla con el sable en mano, lo secaron cui-



La bruja y las serpientes.

dadosamente con sus abrigos, lo llevaron a palacio y lo pusieron al lado de la almohada del rey. Al instante, el rostro del rey recuperó el color, y sus mejillas se pronunciaron. El rey se sentó, abrió los ojos y preguntó:

—¿Dónde está Zoulvisia?

—No lo sabemos —dijeron los hombrecillos— pero ahora que estás a salvo podrás averiguarlo —y le contaron lo que había ocurrido después de que Zoulvisia le había contado su secreto a la bruja.

—Abran paso, que voy por mi caballo —fue todo lo que dijo, pero al entrar en el establo casi llora al ver a su caballo favorito, que estaba tan apesadumbrado como él. El caballo se volvió lentamente hacia la puerta al oír el ruido de los goznes, y cuando vio al rey se alzó en dos patas y lo saludó restregando su cabeza contra él—. ¡Mi pobre caballo! ¡Fuiste más listo que yo! Si hubiera hecho lo que tú, no habría perdido a Zoulvisia, pero la buscaremos juntos tú y yo.

*

El rey y su caballo siguieron el curso del río durante largo rato, pero en ningún lugar obtenían noticia alguna sobre Zoulvisia. Por fin, una noche, se detuvieron para descansar en una cabaña muy cerca de una gran ciudad, y, mientras el rey estaba recostado sobre la hierba mirando a su caballo pastar, apareció una anciana con un cuenco de leche fresca y se la ofreció.

Él la bebió con ansias, pues tenía mucha sed, y después de apartar el cuenco comenzó a conversar con la anciana, quien estaba feliz de tener a alguien que quisiera escucharla.

—Tienes suerte de haber pasado por aquí justo ahora —le dijo ella—, pues en cinco días el rey tendrá su banquete de bodas. ¡Ay! Pero la novia, con sus ojos tan, tan azules y

sus cabellos de oro, no quiere. Siempre tiene a la mano una copa con veneno y ha dicho que prefiere tomárselo antes que volverse la esposa del rey. Con todo, él también es un hombre atractivo y un buen partido, mejor de lo que ella hubiera podido aspirar, pues llegó de no sé dónde y una bruja la vendió...

El rey se sobresaltó. ¿La había encontrado, después de todo? El corazón le latía con desesperación, como si fuera a ahogarlo, pero alcanzó a preguntar:

—¿Se llama Zoulvisia?

—Sí, eso dice, aunque la vieja bruja... pero ¿qué te pasa? —preguntó, interrumpiéndose al ver que el joven se levantaba de un salto y la sujetaba de las muñecas.

—Escúchame, anciana, ¿puedes guardar un secreto?

—Sí, si me pagan.

—Ah, no temas, que te pagaré tanto como lo desee tu corazón. Aquí hay un puñado de oro; te daré otro tanto si haces lo que te pido.

La vieja asintió con la cabeza.

—Ve y compra un vestido como el que usan las damas en la corte y arréglatelas para que te dejen entrar en palacio y ponerte cerca de Zoulvisia. Cuando estés allí, muéstrale este anillo, y después ella te dirá qué hacer.

Entonces la anciana emprendió el camino, se vistió con un traje amarillo de seda y se cubrió la cabeza con un velo. Así ataviada, subió las escalinatas de palacio con firmeza detrás de unos mercaderes que el rey había mandado llamar para que trajeran los regalos de Zoulvisia.

Al principio, la novia no les dirigió la palabra, pero en cuanto vio el anillo se volvió tan dócil como un cordero. Tras darles las gracias a los mercaderes por las molestias, les pidió que se retiraran y se quedó a solas con su visitante.

—Abuela —le preguntó Zoulvisia en cuanto la puerta estuvo bien cerrada—. ¿En dónde está el dueño de este anillo?

—En mi cabaña —le dijo la anciana—, esperando tus órdenes.

—Pídele que permanezca ahí tres días, y ahora ve con el rey de este país y dile que me has hecho entrar en razón. Así me dejará en paz y ya no me estará vigilando. Al tercer día yo estaré dando un paseo por el río y ahí habrá de encontrarme tu huésped. El resto me concierne solo a mí.

*

Llegó la mañana del tercer día y con los primeros rayos del sol comenzó el ajeteo en el palacio, pues esa tarde el rey se casaría con Zoulvisia. Se montaron tiendas de una fina tela rojo escarlata, adornadas con coronas de flores blancas que despedían un aroma dulce, y en ellas se realizaría el banquete. Cuando todo estuvo listo, se organizó una procesión para ir por la novia, quien llevaba todo el día de paseo por los jardines de palacio, mientras las multitudes se formaban para verla pasar. Algunos alcanzaron a ver un pedacito de su vestido de gasa dorada mientras ella caminaba hacia un arbusto de flores; pero entonces la multitud se tambaleó y retrocedió cuando un relámpago tronó desde el cielo y pareció caer en donde estaba Zoulvisia. ¡Ah! Pero no era un relámpago, sino el caballo de fuego. Y cuando la gente volvió a mirar, este se alejaba cabalgando a toda prisa con dos personas en el lomo.

*

Zoulvisia y su esposo aprendieron a conservar la felicidad una vez que la obtuvieron, una lección que muchos hombres

y mujeres nunca aprenden. Además, se trata de una lección que nadie puede enseñar, y que cada niño y cada niña debe aprender por sí mismo.*

* Adaptado de una versión de *Contes arméniens*, compilados por Frédéric Macler.

EL QUE TOMA TODO, TODO PIERDE

Ocurrió una vez, en otros tiempos, que vivió en una cierta ciudad de India un pobre vendedor de aceite llamado Dena, quien nunca podía conservar el dinero en sus bolsillos y que, al inicio de esta historia, había recibido un préstamo de cien rupias de un banquero llamado Lena. Con los intereses que Lena cobraba, la deuda ascendía a trescientas rupias. A Dena le iba bastante mal en los negocios y no tenía dinero para pagar su deuda, por lo cual Lena estaba muy enojado y comenzó a ir a casa de aquel por las noches a molestarlo y agredirlo, hasta que el pobre deudor comenzó a temer por su vida. Por lo regular, Lena acudía a la casa de Dena justo cuando la esposa de éste se encontraba en la cocina preparando la cena, y, como hacía tales escenas, al pobre vendedor de aceite y a su esposa se les iba el apetito y ya no podían comer nada. Esto continuó durante algunas semanas hasta que un día Dena decidió que ya no podía soportarlo y que lo mejor sería huir. Como un hombre no puede emigrar con tanta facilidad cuando tiene una esposa y una hija, pensó que lo mejor sería dejarlas ahí, de modo que esa noche, en lugar de volver a casa como de costumbre después del trabajo, se fue de la ciudad sin saber muy bien adónde iba.

A eso de las diez de la noche, Dena llegó a un pozo al costado de un camino, cerca de donde había un ficus gigante.

Como estaba muy cansado, decidió trepar al árbol y descansar entre las ramas antes de continuar su viaje a la mañana siguiente. Subió y se acomodó entre las ramas más anchas con tal comodidad que, ya exhausto, cayó profundamente dormido. Mientras dormía, algunos espíritus, de esos que rondan ese tipo de lugares por las noches, tomaron el árbol y se lo llevaron volando a una costa muy lejana donde no vivía ninguna creatura, y ahí lo dejaron, mucho antes de que saliera el sol. Justo en ese momento se despertó el vendedor de aceite, pero en lugar de encontrarse en medio de un bosque se quedó sorprendido al ver que no había nada salvo la interminable costa y el ancho mar. Se quedó mudo del horror y la estupefacción. Se sentó e intentó aclarar sus pensamientos, y comenzó a percibir que por aquí y por allá unas pequeñas luces parpadeaban como pequeñas llamas, se movían y brillaban por todas partes, y se preguntó qué serían. Entonces vio una tan cerca que estiró la mano y la tomó, y se dio cuenta de que era una piedra roja brillante, poco más pequeña que una nuez. Tomó una de las puntas de su túnica y amarró la piedra; luego tomó otra y otra más, hasta tener cuatro, y las ató cuidadosamente con la tela. Finalmente, cuando estaba amaneciendo, el árbol se levantó, voló por los aires a toda velocidad y se detuvo de nuevo cerca del pozo donde había estado la noche anterior.

Cuando Dena se recuperó un poco del susto que le causaron los extraños sucesos del árbol, comenzó a agradecerle a la Providencia por estar vivo y, como ya había saciado sus ansias de vagar, regresó a su ciudad y a su propia casa, donde lo recibió y regañó su esposa, quien lo asaltó con unas cien preguntas y reproches. En cuanto hizo una pausa para tomar aire, Dena respondió:

—Solo tengo algo que decirte: ¡mira lo que traigo! —y, después de cerrar con cautela todas las puertas, desató la pun-

ta de su túnica y le mostró las cuatro piedras que brillaban relucientes mientras él les daba vueltas y vueltas.

—¡Bah! —exclamó su esposa—. ¡Esas piedras! Si hubiera sido algo de comer, tendría sentido, pero ¿para qué sirven esas cosas? —Al decir esto se dio la media vuelta con desdén, pues la noche anterior, cuando Lena fue a buscar a Dena como de costumbre para lanzarle improperios, se sorprendió de saber que su víctima estaba fuera de casa e intimidó a la pobre mujer con sus amenazas. Sin embargo, en cuanto escuchó que Dena había vuelto, apareció en la puerta. Le alzó la voz durante algunos minutos, y cuando se cansó, Dena le dijo:

—Si su señoría se digna a entrar a mi humilde morada, le diré algo.

Entonces Lena entró y el otro cerró todas las puertas de nuevo, desató la punta de la túnica y le mostró las cuatro piedras brillantes.

—Esto es todo lo que tengo en el mundo para saldar mi deuda, pues como usted lo sabe, su señoría, no tengo ni un centavo, pero las piedras son preciosas —le dijo.

Entonces Lena vio las piedras y se dio cuenta de inmediato de que eran unos magníficos rubíes. Se le hizo agua la boca, pero como no quería mostrar lo que estaba pensando le dijo:

—¿Y yo para qué quiero tus estúpidas piedras? Lo que quiero es mi dinero, que me pagues lo que me debes por ley, así tenga que quitártelo de una u otra manera, pues de lo contrario este será tu fin.

Dena no pudo decir nada ante estos reclamos, pero se sentó con las manos juntas en señal de súplica, pidiendo paciencia y compasión. Al final, Lena fingió que, en lugar de mantener una deuda impagable, prefería llevarse las piedras

a cambio del dinero, aunque eso representara una pérdida. Mientras Dena casi lloraba de gratitud, le dio un recibo por las trescientas rupias, envolvió las cuatro piedras en una tela, se las guardó en el pecho y se fue a su casa.

—¿Cómo convertiré estos rubíes en dinero? —se preguntó Lena mientras caminaba—. No me atrevo a quedármelas porque son muy valiosas, y si el rajá se entera de que las tengo probablemente me meta a la cárcel con cualquier pretexto para quedárselas y de paso quedarse con todo lo demás que tengo. ¡Pero qué buen negocio acabo de hacer! Cuatro rubíes valen un dineral, y yo los conseguí por trescientas rupias. Vaya, vaya, pero debo tener cuidado de no revelar mi secreto.

Y así siguió haciendo planes hasta que por fin se decidió por uno. Se puso la ropa más limpia que tenía y se dirigió a la casa del jefe visir, quien se llamaba Musli, y pidió una audiencia privada. Cuando estuvo frente a él, le mostró los cuatro rubíes.

Los ojos del visir brillaban mientras sostenía las espléndidas gemas.

—Muy buenas piedras —dijo—, pero no puedo pagarte su verdadero valor. Si quieres, te daré diez mil rupias por las cuatro.

El banquero aceptó, mostrándose satisfecho y, tras intercambiar las piedras por las rupias, volvió casa a toda prisa agradeciéndoles a las estrellas que le habían concedido un negocio tan bueno en el que había obtenido una enorme ganancia.

Después de que Lena se fue, el visir comenzó a pensar qué haría con las gemas y pronto decidió que lo mejor sería mostrárselas al rajá, quien se llamaba Kahré. Ese mismo día, se dirigió a palacio y pidió ver en privado al rajá. Cuando estuvo a solas con el monarca, sacó las cuatro joyas y las colocó frente a él.

—¡Vaya! —exclamó el rajá—. Estas piedras son invaluable. Has hecho muy bien en traérmelas. Como pago les daré a ti y a tus herederos las ganancias de diez ciudades.

El visir se puso más que feliz al escuchar estas palabras, pero se limitó a hacer una profunda reverencia y, mientras el rey metía los rubíes en su turbante, se fue dichoso de pensar que por diez mil rupias se había hecho señor de diez ciudades. El rajá estaba igualmente alegre y decidió ir con su nueva compra a las habitaciones de las mujeres para ver a la rani, su esposa, quien casi se vuelve loca del gusto. Mientras les daba vueltas a los rubíes dijo:

—¡Ay! Si tuviera ocho gemas más como estas, ¡qué maravilloso collar me mandaría a hacer! Me voy a morir si no me consigues ocho rubíes más.

—¡Qué mujer tan poco razonable! —dijo el rajá—. ¿De dónde voy a sacar ocho joyas como estas? Di la renta de diez ciudades por ellas y ni así estás satisfecha.

—¿Y eso qué importa? —dijo la reina—. ¿Quieres que me muera? Seguramente puedes obtener más de donde sacaste éstas. —Y entonces empezó a llorar y a gimotear, hasta que el rajá prometió que por la mañana se encargaría de conseguir otros rubíes como esos y que, si le tenía paciencia, su deseo se haría realidad.

A la mañana siguiente, el rajá mandó llamar al visir y le dijo que debía arreglárselas para conseguir otros ocho rubíes más como los que le había traído el día anterior.

—Si no lo haces, te mandaré a la horca —le dijo muy enojado el rajá. En vano, el pobre visir dijo que no sabía dónde conseguir más, pero su señor no escuchó una sola palabra.

—Tienes que conseguirlos —repitió—. ¡La rani no va a morir por falta de unos cuantos rubíes! Consigue más de donde salieron los otros.

El visir salió de palacio muy atribulado. Le pidió a sus esclavos que fueran por Lena.

—Tráeme ocho rubíes más como los que trajiste ayer —le ordenó tan pronto entró Lena al salón—. Ocho más y rápido, o seré hombre muerto.

—Pero ¿cómo? —lloriqueó Lena—. Rubíes como esos no crecen en los árboles.

—¿De dónde los sacaste? —preguntó el visir.

—Se los compré a Dena, el vendedor de aceite.

—Pues tráelo y pregúntale de dónde los sacó él. ¡No permitiré que me ahorquen por veinte Denas! —dijo y envió a más esclavos en su busca.

Cuando Dena llegó le hicieron todo tipo de preguntas, y luego se fueron los tres a ver al rajá, a quien Dena le contó todo lo ocurrido.

—¿Cuándo fue que pasaste la noche en el árbol? —preguntó el rajá.

—No me acuerdo —dijo Dena—, pero mi esposa sabe.

Entonces mandaron llamar a la esposa de Dena, quien les dijo que había sido el último domingo de luna llena.

Todo mundo sabe que los domingos de luna llena les confieren a los espíritus un poder especial que usan para jugarles ciertas bromas a los mortales. Entonces el rajá les prohibió a todos que dijeran una sola palabra al respecto, so pena de muerte. Y ordenó que el siguiente domingo de luna llena fueran los cuatro —Kahré, Musli, Lena y Dena— a sentarse en el árbol para ver qué ocurría.

Pasaron los días, hasta que llegó el domingo señalado; esa noche, los cuatro se reunieron en secreto y se adentraron en el bosque. No tuvieron que andar mucho para encontrar

el árbol, al cual se subieron como había planeado el rajá. A medianoche, el árbol comenzó a agitarse, hasta que al cabo de un rato se desplazó en el aire.

—Vea, señor, ¡el árbol está volando! —exclamó Dena.

—Así es —contestó el rajá—. Dijiste la verdad. Ahora sentémonos en silencio y veamos qué pasa.

El árbol voló y voló con los cuatro hombres bien afianzados de las ramas, hasta que descendió en la orilla de una costa ignota donde la marea caía sobre una playa desierta. Al cabo de un rato, igual que la vez pasada, comenzaron a ver a su alrededor unos puntitos de luz que brillaban como fuego. Entonces Dena pensó: “La otra vez solo tomé las cuatro piedras que me quedaron cerca y con ellas pagué mi deuda. ¡Esta vez voy a tomar todas las que pueda y seré rico!”

“Si la vez pasada me dieron diez mil rupias por cuatro piedras”, pensaba Lena, “esta vez tomaré cuarenta y ¡seré tan rico que cuando menos me volveré un visir!”.

“Por cuatro piedras recibí diez ciudades”, pensaba Musli en silencio, “así que esta vez obtendré piedras suficientes para comprarme un reino, convertirme en rajá y tener mis propios visires trabajando para mí”.

Y Kahré pensaba: “¿Cuál es el sentido de tomar únicamente ocho rubíes? Aquí hay suficientes para hacer veinte collares. ¡La riqueza significa poder!”.

Llenos de deseo y avaricia, cada uno bajó del árbol y extendió una tela; se lanzaron a atrapar y recoger las piedras preciosas aquí y allá, mirando al vecino por encima del hombro para averiguar si aquel había atrapado más piedras. Estaban tan ocupados recogiendo su riqueza que amaneció sin que se dieran cuenta. De pronto, el árbol se levantó y se fue volando, y los dejó a la orilla del mar con sendos atados repletos de joyas invaluables.



“De pronto, el árbol se levantó y se fue volando”.

Cuando amaneció, en la ciudad hubo gran consternación en palacio porque los chambelanes anunciaron que el rajá había salido la noche anterior y no había regresado.

—¡Ah! No hay problema —dijo uno—. El visir Musli debe saber en dónde está, pues era él quien acompañaba al rey.

Entonces se dirigieron a casa del visir, y ahí les dijeron que este había salido la noche anterior y no había vuelto.

—Pero Lena, el banquero, debe saber adónde fue, porque él se fue con Musli —dijo uno de los sirvientes.

Llegaron a casa de Lena y ahí les dijeron que también el banquero había salido la noche anterior y tampoco había vuelto, pero el portero les dijo que lo había acompañado Dena, el vendedor de aceite, quien seguramente sabría en dónde estaba.

Y así llegaron a casa de Dena, cuya esposa los recibió con un torrente de reproches y quejas, pues Dena había salido la noche anterior a casa de Lena y no había regresado.

Los esperaron y buscaron en vano. Ninguno de los cuatro desafortunados volvió a casa. La única pista sobre su paradero estaba en el confuso relato que hizo la esposa de Dena.

Hasta el día de hoy en ese país, cuando un hombre es avaricioso y ha llegado al punto de perder todo por querer poseer demasiado, la gente exclama:

—¡Ha perdido todo! Ya no quedan Dena, Lena, Musli ni Kahré.

Pero ni cinco de cada cien personas saben cómo se originó este proverbio ni lo que realmente significa.*

* Cuento de origen punjabi, versión del mayor Campbell incluida en *Feroshepore*.

EL DESTINO DE LA TORTUGA

En un lejano país muy caluroso, hacia el este, había un lago maravilloso que era el hogar de dos patos salvajes; se pasaban los días nadando y jugando en el agua clara. Tenían todo el lago para ellos, salvo por una tortuga que era muchos años mayor y había llegado a ese lugar desde antes. Por suerte, en lugar de desarrollar cierta aversión por la tortuga, como suele ocurrir cuando solo tienes una persona con quien hablar, se hicieron grandes amigos y pasaban la mayor parte del día juntos.

Todo iba muy bien hasta que hubo un verano en el que las lluvias no llegaban y el sol brillaba con tal fuerza cada mañana que empezó a disminuir el agua del lago y a aumentar el lodo en las orillas. Los nenúfares de los bordes comenzaron a languidecer, y las palmeras, a colgar las cabezas. Y el lugar favorito para nadar de los patos, donde podían sumergirse al máximo, se fue haciendo menos profundo. Llegó un día en el que los patos se miraron el uno al otro con cierta inquietud y, antes de que anoheciera, decidieron que, si al cabo de dos días no llovía, tendrían que volar en busca de una nueva casa, pues si se quedaban en ese lugar que tanto les gustaba morirían de sed.

Observaron ansiosos el cielo durante muchas horas antes de meter la cabeza entre las alas y quedarse dormidos de

puro cansancio, pero no se podía ver ni la más mínima nube cubriendo las estrellas que brillaban tanto, se veían tan grande y flotaban tan bajo en el cielo que parecía que uno podía tocarlas. Así, al llegar el alba, tomaron la decisión de que debían ir con la tortuga para contarle sus planes y despedirse de ella.

Encontraron a la tortuga cómodamente escondida entre unos juncos muertos, medio dormida, pues era vieja y no podía aventurarse a tomar el sol como antes.

—¡Ah! Aquí están —les dijo—. Comenzaba a preguntarme si volvería a verlos, pues por alguna razón, aunque el lago se ha hecho más pequeño, yo parezco haberme vuelto más débil; es muy solitario pasarse el día y la noche sin compañía.

—¡Ay, amigo mío! —dijo el mayor de los patos—. Nosotros también hemos sufrido este tiempo. Además, tenemos algo que decirte, y me temo será un poco doloroso. Debemos abandonar este lugar si no queremos morirnos de sed; debemos buscar un lugar donde casi no pegue el sol. Se me estruja el corazón al decir esto, pues no hay ningún otro motivo en el mundo entero por el cual nos separaríamos de ti.

La tortuga estaba tan sorprendida y angustiada por lo que le dijo el pato que por un momento no pudo encontrar palabras para responder. Sin embargo, una vez que logró contener las lágrimas, dijo con voz entrecortada:

—¿Cómo creen que voy a poder vivir sin ustedes, cuando han sido mis amigos por tanto tiempo? Si me dejan, pronta la muerte pondrá fin a mi miseria.

—Nuestra pena es tan grande como la tuya —dijo el otro pato—, pero ¿qué podemos hacer? Además, si nosotros ya no bebemos de esta agua, tendrás más para ti. Si no hubiera sido por esta terrible desgracia, ten por seguro que nada nos habría separado de alguien a quien queremos tanto.

—Amigos míos —dijo la tortuga—, el agua es tan necesaria para mí como para ustedes y, si la muerte los mira a los ojos, también mira a los míos. Pero, en nombre de todos los años que hemos pasado juntos, les ruego que no me dejen morir aquí solo. ¡Llévenme con ustedes a donde vayan!

Hubo una pausa. Los patos se sintieron tristes de pensar en abandonar a su viejo camarada, pero, al mismo tiempo, ¿cómo podían atender sus plegarias? Parecía imposible. Por fin, uno de ellos habló.

—¿Cómo podríamos negarnos? —exclamó— pero ¿cómo podemos hacer lo que nos pides? Toma en cuenta que, al igual que tú, nuestros cuerpos son pesados y nuestras patas son pequeñas. ¿Cómo podríamos caminar contigo por montañas y desiertos hasta llegar a una tierra donde los rayos del sol ya no quemen? ¡Imagínate! En cuestión de días moriríamos los tres a causa del hambre y la fatiga. No. Nuestra única esperanza está en nuestras alas y, como sabes, ¡no puedes volar!

—No. Desde luego que no puedo volar —respondió la tortuga con un suspiro—. Pero ustedes son tan listos y han visto tantas cosas en el mundo que seguramente se les ocurrirá un plan —y se les quedó mirando suplicante. Los patos se conmovieron al ver con cuánta vehemencia mostraba la tortuga su deseo de acompañarlos, así que le hicieron una señal a su amigo indicándole que querían estar solos por un momento y se fueron al lago a nadar un poco y conversar. Aunque no podía escucharlos, la tortuga los alcanzaba a ver. La media hora que duró su plática le parecieron cien años. Por fin los vio regresar juntos, y era tal su deseo por saber cuál sería su destino que casi se muere de la incertidumbre antes de que ellos llegaran a su lado.

—Esperamos que nuestro plan te resulte favorable —dijo el pato mayor con seriedad—, pero debemos advertirte que

implica ciertos peligros, sobre todo si no sigues nuestras instrucciones con mucho cuidado.

—¿Cómo no voy a seguir sus indicaciones si mi vida y mi felicidad están en juego? —preguntó alegremente la tortuga—. Díganme qué debo hacer y yo prometo obedecerlos con gratitud.

—En ese caso, mientras nosotros te cargamos por el aire de un modo en el que ambos hemos convenido, debes permanecer tan quieta como si estuvieras muerta. Sin importar qué tan alto estemos volando, no debes tener miedo ni mover las patas ni abrir la boca. No importa lo que veas o escuches; es esencial que permanezcas absolutamente quieta, o de lo contrario no responderemos por las consecuencias.

—Obedeceré en todo —dijo la tortuga—. No solo en esta ocasión, sino por el resto de mi vida. Y reitero la promesa de no mover las patas ni la cabeza, ni tener miedo, ni decir media palabra durante el viaje.

Una vez aclarada la situación, los patos se dispusieron a navegar por el lago hasta encontrar un palo bastante firme que se ataron al cuello con algunas raíces de nenúfares antes de volver con la tortuga.

—Bien —dijo el pato mayor empujando con delicadeza el palo hacia su amigo—. Sujétate lo más fuerte que puedas con la boca y no lo sueltes hasta que te hayamos bajado a la tierra de nuevo.

La tortuga obedeció y, a su vez, los patos tomaron el palo por los polos, extendieron sus alas y ascendieron suavemente por el aire con la tortuga pendiendo entre ambos.

Todo salió bien por un rato. Sobrevolaron valles y grandes montañas y ciudades en ruinas, pero no encontraban ningún lago en ninguna parte. Aun así, la tortuga tenía fe en sus amigos y se aferraba con valentía al palo.

Por fin, vieron a la distancia una pequeña ciudad, y en un momento ya sobrevolaban los techos de las casas. La gente estaba tan maravillada por la peculiar escena que todos —hombres, mujeres y niños— corrieron a verla y exclamaron:

—¡Miren, miren, un milagro! ¡Dos patos llevan cargando a una tortuga! ¿Cuándo se había visto cosa igual?

En efecto, fue tanto el asombro que los hombres dejaron de arar y las mujeres de tejer para unir sus voces a las de sus amigos.

Los patos continuaban volando sin prestar atención a los gritos, pero no así la tortuga. Al principio permaneció en silencio, tal como le habían pedido que hiciera, pero al cabo de un rato el clamor proveniente del suelo resultó ser mucho para ella, y comenzó a pensar que todo el mundo la envidiaba por poder viajar en el aire. En un mal momento, se olvidó de las promesas que solemnemente había hecho y abrió la boca para responder, pero antes de poder pronunciar palabra cayó estrepitosamente por el aire, perdió la conciencia y se despedazó contra el muro de una casa. Entonces los patos dejaron caer el palo que había sostenido a su amigo y que ya no tenía mayor utilidad. Se miraron el uno al otro con tristeza y menearon la cabeza.

—Temíamos que esto pasara —dijeron—. Pero quizá tenía razón, después de todo. Tal vez esta muerte fue mejor que la que le esperaba.*

* Tomado de *Les Contes et Fables Indiennes*, de M. Galland, 1724.

EL PRÍNCIPE SERPIENTE

Érase una vez una mujer muy pobre que vivía sola en una ciudad lejana. Un día se dio cuenta de que solo le quedaba un puñado de harina en la casa y no tenía dinero para comprar más ni esperanzas de adquirirlo. Se encaminó muy triste hacia el río con un pequeño jarro de cobre en la mano para bañarse y obtener un poco de agua. Pensaba que luego volvería a casa para hacerse un pan sin levadura con la harina que le quedaba, aunque no sabía qué haría después de eso.

Mientras se bañaba, dejó el jarro a la orilla del río cubierto con una tela para que no se ensuciara por dentro, pero cuando salió del río y levantó la tela para llenar el jarro de agua vio los pliegues brillantes de una serpiente mortal en el interior. De inmediato volvió a cubrir el jarro con la tela, lo dejó ahí y se dijo a sí misma:

—¡Ay, buena muerte! Te llevaré a mi casa y ahí te sacaré del jarro. Me morderás y moriré, y así se acabarán todos mis problemas.

Pensando en estas cosas, la pobre anciana se regresó a toda prisa a su casa, sujetando con cuidado la tela que cubría la boca del jarro. Al llegar, cerró las puertas y ventanas, levantó la tela y volteó el jarro sobre su chimenea. Cuál no sería su sorpresa al ver que, en lugar de la temible serpiente

que esperaba encontrar, cayó del jarro un hermoso collar de joyas preciosas que sonó como un cascabel al hacer contacto con el piso.

Apenas si la anciana podía pensar o hablar, y así se quedó unos minutos sin dejar de mirarlo fijamente, hasta que por fin, con las manos temblorosas, lo recogió, lo envolvió en una de las puntas de su velo y se fue a toda prisa a pedir una audiencia con el rey.

—¡Oh, su majestad, tengo una petición, por favor! ¡Una sola!

Cuando el rey le concedió escucharla y se encontró a solas con él, se desató el velo y lo puso a sus pies, y ahí cayeron los serpentines brillantes del espléndido collar. El rey se maravilló y complació al ver el collar, y, mientras más lo miraba, más sentía que debía poseerlo. Por lo tanto, le dio a la mujer cinco monedas de plata y se lo metió al bolsillo. Y así la mujer se fue feliz, porque el dinero que le había dado el rey era suficiente para el resto de su vida.

En cuanto terminó de atender sus asuntos, el rey acudió con su esposa para enseñarle su trofeo, el cual le agradó a la reina tanto como a él. Después de admirar un rato el hermoso collar, lo metieron en un gran cofre donde guardaban las joyas de la reina y cuya llave la llevaba el rey al cuello.

Poco después, un rey vecino les envió un mensaje para decirles que su esposa había dado a luz a la bebé más hermosa y que le gustaría invitarlos a que acudieran al gran festín que tendrían para celebrarlo. La reina le dijo al rey que desde luego deberían estar presentes en el banquete y que ella llevaría el collar nuevo. Tenían poco tiempo para prepararse para el viaje, y en el último momento el rey fue hacia el cofre de las joyas para sacar el collar que usaría su esposa, pero no pudo encontrarlo; en su lugar, estaba un bebé llorando y gritando.

El rey se sorprendió tanto que casi se va de espaldas, pero recuperó la voz y llamó a su esposa con tal fuerza que ella acudió corriendo, pues creyó que se habían robado el collar.

—¡Mira, mira esto! —exclamó el rey—. ¿No siempre habíamos querido un hijo? ¡Y ahora el cielo nos ha enviado uno!

—¿Qué dices? —exclamó la reina—. ¿Te volviste loco?

—¡Espero que no! —gritó el rey, bailando emocionado alrededor del cofre abierto—. Mira lo que hay aquí en lugar del collar.

Entonces el bebé dio un grito de alegría, como si quisiera pararse y brincar con el rey, y la reina también dio un grito de sorpresa y corrió a asomarse al cofre.

—¡Ay!, ¡qué hermoso bebé! —exclamó la reina—. ¿De dónde habrá venido?

—No tengo la menor idea —dijo el rey—. Lo único que sé es que guardamos un collar dentro del cofre y cuando lo abrí ya no estaba el collar, sino un bebé tan hermoso como ninguno.

La reina tomó al bebé en sus brazos.

—¡Eres una bendición! —le dijo—. Eres el adorno más hermoso que cualquier reina podría llevar en su pecho. —Y luego se dirigió al esposo—. Escríbele a nuestro vecino y dile que no podremos ir a su fiesta porque tenemos nuestro propio festejo y nuestro propio bebé. ¡Qué día más feliz!

Y así cancelaron la visita. En honor al nuevo bebé, tañeron las campanas de la ciudad y sonaron los cañones y las trompetas; la gente, grande y pequeña, apenas pudo descansar durante una semana por todo el ruido, las explosiones, la música, las festividades, los fuegos artificiales... y por la felicidad que nunca antes se había visto.

Pasaron algunos años. El niño del rey y la niña del reino vecino crecieron y maduraron, y los reyes acordaron que tan

pronto sus hijos estuvieran en edad de casarse debían hacerlo. Firmaron papeles y acuerdos, se hicieron mutuas reverencias, se abrazaron, se tiraron de las barbas canosas y todo quedó acordado, firmado y sellado, y solo les quedó esperar el cumplimiento de este acuerdo. Y a esto también le llegó su día, porque tan pronto el príncipe y la princesa cumplieron dieciocho años, los reyes acordaron que era momento de celebrar la boda. El joven príncipe emprendió el viaje hacia el reino vecino para buscar a su novia y ahí se casó con ella entre grandes festividades.

Deben saber que la anciana que le vendió el collar al rey fue la encargada de criar al príncipe por órdenes del monarca. Y, aunque ella amaba su trabajo y era una sirvienta fiel, no podía evitar hablar un poquito de más y, entonces, al poco tiempo, se expandió el rumor de que hubo ciertas implicaciones mágicas en el nacimiento del joven príncipe. A su debido tiempo, este rumor llegó a oídos de los padres de la princesa. Ahora que iba ser la esposa del príncipe, su madre (que era curiosa como muchos) le dijo en las vísperas de la boda:

—Recuerda que lo primero que debes hacer es averiguar si esos rumores acerca del príncipe son verdad. Y una manera de hacerlo es que no le dirijas la palabra sin importar lo que diga hasta que te pregunte por qué no hablas. En ese momento debes pedirle que te confiese la verdad sobre si hubo algún hechizo en su nacimiento. Y, hasta que él conteste, no deberás hablar con él de nuevo.

Y la princesa prometió seguir el consejo de su madre.

Por lo tanto, cuando se casaron y el príncipe le habló a su novia, esta no contestó. Él no podía saber qué le pasaba, pero aun en su propio reino la princesa no pronunciaba una sola palabra. Por fin, él le preguntó por qué callaba y entonces ella le dijo:

—Cuéntame lo del secreto de tu nacimiento.

El príncipe se sintió triste y decepcionado, y, aunque ella lo presionaba bastante, él se negaba a hablar al respecto y solo le respondía:

—Si te lo cuento, te vas a arrepentir para siempre de habérmelo preguntado.

Vivieron así algunos meses, en la que para ninguno de los dos fue una época de felicidad como debió haberlo sido, pues el secreto permanecía oculto y se interponía entre ambos como una nube entre el sol y la tierra, y convertía en algo triste y apagado lo que debía ser bello.

Por fin el príncipe no pudo soportarlo más y le dijo a su esposa un día:

—A la medianoche te diré mi secreto si así lo deseas, pero lo lamentarás por el resto de tu vida.

Aun así, la princesa estaba muy contenta por este logro y no le prestó atención a sus advertencias.

Esa noche, el príncipe dio órdenes para que estuvieran listos los caballos para él y la princesa poco antes de la medianoche. La ayudó a subirse a uno y él montó en el otro, y cabalgaron juntos río abajo hasta el lugar donde la mujer había encontrado la serpiente en el jarro de latón. Ahí, el príncipe jaló las riendas y detuvo a su caballo.

—¿Todavía insistes en que te diga mi secreto? —preguntó con tristeza, y la princesa respondió que sí—. Está bien, pero recuerda que, si lo hago, lo lamentarás toda tu vida.

—¡Dímelo! —fue lo único que contestó la princesa.

—Soy el hijo del rey de un país lejano, pero por medio de un hechizo me convirtieron en una serpiente.

Ni bien había pronunciado la palabra “serpiente”, el príncipe desapareció, la princesa escuchó un ruido como de hojas y vio unas ondas que se formaban en el agua. Y bajo la pálida luz de la luna vio a una serpiente que nadaba hacia el

río. Muy pronto se fue, y la princesa se quedó sola. Se quedó esperando en vano a que algo sucediera y a que el príncipe regresara por ella, pero nada ocurrió y nadie volvió; solo se escuchaban los quejidos del viento entre los árboles en el río y el canto de las aves nocturnas, así como un chacal a la distancia. El río corría en silencio a sus pies.

La encontraron por la mañana a la orilla del río, llorando y toda despeinada, pero ni ella ni nadie sabía nada sobre el paradero de su esposo. Ella pidió que construyeran una pequeña casita de piedras negras a la orilla del río, y ahí vivió en señal de luto, acompañada de algunos sirvientes y algunos guardias que la protegerían.

Pasó mucho, mucho tiempo, y la princesa continuaba de luto por el príncipe; no veía a nadie y solo salía de su casa para ir a la orilla del río y al jardín. Una mañana, cuando despertó, encontró una mancha fresca de lodo sobre la alfombra. Mandó traer a los guardias que vigilaban la casa día y noche, y les preguntó quién había entrado a su habitación mientras dormía. Le dijeron que nadie podía haber entrado, pues vigilaban con tanto esmero que ni un pájaro podía volar sin que ellos lo notaran, pero ninguno pudo explicar la mancha de lodo. A la mañana siguiente, la princesa volvió a encontrar una mancha de lodo y volvió a preguntar a todos al respecto, pero nadie pudo dar razón del origen de la mancha. A la tercera noche, la princesa decidió permanecer despierta y vigilar por sí misma; temía quedarse dormida, así que se cortó el dedo con un cortaplumas y le echó sal a la herida para que el dolor la mantuviera despierta. Y a la medianoche vio una serpiente retorcerse por el suelo con un poco de lodo del río en la boca, que cuando estuvo cerca de la cama alzó la cabeza y la apoyó sobre las sábanas. La princesa se asustó mucho, pero trató de mantener la calma y preguntó:

—¿Quién eres y qué haces aquí?

—Soy tu esposo y he venido a visitarte —respondió la serpiente. Entonces la princesa comenzó a llorar, y la serpiente continuó—: ¡Ya ves! ¿No te dije que si te contaba mi secreto te ibas a arrepentir toda tu vida? ¿No fue así?

—¡Desde luego! —exclamó la pobre princesa—. Me arrepiento y me arrepentiré toda la vida. ¿Hay algo que pueda hacer?

Y la serpiente respondió:

—Sí, hay una cosa, si te atreves a hacerla.

—Solo dímelo —dijo la princesa—. ¡Haré lo que sea!

—Muy bien —respondió la serpiente—. Una de estas noches debes poner un gran tazón de leche y azúcar en cada una de las esquinas de esta habitación. Vendrán todas las serpientes del río a beber la leche; la que dirija a las demás será la reina de las serpientes. Deberás ponerte frente a ella y decirle: “¡Oh, reina de las serpientes, reina de las serpientes, devuélveme a mi esposo!”. Y quizás lo haga. Pero, si te da miedo y no la detienes, nunca más volverás a verme —le dijo y se deslizó hacia fuera.

La noche acordada, la princesa consiguió cuatro tazones grandes de leche con azúcar, colocó cada uno en una esquina de la habitación y se quedó en la puerta esperando. A la medianoche, se escuchó un fuerte siseo proveniente del río y ruidos de cuerpos arrastrándose. En breve toda la tierra pareció viva, formada por unas horribles contorsiones de las serpientes, cuyos ojos brillaban y cuyas lenguas bifurcadas se agitaban mientras se dirigían hacia la casa de la princesa. Entre ellas sobresalía una creatura enorme, repulsiva y llena de escamas que dirigía la temible procesión. Los guardias huyeron del miedo, pero la princesa se mantuvo frente a la puerta, pálida como la muerte, y con las manos bien juntas



El príncipe serpiente visita a su esposa.

por miedo a que se le fuera a salir un grito o que fuera a desmayarse y no lograra cumplir con su parte. Cuando las serpientes estuvieron muy cerca de ella y la vieron bloqueando el camino, levantaron las horribles cabezas y las menearon de un lado a otro, y la miraron con sus ojos brillantes, mientras su aliento parecía envenenar el aire. Aun así, la princesa se mantuvo firme y, cuando la serpiente mayor estuvo a unos centímetros de ella, exclamó:

—¡Oh, reina de las serpientes, reina de las serpientes, devuélveme a mi esposo!

Entonces se escuchó el cuchicheo y la agitación entre las serpientes que se preguntaban una a otra: “¿Su esposo?”. La reina de las serpientes avanzó todavía más hasta estar cara a cara con la princesa; sus ojos parecían dos llamas encendidas. Y la princesa continuaba en el umbral de la puerta, sin moverse, y repitió:

—¡Oh, reina de las serpientes, reina de las serpientes, devuélveme a mi esposo!

Y fue entonces que la reina le contestó:

—Mañana lo tendrás de regreso. Mañana.

En cuanto escuchó estas palabras y supo que había vencido, la princesa se apartó de la puerta, se acercó a su cama y se desmayó. Como en un sueño vio que su habitación se llenaba de serpientes, las cuales se peleaban y se empujaban sobre los tazones de leche hasta que la bebieron toda. Luego se fueron.

A la mañana siguiente, la princesa se levantó temprano, se quitó el traje de luto que había llevado durante cinco años y se puso ropa alegre y hermosa. Barrió la casa, la limpió y la adornó con laureles, ramos de flores aromáticas y helechos, hasta dejar la casa como si la hubiera preparado para su boda. Al caer la noche, iluminó el bosque y los jardines

con lámparas, dispuso una mesa como para un festín y encendió mil velas en la casa. Esperó a su esposo sin saber en qué forma se le aparecería. A la medianoche, llegó el príncipe cabalgando desde el río. Aunque reía, tenía lágrimas en los ojos. Ella corrió a su encuentro y se arrojó a sus brazos, entre risas y llanto.

Y así fue como el príncipe volvió a casa. Al día siguiente, ambos regresaron al palacio, y el viejo rey se llenó de alegría al verlos. Las campanas, que ya llevaban mucho tiempo en silencio, volvieron a tañer; los cañones, a disparar; las trompetas, a tocar. Todo fue alegría y regocijo.

La anciana que había sido la niñera del príncipe se convirtió en la niñera de los hijos de los príncipes —o al menos así la llamaban—, aunque ya era muy vieja para hacer algo por ellos además de quererlos mucho. Ella creía que seguía siendo útil y sabía que era feliz, tan feliz como el príncipe y la princesa, quienes a su debido tiempo se convirtieron en rey y reina, y vivieron y gobernaron muchos años llenos de prosperidad.*

* Tomado del volumen *Feroshepore*, editado por el mayor Campbell.

EL PRÍNCIPE Y LA PRINCESA DEL BOSQUE

Hace muchos años había en Dinamarca un rey y una reina que solo tenían un hijo, un chico listo y apuesto. Cuando este cumplió dieciocho años, el rey, su padre, enfermó de gravedad y había pocas esperanzas de que se recuperara. La reina y el príncipe estaban muy tristes, pues querían mucho al rey, pero, aunque hacían todo lo que podían, su salud siguió empeorando hasta que un día, con la llegada del verano y el canto de los pájaros, levantó la cabeza, miró largamente a través de la ventana y murió.

Durante varias semanas, la reina apenas si pudo dormir y probar bocado por lo mucho que sintió la muerte del rey, y el príncipe temió que su madre también fuera a morir si continuaba llorando, así que le pidió que lo acompañara a un hermoso lugar que él conocía al otro lado del bosque, lo cual la reina aceptó después de un tiempo. El príncipe estaba muy contento y dispuso que todo estuviera listo a la mañana siguiente.

Viajaron todo el día, haciendo paradas únicamente para descansar, y de inmediato la reina comenzó a sentirse mejor y a interesarse en las cosas que veía. Tan pronto cayó la tarde llegaron al bosque. Estaba muy oscuro porque los árboles eran tan frondosos que la luz del sol no los atravesaba, y de

pronto se extraviaron del camino. Deambularon sin remedio pensando qué debían hacer.

—Si pasamos la noche en este terrible lugar nos comerán los animales salvajes —dijo la reina, cansada y con miedo, y comenzó a llorar.

—Anímate, madre —le dijo el príncipe—. Tengo el presentimiento de que tendremos buena suerte. —Y en ese momento encontraron una pequeña casita con una luz encendida en una de las ventanas—. ¿No te lo dije? —exclamó el príncipe—. Espera aquí un momento. Veré si puedo conseguir comida y alojamiento por esta noche

Corrió tan rápido como pudo, pues para esos momentos ya tenían mucha hambre, ya que habían traído poca comida con ellos y ya se habían terminado hasta las últimas migajas. Cuando uno va a emprender un largo camino a pie, no es agradable cargar muchas cosas.

El príncipe entró a la casa y echó un vistazo. Fue de una habitación a otra, pero no encontró a nadie ni halló nada qué comer. Cuando se disponía a salir, muy decepcionado, alcanzó a ver que colgaban de la pared de una de las recámaras una espada y una cota de malla con una hoja de papel atada. Se acercó a leer la nota y vio que decía que quien vistiera la cota y llevara la espada estaría fuera de todo peligro.

Esto le produjo tal felicidad al príncipe que hasta el hambre se le olvidó, y de inmediato se puso la cota de malla debajo de su túnica y escondió la espada debajo de su capa porque no quería decir una sola palabra de lo que había encontrado. Entonces regresó con su madre, quien lo esperaba impaciente.

—¿Qué estuviste haciendo todo este tiempo? —le preguntó muy enojada—. ¡Creí que te habían matado unos ladrones!

—Solo estaba echando un vistazo —respondió—. Pero no encontré nada de comer, a pesar de que busqué en todas partes.

—Tengo miedo de que sea la guarida de unos ladrones —dijo la reina—. Lo mejor será continuar nuestro camino aunque tengamos mucha hambre.

—No lo es, pero aun así coincido en que es mejor no quedarnos aquí —dijo el príncipe—. Sobre todo porque no hay nada de comer. Tal vez encontremos otra casa.

Siguieron adelante hasta que, en efecto, encontraron otra casa que también tenía una luz en la ventana.

—Entremos —dijo el príncipe.

—No, no. Tengo miedo —exclamó la reina—. ¡Nos atacarán y matarán! Estoy segura de que es una guarida de ladrones.

—Eso parece, pero no podemos evitarlo —dijo el príncipe—. No hemos comido nada en varias horas y estoy casi tan cansado como tú. —En efecto, la pobre reina estaba agotada. Apenas podía sostenerse en pie a causa de la fatiga y, a pesar de que tenía mucho miedo, algo dentro de ella la empujaba a dejarse convencer—. Y va a caer una tormenta —añadió el príncipe, quien no temía a nada ahora que llevaba la espada.

Sin embargo, entraron en la casa y no encontraron a nadie. En la primera habitación había una mesa dispuesta con todo tipo de comida y bebidas, aunque algunos de los platos estaban vacíos.

—Esto se ve bien —dijo el príncipe mientras se sentaba y se servía unas fresas de un plato de oro y un poco de limonada bien fría. Nunca nada le había sabido tan delicioso como eso. Sin embargo, era una guarida de ladrones adonde se habían metido, y estos ladrones acababan de cenar y habían salido para ver a quién podían robar.

Cuando la reina y el príncipe quedaron satisfechos, recordaron lo cansados que estaban, y el príncipe miró a su

alrededor hasta que ubicó una cómoda cama con sábanas de seda en la habitación contigua.

—Métete a la cama, madre, y yo me acostaré a un lado. No te preocupes, puedes dormir tranquila hasta el amanecer —y al decir esto, sujetó la espada con una mano y se quedó vigilando hasta romper el alba, cuando la reina despertó y dijo que ya había descansado y que podían continuar el viaje—. Primero iré al bosque a ver si logro encontrar nuestro camino —dijo el príncipe—. Mientras me voy, tú puedes encender el fuego y preparar un poco de café. Tenemos que desayunar bien antes de partir —dijo y echó a correr hacia el bosque.

Cuando se fue, la reina se dispuso a encender la estufa, y entonces se le ocurrió echar un vistazo a las otras habitaciones. Entró a todas hasta llegar a una que estaba hermosamente amueblada, con bellos cuadros colgados en las paredes, cortinas de color azul cielo, suaves cojines amarillos y sillas muy cómodas. Mientras miraba todas estas cosas, se abrió de pronto una puerta falsa en el piso por la cual se asomó el jefe de los ladrones y la sujetó de los tobillos. La reina casi se muere del miedo y dio un grito muy fuerte, luego cayó de rodillas y le rogó a aquel hombre que no la matara.

—No te mataré si me prometes dos cosas —le dijo—. Primero, debes llevarme a tu país y coronarme rey en lugar de tu hijo, y, segundo, lo matarás si trata de arrebatarme el trono. Si no aceptas, te mataré.

—¡Matar a mi propio hijo! —exclamó la reina.

—No tienes que hacer eso —le dijo—. Cuando él regrese, recuéstate en la cama y dile que te sientes mal y que soñas que en un bosque, como a un kilómetro de aquí, hay unas hermosas manzanas. Dile que te podrás recuperar si te da unas manzanas de esas o, de lo contrario, morirás.

La reina temblaba al escucharlo. Sentía apego por su hijo, pero era muy cobarde. Al final aceptó, con la esperanza de que en algún momento algo ocurriera para salvar al príncipe. Apenas había hecho la promesa cuando se escucharon unos pasos en la entrada, y el ladrón se escondió de inmediato.

—Madre, anduve un poco en el bosque y ya encontré nuestro camino, así que partiremos tan pronto hayamos desayunado.

—¡Ay, me siento muy mal! —exclamó la reina—. No puedo dar un paso y solo hay una cosa que me puede curar.

—¿Y qué es?

—Soñé que a un kilómetro de aquí había un bosque donde crecen las manzanas más hermosas —dijo la reina con la voz muy débil—. Si pudiera comer algunas, estoy segura de que pronto me sentiré mejor.

—Pero los sueños no significan nada —contestó el príncipe—. Cerca de aquí vive un mago. Voy a verlo y a pedirle que te cure.

—Pero mis sueños siempre significan algo —dijo la reina meneando la cabeza—. Si no como algunas de esas manzanas, moriré. —Ella no sabía por qué el ladrón quería enviar al príncipe a ese bosque en particular, pero era un lugar en donde había muchos animales salvajes que bien podían hacer pedazos a cualquiera que se aventurara a ir por ahí.

—Iré —respondió el príncipe—. Pero antes debo desayunar; así podré caminar más rápido.

—Si no te das prisa, me encontrarás muerta a tu regreso —murmuró la reina ansiosamente. Le pareció que su hijo en realidad no estaba preocupado por ella, y para ese momento comenzó a creer que de verdad estaba tan enferma como había dicho.

Después de comer y beber, el príncipe emprendió la marcha y muy pronto llegó a un bosque lleno de leones, tigres, osos y lobos que se aproximaron a él a toda prisa, pero en lugar de hacerlo pedazos se echaron a sus pies y le lamieron las manos. Rápidamente encontró el manzano que quería su madre, pero las ramas estaban tan altas que no podía alcanzar los frutos y no había manera de trepar el árbol debido a lo liso del tronco.

“No tiene caso. No puedo subir hasta allá”, pensó, “¿qué haré?”.

Sin embargo, cuando estaba por irse, su espada alcanzó a hacer contacto con el árbol, y en ese momento cayeron dos manzanas. Las recogió con alegría, y cuando ya se iba apareció un perrito detrás de una colina que corrió hacia él y comenzó a tirarle de la ropa y a gemirle.

—¿Qué quieres, perrito? —le preguntó el príncipe mientras se agachaba para darle unas palmaditas en la cabeza.

El perro corrió hacia un hoyo en la colina y se sentó mirando hacia fuera, como diciéndole: “ven conmigo”.

“Veré qué hay ahí”, pensó el príncipe y se dirigió hacia la colina. Pero el hoyo era tan estrecho que él no cabía por ahí, así que acercó la espada y este de inmediato se hizo más grande.

—¡Ja, ja! —se rió—. Realmente vale la pena tener una espada como esta —exclamó y se agachó para entrar al hoyo.

Lo primero que encontró en un cuarto al final de un oscuro pasillo fue a una hermosa princesa encadenada a un pilar de hierro con una cadena de hierro.

—¿Qué terrible destino te trajo hasta aquí? —le preguntó sorprendido, a lo que la dama respondió:

—No tiene mucho sentido contarte mi historia, a menos que decidas adoptar mis penas.

—Eso no me asusta. Dime quién eres y cómo llegaste hasta aquí —le pidió el príncipe.

—Mi historia no es larga —dijo ella sonriendo—. Soy una princesa de Arabia. Doce ladrones que viven en este lugar están peleando entre sí para ver quién de ellos me toma por esposa.

—¿Debería salvarte? —preguntó el príncipe.

—Sí, pero no puedes hacerlo. Para empezar, ¿cómo podrías romper la cadena con la que estoy atada?

—Eso es fácil —contestó él y desenvainó su espada. Apenas tocó la cadena con ella, los eslabones se rompieron y la princesa quedó libre.

—¡Ven! —le dijo el príncipe tomándola de la mano—, pero ella retrocedió.

—¡No me atrevo! —exclamó—. Si nos encontramos a los ladrones en el pasillo, nos matarán a los dos.

—No lo harán —dijo el príncipe blandiendo su espada—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí? —añadió.

—Como veinte años, me parece —dijo la princesa contando con los dedos.

—¡Veinte años! —exclamó el príncipe—. Entonces lo mejor será que cierres los ojos, porque llevas aquí dentro mucho tiempo y la luz del día podría lastimártelos al salir. ¡Así que eres la princesa de Arabia, cuya belleza es reconocida en todo el mundo! Yo también soy un príncipe.

—¿Vendrás a Arabia y te casarás conmigo, ahora que me has salvado la vida? —preguntó la princesa—. Si mi padre vive todavía, ya debe ser un anciano. Después de su muerte podrías ser rey.

—No puedo hacer eso —respondió el príncipe—.



La princesa de Arabia estaba encadenada a un pilar de hierro.

Debo vivir y morir en mi propio país. Pero al cabo de un año te seguiré y me casaré contigo —y eso fue todo lo que le dijo.

Entonces, la princesa se quitó un anillo bastante pesado y se lo puso a él. Los nombres de su padre y de su madre estaban grabados en el anillo, al igual que su propio nombre. Le pidió que se lo quedara como un recordatorio de la promesa que le había hecho.

—Moriré antes de separarme de este anillo —dijo el príncipe—. Y si al final de un año todavía estoy vivo, iré a buscarte. Me parece haber escuchado que del otro lado del bosque hay un puerto desde donde salen barcos que llevan a Arabia. Vayamos cuanto antes.

Tomados de la mano, echaron a andar por el bosque y, cuando llegaron al puerto, encontraron un barco listo para zarpar. La princesa se despidió del príncipe y abordó el buque, y hubo muchas celebraciones cuando llegó a su país, pues sus padres no esperaban volver a verla. Les contó cómo un príncipe la había salvado de los ladrones y les dijo que al cabo de un año iría a Arabia para casarse con ella, cosa que a ellos les dio mucho gusto.

—A mí me hubiera gustado que estuviera aquí ahora. Un año es mucho tiempo.

Cuando la princesa se fue, el príncipe recordó por qué se había adentrado en el bosque y volvió de inmediato a la casa de los ladrones.

El ladrón podía oler las manzanas desde lejos, pues tenía una nariz de ogro, así que le dijo a la reina:

—¡Es un tipo extraño! Si entró al bosque y los animales salvajes no se lo comieron debe ser porque tiene un objeto mágico que lo protege. Si es el caso, entonces tenemos que quitárselo de algún modo.

—No tiene nada —dijo la reina que estaba fascinada por el ladrón. Pero este no le creyó.

—Debemos pensar en cómo obtenerlo —dijo—. Cuando llegue dile que ya te sientes bien otra vez y dispón comida para él. Después, mientras esté comiendo, dile que soñaste que lo atacaban animales salvajes y pregúntale cómo fue que logró escapar. Después de que te lo haya contado me será muy fácil encontrar la manera de quitarle el objeto mágico.

El príncipe entró poco después.

—¿Cómo estás, madre? —preguntó él con alegría—. Aquí están tus manzanas. Pronto te sentirás mejor y estarás lista para que nos vayamos de aquí.

—Ya me siento mejor —dijo ella—. Y aquí tienes lista la cena. Cómetela antes de que se enfríe y así podremos irnos.

Mientras él comía, ella le dijo:

—Tuve un sueño terrible mientras no estabas. Soñé que estabas en un bosque rodeado de animales salvajes que corrían a tu alrededor y te rugían con gran ferocidad. ¿Cómo lograste escapar de ellos?

—Fue solo un sueño —respondió él.

—Pero mis sueños siempre son verdad —dijo su madre—. Cuéntame cómo le hiciste.

El príncipe pensó por un momento si debía decirle o no, y al final decidió compartirle su secreto.

“Uno debe contarle todo a su madre”, pensó. Así que eso hizo.

—Verás, madre, tengo una espada y una cota de malla que encontré en la primera casa a la que entramos en el bosque y, mientras las lleve conmigo, nada puede hacerme daño. Eso es lo que me salvó de los animales salvajes.

—¡Cómo podría agradecerte lo suficiente! —exclamó

la reina. Y en cuanto el príncipe le dio la espalda, ella se fue a contarle al ladrón.

*

El ladrón, en cuanto supo la noticia, preparó una pócima para dormir y le dijo a la reina que se la diera a su hijo para que se la tomara antes de dormir en la noche.

En cuanto el príncipe comenzó a tener sueño, la reina le dio el brebaje.

—Tómatelo por mí —le dijo—. Te hará bien después de todo lo que has pasado y te hará dormir bien.

—Sabe muy raro —dijo el príncipe y se lo terminó.

Se quedó dormido de inmediato, y el ladrón entró y le quitó la espada y la cota de malla.

—Estas cosas le pertenecen a mi hermano —dijo. Una vez que tuvo los objetos en la mano, lo despertó.

—Ahora yo soy el amo —dijo—. Escoge una de estas dos opciones: morir o que te saque los ojos y te mande de regreso al bosque.

El príncipe se puso pálido al escuchar estas palabras. Entonces pensó algo y se volvió hacia su madre.

—¿Esto es obra tuya? —le preguntó con severidad. Aunque ella rompió en llanto y lo negó, el príncipe supo que ella no decía la verdad—. Muy bien —dijo—, mientras haya vida hay esperanza. Elijo ir de regreso al bosque.

Entonces el ladrón le sacó los ojos, le dio un bastón, un poco de comida y algo de beber, y lo condujo al bosque, deseando que los animales salvajes lo mataran ahora que ya no llevaba consigo la espada ni la cota de malla.

—Y ahora —le dijo a la reina— nos vamos de regreso a tu país.

Al día siguiente levaron anclas, y tan pronto llegaron al castillo se casaron y el ladrón se convirtió en rey.

Mientras tanto, el pobre príncipe deambulaba por el bosque esperando que alguien lo ayudara y quizá le diera trabajo, pues ahora no tenía dinero ni casa. Entonces coincidió con que había una gran cacería en el bosque y todos los animales salvajes habían huido, así que no podían hacerle daño. Un día, cuando ya se le había terminado la comida y se había hecho a la idea de que muy probablemente moriría de hambre, llegó al puerto donde los barcos zarpaban hacia Arabia. Un bajel estaba a punto de partir y el capitán estaba caminando por cubierta cuando vio al príncipe.

—¡Vaya, ahí hay un pobre ciego! —exclamó—. No hay duda de que eso es obra de los ladrones. Llevémoslo a Arabia con nosotros. ¿Te gustaría venir, buen hombre? —le preguntó al príncipe.

¡Qué contento se puso al escuchar a alguien dirigirse a él nuevamente con amabilidad! Respondió que sí, y los marineros lo ayudaron a subir a bordo. Cuando llegaron a Arabia, el capitán lo llevó a los baños públicos y le ordenó a uno de los esclavos que lo bañara. Mientras lo bañaban se le cayó el anillo que la princesa le había dado, el cual encontró después el esclavo que limpió el baño, quien se lo mostró a un amigo suyo que vivía en palacio.

—¡Es el anillo de la princesa! —le dijo—. ¿De dónde lo sacaste?

—Se le cayó a un ciego —contestó el esclavo—. Debe haberlo robado, pero me parece que podrás devolvérselo a la princesa.

Entonces esa misma tarde el hombre fue a palacio y le dio el anillo a su hija, quien era la esclava favorita de la princesa, y la chica se lo dio a su señora. Cuando la princesa lo vio dio un grito de alegría.

—¡Es el anillo que le di a mi prometido! —dijo—. Llévame con él de inmediato.

Al encargado de los baños le pareció extraño que la princesa se hubiera comprometido con un ciego mendigo, pero él hizo lo que le ordenaron, y cuando ella vio al príncipe exclamó:

—¡Por fin has regresado! ¡Ya pasó el año y creí que estabas muerto! Nos casaremos de inmediato. —Volvió a casa y le pidió al rey que enviara una escolta para traer a su prometido a palacio. Desde luego, el rey estaba muy sorprendido por la súbita llegada del príncipe, pero cuando supo que se trataba de un ciego se enojó mucho.

—No puedo permitir que un ciego me releve —dijo—. ¡Es absurdo!

Pero la princesa siempre se había salido con la suya, así que al final el rey aceptó como siempre lo había hecho. El príncipe llegó al palacio en medio de una gran ceremonia y esplendor, pero aun así el rey no estaba conforme. No podía evitarlo, además de que ya era hora de que la princesa se casara, aunque se viera tan joven como siempre. Hubo cientos de caballeros y príncipes que fueron a pedir su mano, pero ella los rechazaba a todos porque se le había metido en la cabeza que iba a casarse con el príncipe ciego. Con nadie más.

*

Una noche, el príncipe y la princesa salieron al jardín y se sentaron bajo un árbol.

Había dos cuervos sobre un arbusto cercano, y el príncipe, que podía entender el idioma de los pájaros, escuchó que uno de ellos decía:

—¿Sabías que esta noche es el solsticio de verano?

—Sí —respondió el otro.

—¿Y conoces esa parte del jardín conocida como la Cama de la Reina?

—Sí.

—Lo que tal vez no sepas es que cualquiera que tenga alguna enfermedad en los ojos o que no tenga ojos debe lavar las cuencas con el rocío que queda después de esta noche y recuperará los ojos y la vista. Pero debe hacerlo entre la medianoche y la una.

Fue una excelente noticia para el príncipe y la princesa, de modo que el joven le pidió a la princesa que lo llevara hasta ese lugar llamado la Cama de la Reina, que era un pequeño espacio en el pasto donde la reina solía recostarse a tomar la siesta del mediodía. Entonces, entre la medianoche y la una, el príncipe se lavó las cuencas de los ojos con el agua del rocío que caía y de pronto recuperó la vista.

—¡Puedo verte! —le dijo a la princesa mirándola como si nunca antes la hubiera visto.

—¡No te creo! —le dijo ella.

—Ve y cuelga tu pañuelo en un arbusto y si lo encuentro deberás creerme.

Y así lo hizo ella y él fue a recoger el pañuelo sin titubear.

—Sí, puedes ver —exclamó ella—. ¡Y pensar que la cama de mi madre te ha devuelto la vista! —y se dirigió al río y se sentó en la orilla. Al cabo de un rato, como hacía calor, la princesa se quedó dormida. Mientras el príncipe la veía notó algo que le brillaba en el cuello; era una pequeña lámpara de oro que pendía de una cadena también de oro. El príncipe quiso inspeccionarla más de cerca, así que desabrochó la cadena, pero, al hacerlo, la lámpara cayó al piso. Antes de que pudiera recogerla, un halcón entró volando, le arrebató la lámpara y huyó con ella. El príncipe lo persiguió y corrió y corrió, tratando en vano de atrapar al ave, hasta que de

pronto se perdió. Mientras buscaba al halcón de un lado a otro, terminó por llegar al bosque donde había encontrado a la princesa.

Entre tanto, la princesa se había despertado y, al encontrarse sola, emprendió la búsqueda del príncipe. Ella también terminó por extraviarse y, mientras caminaba sin rumbo, los ladrones la capturaron y se la llevaron de vuelta a la caverna de donde el príncipe la había rescatado. Y así, después de tantos esfuerzos, se encontraron igual que antes.

El príncipe deambuló de un lado a otro, intentando hallar el camino de regreso a Arabia, hasta que un día por suerte se encontró a doce jóvenes que caminaban alegremente por el bosque; cantaban y bailaban.

—¿A dónde van? —les preguntó. Y ellos le dijeron que iban en busca de trabajo—. Si me lo permiten, me gustaría ir con ustedes.

—Mientras más seamos, más nos divertiremos —le respondieron.

Entonces el príncipe se fue con ellos, y todos continuaron su camino hasta que se encontraron con un trol.

—¿A dónde van, señores míos? —les preguntó el trol.

—A buscar trabajo —le respondieron.

—En ese caso, yo les daré trabajo. Hay bastante comida y bebida, y el trabajo es poco. Y además, si al cabo de un año ustedes pueden responder tres preguntas, le daré a cada uno una bolsa de oro. De lo contrario, los convertiré en animales.

A los jóvenes les pareció que se trataba de algo bastante fácil, así que se fueron con el trol a su castillo.

—Aquí encontrarán todo lo que necesiten —les dijo—. Lo único que tienen que hacer es cuidar la casa, pues yo debo partir y volveré cuando haya pasado un año.

El trol se fue y como los jóvenes se quedaron a sus anchas, se la pasaron muy bien; no trabajaban y no hacían más que divertirse cantando y bebiendo. Cada día encontraban la mesa dispuesta con mucha comida y bebida, y, cuando terminaban, unas manos invisibles lavaban los platos. Solo el príncipe, que estaba triste por haber perdido a la princesa, comía y bebía de vez en vez, y se esforzaba mucho por mantener la casa en orden.

Un día, mientras estaba sentado en su habitación, escuchó debajo de su ventana la voz del viejo trol que conversaba con otro trol.

—Mañana se cumple un año.

—¿Y qué preguntas les vas a hacer? —le preguntó el trol al otro.

—Primero les voy a preguntar cuánto tiempo han estado aquí. Los pobres no lo saben. Después les voy a preguntar qué es lo que brilla en el techo del castillo.

—¿Y qué es?

—La lámpara que mandé robarle a la princesa que dormía en el jardín.

—¿Y cuál va a ser la tercera pregunta?

—Les voy a preguntar de dónde provienen la comida y la bebida que han consumido a diario. Me la robo de la mesa del rey, pero ellos no lo saben.

*

El trol entró al castillo al día siguiente.

—Ahora voy a hacerles las tres preguntas —dijo—. Para empezar, ¿cuánto tiempo llevan aquí?

Los jóvenes habían estado tan ocupados bebiendo y divirtiéndose que se habían olvidado por completo del trato, así que guardaron silencio.

—Una semana —dijo uno, al fin.
—Dos meses —contestó otro.
—Un año —dijo el príncipe.
—Así es —respondió el trol, quien sabía que la segunda pregunta sería más difícil.

—¿Qué es lo que brilla sobre el techo del castillo?

Los jóvenes intentaban adivinarlo.

—¡El sol!

—¡La luna! —exclamaban, pero ninguno sabía la respuesta.

—¿Puedo responder? —preguntó el príncipe.

—Desde luego —dijo el trol y el príncipe habló.

—La lámpara que le robaste a la princesa mientras estaba dormida en el jardín —y el trol volvió a asentir.

La tercera pregunta era aun más difícil.

—¿De dónde provienen la carne y las bebidas que han consumido aquí?

Ninguno de los jóvenes pudo adivinar.

—¿Puedo responder? —preguntó el príncipe.

—Sí, sí puedes —dijo el trol.

—Proviene de la mesa del rey.

Y eso fue todo. Los jóvenes tomaron las bolsas de oro que les correspondían y partieron con tal prisa que dejaron atrás al príncipe. Al poco tiempo encontraron a un anciano que pedía dinero.

—No tenemos —le respondieron.

Y continuaron su camino, pero poco después llegó el príncipe.

—¿Tendrá el señor una moneda para este pobre hombre?

—preguntó el anciano.

—Sí —le dijo el príncipe y le dio toda su bolsa llena de oro.

—No la quiero —dijo el anciano, que en realidad era el

trol—. Pero ya que eres tan generoso, aquí está la lámpara de la princesa. La princesa está en la cueva donde la encontraste, pero no sé cómo vas a rescatarla de nuevo sin la espada.

Al escuchar esto, el príncipe supo en dónde estaba la princesa, lo cual marcaba el inicio de su rescate. Se disfrazó de vendedor ambulante y viajó de este modo hasta llegar a su propia ciudad, donde vivían su madre —la reina— y el jefe de los ladrones. Luego fue con un herrero y mandó a fabricar un gran número de ollas para cocinar hechas de oro puro. No todos los días recibía el herrero pedidos como este, pero al final todo estuvo listo: sartenes, teteras y parrillas de oro puro. Entonces, el príncipe los metió en la canasta, fue al palacio y pidió ver a la reina.

En cuanto escuchó sobre los magníficos sartenes y las ollas de oro, salió de inmediato y comenzó a desempacar la canasta y a admirar los objetos. Estaba tan absorta que el príncipe aprovechó una oportunidad y se metió a la recámara para tomar la espada y la cota de malla que colgaban de la pared. De hecho, volvió sin que su madre notara su ausencia.

—Todas estas cosas son hermosas —dijo ella—. ¿Cuánto quiere por todo?

—Usted ponga el precio, su Majestad —contestó el príncipe.

—No sé qué decir —dijo la reina—. Espere a que vuelva mi esposo. Los hombres entienden mejor de estas cosas y además, como usted es un extranjero, seguramente querrá conversar un poco con usted.

El príncipe hizo una reverencia y esperó silencioso en un rincón.

*

Poco después, el ladrón regresó.

—¡Ven a ver estos hermosos sartenes de oro! —exclamó la reina.

Sin embargo, en cuanto el ladrón entró a la habitación, el príncipe lo tocó con la espada mágica, y el otro cayó al piso.

—Quizás ahora me reconozcas, madre —le dijo el príncipe, quitándose el disfraz—. Más te vale arrepentirte de todo el mal que me has hecho, o tu vida no durará mucho.

—¡Ten piedad! No pude evitarlo. Estaba aterrada.

El príncipe tuvo compasión. Ordenó que despojaran de sus ropas al rey malvado y que lo abandonaran en el bosque para que los animales salvajes lo hicieran trizas y lo devoraran. A la reina la envió a su país de origen, y entonces emprendió el camino hacia la caverna donde la princesa permanecía encadenada como antes. Con ayuda de la espada mágica, volvió a rescatarla sin dificultad. Pronto llegaron al puerto y zarparon rumbo a Arabia, donde se casaron, y gobernaron muy felizmente ambos reinos hasta el final de sus días.*

* Tomado de la versión danesa *Eventyr fra Jylland*, de Evald Tang Kristensen.

EL LISTO TEJEDOR

Érase una vez un rey de un país lejano que estaba sentado en su trono escuchando las quejas de su pueblo y enjuiciándolas. Esa mañana había habido menos casos con los cuales lidiar, y el rey estaba a punto de levantarse para ir a los jardines cuando de pronto se escucho cierta conmoción afuera del recinto. Entró el alto chambelán y le preguntó al rey si sería tan amable de recibir al embajador de un emperador poderoso que vivía en el este y que era muy temido por los soberanos vecinos. El rey, que le temía tanto como los demás, ordenó que el enviado fuera recibido de inmediato y que se preparara un banquete en su honor. Luego volvió a instalarse en su trono y se preguntó qué iría a decirle este embajador.

El enviado no dijo nada. Se acercó al trono donde el rey lo esperaba, hizo una reverencia y trazó un círculo negro alrededor del trono con una vara que traía en la mano. Luego se sentó en un sillón cercano y no hizo caso de nadie.

Tanto el rey como sus cortesanos se sintieron igualmente sorprendidos y enojados ante este extraño comportamiento, pero el enviado permaneció sentado tan quieto y tranquilo como una imagen, y muy pronto quedó claro que de él no iban a obtener ninguna explicación. Se convocó a los ministros a un consejo, pero ninguno de ellos pudo esclarecer el

asunto. Esto hizo enojar aún más al rey, quien dijo que, si no encontraban a alguien capaz de resolver ese misterio, los mandaría ahorcar a todos.

El rey era un hombre de palabra, como ya lo sabían los ministros, por lo que de inmediato elaboraron un mapa de la ciudad dividido en distritos para visitar casa por casa y preguntar a los habitantes si alguno de ellos comprendía las acciones del embajador. La mayoría de la gente no les respondía nada, salvo con una mirada de extrañeza, pero, por suerte, uno de los ministros resultó ser más perspicaz que los demás y, tras entrar en una cabaña vacía donde un columpio se mecía solo, pensó que valdría la pena conocer al dueño. Abrió una puerta que conducía a otra habitación, donde encontró un segundo columpio que se balanceaba con suavidad como el anterior, y desde la ventana alcanzó a ver una extensión de maíz y un sauce que, sin que hubiera viento, se movía sin parar para asustar a los gorriones. Cada vez con mayor curiosidad, el ministro descendió las escaleras y se encontró en un gran taller iluminado, donde estaba un tejedor frente a su telar. El tejedor se limitaba a conducir los hilos, pues la máquina que había inventado para echar a andar los columpios y el sauce hilvanaba las tramas.

Cuando vio la enorme rueda colocada en un rincón y comprendió su utilidad, el ministro dio un suspiro de alivio. En todo caso, si el tejedor no podía resolver el acertijo, al menos podría orientar al ministro al respecto. Sin más preámbulos, le contó la historia del círculo y le dijo que la persona que pudiera explicar su significado sería generosamente recompensada.

—Ven conmigo de inmediato —le dijo—. El sol comienza a ponerse y no hay tiempo que perder.

El tejedor se quedó pensando por un momento y luego caminó hacia una ventana que daba a una suerte de gallinero,

junto al cual había dos huesos. Salió y recogió los huesos, luego sacó la gallina del corral y se la puso bajo el brazo.

—Estoy listo —respondió volviéndose hacia el ministro.

En el salón, el rey permanecía sentado en su trono; y el embajador, en su asiento. El tejedor le hizo una seña al ministro para indicarle que permaneciera en su lugar y caminó hacia el embajador. Colocó los huesos junto a él. A modo de respuesta, el embajador tomó un puñado de semillas de mijo de su bolsillo y lo esparció en el piso; el tejedor puso entonces la gallina sobre el mijo. En ese momento, el embajador se levantó sin decir palabra y partió.

En cuanto el embajador atravesó el pasillo, el rey le hizo una seña al tejedor y le dijo:

—Has adivinado el acertijo tú solo y por ello tu recompensa será grande. Pero te suplico que me digas qué significó todo esto.

—Querido rey, el significado es este. El círculo que el embajador dibujó alrededor de tu trono es el mensaje del emperador y significa: “Si envío un ejército y rodeo tu capital, ¿depondrás las armas?”. Los huesos que puse frente a él fueron la manera de decirle: “Ustedes son niños en comparación con nosotros. Ustedes solo sirven para entretenerse con juguetes como estos”. El mijo que esparció era un emblema del número de soldados que su amo puede traer en el campo de lucha; pero, con la gallina que se comió las semillas, él entendió que uno solo de nuestros hombres puede destruir toda una hueste de los suyos. No creo —añadió— que el emperador vaya a declararnos la guerra.

—Me has salvado y has salvado mi honor —exclamó el rey—. Te cubriremos de gloria y riqueza. Pon el precio de tu recompensa y te será concedida hasta la mitad de mi reino.

—Lo único que te pido es la pequeña granja que está afuera de las puertas de la ciudad como una dote para la boda de mi hija —dijo el tejedor y aclaró que no aceptaría otra cosa—. Solo algo más, querido rey —añadió antes de partir—. Te pido que recuerdes que los tejedores también somos valiosos para el Estado y que algunas veces somos más listos que los propios ministros.*

* Adaptado de una versión de *Contes armeniens*, compilados por Frédéric Macler.

EL CHICO QUE POR FIN ENCONTRÓ EL MIEDO

Había una vez una mujer que tenía un hijo al que amaba profundamente. La pequeña cabaña en la que vivían había sido construida a las afueras de un bosque. Como no tenían vecinos, el lugar era bastante solitario y el chico se quedaba en casa con su madre para hacerle compañía.

Una noche de invierno, estaban sentados juntos cuando de pronto se desató una gran tormenta y el viento abrió la puerta. La mujer se levantó de un salto y comenzó a temblar, y echó una mirada por encima del hombro como si esperara ver una figura horrible detrás de ella.

—¡Ve y cierra la puerta! —le dijo apresurada a su hijo—. Tengo miedo.

—¿Miedo? —preguntó él—. ¿Qué significa tener miedo?

—Bueno, estoy asustada —dijo la madre—. Tener miedo significa que el temor a algo que no conoces se apodera de ti.

—Debe ser muy extraño sentir eso —respondió el niño—. Saldré al mundo en busca del miedo hasta encontrarlo.

A la mañana siguiente, antes de que su madre se levantara de la cama, el niño dejó atrás el bosque.

Después de caminar varias horas, llegó a una montaña y comenzó a escalarla. Cerca de la cima, en un área salvaje y rocosa, se topó con una banda de temibles ladrones que esta-

ban sentados alrededor de una fogata. El niño, que tenía frío y estaba cansado, se puso muy contento al ver las llamas y se acercó a ellos.

—Buenas tardes, señores —les dijo y se hizo un lugar metiéndose entre dos de ellos hasta que sus pies casi tocaron los leños de la fogata.

Los ladrones dejaron de beber y lo miraron con curiosidad. De pronto, el capitán habló.

—Ninguna caravana de hombres armados se atrevería a venir aquí. Hasta las aves evitan nuestro campamento. ¿Quién eres tú que te atreves a venir aquí con tal arrojo?

—Me salí de casa de mi madre para buscar el miedo. Quizás ustedes me lo puedan mostrar.

—El miedo está dondequiera que nosotros estemos —respondió el capitán.

—Pero ¿dónde? —preguntó el chico mirando alrededor—. No veo nada.

—Toma esta olla y un poco de harina, mantequilla y azúcar, y llévalos hasta aquel patio de la iglesia que ves allá y hornéanos un pastel para la cena —le dijo el ladrón. Y el chico, que para entonces ya se había calentado un poco, aceptó de un brinco, tomó la olla bajo el brazo y descendió la colina a toda prisa.

Cuando llegó al patio de la iglesia, tomó unos palos e hizo un fuego; luego llenó la olla con el agua que corría de un arroyo cercano; mezcló la harina, la mantequilla y el azúcar, y dejó que el pastel se cociera. No tardó mucho en esponjarse y quedar tostado y crujiente, así que el chico lo sacó de la olla y lo puso en una piedra mientras apagaba el fuego. En ese momento, una mano salió de una tumba y una voz le dijo:

—¿Ese pastel es para mí?

—¿Piensas que les voy a dar a los muertos el alimento de los vivos? —le contestó el chico con una carcajada. Golpeó la

mano con una cuchara, tomó el pastel y volvió a la falda de la montaña silbando alegremente.

—Y bien, ¿tuviste miedo? —le preguntaron los ladrones cuando le presentó el pastel al capitán.

—No. ¿Estaba allá? —dijo el chico—. Solo vi una mano que salía de una tumba y le pertenecía a alguien que quería mi pastel, pero le pegué en los dedos con una cuchara y le dije que no era para él, así que desapareció. ¡Ay, qué bien se siente estar frente al fuego! —exclamó y se arrodilló frente a la fogata sin percibir las miradas de sorpresa que intercambiaban los ladrones entre sí.

—Hay otra oportunidad para ti —dijo uno de ellos al cabo de un rato—. Del otro lado de la montaña hay un lago profundo. Ve hacia allá y tal vez encuentres el miedo en el camino.

—Eso espero —contestó el niño y echó a andar.

Muy pronto vio la superficie del lago iluminada por la luz de la luna y, mientras se acercaba, notó que había un columpio justo encima del lago, y en el columpio estaba sentado un niño que lloraba amargamente.

“Este es un extraño lugar para poner un columpio”, pensó el chico, “y me preguntó por qué estará llorando el niño”. Iba a toda prisa hacia el niño cuando una doncella lo alcanzó corriendo y le dijo:

—Quiero sacar a mi hermanito del columpio —le dijo ella—, pero está muy alto y no lo alcanzo. Si te acercas al borde del lago y me dejas subirme en tus hombros, creo que podré alcanzarlo.

—Con mucho gusto —dijo el chico, y al instante la muchacha se subió en sus hombros. Sin embargo, en lugar de sacar al niño del columpio, lo cual habría podido hacer con facilidad, presionó con los pies los costados del cuello del chi-

co con tal fuerza que él sintió que en cualquier momento se ahogaría o se caería al lago. Entonces, reunió todas sus fuerzas y dio un brinco muy fuerte que tiró a la chica hacia atrás. Al caer se le salió un brazaletе, el cual recogió el chico.

“Me lo voy a quedar para recordar todas las cosas extrañas que me han ocurrido desde que salí de casa”, pensó, y al darse vuelta hacia el niño descubrió que ni él ni el columpio estaban ahí, y que los primeros rayos del amanecer ya habían aparecido en el cielo.

El muchacho se dirigió, con el brazaletе puesto, hacia un pequeño pueblo ubicado en un páramo pasando la montaña y, como tenía hambre y sed, recorrió la calle principal, donde un judío lo detuvo.

—¿De dónde sacaste ese brazaletе? —le preguntó—. Me pertenece.

—No. Es mío —contestó el chico.

—No lo es. Dámelo en este momento o te irá muy mal —le dijo el judío.

—Vayamos con un juez a contarle nuestras historias —dijo el chico—. Si decide a tu favor, tú te quedarás con él. Si es a mi favor, será mío.

El judío estuvo de acuerdo, y juntos fueron al gran salón donde un kadi administraba justicia. Este escuchó con detenimiento lo que cada uno tenía que decir y luego pronunció su veredicto. Ninguno de los dos solicitantes había demostrado tener derecho al brazaletе, por lo que este debía permanecer en posesión del juez hasta que el otro brazaletе le fuera presentado.

Cuando escucharon esto, el judío y el chico se miraron el uno al otro, y sus ojos decían: “¿Dónde vamos a encontrar el otro brazaletе?”. Pero, como sabían que no tenía caso apelar el veredicto, hicieron una reverencia y se retiraron de la sala.



El chico recogió el brazalete.

El chico deambuló sin rumbo hasta llegar a la playa. A poca distancia alcanzó a divisar un barco que había chocado contra una roca escondida y que se hundía rápidamente. En la cubierta estaba congregada la tripulación, con los rostros blancos como la muerte, gritando y moviendo las manos.

—¿Han encontrado el miedo? —les preguntó el muchacho. Y la respuesta llegó por encima del ruido de las olas.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Nos hundimos!

Entonces el chico se quitó la ropa y nadó hacia el barco, donde muchas manos se estiraron para ayudarlo a subir a cubierta.

—El barco se bambolea de un lado a otro y pronto se hundirá —exclamó de nuevo la tripulación—. ¡La muerte está cerca y estamos asustados!

—Denme una cuerda —dijo el muchacho a modo de respuesta y se ató uno de los extremos al cuerpo y el otro, al mástil, y se echó al agua. Descendió y descendió hasta que sus pies tocaron el fondo, y entonces se puso de pie y comenzó a mirar a su alrededor. Ahí encontró a una doncella del mar con un malvado rostro que tiraba fuertemente de una cadena que ella misma había asegurado al barco con un garfio y lo iba jalando, poco a poco, por debajo del nivel de las olas. El niño la tomó de ambas manos y la obligó a soltar la cadena. Una vez que el barco se estabilizó, los marineros lograron alejarlo de la roca y mantenerlo a flote. Después tomó un cuchillo oxidado que estaba debajo de un montón de algas a sus pies, cortó la cuerda que tenía alrededor de la cintura y con ella ató a la doncella marina firmemente a una roca para que ya no pudiera causar más daño. Se despidió de ella y regresó nadando a la playa, donde su ropa continuaba extendida.

El chico se vistió a toda prisa y siguió caminando hasta llegar a un hermoso jardín lleno de flores, donde corría un pequeño arroyo cristalino. Hacía calor y él estaba cansado, así que cruzó el portón y se sentó bajo unos arbustos cubiertos de flores rojas que tenían un aroma dulce y agradable, y no tardó mucho en quedarse dormido. De pronto, lo despertó el batir de unas alas y una fresca brisa; alzó la cabeza con cautela y vio tres palomas sumergiéndose en el afluyente. Se divertían agitándose y echándose agua, para luego bucear hacia el fondo del lago. Cuando volvieron a la superficie, ya no eran tres palomas, sino tres hermosas damiselas que llevaban una mesa de madreperla sobre la que colocaron tres copas hechas de conchas verdes y rosas. Una de las doncellas llenó una copa con un líquido que vertió de una botella de cristal. Cuando se la llevó a la boca, su hermana la detuvo.

—¿A la salud de quién beberás? —le preguntó.

—A la salud del muchacho que preparó el pastel y me dio un golpe en la mano cuando la saqué de la tierra —respondió la doncella—. No tuvo miedo como otros hombres. Y tú, ¿a la salud de quién beberás?

—A la salud del chico en cuyos hombros me subí hasta el borde del lago y que me aventó con tal fuerza que quedé inconsciente en el suelo durante horas —dijo la segunda—. ¿Y tú, hermana? —añadió, volviéndose hacia la tercera—. ¿A la salud de quién beberás?

—Debajo del mar logré sujetar un barco y tiré de él, y en poco tiempo ese barco habría estado perdido. —Al decir esto, se veía totalmente distinta a como lucía con la cadena en las manos, cuando buscaba hacer alguna travesura—. Pero llegó un joven, liberó el barco y me ató a una roca. ¡Brindo a su salud!

Las tres alzaron sus copas y bebieron en silencio.

Cuando bajaron las copas, el muchacho apareció frente a ellas.

—Aquí estoy, soy yo a cuya salud han bebido. Ahora denme el brazalete que acompaña al otro que se le cayó a una de ustedes. Un judío trató de quitármelo, pero no se lo permití, y me llevó ante un kadi, quien se quedará con mi brazalete hasta que pueda mostrarle el par. Desde entonces he deambulado por aquí y por allá en su búsqueda. Así es como llegué a todos esos extraños lugares.

—Entonces ven con nosotras —dijeron las doncellas y lo condujeron por un pasillo que daba a un salón que conducía a varias recámaras, cada una de las cuales parecía más esplendorosa que las otras. De una repisa llena de oro y joyas, la hermana mayor tomó un brazalete idéntico en cada detalle al que tenía el juez bajo su custodia y se lo puso al muchacho en el brazo.

—Ve con el kadi y muéstraselo de inmediato —le dijo ella—, y te devolverá su par.

—Nunca las olvidaré —les dijo el chico—, pero quizá pase mucho tiempo antes de que volvamos a vernos, pues no descansaré hasta encontrar el miedo —añadió, siguió su camino y recuperó el segundo brazalete. Después retomó su búsqueda del miedo.

Caminó y caminó, pero el miedo nunca se cruzó frente a él, y un día llegó a una ciudad grande, donde todas las calles y plazas estaban tan llenas de gente que apenas si podía pasar entre la muchedumbre.

—¿Por qué hay tanta gente reunida? —le preguntó a un hombre que estaba a su lado.

—El gobernante de este país ha muerto —respondió— y, como no tenía hijos, es necesario elegir a un sucesor. Por lo tanto, van a soltar a una de las palomas sagradas desde la torre de allá, y aquel sobre quien la paloma se pose será nuestro rey. En unos minutos la soltarán. Espera y ve lo que sucede.

Todas las miradas estaban puestas en la alta torre que estaba en el centro de la plaza principal. Cuando el sol estuvo exactamente encima de la torre, se abrió una puerta y una hermosa paloma con destellos rosas, grises, azules y verdes salió volando por el aire. Voló hacia delante sin parar, hasta que acabó por posarse sobre la cabeza del muchacho. Entonces se escuchó un fuerte grito:

—¡El rey! ¡El rey!

Al escuchar los gritos, una visión más rápida que un rayo pasó por su mente. Se vio a sí mismo sentado en un trono, pasando inútilmente la vida tratando de hacer rica a la gente pobre, feliz a la gente miserable y buena a la gente mala, sin poder hacer nunca lo que quisiera y sin poder casarse con una muchacha a la que él amara.

—¡No, no! —gritó él, cubriéndose el rostro con las manos, pero la muchedumbre que lo escuchó creyó que solo estaba estupefacto por la grandeza que le aguardaba y no le prestaron atención.

—Para estar seguros, dejen volar más palomas —dijeron, pero todas siguieron a la primera y se posaron en el mismo lugar. Entonces, los gritos se hicieron más fuertes todavía.

—¡El rey! ¡El rey!

Cuando el joven los escuchó, un escalofrío cuyo significado ignoraba le recorrió el cuerpo.

—Eso que sientes es el miedo que tanto has buscado —le susurró una voz que parecía hablarle solo a él. Y el muchacho asintió con la cabeza mientras la visión le regresaba a la mente una vez más, y entonces aceptó su destino y se preparó para vivir con el miedo a su lado.*

* Adaptado de *Türkische Volksmärchen aus Stambul*, del Dr. Ignaz Kúnos.

GANAR EL QUE ESPERA

Érase una vez un rey que tenía una hija. La niña había sido muy consentida por todos desde su nacimiento y, además de ser muy bella, era lista y obstinada. Cuando estuvo en edad de casarse, se negó a tener que dirigirle la palabra al príncipe que su padre había favorecido y declaró que escogería un esposo por sí misma. Por experiencia, el rey sabía que una vez que ella se decidía por algo, era inútil esperar que cambiara de idea, así que le preguntó tímidamente qué quería hacer.

—Reúne a todos los jóvenes del reino para que comparezcan ante mí dentro de un mes —respondió la princesa—, y aquel a quien le dé esta manzana dorada será mi esposo.

—Pero hija... —comenzó a decirle el rey consternado.

—Aquel a quien le dé esta manzana dorada será mi esposo —repitió la princesa en voz más alta. El rey entendió la señal y con un suspiro procedió a hacer lo que le había pedido su hija.

*

Los jóvenes llegaron: altos y bajos, morenos y blancos, ricos y pobres. Se formaron en hileras en el gran patio frente a palacio. La princesa, vestida de verde, con un velo dorado

a sus espaldas, pasó delante de todos ellos con la manzana en mano. Una o dos veces se detuvo y titubeó, pero al final continuó su camino hasta que llegó frente a un joven que se encontraba casi al fondo de la última fila. No tenía nada de especial a los ojos de los demás ni nada que pudiera gustarle a una mujer. Había cien que eran más apuestos y que llevaban ropas más finas, pero este hizo contacto con la princesa con una mirada honesta y una sonrisa, y ella sonrió también y le ofreció la manzana.

—¡Aquí hay un error! —dijo el rey, quien había seguido con mucha angustia el proceder de la princesa y había esperado que ninguno de los candidatos le gustara—. No es posible que se quiera casar con el hijo de una pobre viuda que no tiene ni un quinto. Díganle que no voy a aceptarlo y que tiene que volver a pasar por las filas y elegir a alguien más. —La princesa volvió a pasar por las filas una segunda y una tercera vez, y en ambas le volvió a dar la manzana al hijo de la viuda—. Bueno, ¡cásate con él si quieres! —exclamó el rey enojado—, pero al menos no te quedarás aquí.

La princesa no dijo nada. Alzó la cabeza, tomó de la mano al hijo de la viuda, y salieron juntos del castillo.

Se casaron esa misma noche y después de la ceremonia volvieron a la casa de la madre del novio, la cual, a los ojos de la princesa, no parecía más grande que un gallinero.

A la anciana no le hizo mucha gracia ver a su hijo llegar con su esposa.

—Como si no fuéramos lo suficientemente pobres —refunfuñó—. Puedo afirmar que se trata de una dama de clase alta que no es capaz de ganarse el sustento.

Sin embargo, la princesa la tomó del brazo y le dijo en voz baja:

—No te enojés, madre. Soy una famosa tejedora y me puedo sentar todo el día frente a mi rueca sin romper el hilo una sola vez.

Y fue fiel a su palabra, pero, a pesar de sus esfuerzos, cada día eran más y más pobres. Al cabo de seis meses, acordaron que el esposo debía partir al pueblo vecino en busca de trabajo. Ahí conoció a un comerciante que estaba a punto de comenzar un largo viaje con un tren de camellos cargados de todo tipo de cosas y necesitaba alguien que lo ayudara. El hijo de la viuda le rogó que lo aceptara como su sirviente, y el comerciante aceptó y le dio la paga de un año de salario por adelantado. El joven volvió a casa con la noticia y al día siguiente se despidió de su madre y de su esposa, quienes estaban muy tristes de verlo partir.

—No te olvides de mí —le dijo la princesa abrazándose a su cuello—. Y cuando pases por el pozo que está en el portón de la ciudad, detente y saluda al anciano que está sentado ahí. Bésale la mano y pídele que te dé un consejo para tu viaje.

Entonces el joven emprendió el camino y, cuando llegó al pozo donde estaba sentado un anciano, le hizo la petición que le recomendó su esposa.

—Hijo mío —dijo el anciano—. Has hecho bien en venir conmigo. Como recompensa, recuerda estas tres cosas: “Aquel a quien más amamos es siempre el más bello”. “La paciencia es el primer paso en el camino hacia la felicidad”. “Gana el que espera”.

El joven le dio las gracias y siguió su camino. A la mañana siguiente, la caravana emprendió la marcha y, antes de que se pusiera el sol, llegaron a la primera escala en la ruta, alrededor de unos pozos, donde se encontraron con otros comerciantes que ya habían preparado sus campamentos. Pero

en esa zona rocosa no había llovido en un buen tiempo y tanto los hombres como los animales tenían mucha sed. Es cierto que como a medio kilómetro de ahí había otro pozo donde siempre había agua, pero para obtenerla tenías que adentrarte en las profundidades del pozo y, además, nadie que hubiera descendido a ese pozo había regresado.

Sin embargo, mientras no pudieran guardar un poco de agua en sus cantimploras de piel de cabra, las caravanas no se atrevían a adentrarse en el desierto y, la noche en la que llegaron el hijo de la viuda y su señor, los comerciantes habían ofrecido una gran recompensa a quien tuviera el valor suficiente como para entrar al pozo encantado y traer agua. Entonces ocurrió que, a la mañana siguiente, el joven se despertó por el ruido de la trompeta de un heraldo que hacía su ronda en el campamento y que proclamó que cada uno de los comerciantes ahí reunidos ofrecería mil piastras a quien arriesgara su vida para traer agua para ellos y sus camellos.

El joven titubeó unos momentos cuando escuchó esto. La historia del pozo se había extendido por todas partes y desde hacía mucho había llegado a sus oídos. Era grande el peligro, pero, si regresaba vivo, tendría ochenta mil piastras. Se volvió hacia el heraldo, que estaba pasando frente a su tienda, y le dijo:

—Yo voy.

—¡Qué locura! —exclamó su señor que estaba a un lado en ese momento—. Estás muy joven para perder la vida de esa manera. Ve con el heraldo y dile que te retractas de tu ofrecimiento. —Pero el joven negó con la cabeza y el comerciante vio que sería inútil intentar disuadirlo—. Bien. Es asunto tuyo —dijo al fin—. Si debes ir, ve, y si vuelves, te daré además un camello cargado de bienes y mi mejor mula.

Después de tocarse el turbante en señal de despedida, se metió a su tienda.

Apenas había hecho eso cuando toda una multitud comenzó a salir del campamento.

—¿Cómo podemos darte las gracias? —exclamaron congregándose alrededor del muchacho—. Nuestros camellos, al igual que nosotros, están casi muertos de sed. Mira, aquí está la cuerda que trajimos para bajarte.

—Entonces, ¡vamos! —dijo el joven. Y todos emprendieron el camino.

Al llegar al pozo, le ataron la cuerda bien anudada bajo los brazos, le dieron una cantimplora grande de piel de cabra y lo bajaron lentamente hasta el fondo del pozo. Un afluyente claro burbujeaba sobre las rocas; el joven se había agachado para beber de él cuando un gigantesco árabe se le puso en frente y le dijo con una voz sonora:

—¡Ven conmigo!

El muchacho se levantó, seguro de que le había llegado la hora, pero, como no podía hacer nada, siguió al árabe hasta un salón muy bien iluminado que quedaba del otro lado del río. Ahí se sentó su guía, atrajo hacia sí a dos niños y le dijo al extraño:

—Tengo una pregunta que hacerte. Si la respondes correctamente, no te mataré. Si no, te cortaré la cabeza como a muchos otros que han venido antes que tú. Dime: ¿cuál de mis dos hijos es más guapo?

La pregunta no parecía difícil, pues uno era muy bello, como nunca se había visto, y su hermano era muy feo. Sin embargo, cuando estaba a punto de contestar, recordó como de rayo el consejo del anciano y respondió rápidamente:

—Aquel a quien más amamos es siempre el más bello.

—¡Me has salvado! —exclamó el árabe y de un brinco

se levantó de su asiento para estrechar al muchacho entre sus brazos—. ¡Ay! Si supieras lo que he sufrido a causa de la estupidez de toda la gente a quien le he hecho esa pregunta. Estaba condenado por un genio maligno a permanecer aquí hasta que alguien la respondiera. Pero ¿qué te trajo a este lugar?, y ¿cómo puedo recompensarte por lo que has hecho por mí?

—Podrías ayudarme a acarrear suficiente agua para mi caravana de ochenta comerciantes y sus camellos que se están muriendo de sed —dijo él.

—Eso se arregla fácilmente —dijo el árabe—. Toma estas tres manzanas y, cuando hayas llenado tu cantimplora y estés listo para que te suban, deja una en el piso. A medio camino deja caer otra y, cuando llegues hasta arriba, suelta la última. Si sigues mis instrucciones no te pasará nada. Además toma estas tres granadas: una verde, otra roja y otra blanca. ¡Un día te van a ser de utilidad!

El muchacho obedeció y subió hasta el área rocosa donde los comerciantes lo esperaban ansiosos. ¡Cuánta sed tenían todos! Pero, aún después de que bebieron los camellos, la piel de cabra parecía tan llena como antes.

Llenos de gratitud por la entrega, los comerciantes le entregaron el dinero en la mano, mientras que su señor le dio a escoger los artículos que quisiera y una mula para cargarlos.

Así, el hijo de la viuda por fin se hizo rico y, cuando el comerciante vendió toda su mercancía y volvió a su ciudad natal, el joven contrató a un hombre para que le llevara a su esposa la mula y el dinero.

“También le voy a enviar las granadas”, pensó, “pues, si las dejo dentro de mi turbante, un día se van a caer”. Las sacó, pero las frutas habían desaparecido y en su lu-

gar estaban tres piedras preciosas: una verde, una blanca y una roja.

El hijo de la viuda siguió trabajando con el comerciante por un tiempo, y este comenzó a confiarle todos sus negocios y le daba una buena suma de las ganancias que hacía. Cuando su señor murió, el joven quiso volver a casa, pero la viuda le pidió que se quedara a ayudarla, hasta que un día despertó sobresaltado al recordar que habían pasado veinte años desde que se había ido de casa.

—Quiero ver a mi esposa —le dijo a la señora a la mañana siguiente—. Si puedo serle útil más adelante, envíe a un mensajero a que me busque. Mientras tanto, le he dicho a Hassan lo que debe hacer —y dicho esto, montó un camello y partió.

*

Ahora bien, poco después de que lo contratara el comerciante, había nacido su hijo. Y tanto la princesa como la anciana trabajaron muy duro para vestir y alimentar al bebé. Cuando el dinero y las granadas llegaron, ya no hubo necesidad de que siguieran trabajando. La esposa se dio cuenta de inmediato de que no eran frutas, sino piedras preciosas de gran valor. La anciana, sin embargo, como no estaba acostumbrada a ver joyas como su nuera, creyó que eran fruta y se las quiso dar de comer al niño. Se enojó mucho cuando la princesa se las quitó y las escondió en su vestido, y se fue al mercado a comprarle las mejores granadas para que se las diera al niño.

Después compró hermosos vestidos para ambas y, una vez arregladas, se veían de lo mejor. Luego tomó una de las piedras preciosas que su esposo le había enviado y la metió en una caja de plata. Envolvió la caja en un pañuelo bordado

en oro y llenó los bolsillos de la anciana con monedas de oro y plata.

—Ve a palacio, querida madre —le dijo—, y muéstrale esta joya al rey. Si te pregunta qué puede darte a cambio, dile que quieres un papel con su sello en el que proclame que nadie se puede meter en tus asuntos. Antes de salir de palacio, reparte el dinero entre los sirvientes.

La anciana tomó la caja y se dirigió al palacio real. Nadie ahí había visto un rubí de tal belleza. Mandaron llamar al joyero más famoso para que estimara su valor, y lo único que pudo decir fue:

—Si un niño arrojara una piedra hacia arriba con toda su fuerza y uno pudiera apilar tanto oro como para alcanzar la misma altura que la piedra, no sería suficiente para pagar por este rubí.

Al escuchar esto, el rostro del rey se ensombreció. Había visto ese rubí y ya no quería desprenderse de él. Sin embargo, ni todo el oro de su bóveda le alcanzaría para pagarlo. Así que permaneció en silencio por un rato, pensando qué oferta podría hacerle a la anciana. Por fin le dijo:

—Si no puedo pagarte su valor en dinero, ¿hay algo más que estarías dispuesta a aceptar a cambio?

—Un papel firmado por su Majestad proclamando que puedo hacer lo que yo quiera sin ningún impedimento —le respondió de inmediato. Y el rey, feliz de haber obtenido lo que tanto deseaba a un precio tan bajo, le dio el papel sin demora. Entonces la anciana se despidió y volvió a su casa.

La fama de ese rubí pronto se extendió por todas partes, y comenzaron a llegar emisarios de varios lugares preguntando si no había más joyas como esa a la venta. Todos los reyes estaban deseosos de poseer una joya tan preciada, por lo cual cada uno enviaba a su mensajero a hacer la mejor oferta po-

sible. Y así, la princesa vendió las otras dos joyas restantes a tal precio que, si las monedas de oro hubieran formado una línea, esta habría llegado de aquí a la luna. Lo primero que hizo fue construir un palacio al lado de su cabaña con pilares de oro y enormes diamantes incrustados que brillaban noche y día. Desde luego, al volver de la guerra, su padre, el rey, oyó hablar de inmediato acerca de este palacio y se apresuró a verlo. En la entrada había un joven de unos veinte años de edad; era su nieto, aunque ninguno de los dos lo sabía. Y el aspecto de este joven le agradó tanto al rey que lo llevó a su propio palacio y lo nombró comandante de su ejército.

Poco después de esto, el hijo de la viuda volvió a su tierra natal. Desde luego que encontró la cabañita en la que había vivido con su madre, pero la fabulosa edificación de al lado era totalmente nueva para él. “¿Qué había sido de su esposa y su madre? ¿Quién podía vivir en ese magnífico palacio?”. Estas dudas le pasaron por la mente, pero no quiso delatarse haciendo preguntas a extraños, así que decidió subir a un árbol que estaba frente al palacio para observar.

Al cabo de un tiempo, una dama salió y comenzó a juntar las rosas y jazmines que colgaban del porche. Los veinte años que habían pasado desde la última vez que la había visto se desvanecieron en un instante y la reconoció como su esposa; se veía casi tan joven y hermosa como el día de su partida. Estaba a punto de brincar del árbol y correr a toda prisa hacia ella cuando vio que un hombre la abrazó afectuosamente del cuello. En ese momento, el enojado esposo tensó su arco, pero antes de soltar la flecha recordó otro consejo del anciano: “La paciencia es el primer paso en el camino a la felicidad”. Y entonces bajó el arco.

En ese momento, la princesa se dio vuelta, tomó el rostro de su compañero y le dio un beso en cada mejilla.

El corazón del que miraba volvió a enfurecerse, así que tomó otra vez el arco, pues lo había dejado suspendido en una rama, pero en ese momento le pareció escuchar unas palabras oídas hacía muchos años atrás: “Gana el que espera”. De nuevo bajó el arco. Entonces, a través del aire llegó el sonido de la voz del joven:

—Madre, ¿todavía no sabes nada acerca de mi padre? ¿Sabes si aún vive y si alguna vez volverá?

—Hijo mío, ¿cómo podría responderte? —dijo la dama—. Han pasado veinte años desde que nos dejó para ir a buscar fortuna y en todo ese tiempo solo he tenido noticias tuyas una vez. Pero ¿por qué piensas en él ahora?

—Porque anoche soñé que estaba aquí —contestó el muchacho—, y entonces recordé lo que hace mucho había olvidado: que tengo un padre, aunque su historia me resulte de lo más ajena. Cuéntame todo lo que puedas acerca de él, por favor.

A la sombra del jasmín, el hijo conoció la historia de su padre, mientras el hombre trepado en el árbol también escuchaba.

—¡Vaya! —exclamó el muchacho cuando el relato hubo terminado mientras se retorció las manos de dolor—. Yo soy comandante del ejército, tú eres la hija del rey y tenemos el palacio más espléndido en el mundo. Sin embargo, mi padre vive no sé dónde y quizá es pobre y miserable. Mañana le pediré al rey que me dé unos soldados e iré a buscarlo por toda la tierra hasta encontrarlo.

Entonces el hombre descendió del árbol y abrazó a su esposa y a su hijo. Conversaron toda la noche, y cuando salió el sol seguían hablando. Sin embargo, en cuanto tuvo la oportunidad, se dirigió al palacio a saludar al rey y a informarle de todo lo que había ocurrido y de quiénes eran ellos

en realidad. El rey se puso más que feliz al saber que su hija, a quien había perdonado desde hacía mucho y a la que tanto extrañaba, vivía muy cerca y era la madre de ese joven a quien quería mucho.

—Ya estaba escrito —dijo el monarca—. Tú eres mi yerno ante los ojos del mundo y me sucederás en el trono.

Y el hombre hizo una reverencia.

Había esperado. Y había ganado.*

* Adaptado de una versión de *Contes armeniens*, compilados por Frédéric Macler.



“El corazón del que miraba volvió a enfurecerse”.

EL BASTÓN DE ACERO

Hace muchos años vivía una anciana en una cabaña en las afueras del bosque. Detrás de la cabaña tenía un jardín en el que crecían todo tipo de vegetales y, un poco más lejos, había un llano con dos o tres vacas, por lo que sus vecinos la consideraban rica y la envidiaban bastante.

Mientras fue capaz de trabajar todo el día en su jardín, la anciana nunca se sintió sola, pero al cabo de un tiempo desarrolló una fuerte enfermedad que la dejó muy debilitada, y entonces comenzó a pensar que sería bueno tener alguien con quien hablar de cuando en cuando. En esos días, escuchó algo sobre la muerte de un pastor y su esposa, quienes vivían al otro lado del llano. Habían dejado a un niño pequeño solo en el mundo.

“Eso me vendría bien”, pensó y le pidió a un hombre que fuera por el niño y se lo trajera, pues tenía la intención de adoptarlo.

El chico, que tenía doce años de edad, debía considerarse alguien con mucha suerte, pues su nueva madre era tan buena con él como la anterior. Por desgracia, hizo amistad con ciertas malas compañías cuyas travesuras causaban te-

rror entre la gente, por lo que la pobre mujer nunca se cansó de arrepentirse de haber perdido su soledad.

Así continuaron las cosas durante algunos años hasta que el chico se hizo un hombre.

“Quizás si se casa se tranquilice”, pensó la mujer. Y comenzó a preguntar entre los vecinos qué muchachas estaban ya en edad de casarse para que escogiera una. Por fin halló una que era buena y trabajadora, además de bonita. Como el muchacho no tuvo ninguna objeción, la boda se celebró en el momento, y la pareja se fue a vivir a la cabañita con la anciana. Sin embargo, la conducta del esposo no cambió en absoluto. Se pasaba el día afuera, divirtiéndose en compañía de sus amigos y si su esposa le decía algo cuando volvía a casa la golpeaba con su bastón. Y al año siguiente, cuando tuvieron un bebé, también empezó a golpearlo a él.

Al final, la paciencia de la anciana llegó a un límite. Entendió que era inútil esperar a que esa criatura vaga y perezosa fuera a enmendarse, así que un día le dijo:

—¿Piensas seguir así para siempre? Recuerda que ya no eres un niño y ya es tiempo de que dejes de comportarte como tal. Deja ya esos malos hábitos y ponte a trabajar para tu esposa y tu hijo; y, sobre todo, deja ya de pegarles. Si no, te voy a convertir en un burro, te pondremos cargas pesadas sobre el lomo y te montarán los hombres. Comerás hierba, te golpearán con un fuste y así sabrás lo que se siente que te golpeen.

Pero pronto se dio cuenta de que sus palabras no tenían ningún efecto, pues el joven solamente se enojó y le respondió:

—¡Cuida lo que dices o también a ti te voy a azotar!

—¿Lo harás? —le dijo con seriedad y se apresuró a tomar un bastón de acero que estaba en el rincón y a golpearlo con él en los hombros. Al instante le crecieron las orejas y la cara

se le alargó; sus brazos se transformaron en patas y el cuerpo se le cubrió de pelo gris. Era un auténtico burro. Y uno muy feo, por cierto.

—¡Fuera de aquí! —le gritó la anciana. Y el otro se salió arrastrando las patas de un modo extraño.

Mientras estaba en el camino, sin saber qué hacer, pasó un hombre.

—¡Vaya, vaya, amigo! Eres justamente lo que estaba buscando. Y, como no pareces tener dueño, vendrás conmigo. Te encontraré algo qué hacer —le dijo y, tomándolo de la oreja, lo alejó de la cabaña.

Durante siete años llevó el burro una vida de duros trabajos, tal como le había dicho la anciana. Sin embargo, en lugar de recordar que todo ese sufrimiento se lo había buscado él mismo y de arrepentirse por sus malos hábitos, se hizo más duro y más amargado. Al cabo de siete años se le cayó la piel de burro y volvió a ser un hombre. Y un día volvió a la cabaña.

Su esposa abrió la puerta cuando aquel llamó; dejó caer la tranca y corrió hacia dentro entre gritos.

—¡Abuela, abuela! ¡Tu hijo ha regresado!

—Eso pensé —dijo la anciana sin dejar de tejer—. Habríamos seguido viviendo muy bien sin él, pero, ya que está aquí, supongo que debemos dejarlo entrar.

Y tal como lo esperaba la mujer, el hombre se comportó peor que antes. Lo dejó que hiciera lo que quisiera por unas semanas, pero después le dijo:

—¡Veo que la experiencia no te ha enseñado nada! Después de todo, solo muy pocos aprenden de ese modo. Pero ten cuidado. No vaya a ser que te convierta en un lobo para que seas presa de hombres y de perros.

—Hablas mucho. Te voy a romper la cabeza —fue lo que obtuvo por respuesta.

Si el hombre la hubiera visto a los ojos, tal vez habría aceptado la advertencia, pero estaba ocupado cargando su pipa y no le prestó atención. Apenas el bastón le tocó los hombros, se transformó en un gran lobo gris que salió corriendo por la puerta.

Cuánto ladraron los perros y cómo gritaron los vecinos mientras le daban caza.

Durante siete años vivió la vida de un animal perseguido; a menudo pasó frío y casi siempre tuvo hambre y nunca se pudo permitir dormir profundamente. Al cabo de ese tiempo, se le cayó la piel de lobo, y de nuevo apareció ante la puerta de la cabaña. Pero esos siete años no le habían enseñado más que los primeros; su conducta era peor que antes. Un día golpeó a su esposa y a su hijo tan brutalmente, que ellos le pidieron ayuda a gritos a la anciana.

Eso hizo y trajo consigo el bastón de acero. En un segundo, el rufián desapareció, y en su lugar quedó un gran cuervo que volaba por el cuarto haciendo “¡Gour! ¡Gour!”.

La ventana estaba abierta, y el cuervo salió volando. Encontró a los compañeros de antaño que habían causado su ruina y se las arregló para hacerles entender lo que había pasado.

—Te vengaremos —le dijeron y tomaron una cuerda, decididos a estrangular a la anciana.

Pero ella ya los estaba esperando. Con un golpe de su bastón, todos se convirtieron en una parvada de cuervos, pero esta vez sus plumas se quedarían así para siempre.*

* Adaptado de una versión de *Contes arméniens*, compilados por Frédéric Macler.

EL CASTIGO DEL HADA GANGANA

Érase una vez un rey y una reina que gobernaban un país tan pequeño que se podía recorrer completo a pie en un día. Ambos eran muy buenas personas, gente sencilla. Tal vez no eran muy listos, pero siempre trataban de ser amables con todo mundo. Esto solía ser un error, pues el rey les permitía a todos sus súbditos hablar al mismo tiempo y darle consejos sobre cómo gobernar el reino, así como de asuntos privados. Al final, esto dificultaba mucho que las leyes se hicieran y, sobre todo, que la gente las cumpliera.

Ahora bien, ningún viajero pasaba por el reino sin preguntar por qué era tan pequeño. Y esta es la razón: poco después de que nació Petaldo (este era el nombre del rey), sus padres lo comprometieron con una sobrina de su amiga el hada Gangana (en caso de que esta llegara a tener una sobrina). Pero los años pasaban y Gangana seguía sin tener una sobrina, por lo que el joven príncipe se olvidó por completo de su novia predestinada y, cuando cumplió veinticinco años de edad, se casó en secreto con la hermosa hija de un granjero rico, de quien se había enamorado sin control.

Cuando el hada se enteró, se enojó muchísimo y fue a decirle al rey. A este le parecía que su hijo había esperado un tiempo razonable, pero no se atrevió a decirlo por temor

a que un terrible hechizo cayera sobre ellos y terminaran convertidos en pájaros o serpientes o, peor aún, en piedras. Así que, en contra de su voluntad, se vio obligado a desheredar al muchacho y prohibirle que regresara a la corte. De hecho, habría terminado como un mendigo de no ser por la propiedad de su esposa, la cual había sido un regalo del granjero, donde el joven tuvo permiso de construir su reino.

Muchos príncipes se habrían enojado al ser tratados de este modo, sobre todo porque poco después murió el viejo rey, y la reina estaba feliz de tomar el trono. Pero Petaldo era un joven satisfecho y se contentó con arreglar su pequeña corte modelada a semejanza de la de su padre. Así, se hizo de un chambelán, un administrador y varios caballeros, mientras que la joven reina escogió a sus damas de compañía y damas de honor. Él, a su vez, construyó una casa de moneda para acuñar dinero y escogió a un senescal como jefe de los cinco policías que habrían de mantener el orden en la capital y castigar a los chicos que fueran sorprendidos al momento de arrojar piedras a las ventanas del palacio.

El primero en realizar esta importante tarea fue el suegro del joven rey, un hombre excelente que se llamaba Caboche. Era muy querido por todos y tan inteligente que no tardó en ascender al cargo de senescal, cuando antes solo había sido un granjero común. Pero a diario continuaba cultivando sus campos como de costumbre. Esta conducta causó tal impacto en el rey que nunca hacía nada sin consultarlo.

Cada mañana, Caboche y su yerno desayunaban juntos y, cuando terminaban, el rey sacaba de su baúl de hierro grandes atados de papeles con asuntos del estado que deseaba consultar con su senescal. Algunas veces pasaban hasta dos horas deliberando sobre estos asuntos tan importantes, pero la mayoría de las veces Caboche decía:

—Discúlpeme, su Majestad, pero usted no entiende este asunto en lo más mínimo. Déjemelo a mí; yo lo arreglaré.

—Pero ¿qué haré entonces? —preguntaba el rey. Y su ministro respondía:

—Usted puede gobernar a su esposa y cuidar su jardín frutal. Verá que esos dos asuntos le ocuparán todo su tiempo.

—Quizá tengas razón —decía el rey, quien en secreto estaba contento de haberse librado de los asuntos del gobierno.

Sin embargo, aunque Caboche hacía todo el trabajo, Petaldo siempre aparecía en los grandes momentos, ataviado con su capa real de lino rojo y sosteniendo un cetro de madera dorada. Mientras tanto se pasaba las mañanas estudiando ciertos libros que le enseñaban a plantar y podar correctamente sus árboles frutales según las estaciones del año. Las tardes las pasaba en su jardín, donde ponía en práctica sus conocimientos. Por la noche jugaba a las cartas con su suegro y cenaba en público con la reina. A las diez en punto, todos en palacio ya estaban dormidos.

Por su parte, la reina era tan feliz como su esposo. Le encantaba estar donde se hacían sus productos lácteos favoritos, y nadie en el reino podía hacer mejores quesos que ella. Sin importar qué tan ocupada estuviera, nunca se olvidaba de hornear un pastel de cebada y de hacer un pequeño queso crema, los cuales colocaba debajo de cierto rosal en el jardín. Si le hubieran preguntado para quién eran y adónde se iban, no habría podido responderles, pero les habría dicho que la noche de su boda se le apareció un hada en un sueño y le había pedido que cumpliera con este ritual.

Después de que el rey y la reina tuvieron seis hijos, les nació un pequeño niño más con una gorra roja en la cabeza que lo hacía distinto al resto de sus hermanos y hermanas. Sus padres amaban a Cadichon más que a sus otros hijos.

Los años pasaron y los niños crecían, y un día, después de que la reina Gillette terminó de hornear su pastel, un adorable ratón azul trepó por una de las patas de la mesa y corrió hacia el plato. En lugar de ahuyentarlo, como la mayoría de las mujeres habría hecho, la reina fingió no darse cuenta de lo que hacía el ratón y mucho se sorprendió al ver que la pequeña criatura levantaba el pastel y se lo llevaba hacia la chimenea.

Entonces se levantó de un brinco para detenerlo, pero en un instante desaparecieron el ratón y el pastel, y en su lugar encontró a una anciana de apenas quince centímetros de estatura con la ropa hecha jirones. Tomó un bastón de hierro puntiagudo y comenzó a dibujar unos signos extraños sobre el piso de tierra, al tiempo que daba siete gritos y murmuraba algo con voz profunda, entre lo cual la reina alcanzó a distinguir las palabras “fe”, “sabiduría” y “felicidad”. Luego tomó la escoba de la cocina, le dio tres vueltas con ella a su cabeza y desapareció. En ese momento, se escuchó un gran ruido en la habitación de al lado. La reina abrió la puerta y encontró a tres grandes escarabajos, cada uno con una princesa entre las patas, mientras que los príncipes estaban sentados sobre los lomos de tres golondrinas. En medio de la habitación había un carro formado de una sola coraza rosa que era tirada por dos petirrojos, y en él estaba sentado Cadichon junto al ratón azul, que estaba vestido con una espléndida capa de terciopelo negro atada bajo la barbilla. Antes de que la reina se recuperara de la sorpresa, los escarabajos, los petirrojos, el ratón y los niños salieron volando y cantando por la ventana y desaparecieron de su vista.

Los fuertes gritos de la reina hicieron que su esposo y su padre entraran corriendo en la habitación. Cuando ellos se hicieron una idea de lo que había ocurrido a partir de las frases entrecortadas que emitía la reina, recogieron de in-

mediato unos palos macizos que estaban tirados en el piso y emprendieron la marcha para el rescate. Uno se fue para un lado, y el otro, para el otro.

La reina se quedó sollozando donde la dejaron durante al menos una hora hasta que una hoja doblada de papel que cayó a sus pies la hizo levantarse. Se agachó y la recogió con interés en espera de que le trajera buenas noticias sobre sus hijos perdidos. Era una misiva muy corta, pero en cuanto Gillette leyó esas pocas palabras se sintió reconfortada, pues le decían que fuera fuerte, ya que sus hijos se encontraban bien y estaban felices bajo la protección de un hada. “Su felicidad depende de la fe y la prudencia de su Majestad”, terminaba la nota. “Soy yo quien se ha comido todos los días la comida que has dejado bajo el rosal, y un día te recompensaré por ello. ‘Todo le llega a quien sabe esperar’; es el consejo que te doy. Firma: El Hada del Campo”.

Entonces la reina se levantó, se lavó la cara y se cepilló los brillantes cabellos, y, al darle la espalda al espejo, encontró un pardillo sentado en su cama. Nadie hubiera imaginado que se tratara de algo más que un pardillo común y corriente, y hasta un día antes la reina también lo habría creído. Pero esa mañana habían ocurrido tantas cosas maravillosas que no dudó ni por un momento que el autor de la carta estaba frente a ella.

—Hermoso pardillo —le dijo—. Intentaré hacer todo lo que me pides. Solo te pido que me des noticias de mi pequeño Cadichon de cuando en cuando.

Y el pardillo batió las alas, se puso a cantar y se fue volando. Así fue como la reina supo que había tenido razón y le dio las gracias en su corazón.

Al cabo de un tiempo, regresaron el rey y su senescal, hambrientos y cansados de su inútil búsqueda. Se sorpren-

dieron y se enojaron al ver tan contenta a la reina, a quien habían dejado llorando. ¿De verdad le preocupaban tan poco sus hijos y los había olvidado tan pronto? ¿Qué había causado ese cambio súbito? Pero a todas sus preguntas, Gillete solo respondía:

—Todo le llega a quien sabe esperar.

—Eso es cierto —dijo su padre—. Después de todo, su Majestad debe recordar que las rentas del reino difícilmente podrían cubrir el costo de siete príncipes y princesas educados según su rango. Da gracias a quienes te han librado de esa carga.

—¡Tienes razón! ¡Siempre tienes razón! —dijo el rey, cuyo rostro se iluminó de nuevo con una sonrisa. Y la vida en palacio continuó como antes, hasta que Petaldo recibió una noticia que lo perturbó mucho.

La reina, su madre, quien había sido viuda por un tiempo, decidió de pronto volver a casarse y había elegido al rey de las Islas Verdes, quien era más joven que su propio hijo y, además, apuesto y dado a los placeres. Era lo contrario a Petaldo. Ahora bien, la abuela, aunque era distraída en varios aspectos, se daba muy bien cuenta de que una mujer tan vieja y poco agraciada como ella difícilmente podía esperar que un joven se enamorara de ella, y que, para que esto ocurriera, sería necesario encontrar cierto hechizo que pudiera devolverle la belleza y la juventud. Desde luego, el hada Gangana habría podido hacerlo con un solo movimiento de su varita mágica, pero por desgracia ella y el hada ya no eran amigas, porque el hada había intentado convencer a la reina con frecuencia de que declarara a su sobrina heredera de la corona, cosa que la reina se negó a hacer. Por lo tanto, como era de esperarse, no tenía ningún sentido pedirle ayuda a Gangana para permitirle que se casara una segunda vez con un

hombre que sin duda la sucedería en el trono. Entonces envió mensajeros a los reinos vecinos en busca de una bruja o de un hada que hiciera el milagro tan deseado. Sin embargo, no encontraron a ninguna que tuviera las habilidades necesarias. Al final, la reina se convenció de que, si quería que el rey de las Islas Verdes se casara con ella, debía someterse a la voluntad del hada Gangana.

El hada se enojó mucho cuando escuchó el relato de la reina, pero sabía muy bien que, si el rey de las Islas Verdes se había gastado todo su dinero, era muy probable que estuviera dispuesto a casarse con una vieja como la reina para obtener más. Así que, para ganar tiempo, ocultó sus verdaderas opiniones y le dijo a la reina que al cabo de tres días el hechizo se cumpliría.

*

Las palabras del hada hicieron tan feliz a la reina que de inmediato sintió que unos veinte años se le quitaban de encima; contaba no solo las horas, sino los minutos para que se cumpliera el plazo. Por fin llegó el momento, y el hada se puso frente a ella vestida con una bata de color rosa y plata; un enano café la cargaba con un brazo y, con el otro, sostenía una pequeña caja. La reina la recibió con todas las muestras de respeto conocidas y ordenó cerrar todas las puertas y ventanas del gran salón, así como que se retiraran todos los asistentes, para que pudieran estar solas, tal como se lo pidió el hada. Entonces abrió la caja que le ofreció el enano, con una rodilla en el piso, y el hada extrajo un pequeño libro de vitela con broches de plata, una varita que crecía conforme uno la tocaba y una botella de cristal llena de agua verde transparente. Luego le pidió a la reina que se sentara en una silla a

la mitad del salón, y al enano, que se colocara frente a ella, después de lo cual se agachó y dibujó tres círculos alrededor de ellos con una vara de oro, tocó a cada uno tres veces con su varita y les roció el líquido de la botella. Poco a poco, las alargadas facciones de la reina comenzaron a reducirse y su rostro, a verse más fresco, mientras el enano comenzaba a verse dos veces más alto que antes. Esto, aunado a las llamas azules que salían de los tres círculos, asustó tanto a la reina que se desmayó en su silla, y, cuando volvió en sí, el paje y el hada habían desaparecido.

Al principio se sintió un poco confundida; no recordaba con claridad lo que había pasado. Entonces se acordó de todo y dio un brinco hacia el espejo más cercano. ¡Qué feliz se puso! Su pronunciada nariz y sus dientes salidos se habían convertido en facciones hermosas; su cabello era abundante y rizado, y tenía un brillo dorado. El hada había cumplido su promesa, pero, con las prisas, la reina no se dio cuenta de que no la habían transformado en una joven hermosa, sino en una pequeña niña de ocho o nueve años de edad. En lugar de su hermoso vestido de terciopelo con bies de astracán y bordado en oro, llevaba un traje de muselina de una sola pieza con un delantal de encaje; su cabello, que siempre iba trenzado hacia atrás y atado con un broche de diamante, ahora le caía en rizos por la espalda. Pero no sabía que algo más le había ocurrido en el cambio, pues, salvo por el amor que sentía por el rey de las Islas Verdes, su mente y su cuerpo eran los de una niña. Sus cortesanos estaban muy conscientes de esto, aunque ella no se daba cuenta. Ellos no podían ni imaginarse lo que había ocurrido y no sabían cómo comportarse, hasta que el primer ministro puso el ejemplo tras ordenarle a su esposa y sus hijas que copiaran el modo de hablar y de vestir de la reina. Así, en poco tiempo, toda la corte (hombres incluidos)

hablaba y vestía como niños; jugaban con muñecas o con soldaditos de plomo, mientras que en las cenas del estado se servían frutas congeladas o pasteles en forma de pájaros o caballos. Pero, sin importar lo que hiciera, la reina hablaba todo el tiempo del rey de las Islas Verdes, a quien siempre se refería como “mi pequeño esposo”. Y a medida que pasaban las semanas y él no volvía, ella comenzó a impacientarse y a enojarse mucho, tanto que sus cortesanos la evitaban lo más que podían. Para entonces, ellos ya también estaban cansados de fingir que eran niños y comenzaron a hablar de la posibilidad de irse de palacio y trabajar para un soberano colindante. Entonces, un día, un fuerte sonido de trompetas anunció la llegada del tan esperado huésped. En un instante todo fue sonrisas y, a pesar de las estrictas reglas de etiqueta, la reina insistió en recibir al joven rey al pie de las escaleras. Desafortunadamente se atoró con el vestido y, por las prisas, cayó rodando escaleras abajo mientras gritaba como un niño por el susto. No se hizo mucho daño, aunque se raspó la nariz y se hizo un moretón en la frente, pero se vio obligada a que la llevaran a sus habitaciones y le lavaran la cara con agua fría. Aun así, dio instrucciones para que llevaran al rey ante su presencia en el instante en el que entrara en palacio.

Afuera de su puerta, un fuerte sonido intensificó el dolor de cabeza de la reina, quien para entonces ya se sentía muy mal, pero por la alegría de darle la bienvenida a su futuro esposo no le prestó atención. Entre dos hileras de cortesanos y con la cabeza inclinada, el joven rey avanzó con rapidez; sin embargo, al ver a la reina con esos vendajes, se echó a reír con tal fuerza que se vio obligado a salir de la habitación e incluso del palacio.

Cuando la reina se repuso de la vejación causada por el mal comportamiento del rey, les pidió a sus ayudantes que

fueran de prisa a traerlo de vuelta, pero no hubo promesa ni súplica que sirviera de algo. Esto, desde luego, hizo que el carácter de la reina empeorara aún más; entonces se organizó un plan para despojarla de la corona, el cual habría tenido éxito de no ser porque el hada Gangana, quien solo quería impedir ese matrimonio, la regresó a su anterior figura. Sin embargo, lejos de agradecerle a su amiga por sus servicios, la imagen de su viejo rostro en el espejo la llenó de desazón. Y a partir de ese día, odió a Gangana más aún.

¿Y dónde habían estado todo ese tiempo los hijos de Petaldo? Pues en la isla de Bambini, donde tenían compañeros de juegos por todas partes y muchas hadas que los cuidaran. Pero de los siete príncipes y princesas que se llevaron por la ventana, solo Cadichon era bueno y obediente; los otros seis eran tan groseros y peleoneros que nadie quería jugar con ellos. Como castigo, un día el hada los transformó en marionetas para que aprendieran a comportarse.

Ahora bien, en un mal momento, el Hada de los Campos decidió visitar a su amiga la reina de las hadas —quien vivía en una isla lejana— para pedirle su opinión acerca de qué hacer con Cadichon.

Mientras ella entraba al salón de audiencias, Gangana salía, y entre ambas hubo un fuerte intercambio de palabras. Después de que la enemiga huyera enfurecida, el Hada de los Campos le contó a la reina todo lo que había hecho la malévola Gangana y le pidió consejo.

—Tranquila —le dijo el hada reina—. Durante un tiempo podrá hacer lo que quiera; en estos momentos se está llevando a Cadichon a la isla donde aún tiene cautiva a su sobrina. Pero, si hace mal uso de sus poderes, su castigo será inminente y colosal. Ahora te daré este precioso filtro. Guárdalo con cuidado, pues el líquido que contiene te hará invisible y te pondrá

a salvo de las peligrosas miradas agudas de todas las hadas. Pero no funciona a los ojos de los mortales.

Con el corazón aligerado, el Hada de los Campos volvió a su propia isla y, para proteger mejor a las seis nuevas marionetas del hada malvada, las roció con unas gotas del líquido, evitando que les cayera en la punta de la nariz para poder reconocerlas de nuevo. Luego partió hacia el reino de Petal-do, el cual estaba en plena revuelta, pues era la primera vez desde que había ascendido al trono que se había atrevido a poner un impuesto. De hecho, el asunto habría terminado en guerra o en la decapitación del rey si no hubiera sido porque el hada descubrió una manera de mantener a todos contentos y de recordarle a la reina que sus hijos estaban bien, pues no se atrevía a contarle de la pérdida de Cadichon.

¿Y qué había sido de Cadichon? Pues bien, gracias a lo que le revelaron sus libros, el Hada de los Campos se enteró de que Gangana se había llevado al pobre niño a una isla encantada alrededor de la cual corría un río muy rápido que arrasaba con rocas y árboles a su paso. Además del río, la isla estaba vigilada por veinticuatro enormes dragones que con su aliento formaban un muro de fuego, y tal parecía que nadie podía pasar.

El Hada de los Campos sabía todo esto, pero tenía un corazón valiente y decidió que de uno u otro modo sortearía los obstáculos y rescataría a Cadichon del poder de Gangana. Así que se llevó el agua de la invisibilidad y se roció con ella, montó su lagarto alado favorito y se dirigió hacia la isla. Cuando la divisó, se envolvió en su manto a prueba de fuego, le pidió al lagarto que volviera a casa y pasó entre los dragones hasta adentrarse en la isla.

Apenas había llegado cuando vio que Gangana se le aproximaba; hablaba en voz muy alta y exaltada con un ge-

nio que volaba a su lado. A partir de lo que dijo, el hada supo que la madre de Petaldo, la vieja reina, había muerto de coraje al enterarse del matrimonio del rey de las Islas Verdes con una joven y hermosa mujer, y que, en lugar de dejarle su reino a Gangana, se lo había legado a uno de los hijos de Petaldo.

—¡Pero todas las molestias que he tenido por esa vieja tonta no serán en vano! —exclamó Gangana—. Ve a mis establos de inmediato y tráeme los grifos más rápidos que puedas encontrar y ponles el arnés del carruaje amarillo. Vete en el carruaje lo más rápido que puedas a la isla de Bambini y llévate a los seis hijos de Petaldo que todavía están ahí. Yo me encargaré personalmente de Petaldo y de Gillette. Cuando los haya traído aquí, voy a transformar a los padres en conejos, y a los niños, en perros. Aún no he decidido qué voy a hacer con Cadichon.

El Hada de los Campos no esperó a escuchar más sobre el asunto. No podía perder ni un minuto y debía ir a pedirle ayuda a la reina de las hadas para salvar a Petaldo y su familia de ese destino terrible. Y así, sin llamar a su lagarto, voló a través de la isla y pasó entre los dragones hasta que sus pies volvieron a pisar tierra firme. Pero en ese instante una nube negra pasó por encima de ella, un gran trueno resonó en el aire y el suelo se agitó bajo sus pies. Entonces, unos relámpagos furiosos iluminaron el cielo, y alcanzó a ver a los veinticuatro dragones peleando juntos, profiriendo alaridos tan fuertes que toda la tierra debía haber escuchado tal alboroto. Temblando de terror, el hada se quedó quieta en su sitio. Cuando amaneció, la isla, la tormenta y los dragones habían desaparecido y en su lugar quedó una árida roca. En la cumbre de esta roca había una negra avestruz, y en el lomo del ave estaban Cadichon y la pequeña sobrina del hada Gangana, por quien su tía había cometido tantas crueldades.

Mientras el Hada de los Campos miraba con sorpresa tan extraño espectáculo, el avestruz batió sus alas y voló hacia la Isla de la Fortuna. El hada buena la siguió sin ser vista, hasta que entró al gran salón donde la reina de las hadas estaba sentada en su trono.

Gangana se veía orgullosa y feliz con su nueva apariencia, pues, según las leyes que rigen a las hadas, si ella lograba poner a Cadichon a los pies de la reina y le era devuelto de nuevo, esto lo pondría legalmente bajo su poder de por vida, permitiéndole hacer con él lo que quisiera. Esto lo sabía muy bien el hada buena, así que continuó su plan con todas sus fuerzas, pues los terribles sucesos de la noche anterior la habían dejado casi exhausta. Aun así, con un gran esfuerzo le arrebató los niños al avestruz y los colocó sobre el regazo de la reina.

El avestruz desapareció con un fuerte grito de enojo, y Gangana se quedó en su lugar, en espera del cumplimiento del destino que ella sola se había forjado.

—Has ignorado todas mis advertencias —dijo la reina con la mayor dureza que le había dirigido jamás a un hada—, y por ello te condeno a que durante doscientos años pierdas todos tus privilegios de hada, y bajo la forma de un avestruz te conviertas en la esclava del genio más enano y malvado que hayas conocido y amistado. En cuanto a estos niños, me quedaré con ellos y se criarán en mi corte.

Y ahí se quedaron hasta que crecieron y alcanzaron la edad suficiente para casarse. Entonces, el Hada de los Campos los regresó al castillo de la vieja reina, donde Petaldo ahora gobernaba. Pero los asuntos del Estado resultaban muy pesados tanto para él como para Gillette después de la vida tranquila que habían llevado durante años, así que fueron muy felices de tener la oportunidad de deponer sus coronas

y colocarlas en las cabezas de Cadichon y de su novia, quien era tan buena como hermosa, a pesar de ser la sobrina de la malvada Gangana. Y Cadichon había aprendido tan bien las lecciones de la corte de la reina de las hadas que nunca, desde que el reino fue un reino, la gente había estado tan bien gobernada y tan feliz. Y así andaban por los campos y las calles, sonriendo con alegría al ver la diferencia entre los viejos tiempos y los nuevos, y gustaban de decirse los unos a los otros en voz baja:

—Todo le llega a quien sabe esperar.

LA PRINCESA SILENCIOSA

Hace muchos años vivía en Turquía un bajá que solo tenía un hijo, y tanto lo quería que lo dejaba pasarse todo el día divirtiéndose en lugar de que aprendiera a ser de utilidad como sus amigos.

El juguete favorito del niño era una bola dorada con la que jugaba día y noche sin molestar a nadie. Un día, mientras estaba sentado en el jardín de la casa de verano jugando a arrojar la pelota contra las paredes y atraparla, vio a una anciana que llegaba con una jarra de barro para sacar agua de un pozo que estaba en un rincón del jardín. Al instante tomó su pelota y la arrojó directamente a la jarra, la cual cayó al piso y se rompió en mil pedazos. La anciana dio un brinco, sorprendida, pero no dijo nada; se limitó a darse media vuelta e ir por otra jarra. En cuanto la mujer se perdió de vista, el chico se apresuró a recoger su pelota.

Ni bien había vuelto a la casa de verano volvió a ver a la anciana que se acercaba de nueva cuenta al pozo con una jarra sobre el hombro. Apenas había tomado la manija de la jarra para sumergirla dentro del agua cuando ¡zas! La jarra cayó hecha pedazos a sus pies. Desde luego, se enojó mucho, pero por miedo al bajá mantuvo la paz y se gastó su último centavo en comprar una jarra nueva. Pero, cuando

esta también la rompió el chico con su pelota, estalló en ira, agitó los puños hacia la casa de campo donde se escondía el niño y exclamó:

—¡Deseo que como castigo te enamores de la princesa silenciosa! —le dijo y desapareció.

Durante un tiempo, el chico no prestó atención a sus palabras. De hecho, las olvidó por completo, pero al pasar de los años, cuando comenzó a pensar más sobre las cosas, el recuerdo de lo que había deseado la anciana le regresó.

“¿Quién es la princesa silenciosa? ¿Y por qué sería un castigo enamorarse de ella?”, se preguntaba sin encontrar respuesta. Sin embargo, eso no evitó que la pregunta regresara una y otra vez, hasta que quedó tan débil y enfermo que no podía comer nada. Al final, se vio obligado a permanecer en cama. Su padre, el bajá, se asustó tanto por esa extraña enfermedad que mandó traer a todos los médicos del reino para que curaran a su hijo, pero ninguno pudo encontrar un remedio.

—¿Cómo comenzó tu enfermedad, hijo mío? —le preguntó un día el bajá—. Tal vez si supiéramos eso también sabríamos qué hacer.

Entonces el muchacho le contó lo que había ocurrido hacía muchos años, cuando era un niño, y lo que la anciana le había dicho.

—Te suplico que me des permiso —le dijo cuando terminó su relato—, de ir por el mundo en busca de la princesa; tal vez si la encuentro desaparezca este terrible estado en que me encuentro.

Aunque el corazón le dolía al dejar partir a su hijo, el bajá pensó que el muchacho moriría de verdad si permanecía más tiempo en casa.

—Ve y que la paz esté contigo —respondió y salió a lla-

mar a su administrador, a quien le dio la orden de acompañar al joven amo.

Entonces hicieron los preparativos y muy pronto, una mañana, ambos emprendieron la marcha. Pero ni el anciano ni el muchacho tenían la menor idea de hacia dónde se dirigían o cuál era su empresa. Primero se extraviaron en un denso bosque, aunque al final lograron salir y se encontraron en medio de una jungla por la que deambularon cerca de seis meses sin ver una sola criatura y encontrando apenas un poco de comer y de beber, hasta que quedaron como huesos forrados con las ropas hechas jirones. Se habían olvidado por completo de la princesa y lo único que querían era volver al palacio. Un día, descubrieron que estaban en el hombro de una montaña; las piedras debajo brillaban como diamantes y sus respectivos corazones latieron con alegría al ver a un pequeño viejecito acercarse a ellos. La imagen les despertó todo tipo de recuerdos, la sensación de adormecimiento que se había apoderado de ellos se disipó como por arte de magia, y recibieron con voces de alegría al recién llegado.

—¿En dónde estamos, amigo? —le preguntaron, y el anciano contestó que esta era la montaña donde se sentaba la hija del sultán, cubierta por siete velos, y que el brillo de las piedras se debía al reflejo del brillo de la muchacha.

Al escuchar esto, se olvidaron de todos los peligros y peripecias que habían enfrentado.

—¿Cuál es el camino más corto para llegar a ella? —preguntó el joven impetuoso, pero el anciano se limitó a responderle:

—Ten paciencia, hijo mío. Deberán transcurrir otros seis meses antes de que puedas llegar al palacio donde ella vive acompañada del resto de las mujeres. Y aún así, piénsalo muy bien cuando puedas, porque, si no logras hacerla ha-

blar, lo pagarás con la vida, tal como les ha ocurrido a otros. ¡Prepárate!

Pero el príncipe se rió al escuchar este consejo, así como otros antes que él se habían reído.

*

Al cabo de tres meses se encontraron en la cima de otra montaña, y el príncipe vio con sorpresa que las faldas estaban iluminadas de un hermoso color rojo. Encima de unos acantilados, no muy lejos de ahí, había una pequeña ciudad. El príncipe le propuso a su amigo que fueran ahí a descansar. Por su parte, los habitantes los recibieron gustosos y les dieron comida y camas para dormir. Los viajeros estuvieron más que agradecidos al tener donde descansar sus fatigados cuerpos.

A la mañana siguiente, le preguntaron a su anfitrión si aún estaban a varios días de viaje de la princesa y si sabía por qué esta montaña estaba mucho más roja que las otras.

—Todavía deben continuar su camino durante tres meses y medio —les respondió—, y entonces se encontrarán en la puerta del palacio de la princesa. En cuanto al color de la montaña, se debe a la suavidad del tono de sus labios y mejillas que brillan a través de los siete velos que la cubren. Pero nadie ha visto nunca su rostro, porque ella está sentada ahí, sin decir palabra, aunque se puede escuchar el murmullo de muchos que han perdido la vida por su causa.

El príncipe, sin embargo, no quiso oír más y, tras agradecerle al hombre por sus atenciones, de un brinco comenzó a escalar la montaña en compañía de su ayudante.

Así continuaron su camino; dormían bajo los árboles o en cuevas, y vivían de moras y de cualquier pescado que pudieran atrapar en los ríos. Pero al final, cuando sus ropas no

eran más que harapos y tenían las piernas tan cansadas que apenas podían dar un paso más, vieron en la cima de la montaña próxima un palacio de mármol amarillo.

—¡Por fin! ¡Ahí está! —exclamó el príncipe, y una ola de sangre fresca le recorrió las venas. Pero, cuando él y su acompañante comenzaron a subir hasta la cima, se detuvieron horrorizados, pues el suelo estaba blanco por los montones de cráneos de hombres tirados por todas partes. Fue el príncipe el primero en recuperar la voz y le dijo a su amigo en tono despreocupado—: Deben ser los esqueletos de los hombres que intentaron hacer hablar a la princesa y no lo lograron. Vaya, si nosotros también fallamos, nuestros huesos cubrirán la superficie por igual.

—¡Regresemos, querido príncipe! Aún estamos a tiempo —le pidió su acompañante—. Tu padre te dejó a mi cargo, y cuando emprendimos el viaje yo no sabía que nos esperaba una muerte segura.

—¡Sé valiente, Lala! ¡Sé valiente! —le dijo el príncipe—. Un hombre solo puede morir una vez; además, sabes que la princesa tendrá que hablar algún día.

Así que siguieron de frente y pasaron junto a varios cráneos y esqueletos de hombres de todas las tonalidades de blanco. Al cabo de un tiempo llegaron a una aldea, donde decidieron descansar un rato para que su mente pudiera estar lista y fresca para la tarea que les esperaba. Pero esta vez, aunque la gente era amistosa, sus rostros eran tristes, y cada tanto sus gritos lastimeros llenaban el aire.

—¡Ay, hermano mío! ¿Te he perdido para siempre? ¿No volveré a verte nunca más?

El príncipe y su acompañante preguntaron por el significado de estos lamentos, cuya respuesta fue bastante clara:

—¡Ah, ustedes también han venido aquí a morir! Este pueblo le pertenece al padre de la princesa y, cuando algún hombre impetuoso desea intentar que la princesa hable, primero debe obtener permiso del sultán. Si este le otorga el permiso, entonces puede ser llevado ante la princesa. Lo que pasa después quizá lo puedan deducir por todos estos huesos que yacen aquí.

El muchacho agradeció con una reverencia y se quedó pensativo por un rato. Luego, volviéndose hacia el Lala, dijo:

—Bien, nuestro destino habrá de decidirse pronto. Mientras tanto, descubramos todo lo que podamos y no nos precipitemos.

Durante dos o tres días deambularon entre los bazares con los ojos y los oídos muy atentos. Una mañana, encontraron a un hombre que llevaba un ruiseñor en una jaula. El ave cantaba con tanta alegría que el príncipe se detuvo a escuchar y de inmediato le ofreció comprárselo a su dueño.

—¿Para qué te molestas en adquirir una cosa tan inútil? —exclamó el Lala con repugnancia—. ¿No tienes suficiente en qué ocuparte sin una carga extra?

Pero el príncipe, a quien le gustaba salirse con la suya, no le hizo caso; le pagó al hombre la alta suma que pidió por el ave, se la llevó a la posada donde se hospedaban y la colgó en su recámara. Esa noche, mientras estaba sentado solo en su cuarto, tratando de encontrar (aunque sin mucho éxito) algo qué decirle a la princesa cuando llegara su turno, el ruiseñor comenzó a dar de picotazos en la puerta de su jaula, que estaba asegurada con un palo, la abrió, se posó sobre su hombro y le preguntó al oído:

—¿Por qué estás tan triste, príncipe?

El joven dio un brinco del susto. En su país los pájaros no hablaban y, al igual que mucha gente, lo que no podía en-

tender lo asustaba. Pero pronto se sintió avergonzado por su simpleza y le dijo al ave que había viajado durante más de un año y que había atravesado miles de kilómetros para obtener la mano de la hija del sultán. Y ahora que había alcanzado su objetivo, no se le ocurría ningún plan para hacer hablar a la princesa.

—No te quiebres la cabeza con eso —le dijo el ave—. ¡Es muy fácil! Ve esta noche a los aposentos de las mujeres y llévame contigo. Cuando entres a la recámara de la princesa, déjame escondido debajo del pedestal que sostiene el gran candelabro de oro. La princesa estará envuelta en sus siete velos y no podrá ver nada, así como nadie podrá verla a ella. Luego pregúntale por su salud, y ella permanecerá en silencio; después di que sientes mucho haberla molestado y que vas a conversar un poco con el pedestal del candelabro. Cuando tú hables, yo responderé.

El príncipe arrojó su capa sobre el ave y echó a andar al palacio, donde pidió audiencia para ver al sultán. Se la concedieron, y el muchacho dejó al ruiseñor escondido bajo la capa en un oscuro rincón detrás de la puerta. Caminó hasta el trono donde se encontraba su Majestad e hizo una gran reverencia.

—¿Cuál es tu petición? —preguntó el sultán mirando con atención al muchacho alto y apuesto, y cuando escuchó su relato movió la cabeza con gesto lastimero.

—Si logras hacerla hablar, será tu esposa —respondió—. Pero si no, ¿viste los cráneos esparcidos por el costado de la montaña?

—Algún día un hombre debe romper el hechizo, su Majestad —respondió el joven con valentía—. ¿Por qué no habría yo de ser el que lo logre? En todo caso, mi palabra está empeñada y no puedo echarme para atrás.

—Bien. Ve si es tu deber —dijo el sultán y le ordenó a sus ayudantes que lo guiaran a la recámara de la princesa, pero le permitieron al joven que entrara solo.

Al pasar por el oscuro corredor, el chico tomó su capa y la jaula sin que los otros se dieran cuenta. La noche estaba próxima, y de pronto se encontró en una habitación vacía salvo por un montón de cojines de seda y un largo candelabro de oro. El corazón se le aceleró al mirar los cojines, pues supo que detrás de los velos brillantes que la cubrían estaba la tan esperada princesa. Entonces, con miedo de que otros ojos pudieran observarlo, se apresuró a colocar el ruiseñor debajo del pedestal abierto sobre el que descansaba el candelabro y, volviéndose nuevamente, aclaró la voz y le pidió a la princesa que le dijera cómo se encontraba de salud.

No hubo ni un movimiento de la mano que mostrara que la princesa había escuchado la pregunta. Y el joven, que ya esperaba que ocurriera esto, continuó hablando de sus viajes y de los extraños países y pueblos que había visitado, pero ni un sonido rompió el silencio.

*

—Veo claramente que no estás interesada en ninguno de estos temas —dijo él al fin— y como me he visto obligado a estar callado durante tantos meses, ahora siento que tengo que hablar con alguien, así que voy a conversar con el candelabro. —Dijo esto, cruzó la habitación por detrás de la princesa y exclamó—: ¡Ay, hermoso candelabro, ¿cómo estás?

—Muy bien, señor —respondió el ruiseñor—, pero me pregunto hace cuántos años que nadie hablaba conmigo. Y ahora que tú estás aquí, te ruego que me permitas contar mi historia y me hagas el favor de escucharme.

—Con gusto —respondió el joven sentándose en el piso, pues no había cojines para él.

—Hace muchos años —comenzó el ruiñeñor— había un bajá que tenía una hija, la doncella más hermosa en todo el reino. Tenía muchos pretendientes, pero no era muy fácil de carácter, así que al final quedaron solo tres que ella consideraba dignos de su mano. Como no estaba segura de a cuál de los tres prefería, le pidió consejo a su padre, quien mandó llamar a los tres jóvenes y les dijo que cada uno debía aprender un oficio y que aquel que resultara el más listo al cabo de seis meses se casaría con la princesa.

—Aunque los tres pretendientes se sintieron un poco decepcionados, no pudieron negar que era una prueba justa y salieron del palacio hablando sobre los oficios en los que podría interesarles iniciarse. Hacía calor y, cuando llegaron a un riachuelo en una de las faldas de la montaña, se detuvieron a beber y descansar. Y luego uno de ellos dijo: “Lo mejor será que cada uno de nosotros busque su propia fortuna, así que les propongo que pongamos nuestros anillos debajo de esta roca y tomemos nuestros respectivos caminos. El primero en regresar tomará su anillo, y así los otros dos. De ese modo sabremos si hemos cumplido con las condiciones impuestas por el bajá o si nos ha ocurrido algún accidente”. “Buena idea”, respondieron los otros dos. Y así colocaron los tres anillos en un pequeño agujero y luego lo cubrieron cuidadosamente con una roca.

—Partieron los tres y durante seis meses no supieron nada unos de los otros, hasta que el día señalado se volvieron a encontrar en el riachuelo. Estaban muy contentos y conversaron animadamente de lo que habían hecho y de cómo habían ocupado su tiempo. “Creo que seré yo quien gane a la princesa”, dijo el mayor entre risas. “¡No cualquiera es capaz de completar el viaje de todo un año en una hora!”.

—“Es muy inteligente, cierto”, respondieron sus amigos. “Pero, si vas a gobernar un reino, quizá te será más útil tener el poder de ver lo que ocurre a distancia, y eso es lo que yo he aprendido”, dijo el segundo.

—“No, no, mis queridos compañeros”, dijo el tercero. “Sus oficios son muy buenos, pero cuando el bajá escuche que yo puedo devolverle la vida a los muertos, sabrá de inmediato quién de los tres deberá ser su yerno. Pero vayamos, pues solo quedan unas cuantas horas antes de que venza el plazo de seis meses que nos dieron. Vayamos de prisa hacia palacio”.

—“¡Un momento!”, exclamó el segundo. “Sería muy bueno saber qué está ocurriendo en el palacio”, y cuando dijo esto arrancó unas hojas de un árbol cercano, pronunció ciertas palabras, hizo algunas señas y se las puso sobre los ojos. En un instante, se puso pálido y profirió un grito. “¿Qué sucede? ¿Qué sucede?”, preguntaron los otros dos.

—“La princesa yace en su cama, y apenas le quedan unos minutos de vida”, dijo con la voz trémula. “¿Habrá alguien que pueda salvarla?”.

—“Yo puedo”, dijo el tercero y sacó una caja debajo de su turbante. “Este ungüento cura cualquier enfermedad. Pero ¿cómo llegaremos a tiempo?”.

—“Déjenmelo a mí”, dijo el primero, quien deseó estar al lado de la princesa, la cual se encontraba rodeada por el sultán y sus cortesanos que lloraban. Evidentemente no había ni un segundo qué perder, pues la princesa ya estaba inconsciente y su rostro estaba frío. Metió los dedos en el ungüento, los sacó y le tocó los ojos, la boca y las orejas con el bálsamo. Se puso a esperar el resultado con el corazón en la boca.

—Ocurrió más rápido de lo que él creía. En breve vio que el color de las mejillas de la princesa regresaba y que le sonreía a su padre. El sultán, casi sin habla de la alegría,

abrazó con ternura a su hija y se volvió hacia el joven que le había salvado la vida: “¿No eres tú uno de los tres caballeros a quienes hace seis meses envié a que aprendieran un oficio?”, le preguntó. Y el joven respondió que sí y que los otros dos venían de camino al palacio para que el sultán pudiera juzgarlos.

En este punto de la historia, el rui señor detuvo su narración y le preguntó al príncipe, en su opinión, cuál de los tres pretendientes tenía más derecho de obtener la mano de la princesa.

—El que aprendió a preparar el ungüento —respondió.

—Pero, si no hubiera sido por el hombre capaz de ver a la distancia, nunca habrían sabido que la princesa estaba enferma —dijo el rui señor—. Yo le daría la mano de la princesa a él.

La discusión entre ambos fue subiendo de tono, hasta que de pronto la princesa, que los escuchaba con atención, dio un salto en sus cojines y exclamó:

—¡Si serán tontos! ¿No pueden entender que si no hubiera sido por aquel que pudo llegar a palacio a tiempo, el ungüento habría sido inútil? ¡Es él quien debe quedarse con la princesa!

Al primer sonido de la voz de la princesa, un esclavo que estaba frente a la puerta corrió a toda velocidad a decirle al sultán que había ocurrido un milagro, y el contentísimo padre se apresuró a verlo con sus propios ojos. Pero para entonces la princesa se había dado cuenta de que había caído en una trampa que hábilmente le habían puesto y decidió no proferir una palabra más. Se limitó a hacerle señas a su padre para indicarle que el hombre que quisiera ser su esposo debía hacerla hablar tres veces. Y entonces sonrió detrás de los siete velos, mientras pensaba en la imposibilidad de que eso ocurriera.

Cuando el sultán le dijo al príncipe que, aunque había tenido éxito una vez en hacer hablar a la princesa, tendría que pasar dos veces más por la misma prueba, el rostro del joven se ensombreció. No le pareció justo, pero no se atrevió a objetar la decisión y se limitó a hacer una gran reverencia. Luego se dirigió hacia donde estaba escondido el ruiseñor. Dado que estaba oscuro, escondió la jaula bajo su capa y salió de palacio.

—¿Por qué estás tan triste? —preguntó el ruiseñor en cuanto estuvieron a salvo afuera del palacio—. ¡Todo ha salido muy bien! Por supuesto, la princesa estaba muy enojada consigo misma por haber hablado. ¿Te diste cuenta de que con las primeras palabras que pronunció sus velos comenzaron a desgarrarse? Llévame de nuevo mañana por la noche y déjame donde está el pilar de la celosía. No tengas miedo. Solo tienes que confiar en mí.

Al día siguiente, a la hora en que se pone el sol, el príncipe dejó la jaula y se dirigió a palacio con el ave escondida entre sus ropas. Se deslizó por las habitaciones y llegó hasta la recámara de la princesa. Los esclavos que vigilaban la puerta lo dejaron entrar de inmediato, y se cuidó muy bien de pasar cerca de la ventana para que el ruiseñor se posara en la cima de un pilar sin ser visto. Entonces se dio media vuelta e hizo una reverencia hacia la princesa, a quien le hizo varias preguntas. Pero, al igual que antes, ella no contestó nada. De hecho, no dio ninguna señal de haber escuchado las preguntas. Al cabo de algunos minutos, el joven volvió a hacer una reverencia y se acercó a la ventana. Entonces dijo:

—¡Ay, pilar! Es inútil hablarle a la princesa. No pronunciará una sola palabra y yo tengo que hablar con alguien, por eso me dirijo a ti. Dime, ¿cómo te ha ido en todo este tiempo?

—Te agradezco la consideración —dijo una voz desde el pilar—. Me encuentro muy bien. A decir verdad, me siento afortunado porque la princesa no hable. De lo contrario, no habrías querido hablar conmigo. Para recompensarte, te contaré una interesante historia que escuché hace un tiempo y de la que me gustaría conocer tu opinión.

—Eso suena muy bien —dijo el príncipe—. Por favor, comienza cuanto antes.

—Érase una vez —dijo el ruiseñor— una mujer tan hermosa que todos los hombres que la veían se enamoraban de ella. Pero era muy difícil de complacer y se negaba a casarse, aunque lograba mantener una amistad con sus pretendientes. Y así pasaron los años, casi sin que ella se diera cuenta. Uno a uno los pretendientes se cansaron de esperar y se buscaron esposas menos bellas, pero también menos orgullosas. Al final solo quedaron tres de los pretendientes originales: Baldschi, Jagdschi y Firedschi. Ella seguía considerándose más hermosa que las otras mujeres y se mantenía apartada hasta que una noche la verdad le abrió los ojos. Estaba sentada frente a su espejo, peinándose los rizos, cuando entre los cabellos notó una cana.

—Al ver algo tan terrible, el corazón le dio un vuelco y se quedó quieta. “Estoy envejeciendo”, se dijo a sí misma, “y si no escojo pronto a un esposo, ¡nunca me casaré! Sé que cualquiera de estos tres hombres se casaría conmigo gustosamente mañana mismo, pero no puedo decidirme por cuál elegir. Debo encontrar una manera para saber quién es el mejor y no perder más tiempo”.

—Entonces, en lugar de irse a dormir, se quedó toda la noche pensando en distintos planes para lograr su objetivo. A la mañana siguiente, se levantó y se vistió. “Lo que tendrán que hacer no es algo muy bueno”, pensó mientras se

arrancaba la cana que tantos problemas le había dado, “pero es lo único que se me ocurre. Además, tampoco es que sean muy listos. Me atrevería a decir que caerán fácilmente en la trampa”. Y entonces llamó a su esclavo y le pidió que le dijera a Jagdschi que estaría lista para recibirlo en una hora. Entonces se dirigió al jardín, cavó una tumba bajo un árbol y dentro de ella colocó un sudario blanco.

—Jagdschi estaba feliz de haber recibido el agradable mensaje. Se puso sus mejores ropas y se dio prisa para ir a la casa de la dama, pero cuál no sería su pena al ver a la princesa llorando amargamente sobre sus cojines. “¿Qué sucede, hermosa princesa?”, le preguntó haciendo una gran reverencia.

—“Ocurrió algo terrible”, dijo ella con la voz entrecortada por los sollozos. “Mi padre murió hace dos noches y lo enterré en el jardín, pero ahora me entero de que era un hechicero y de que no estaba muerto, pues su tumba está vacía y él debe estar deambulando por ahí en algún lado del mundo”.

—“Esta es una terrible noticia”, respondió Jagdschi, “¿hay algo que pueda hacer para que te sientas mejor?”.

—“Sí. Hay algo”, dijo ella. “Puedes envolverte en el sudario y meterte en la tumba. Si no vuelve antes de que pasen tres horas, perderá todo su poder sobre mí y estará obligado a vagar por cualquier otra parte”.

—Jagdschi se sentía orgulloso de la confianza que la princesa había depositado en él, así que se envolvió en el sudario y se acostó a sus anchas dentro de la tumba. Al cabo de un rato, le llegó su turno a Baldschi, quien encontró a la bella dama llorando y lamentándose. Ella le dijo que su padre había sido un hechicero y que lo más probable es que fuera a salir de su tumba para venir a hacerle algún mal a ella, y que entonces Baldschi debía de tomar una piedra y golpearlo en la cabeza

si veía que se movía. Baldschi se sintió feliz de poder brindarle un servicio a la dama, así que tomó una piedra y se sentó al lado de Jagdschi, dentro de la tumba.

—Mientras tanto, había llegado la hora en que Firedschi solía pasar a saludar a la princesa. Al igual que había ocurrido con los otros dos, descubrió que la dama estaba muy triste. Le dijo que un hechicero que era enemigo de su padre había sacado el cadáver de su tumba y había ocupado su lugar. “Pero, si tú puedes traer al hechicero en mi presencia, todo su poder desaparecerá. Si no, estaré perdida”.

—“Princesa, yo haría todo por ti”, le dijo Firedschi, y corrió hacia la tumba, tomó de la cintura al sorprendido Jagdschi y, tras echarse el cuerpo al hombro, se apresuró a volver a la casa. Al principio Baldschi estaba tan sorprendido del cambio tan súbito de circunstancias (algo para lo que la princesa no lo había preparado) que se quedó sentado sin hacer nada. Pero al cabo de un rato se levantó y les arrojó la piedra a las dos siluetas con la esperanza de matarlos a ambos. Por suerte no le dio a ninguno, y entonces los tres se encontraron frente a la princesa. Jagdschi, quien creía que la había liberado del poder del hechicero, se deslizó detrás de Firedschi y le arrebató el sudario.

—Ahora dime, príncipe —dijo el ruiseñor cuando acabó de contar su historia—, ¿cuál de los tres hombres merecía casarse con la princesa? Yo creo que debería ser Firedschi.

—No, no —respondió el príncipe, quien entendió el guiño que le había hecho el ave—. Fue Baldschi el que tuvo que enfrentar más dificultades y sin duda es él quien merecía casarse con la princesa.

Pero el ruiseñor no estaba de acuerdo, así que comenzaron a discutir hasta que una tercera voz irrumpió en el intercambio:

—¿Cómo pueden decir tantas tonterías? —dijo la princesa, y mientras lo hacía se desgarraban un poco más los velos—. ¡Vaya! Ni siquiera una sola vez pensaron en Jagdschi, ¡quien permaneció tres horas en la tumba con una piedra pendiendo sobre su cabeza! Desde luego que fue a él a quien la princesa escogió por esposo.

*

La noticia no tardó más de unos minutos en llegar hasta oídos del sultán, pero aun así no consintió en el matrimonio de su hija con el muchacho hasta que ella hablara una tercera vez. Al enterarse de esto, el joven pidió consejo al ruiseñor para saber cómo lograr que la princesa hablara una vez más. El ave le contó que la princesa, al haberse enojado mucho por haber caído de nuevo en la misma trampa, había ordenado que rompieran en mil pedazos el pilar, y él se había visto obligado a esconderse detrás de unas cortinas que colgaban cerca de la puerta.

La noche siguiente, el príncipe entró al palacio y caminó con decisión hasta la recámara de la princesa. Una vez dentro, el ave salió volando por debajo de su brazo y se fue a posar en el canto de la puerta, donde los pliegues de la oscura cortina lo cubrían por completo. El joven habló con la princesa como de costumbre, sin obtener ninguna respuesta, hasta que por fin la dejó ahí, debajo de sus velos brillantes ya bastante desgarrados, y caminó hacia la puerta, de donde provino una voz que le respondió alegremente.

Conversaron por un rato los dos hasta que el ruiseñor le preguntó al príncipe si le gustaban las historias, ya que hacía poco había escuchado una que le había parecido interesante y lo había dejado un tanto perplejo. El príncipe le pidió que se

la contara, pues tenía muchos deseos de escucharla, y así, sin más preámbulos, el ruiseñor comenzó su relato:

—Había una vez un carpintero, un sastre y un estudiante que salieron juntos para ver el mundo. Después de caminar durante algunos meses, se cansaron de viajar y decidieron quedarse a descansar en un pueblito que les gustó. Rentaron una pequeña casa y se dedicaron a buscar algo en qué trabajar durante el día para volver a casa a la caída de la tarde a fumar sus pipas y a conversar sobre lo ocurrido en el día.

—Una noche, a mediados del verano, hacía más calor que de costumbre, y el carpintero no podía dormir. En lugar de seguir dando vueltas sobre sus cojines e incomodarse más de lo que ya estaba, sabiamente el hombre optó por levantarse a tomar un poco de café y a fumar su pipa. De pronto su mirada reparó en unos pedazos de madera que estaban en un rincón y, como era muy hábil con las manos, en poco tiempo creó una perfecta escultura de una niña como de unos catorce años de edad. Esto lo hizo sentirse muy bien, pero también un poco adormilado, así que volvió a acostarse y se quedó dormido rápidamente.

—Sin embargo, el carpintero no fue el único que permaneció despierto toda esa noche. Había muchos truenos, y el sastre se sintió tan ansioso que decidió salir a refrescarse los pies en la pequeña fuente del patio que daba al otro lado del jardín. Para llegar a la puerta tenía que pasar por la habitación donde el carpintero estaba sentado fumando, y entonces vio a una hermosa chica recargada contra la pared. Se quedó sin habla por un momento y luego se atrevió a tocarle la mano solo para darse cuenta de que estaba hecha de madera. “Yo puedo hacerte aún más bella”, dijo él y, tomando un pliego de tela de seda amarilla que había comprado un día antes, se puso a cortar y a coser hasta que al final le confeccionó

un hermoso vestido a la esbelta figura. Cuando terminó el trabajo, el ansia había desaparecido, así que volvió a su cama.

—Cerca del amanecer, el estudiante se levantó y se preparó para ir a la mezquita en cuanto apareciera el primer rayo del sol. Pero, cuando vio a la doncella ahí, de pie, cayó de rodillas y alzó las manos en señal de éxtasis. “¡Vaya! Eres más bella que el aire de la noche cubierto por un vestido de diez mil estrellas”, se dijo a sí mismo, “seguramente una figura tan extraordinaria no podría vivir sin alma”, pensó y en ese momento comenzó a rezar con todas sus fuerzas para pedir que le fuera dada vida a la figura.

—Y su plegaria fue escuchada, y la hermosa estatua se transformó en una hermosa muchacha, y los tres hombres se enamoraron de ella, y los tres desearon que fuera su esposa. Ahora bien —continuó el rui señor—, ¿cuál de los tres hombres tenía más derecho a pedirle matrimonio? En mi opinión, el carpintero tenía más derecho.

—Pero el estudiante nunca habría pensado en rezar para que a la joven le fuera dada un alma si el hermoso vestido que le confeccionó el sastre no hubiera llamado su atención hacia la belleza de la mujer —contestó el príncipe, quien adivinó lo que esperaba el rui señor que dijera, y muy pronto se enfrascaron en una buena discusión.

De pronto la princesa, furiosa de que ninguno de los dos le hubiera prestado atención al papel que había tenido el estudiante, se olvidó de su voto de silencio y exclamó con fuerza:

—¡Idiotas! ¿Cómo podría casarse con otro que no fuera el estudiante? Si no hubiera sido por él, ¡todo lo que los demás hicieron habría sido en vano! ¡Es obvio que la doncella se casó con él! —Al terminar de hablar, los siete velos se le cayeron del rostro, y ella se puso de pie; era la princesa más hermosa que el mundo hubiera visto jamás.

Entonces se casaron y, cuando terminó la boda, mandaron traer a la anciana cuyo jarrón había roto el príncipe muchos años antes, la cual se quedó a vivir en palacio y se convirtió en la niñera de sus hijos, y todos vivieron felices hasta el final de sus días.*

* Adaptado de *Türkische Volksmärchen aus Stambul*, del Dr. Ignaz Kúnos, Librería e impresión E.J. Brill-Leiden.



“... los siete velos se le cayeron del rostro...”



El libro oliva de las hadas, editado por Andrew Lang y traducido al español por Gerardo Piña, número 126 de la colección Cultura Universitaria, se terminó de imprimir en noviembre de 2017, en los talleres gráficos de Tinta Negra Editores, 2a. calle de Modesto Lechuga núm. 13, SM 6 Mz 16, col. Vicente Guerrero, Iztapalapa, 09300, Ciudad de México. El tiraje fue de mil ejemplares impresos sobre papel cultural de 90 g. En su composición se utilizó la familia tipográfica Baskerville de 12.5 pts. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Virginia Martínez y Karla Cano Sámano.



Colección Cultura Universitaria

El libro oliva de las hadas es parte del proyecto que emprendió en 1889 Andrew Lang para compilar —en 12 volúmenes, de sendos colores— uno de los más amplios acervos en inglés de la literatura de tradición popular y folclórica del mundo entero.

J. R. R. Tolkien, autor de *El hobbit* y *El Señor de los Anillos*, comentó en su tratado sobre la fantasía que: “El reino de los cuentos de hadas es amplio y profundo, alto y más que abundante: toda clase de bestias y aves se encuentran ahí. Mares sin límite e incontables estrellas; la belleza es su encantamiento y siempre el peligro acecha. Tanto la alegría como la tristeza son filosas como espadas. En ese reino un hombre puede, quizá, saberse afortunado por sus aventuras; pero sus verdaderas riquezas y excentricidades atan la lengua del viajero que desee dar cuenta de ellas. Y, en tanto que esté ahí, será peligroso formular demasiadas preguntas —a menos que las puertas estén cerradas y las llaves perdidas—”.

En un mundo que ha sustituido los sueños y las fantasías en favor de la inventiva, la tecnología y las nuevas ciencias, la humanidad se debate entre la intensidad y ensalmo del pensamiento mítico y el embrujo del tiempo profano. Este es un libro que nos devolverá a territorios que alguna vez fueron nuestros y merecemos conservar.



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA